Biblioteca C...
Univ. Veracru...

CUADERNOS AMERICANOS

MEXICO

6



T E P O Z T L A N,

ES un lugar del Estado de Morelos a muy corta distancia de la capital de la República. Un rincón delicioso donde las horas fluyen y pasan sin sentir, enmedio de un ambiente lleno de deleite; por eso lo llamaban sus antiguos pobladores "el Paraíso terrenal".

En la sierra tepozteca, verdadera cortina de montañas formada durante el período Mioceno, encontrará el viajero las formas más extraordinarias que imaginarse pueda y en una de aquellas moles que se elevan a cerca de cuatrocientos metros sobre el nivel del valle, se levanta el templo tlahuica al dios Ometochtli, el cual data de los siglos VII u VIII de nuestra Era.

Encontrará también el monasterio dominicano construído hacia mediados del siglo XVI. Edificio de arquitectura monástico-militar, de los ejemplares más hermosos con que cuenta el país. Visite este lugar, por ferrocarril a la estación "El Parque".

Los Ferrocarriles Nacionales, a sus órdenes



NACIONAL FINANCIERA, S. A.

Por medio de sus

CERTIFICADOS
DE
PARTICIPACION

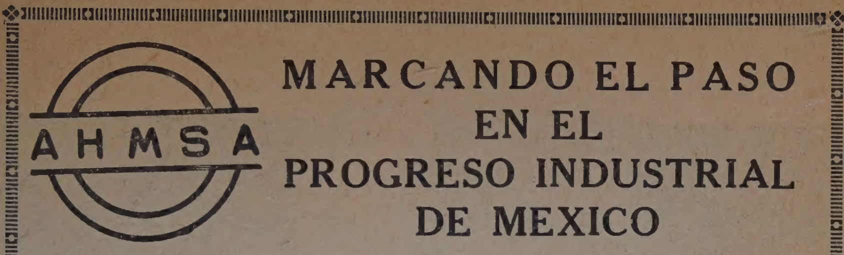
le brinda la oportunidad de fomentar la expansión industrial del país que redundará en una mejoría económica en todos los órdenes, ofreciéndole a la vez rendimientos adecuados y seguros.

•

V. CARRANZA ORIENTE 4 Nº 853
MEXICO, D. F.

Tel. Ericsson: 18-11-60 ó
Servicio por nombre.

Tel. Mexicana: J-49-07.



Octubre de 1942	Iniciación de la Construcción de la Planta Siderúrgica en Monclova, Coah.
Junio de 1944	Encendido del ALTO HORNO: Producción de Fierro en LINGOTE por primera vez en Coahuila.
Septiembre de 1944	Producción por primera vez en Latino América de TUBO de FIERRO VACIADO CENTRIFUGADO AHMSA-SUPERDELAVAUD.
Octubre de 1944	AHMSA produce ACERO en TOCHOS por vaciado inferior y por primera vez en la América Latina PLANCHAS DE ACERO.
Febrero de 1946	AHMSA produce por primera vez en México y Sud-América LAMINA NEGRA rolada en FRIO en BOBINAS con cinta de acero importada.
JUNIO DE 1946	AHMSA produce por primera vez LAMINA NEGRA obtenida con CINTA AHMSA hecha en México con materiales mexicanos y personal mexicano asesorado por técnicos americanos.
Septiembre de 1946	AHMSA produce HOJALATA, y con esto soluciona uno de los problemas más grandes de la industria Mexicana.

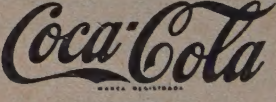
Con la confianza del público mexicano y la estrecha cooperación de todos los integrantes de AHMSA continuaremos contribuyendo al efectivo desarrollo industrial de México.

ALTOS HORNOS DE MEXICO, S. A.

MONCLOVA, COAHUILA.

V. CARRANZA No. 25, desp. 405 TELS. 12-86-90 L-50-78

Lo único igual a "Coca-Cola" es



REG. Nº 4598 "A" D.S.P. PROP. Nº B-1



Embotellada bajo contrato con "Coca-Cola de México", por:
INDUSTRIA EMBOTELLADORA DE MEXICO, S. A.
Calle del Cedro 387
Tel. Mex. Q-06-74 Q-21-47 Eric. 16-18-08 16-28-33
MEXICO, D. F.

Propiedad Intelectual y Artística Reservada

Copyright 1945, The Coca-Co



Compare Calidad y Precio

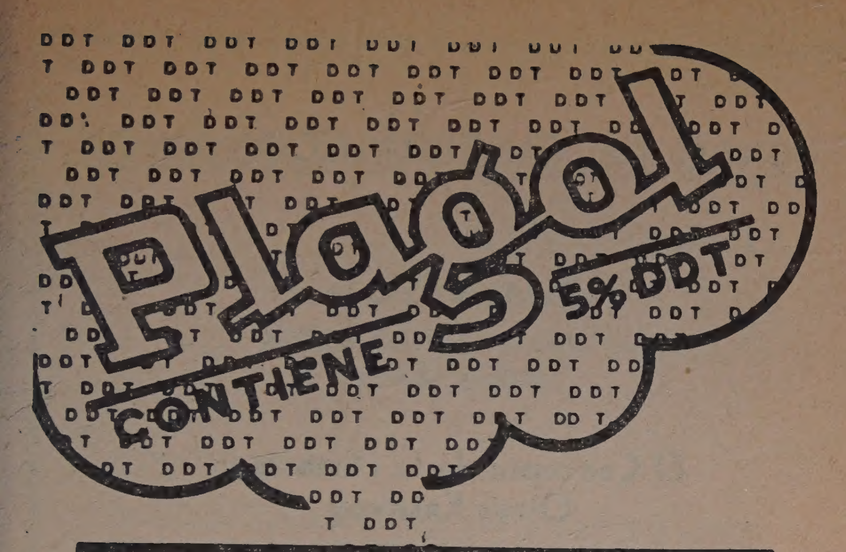


Belmont
PARA LOS FUMADORES DIFICILES!

La cerveza renueva las energías gastadas, porque nutre, al mismo tiempo que refresca.

La cerveza contiene 90% de agua, de la más pura que es dable obtener y 10% de alimento líquido, cereales también, como el pan. Al beberla usted, toma cierta cantidad de cebada, malta y lúpulo, donde existe latente la vitalidad de los campos oxigenados, que fertiliza el sol....

ASOCIACION NACIONAL DE FABRICANTES DE CERVEZA



COM PERMISO DE J.R. GEIGY S.A. DE BASILEA SUIZA

REG 29180 S S A
MARCA IND REG

MATA: MOSCAS, MOSQUITOS, PULGAS, CHINCHES, POLILLA, CUCARACHAS, PIOJOS, HORMIGAS.

DE VENTA EN:
TLAPALERIAS, FARMACIAS Y ESTACIONES DE SERVICIO



PETROLEOS MEXICANOS

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

ULTIMOS LIBROS

Delito y Psique

por DAVID ABRAHAMSEN
340 pp.; $ 8.00

El Concepto de la Historia y Otros Ensayos

por J. HUIZINGA
454 pp.; $13.00

Alejandro Magno

por JOHANN GUSTAV DROYSEN
483 pp.; $ 15.00

Topía y Utopía

por EUGENIO IMAZ
204 pp.; $ 5.00

La Arquitectura Peruana

por HECTOR VELARDE
174 pp. de texto y 97 grabados.
$ 12.00

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

PANUCO 63. *MEXICO, D. F.*

CUADERNOS AMERICANOS

No. 6 Noviembre-Diciembre de 1946 Vol. XXX

INDICE

DIMENSION IMAGINARIA

Todos los artículos de Cuadernos Americanos *son rigurosamente inéditos en todos los idiomas.*

Se prohibe su reproducción sin indicar su procedencia.

NOVEDADES

ENRIQUE DIEZ-CANEDO: La poesía francesa. Del romanticismo al superrealismo ....$ 25.00
Esta amplia y justa selección del gran crítico español Enrique Diez-Canedo es, gracias a las introducciones y a las agudas presentaciones de cada autor, la historia más cabal de la lírica francesa de más de un siglo publicada hasta la fecha. Un volumen encuadernado en tela.

ANTONINA VALLENTIN: Leonardo. La trágica busca de la perfección ....$ 12.00
La más completa, verídica y rigurosa biografía de Leonardo que reconstruye asimismo toda la época del Renacimiento en su magnífico esplendor.

ANGEL OSSORIO: Mis memorias ....$ 7.00
Entre todas las obras de Don Angel Ossorio ninguna más interesante que ésta. Su tema es el propio autor cuya vida ilustre abarcó medio siglo de historia española.

LUIS JIMENEZ DE ASUA: La constitución de la democracia española y el problema regional ....$ 4.00
Un análisis metódico pero al mismo tiempo lleno de vivacidad de las cuestiones fundamentales —la militar, la religiosa, la agraria y la regional—, vistas a la luz de la constitución española.

MARTA BRUNET: Humo hacia el sur ....$ 5.00
La eterna lucha de la libertad humana contra la fatalidad es el tema central de esta novela premiada por El Club "El Libro del Mes" de Buenos Aires y el PEN CLUB de Chile.

HANS KELSEN: La idea del derecho natural y otros ensayos ....$ 7.00
Además del estudio que da título al libro se incluyen en esta obra otros sobre temas tan importantes como la ley de causalidad y los juicios de valor en la ciencia del Derecho.

HUMBERTO FUENZALIDA-AMANDA LABARCA-NORBERTO PINILLA-FRANCISCO WALKER LINARES-ENRIQUE L. MARSHALL-JULIO RUIZ BOURGEOIS: Chile. $ 5.00
Exposición de los principales aspectos de la realidad chilena: Geografía, Educación, Literatura, Legislación, Economía, Minería.

J. P. LOCHART-MUMMERY: El origen del cáncer ......$ 5.00
En la lucha contra el cáncer lo mejor es conocer la causa. Este libro presenta la hipótesis que explica mejor los hechos conocidos.

G. W. LEIBNIZ: Correspondencia con Arnauld ....$ 3.50
Como un homenaje al centenario de Leibniz, editamos esta obra que, según la crítica actual, es la que representa más fielmente el pensamiento del filósofo.

MARIA LUISA NAVARRO: Antología de Rousseau ....$ 2.00
Las páginas más notables del precursor de la actual educación con una exposición de su vida y de su obra.

BENITO PEREZ GALDOS: Torquemada en la hoguera...$ 2.00
" " " Torquemada en la cruz .....$ 2.50
En la serie de los Torquemada creó Galdós uno de sus grandes personajes que se incorpora a la galería de arquetipos novelescos del siglo XIX.

FRANCISCO VERA: Breve historia de la matemática ...$ 2.00
Despojada de tecnicismos, esta obra está escrita con sencillez y elegancia que hacen muy agradable su lectura.

EDITORIAL LOSADA, S. A.

Alsina 1131, Buenos Aires

VIDRIO PLANO, S. A.

FABRICANTES Y EXPORTADORES

Fabricación automática de vidrio transparente y traslúcido para puertas y ventanas.

Silicato de sodio de primera calidad para la elaboración de jabón

Apartado Postal No. 372

Monterrey, N. L. México

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



SECUNDARIA, PREPARATORIA Y COMERCIO

Externos

PASEO DE LA REFORMA 80

TELS. 13-03-52 · L-51-95

KINDER - PRIMARIA

Medio Internado - Externos

REFORMA 835 (LOMAS)

TEL. 15-82-97

MEXICO, D. F.

LIBRAIRIE FRANÇAISE

SOUS LE CONTRÔLE DE L'ATTACHÉ CULTUREL
PRÈS DE L'AMBASSADE DE FRANCE.

LIBROS DE ARTE

LITERATURA

MEDICINA

CIENCIA

REVISTAS

RECIEN LLEGADOS DE PARIS

Precios muy moderados
Servicio C. O. D. a los Estados
y al Extranjero

REFORMA 12 MEXICO, D. F.

10-07-28 L-91-92

RESERVADO

PARA LA

UNION NACIONAL

DE

PRODUCTORES DE AZUCAR

★

ARTE LITERATURA HISTORIA

LA OBRA MAS PORTENTOSA DE TODOS LOS TIEMPOS

La obra de SANTIAGO PRAMPOLINI ha sido considerada ya por el público como la OBRA MAS PORTENTOSA DE TODOS LOS TIEMPOS... Lo es por la gigantesca labor intelectual realizada por su autor y por el enorme esfuerzo editorial que supone su publicación.

La HISTORIA UNIVERSAL DE LA LITERATURA rebasa los límites de cuantas obras haya podido conocer el lector hasta ahora. Es la primera ¡Y LA UNICA! que presenta al público de lengua española el más extenso y documentado estudio de todas las culturas. En sus trece volúmenes se recoge la HISTORIA, el ARTE y la LITERATURA de cada época.

La obra monumental de SANTIAGO PRAMPOLINI constituye, por sí sola, una verdadera biblioteca. En la que han intervenido bajo la sabia e ilustre dirección de JOSE PIJOAN, las figuras más preclaras de la intelectualidad Hispano Americana. Usted no puede privarse de ella, para deleite de su propio espíritu, ni puede privar tampoco al resto de sus familiares.

Envíenos ¡HOY MISMO! el cupón que aparece en este anuncio y recibirá un LUJOSO FOLLETO DESCRIPTIVO

EXPOSICION PERMANENTE DE LA OBRA

EDITORIAL GONZALEZ PORTO

AV. INDEPENDENCIA 8. - APDO. 140 bis. MEXICO, D. F.

EDITORIAL GONZALEZ PORTO
AVENIDA INDEPENDENCIA 8.
APDO. 140 bis. MEXICO. D. F.

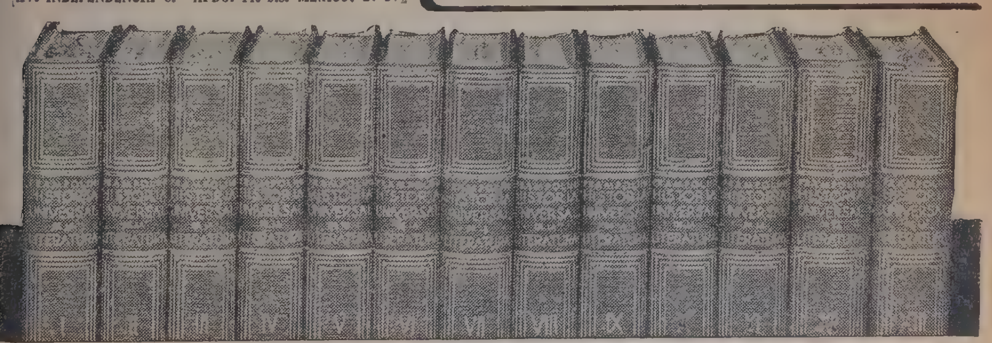
Tengo verdadero interés en recibir, sin compromiso alguno, el folleto descriptivo de la HISTORIA UNIVERSAL DE LA LITERATURA y amplios informes sobre facilidades de pago.

Nombre y apellidos ....

Profesión y ocupacion ....

Dirección ....

....



CORTESIA

DE

CERVECERIA TECATE,
S DE R. L.

CIA. MEXICANA DE MALTA,
S. A.

ACEITES VEGETALES DE
TECATE,
S. A.

ALBERTO V. ALDRETE E HIJOS,
S. DE R. L.

Tecate,

Baja California, México


EL VALOR DE UNA INDUSTRIA PROPIA
EN LA PRACTICA DE LOS NEGOCIOS...
Tiene un alto significado para todos los hombres de empresa de México, para quienes se convièrte en positivo factor de éxito, la adquisición de equipos para oficina, de fabricación Nacional.
• Modernísimos y elegantes confortables forrados con finas pieles importadas.
• Elegante escritorio de líneas aerodinámicas con las innovaciones más modernas para su máxima eficiencia.
• Gabinete de Tarjetas Dime-X únicos por sus exclusivas garantías de seguridad, capacidad y fácil manejo.
• Estupendo archivero de líneas modernas, que llena todos los requisitos de orden y seguridad que necesita Ud. para sus documentos.
• Maravillosa armonía y acogedora comodidad encontrará Ud. en los bellos muebles para jardín Nacional
• Ideales y eficientes gabinetes para cocina que encierran todo el confort indispensable para las amas de casa.
DISTRIBUIDORA MEXICANA, S. A.
DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS DE LOS PRESTIGIADOS EQUIPOS DE ACERO Nacional
DIRECTOR GENERAL ANTONIO RUIZ GALINDO
UNA ORGANIZACION DE MEXICANOS
SALAS DE EXPOSICION Y VENTAS MADERO No. 22 TELEFONOS ERICSSON 12-00-80 MEXICANA J-19-97-BOLIVAR No. 25 TELEFONOS ERICSSON 18-20-99 MEXICANA L-65-80-INFORMES EN NUESTRAS OFICINAS ESPECIALES DE BOLIVAR 21. PRIMER PISO ERICSSON 13-27-43 18-66-67 18-66-68 MEXICANA J-10-58
OFICINAS GENERALES: CIUDAD INDUSTRIAL "D. M. NACIONAL CALZADA SN JUAN DE ARAGON NUM. 528 VILLA GUSTAVO A. MADERO, D. F TELEFONOS DIRECTOS. ERIC. 17-23-00, 17-23-60, 17-23-63 17-23-81, 17-24-00, 17-05-96 CON 40 LINEAS DE EXT. MEX. X-02-00, X-02-07, X-02-08, X-02-09 CON 40 LINEAS DE EXTENSION

COMPAÑIA FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

CAPITAL SOCIAL: $ 50.000,000.00

FABRICANTES DE TODA CLASE DE MATERIALES DE FIERRO Y ACERO:

Fierro Comercial y Fierro Corrugado, de todas medidas, para construcción; Aceros para Muelles; para Herramientas; Octagonal para Minas y Hornos, etc.

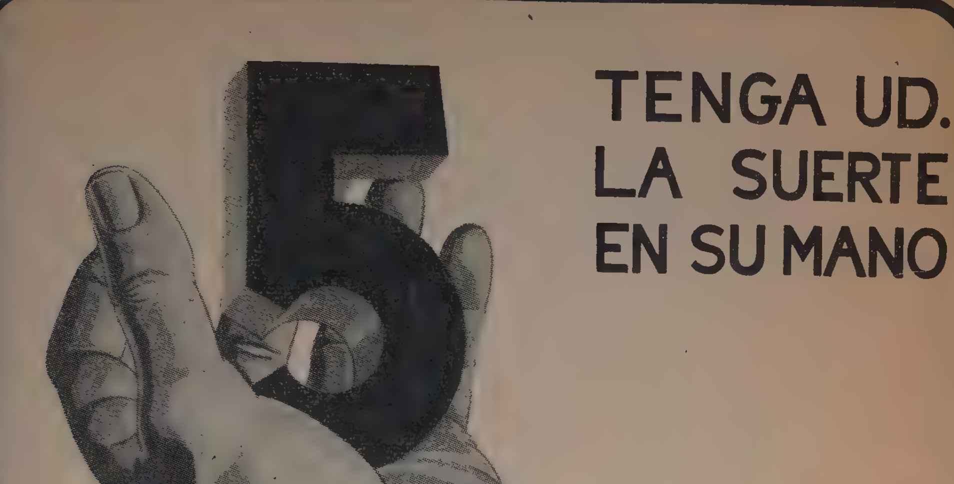
Placas, Viguetas "I" y "H", Canales "U".
Rieles de Diversas Secciones y Pesos.
Alambres y Alambrón.

Tornillos Máquina,
Coche y Arado;
Estoperoles
Pijas
Tuercas y Remaches
Arandelas
y
Clavos y Tornillos para Vía, etc., etc.

Domicilio Social
y
Oficina General de Ventas:
BALDERAS Nº 68.
Apartado 1336.
MEXICO, D. F.

FABRICAS
en
MONTERREY, N. L.
Apartado 206.

SORTEO DE LOS MILLONES.



MILLONES

DE PESOS

EL 15 DE NOVIEMBRE

REPARTO:

PRIMER PREMIO	$ 5.000.000.00
SEGUNDO "	" 2.000.000.00
TERCER "	" 1.000.000.00
CUARTO "	" 500.000.00
5 PREMIOS DE	" 100.000.00
5 " "	" 50.000.00
5 " "	" 25.000.00
5 " "	" 10.000.00
250 " "	" 4.000.00

MAS APROXIMACIONES, TERMINACIONES Y REINTEGRO



ENSEÑE A LEER HAGA PATRIA

Conciencia Nacional e Internacional

Mucho alabamos en los pueblos antiguos, como flor de civilización, el culto a la hospitalidad que ha dado nacimiento a muy diversas y originales costumbres. El huésped fué considerado siempre como algo sagrado, merecedor de toda suerte de exquisitas atenciones.

Los tiempos no son ya los mismos, ciertamente, y la vida actual, con sus urgencias terribles, no es propicia —salvo para unos pocos— al desarrollo de las individuales formas hospitalarias. Mas ello no quiere decir que los impulsos que determinaron esas sabias costumbres hayan sido descartados para siempre, sino que atraviesan una crisis de adaptación a las nuevas circunstancias hasta que consigan tomar adecuadas formas de vida. La conciencia tiende en nuestro tiempo a hacerse menos individual para atenerse cada vez más a los ámbitos colectivos de las naciones y a las relaciones entre éstas. Así la hospitalidad ha dejado en cierto modo de ser una virtud individual en la mente de los pueblos civilizados, para manifestarse en el cuidado que éstos, globalmente, ponen en atender y halagar al visitante de otros países, considerándolo huésped nacional, huésped de todos. Cosa a todas luces justificada, moral y materialmente. Por que a fin de cuentas más es el ambiente agradable y acogedor, con la sensación de bienestar que procura, lo que atrae y seduce al viajero, que la simple exhibición de un acervo de objetos fotografiables y hermosos: paisajes, monumentos, etc., puro esqueleto del verdadero cuerpo turístico que es la calurosa, por humana, presencia viva.

Debemos decir que así lo ha comprendido el pueblo mexicano que cada día muestra mayor inclinación a desvivirse en beneficio del visitante con objeto de hacerle su estancia entre nosotros grata. Ya no son quienes viven de la industria del turismo los únicos que hacen gala de su amabilidad profesional, sino todas las clases sociales representadas en el hombre de la calle, las que han comprendido sus deberes de solidaridad para quienes llegan a veces de muy lejos atraídos, como en los viejos relatos, por la fama de nuestras bellezas nacionales. México es bello, sin duda, es deleitoso, pintoresco y lleno de colorido, de porvenir, pero es también un pueblo que ha dado ya grandes pasos en el camino de una civilización nueva y sabe rodear de humanas consideraciones, con la hidalguía heredada de su doble estirpe, a quienes le honran visitándole.

F. L. S.

Para informes sobre cuanto se refiere al turismo nacional y extranjero dirigirse a:





DE TURISMO

AVENIDA JUAREZ 76

MEXICO, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO V VOL. XXX

6

NOVIEMBRE-DICIEMBRE
1946



MÉXICO, 1º DE NOVIEMBRE DE 1946

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F. CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA, ex Rector de la Universidad de Barcelona;
Alfonso CASO, ex Rector de la Universidad Nacional de México;
Daniel COSIO VILLEGAS, Director General del Fondo de Cultura Económica;
Mario DE LA CUEVA, ex Rector de la Universidad Nacional de México;
Eugenio IMAZ, escritor;
Juan LARREA, ex Secretario del Archivo Histórico Nacional de Madrid;
Manuel MARQUEZ, ex Decano de la Universidad de Madrid, Académico;
Manuel MARTINEZ BAEZ, ex Presidente de la Academia de Medicina de México;
Agustín MILLARES, Catedrático de la Universidad de Madrid, Académico;
Alfonso REYES, Presidente del Colegio de México, Académico.
Jesús SILVA HERZOG, ex-Director de la Escuela Nacional de Economía de México.

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Secretario
JUAN LARREA

Se prohibe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MEXICO, D. F.

S U M A R I O

INDICE DE ILUSTRACIONES

Fotograbado de

FOTOGRABADORES Y ROTOGRABADORES UNIDOS, S. DE R. L.

Bucareli 24. - México, D. F.

Nuestro Tiempo

DOS GUERRAS PERDIDAS PARA LA REDENCION DEL HOMBRE

Por *Alfredo L. PALACIOS*

TERMINADA la guerra del catorce, hubo en el mundo un estremecimiento de esperanza y un ímpetu renovador. Los pueblos contemplaban ante sí un camino de vastas perspectivas. Serían barridas para siempre las viejas monarquías; se constituirían nuevas democracias con un contenido ético. Se anunciaban transformaciones sociales que impedirían la repetición de la catástrofe soportada. Todo hacía suponer que se iniciaba una nueva era en la vida de la humanidad. La guerra había sido revolucionaria y los hombres justificaban la sangre derramada para detener el avance de la barbarie. Los pacifistas eran los reaccionarios. Si la paz se hubiera hecho sin vencer al enemigo, escuchando los lamentos de las mujeres, de los neutrales o de los ideólogos, hubiera quedado destruída la posibilidad de progreso. Todos creyeron sinceramente que la guerra era una conflagración universal de hombres, de cosas y de ideas.

I. *LA REVOLUCION RUSA*

HIJA suya era la Revolución Rusa, que destruyó el régimen podrido de los zares. El 10 de mayo de 1906 había nacido la *Duma* y ese mismo día pedí y obtuve del Congreso argentino, desde mi banca de diputado, un saludo para el primer parlamento ruso que aparecía fuerte, vigorizado por sangre proletaria, como el primer paso hacia el establecimiento del régimen constitucional. Dije, entonces, que el pueblo había sufrido opresiones seculares, pero que la *Duma* prepararía su redención y que *muy pronto habría de caer todo el armazón del despotismo.* Once años después, caían los Romanoff y los grandes Duques. Los obreros y los soldados abrieron la *for-*

taleza de Pedro y Pablo, nueva Bastilla, y sacaron a los presos políticos, llevándolos en triunfo. La multitud no levantó picas con cabezas humanas. Pocos meses más tarde, se produce el golpe de estado bolchevique, proclamándose que todo el poder pertenecía a los *soviets,* acontecimiento que sólo hizo posible la guerra y que conmovió a todo el mundo.

La Revolución Francesa había reemplazado una forma de propiedad por otra. La Revolución Rusa pretendía la supresión de la propiedad privada de los medios de producción. Se trataba de una obra grandiosa. No nos interesaba la discusión bizantina entre Lenin y Kautsky, sino la obra de los constructores, reveladora de que el socialismo podía realizarse y de que en aquella colmena lejana, las abejas no querían ya elaborar miel para sus amos. . .

Sostuve entonces, que con la Revolución Rusa, *"un nuevo derecho tomaba posesión de la historia".* Asistíamos a un experimento formidable.

Y por eso, cuando Kautsky dijo que los rusos únicamente habían "creado un ejército como el proletariado abyecto de la antigua Roma", afirmé que el gran teórico alemán sólo expresaba su apasionamiento, su encono, que no prueban nada. La guerra libertadora, no obstante dejar yermos los campos, destruídas las ciudades, talados los montes y enlutados los hogares, parecía traer la redención de los hombres. Transformaría el régimen económico opresivo que no garantizaba ni el pan ni la libertad. Dignificaría el trabajo, pero además pondría fin al martirio de un pueblo. Y eso se refería al orden espiritual.

II. *EL MARTIRIO DE UN PUEBLO*

ALLEMBY, el general británico, había entrado en Jerusalén al frente de sus lanceros invencibles. "Nuestra obra es la más bella porque es la más desinteresada. Nada venimos a buscar para nuestro Imperio", dijo este caballero de leyenda que marchaba impulsado por una alta idealidad. Se iba a realizar la esperanza milenaria de los judíos. Jerusalén, a la que en épocas de esplendor iban atraídos por su grandeza los habitantes de las orillas del Jordán, de los montes de Moab y Galaad y de

la riente Galilea, vivía silenciosa y triste; pero en sus callejuelas oscuras, sin que los perturbaran el tañido de las campanas de los templos cristianos, ni las salmodias de las mezquitas, unos cuantos millares de judíos, con la tenacidad que es casi obstinación, propia de su raza fuerte, trabajaban por la reconstrucción de la patria. Del *Templo de Salomón* quedaba un trozo de muro, testigo de gloria. Se acercaban a él los judíos: "Por nuestro pueblo disperso —decían— venimos aquí a llorar". Pero su llanto no era expresión de debilidad; las lágrimas que humedecían el muro no aminoraban las energías de esos hombres, que por un ideal han persistido en su individualidad étnica, manteniendo el fuego de su esperanza ante el asombro del mundo.

Los vencedores de la guerra libertadora habían entrado en Jerusalén y los judíos esperaban el cumplimiento de la promesa del gobierno británico. Golpeaba en los corazones la voz profética de Hertzl, que anhelaba redimir a su pueblo, vejado y escarnecido. El triunfo del sionismo se debería a la guerra libertadora. Había terminado el martirio. El destino de Israel era la realización de la Justicia Social, que antes no se concebía sin Jehová; de ahí los profetas, sus intérpretes y el Templo. Después de la gran contienda, los judíos que volvieran a Jerusalén no tendrían que reconstruir santuarios. El candelabro de los siete brazos, la mesa de los panes y el incensario, ya no significarían nada. Sería menester en cambio, para realizar la justicia social, crear una democracia fuerte que proclamara el derecho a la vida material y del espíritu.

III. *FERVOR Y DINAMISMO DE LOS TRABAJADORES*

TERMINADA la guerra, hubo una exaltación de las almas. Europa había perdido ocho millones de sus mejores obreros, sin contar los inválidos. Y los pueblos no querían que subsistiera el régimen capitalista, expoliador. Todos hablaban de un orden nuevo para reconstruir el mundo y las doctrinas tachadas de utópicas, comenzaban a ponerse en contacto con la realidad.

Antes que los soldados se enterraran en las trincheras, y combatieran los ejércitos, se había producido ya la agresión

en el terreno económico, la guerra sin cuartel. En los *trusts* y los *cartells* y en el procedimiento del *dumping*, las lidias industriales se transformaron en nacionales. La lucha sangrienta se hizo ineluctable, y los pueblos se vieron arrastrados a la catástrofe. Después de la contienda que segó tantas vidas, frente a la desarticulación capitalista los trabajadores tuvieron una gran ilusión y quisieron reformar la economía expoliadora que había sido causa de la tragedia. Los obreros organizados sabían que toda forma de propiedad es precaria, y que el régimen a que estaban sometidos no podía dominar las fuerzas productivas que se rebelaban. Había que abatir el sistema económico, siguiendo un proceso histórico, que en parte se realiza de acuerdo con una ley mecánica y en parte por una aspiración humana a la justicia. Se celebraron grandes asambleas y se proclamaron fórmulas jurídicas revolucionarias, que surgiendo de la acción de los trabajadores, tendían a cristalizar en un nuevo derecho.

Los capitalistas se defendían, pretendiendo utilizar el Consejo de Administración de la *Oficina Internacional del Trabajo* para intensificar la tarea.

"Hay una ola de pereza que avanza", decían. Y era necesario detenerla, asegurando "el mayor grado de producción"; los obreros debían rendir con su labor, en todas las horas, el máximo posible. El límite de la jornada, había dicho Marx no se regula por la conservación normal de la fuerza de trabajo. El capital no para mientes en la duración de la vida del obrero; sólo le preocupa el máximo de la fuerza que puede producir una jornada. Y esto lo consigue acortando la duración de la fuerza de trabajo, debilitándola, agotándola y matándola prematuramente, *como un codicioso agricultor que obtiene del suelo un rendimiento mayor, robándole su fecundidad*". Para el capitalista el trabajo humano es una mercancía. Compra en el mercado todos los elementos necesarios para un proceso de trabajo; los objetivos: medios de producción, y el factor personal, o fuerza de trabajo, y los considera a todos de la misma manera. Esto de acuerdo con la economía política ortodoxa, a la que con razón llamó Ruskin, "ciencia sombría".

Pero los obreros que tienen como fuerza motriz un alma, después de la guerra, mostraron una solidaridad magnífica. Y probaron que la "ola de pereza" que contrariaba el anhelo

capitalista de intensificar la producción, obedecía a un espíritu colectivo surgido de la gran conmoción que devastó muchos pueblos y agitó todas las almas.

IV. *EL PENSAMIENTO PROLETARIO*

El Congreso de la *Federación Sindical Internacional de Londres,* celebrado en 1920, explicó el pensamiento proletario respecto de este asunto. Esa asamblea, en la que estuvieron representadas las más importantes organizaciones obreras del mundo, formando un total de veintisiete millones de trabajadores, condenó el sistema capitalista de producción que funciona en perjuicio de la colectividad y en provecho de una minoría. Después de tomar en cuenta la excesiva elevación del costo de la vida y los beneficios exorbitantes obtenidos por las empresas capitalistas, así como la escasez de los objetos de primera necesidad en casi todos los países, el Congreso declaró que los obreros no tenían motivo alguno para producir un acrecentamiento de las riquezas, en provecho de un número reducido de capitalistas. Y afirmó que el aumento indispensable de la producción no podía efectuarse más que en un nuevo sistema económico donde los esfuerzos de los productores beneficiaran a la comunidad y donde los capitalistas no tuvieran el poder de contrarrestar esos esfuerzos con el objeto de servir sus intereses egoístas. De ahí, que el Congreso expresara que era menester la socialización de la tierra y de los medios de producción, estimando indispensable iniciar, desde ese momento, la nacionalización de la riqueza del subsuelo, de los instrumentos de transporte, y en general, de todas las ramas más importantes de la producción. Es claro que la industria nacionalizada no sería administrada por los gobiernos, pues tal cosa hubiese significado hacer al Estado demasiado poderoso frente al pueblo, lo que constituye un peligro para la democracia, amén que el Estado no administra siempre bien. No aspiraban los trabajadores al *estatismo* sino a la *socialización,* y eso significa la existencia de Consejos elegidos por representantes de todas las fuerzas sociales.

Era menester, al término de la contienda humana, crear un nuevo régimen basado sobre la justicia, un orden jurídico distinto y superior.

El *Congreso de Berna,* en el que estuvieron representados los partidos socialistas y la *Internacional de los Sindicatos* reunidos en la misma ciudad, en 1919, sancionaron una *Carta de Trabajo,* redactada por una Comisión que asesoró Bauer, el profesor de Basilea.

La Conferencia de Berna sostuvo que bajo el sistema de trabajo asalariado, los empresarios se preocupan de aumentar sus ganancias mediante métodos que provocan la decadencia física, moral e intelectual de los obreros. Y esa acción sólo podía ser impedida por la abolición de la producción capitalista, siendo, no obstante, susceptible de ser atenuada por la resistencia de la organización obrera y la legislación social. Las esperanzas de los trabajadores se agrandaron. La *Carta de Berna* llegó a la Conferencia de la Paz, como *Carta del Trabajo Universal.* La paz no podía realizarse sino sobre la base de la justicia social y por eso proclamaba enfáticamente que *"el trabajo humano no es una mercancía",* declaración que se incorporó al *Tratado de Versalles* y que al reconocer la personalidad moral del obrero, significaba el repudio del sistema capitalista.

El mundo estaba pendiente de la renovación social. No creía que pudiera resultar inútil la sangre derramada. La guerra había engendrado a la revolución y todas las miradas estaban fijas en las grandes organizaciones obreras que creaban organismos para reemplazar funciones del Estado.

El sindicato era la gran fuerza revolucionaria. En 1919, la *Federación Sindical Internacional,* había surgido con un gran vigor, pero frente a ella apareció la *Federación Internacional Roja,* que proclamaba la aceleración del ritmo revolucionario, planteando una división que tendría funestas consecuencias, porque oscurecía los ideales proletarios y paralizaba la acción.

V. *LA CONTRARREVOLUCION*

Entre tanto la contrarrevolución había nacido y crecía con el *Fascismo,* expresión del monopolio capitalista, que absorbió las actividades del hombre, considerándolo como un simple medio al servicio de los fines del Estado, identificado con el partido único. Negación de toda doctrina, porque es contra-

rio a la razón, exigía el sometimiento incondicional, y sólo buscaba la perpetuación en el poder.

En Italia, un aventurero audaz triunfó con sus brigadas, implantando el régimen del terror después de destruir las instituciones cooperativas y las administraciones comunales organizadas por los socialistas italianos. Los terratenientes, los capitanes de la industria y los comerciantes abrieron sus arcas y facilitaron así el triunfo de la dictadura infame.

El Dr. Angel Gallardo, hombre de derecho, cuando se producía en Italia el estallido fascista era Ministro ante el *Quirinal.* Envió, entonces, a nuestro Canciller una nota *reservada* que yo publiqué [1] y que decía así: "Los fascistas empezaron a castigar a los socialistas, asaltando y quemando sus locales sociales, apaleando o matando a los subversivos con la tolerancia de las autoridades. El fascismo crece y se *extiende* ayudado pecuniariamente por fuertes suscripciones de la nobleza y de la clase adinerada, que ven en los fascistas defensores mucho más eficaces que las autoridades regulares".

La destrucción o el sometimiento de las organizaciones obreras divididas, llenas de encono, proporcionó a los patronos grandes ventajas, y la acción imperialista de la dictadura abrió nuevas perspectivas a las empresas y a los negociantes. Los obreros se sometieron al régimen corporativo con el sindicato, autorizado para cada categoría profesional. Este corporativismo sin libertad era sistematización burocrática que destruía la autonomía de la clase obrera y la inutilizaba en la lucha por el nuevo derecho. Para ahogar toda expresión de libertad por leve que fuera, el dictador organizó una milicia pagada por el Estado que le respondía incondicionalmente, proclamando con impudicia que el fascismo era la nación italiana.

En Italia el fácil triunfo fascista se ha explicado por la división de los obreros, por el bajo nivel de cultura del pueblo y la falta de tradición democrática. En Alemania, país de gran cultura influyó para la victoria nazista el anhelo de venganza por el régimen que impuso el *Tratado de Versalles.* Hitler, sin principios y sin escrúpulos, se hizo el intérprete de ese anhelo, proclamando la fuerza de la raza y el odio a los judíos. Aprovechó la disciplina del pueblo y se afirmó en el ejército

[1] El autor de este trabajo fué, por esa actitud, acusado criminalmente por el Poder Ejecutivo —no prosperando la querella.

para crear una formidable máquina de guerra que el dictador no pudo detener, una vez puesta en movimiento, porque lo convirtió en un rodaje.

Y los Estados totalitarios absorbieron al hombre, que perdió así su personalidad. La fuerza revolucionaria de los trabajadores decrecía en todo el mundo; la llama renovadora se apagaba.

En Francia, la Confederación General del Trabajo, que proclamaba la emancipación de los trabajadores como obra de los trabajadores mismos, y luchaba contra los que detentaban los medios de producción, fué atacada por el gobierno y la justicia ordenó su disolución.[2]

En Estados Unidos, donde Wilson, el gran magistrado docente, se había declarado en favor de la genuina democratización de la industria, que implicaba la comunidad de intereses y la participación de los obreros en el control de las empresas, fué descalificado por influencia de la plutocracia.

En Inglaterra se atenuaba el impulso del Laborismo. Quiero citar un hecho significativo. En la sesión de la Cámara de los Comunes de 1923, el socialista Snowden presentó una moción concebida en estos términos: "Que en vista del fracaso del sistema capitalista, ya sea para utilizar y organizar debidamente los recursos naturales y las fuerzas productivas, ya sea para procurar los medios necesarios de vida a una gran parte de la población y creyendo que la causa de este fracaso reside en la propiedad privada de los medios de producción y distribución, esta Cámara declara que se deben adoptar medidas legislativas para sustituir gradualmente el régimen capitalista por un orden social basado en la posesión pública y el control democrático de los instrumentos de producción y distribución". Pocos meses después, Snowden, llamado por Ramsay Mac Donald al Ministerio de Hacienda del gabinete laborista, presentaba el primer presupuesto socialista. Lloyd George, recordando la anterior proposición —dijo con ironía— que no encontraba en ese presupuesto ni asomo de algún movimiento hacia la sustitución del sistema económico. Gladstone, que creía profundamente en el orden existente, lo habría firmado en la seguridad de que afianzaba el régimen.

[2] El autor de este trabajo rechazó, por esto, la condecoración de la Legión de Honor que le otorgó el Gobierno de Francia.

VI. *LA ABSORCION DEL HOMBRE POR EL ESTADO*

LAS dictaduras triunfaban y se expandían. En todos los países aparecían partidarios del régimen totalitario, que diviniza al Estado. "Todo está en el Estado y nada humano ni espiritual existe, y por lo tanto nada tiene valor, fuera del Estado", decíase frecuentemente.

Pero el Estado es la sociedad jurídica y políticamente organizada. Es una asociación, pero su carácter y sus fines son más limitados que los de la sociedad. Y es posterior a la sociedad. Se ha afirmado con razón que una de las adquisiciones científicas más importantes que debemos al socialismo y a las discusiones por él suscitadas, consiste en el descubrimiento de la existencia, al lado y fuera del Estado, de un organismo colectivo con su vida propia que designamos con el nombre de sociedad cuando en el pensamiento le aislamos de toda forma política y nos lo representamos en su unidad autónoma.

Los que pretenden que el Estado absorba al individuo se complacen en afirmar que si el todo vale más que las partes, es evidente que el Estado vale más que la persona. Los que tal cosa sostienen olvidan que la *persona* parte de la *sociedad,* es a la vez un *todo* y que frente al Estado subordina sólo una parte. El hombre y la familia tienen, además de su vinculación con el Estado, aspectos que le superan, pues la persona y la familia trascienden el Estado.

Tomás de Aquino dice que el hombre no está ordenado en la sociedad política según su ser íntegro y según todo lo que es en él.[3] Y Maritain, comentando esta expresión, afirma que al contrario, en virtud de ciertas cosas que hay en él, el hombre se eleva íntegro por encima de la *sociedad política.* Es claro que esto constituye la negación del totalitarismo, cuyo lema es: "Todo en el Estado; nada contra el Estado; nada fuera del Estado".

Soy parte del Estado —dice Maritain— en razón de ciertas relaciones de la vida común que interesan a mi ser íntegro, pero en razón de otras que también interesan a mi ser íntegro, con cosas más importantes que la vida común, hay en mí, bienes

---

[3] *Suma Theologica,* II - IIa á III.

y valores que no son para el Estado, ni del Estado y están por encima del Estado.

El Estado, creación del hombre, no debe absorber al hombre haciéndolo instrumento para determinados fines. El Estado es un medio al servicio de la personalidad humana; un medio para que el hombre pueda cumplir su fin. El Estado ha de facilitar *el desarrollo del hombre, reconociendo en él un valor* ético superior. El Estado es una fuerza que se ejerce para la defensa y seguridad de los derechos del hombre.

Pero el concepto de la dignidad humana se oscureció en los estados totalitarios, que no admitían adversario ni disidente, pues la "ética" estatal llevaba a la divinización del estado o de las ideas que en el estado se creen hipostasiadas.

Se trataba de dictaduras opresoras que habían de repercutir en los países de América donde luchamos por el estado de derecho, en el cual el hombre es una persona, una entidad moral que piensa y quiere; un fin en sí.

Los dictadores sabían que las naciones poderosas, regidas por principios democráticos, no querían la guerra y temían las agresiones de los países totalitarios. Sus conductores no eran bandidos irresponsables. Y es así como el mundo presenció temeroso la caída de Albania, de Checoeslovaquia y el aplastamiento de la República Española, que tantas esperanzas había despertado en el mundo.

El Fürher preparaba la guerra, pero no estuvo seguro hasta que eliminó la posibilidad de dos frentes. Y cayó Polonia. Y se produjo la conflagración que las grandes naciones temían pero que no pudieron evitar; la guerra, con la explotación de trabajadores europeos conducidos a Alemania como esclavos, con las torturas de millones de hombres en campos de concentración y en cámaras letales; la catástrofe mundial más horrorosa que han conocido los siglos. Y sólo ha podido detenerse la contienda, merced a los adelantos de una ciencia que ha verificado en cinco años los progresos en busca de la muerte, que no ha logrado alcanzar durante siglos para engrandecer la vida. Parecía que el descubrimiento de la bomba atómica debió haber sido el punto final de un proceso que conduce a la destrucción del género humano. Pero no obstante el avance apocalíptico de los medios destructores, que ya tiene caracteres de enloquecimiento humano, al término de la gue-

rra y antes de formular la paz, nos encontramos, de nuevo, frente a la iniciación de otra contienda, después de la cual, todos convienen en que no se lograría restablecer la civilización.

VII. *DESPUES DE LA GUERRA LA ESTRUCTURA ECONOMICA PERMANECE INTACTA*

DESPUÉS de la matanza gigantesca, cuando los pueblos de Europa están hambrientos, la estructura económica y social permanece intacta. Subsiste el régimen capitalista, que mantiene todos sus privilegios, y los trabajadores que permanecieron sometidos, olvidan sus ideales, pensando sólo en reivindicaciones pequeñas e inmediatas. Las grandes centrales obreras han desaparecido; ya no hay exaltación de las almas; aquellas declaraciones revolucionarias de los sindicatos de 1919 se han atenuado o han desaparecido. Se ha combatido en nombre de la democracia, pero después del triunfo, se habla en nombre de la economía capitalista o del capitalismo de Estado y los "grandes" —¿risum teneatis?— (permítaseme que recuerde la pregunta del verso de Horacio), los "grandes" ya piensan en la nueva conquista del poder del mundo.

VIII. *HAN SIDO TRAICIONADOS LOS MUERTOS HEROICOS*

LOS pueblos creyeron que la guerra del catorce sería libertadora. No liberó nada. Cuando se produjo la nueva conflagración, resurgió la esperanza en medio de la tragedia. Terminó, y otra vez han sido traicionados los muertos heroicos; subsiste el mundo viejo del capitalismo expoliador, que no permite a los hombres resolver los problemas materiales y espirituales. Los judíos, que creyeron en la realización de la esperanza milenaria cuando Allemby entró en Jerusalén, se vieron defraudados por Inglaterra, que no cumplió la promesa de la *declaración Balfour.* Ha caído sobre el mundo un denso velo de niebla, apenas terminada la lidia titánica. El mundo se ha estremecido de horror frente al martirio de ese pueblo, vejado y escarnecido por los regímenes totalitarios, que volvió a creer en su redención al término de la segunda guerra. Pero

otra vez se ha disipado la esperanza de los perseguidos, porque los "grandes" necesitan el petróleo de Arabia...

La Revolución Rusa, que nació con la guerra del catorce, fué seguida en su desenvolvimiento con honda simpatía por el proletariado de todo el mundo, aun cuando no estuviera dispuesto a reproducirla con los mismos métodos. Antes de terminar la primera década, se produjo un alto en el camino y una rectificación. Las nuevas formas económicas creadas por la Revolución aparecían al lado de las formas económicas capitalistas que no habían podido ser desalojadas y libraban su batalla bajo el control permanente del Estado. La Carta Fundamental de 1918 había dispuesto que para realizar la socialización quedaba suprimida la propiedad privada de la tierra; que todas las tierras se declaraban propiedad nacional y serían entregadas a los trabajadores sin indemnizar a los propietarios, sobre la base del reparto igual para todos. Se trataba sólo de un derecho de usufructo que se extinguiría por la muerte del usufructuario. Esta tentativa de implantar el comunismo agrario fracasó, porque el 84% de la población rusa estaba compuesto de campesinos que tenían un espíritu de pequeño burgués, según la propia expresión de Lenin.

Rusia no hubiera podido vivir sin organizar y aumentar su producción, que decaía notablemente. Siguió su tarea, mientras el mundo observaba ansiosamente la trayectoria azarosa y arriesgada del renacer del pueblo ruso. Se comprende y explica la intensidad de esa expectativa. Era la primera vez en la historia, que se acometía por un pueblo la tarea de renovar, conforme a planes inéditos, la organización política y social así como la estructura económica, experiencia que se intentaba en un país sin tradiciones democráticas, retrasado en varios siglos de su evolución, respecto del occidente en general. Constituía pues esta tentativa, un salto en el vacío y suponía una aceleración de ritmo que no tiene precedentes en los anales humanos. A esta tensión no era ajeno el esfuerzo acumulado por varias generaciones de minorías abnegadas y cultas, sacrificadas en la época de los zares al ideal revolucionario de una Rusia liberada y redimida.

En los prolegómenos de la última guerra las opiniones estaban divididas en dos bandos antagónicos. Uno pronosticaba el hundimiento de Rusia y señalaba tan sólo las fallas

del sistema, los errores y los innumerables excesos cometidos, así como las penurias y sufrimientos inenarrables del pueblo; el otro, por el contrario, exaltaba las virtudes del régimen instaurado y ponderaba sus excelencias, sin admitir objeción alguna, hasta el punto absurdo de ofrecernos como modelo la organización soviética contra lo que siempre protesté, pues las características políticas, psicológicas y económicas de nuestros pueblos son absolutamente distintas a las de Rusia.

Ambas tendencias traducían, desde luego, más que aspectos de la realidad, los intereses y las aspiraciones de aquellos que las sustentaban. Lo que aparecia, en verdad, como hecho indiscutible, era que Rusia había adquirido una gran personalidad en la evolución de occidente. En dos décadas pasó de la servidumbre a una industrialización moderna. Y para apreciar el resultado de la transformación no había que compararlo con los pueblos de Europa, sino con su propio punto de partida. Vano hubiera sido desconocer entonces, estos dos hechos fundamentales: el aporte del pueblo ruso a la formación de un nuevo derecho y la construcción de un estado poderoso.

Es claro que la revolución cristalizó en un régimen que se adaptaba a la mentalidad de un pueblo que no pedía libertad, lo que es doloroso pero evidente. He dicho por eso, muchas veces, que nosotros no podríamos nunca realizar nuestro destino o acelerar nuestra evolución adoptando los procedimientos y los métodos rusos. Así se lo expresé a Henri Barbusse al agradecerle el envío de su libro *Staline,* en el que trata de describir un mundo nuevo visto a través de un hombre que exalta hasta el endiosamiento.

IX. *RUSIA AUMENTA SU PODERIO MILITAR*

HA terminado la segunda guerra mundial y hemos admirado la heroicidad del pueblo ruso en su lucha titánica contra las hordas mecanizadas de Hitler. Pero advertimos ahora con tristeza, que Stalin, dictador poderoso, quiere no sólo superar los modos de producción anteriores a la guerra, sino aumentar el poderío militar de la Unión Soviética. Es decir, que comenzará el delirio armamentista en todo el mundo. Y lo que es

peor, volverá la guerra cuando todavía la humanidad llora sus muertos en la contienda absurda y criminal. Volverá la guerra porque si Rusia se sigue armando, hará lo propio Estados Unidos, que no estará tranquilo mientras Rusia ejerza el control en el centro de Europa y aspire a entrar en el Mediterráneo con propósitos de dominación y con gran disgusto de Inglaterra, que ve decrecer su poderío. Ya se habla en Estados Unidos de la necesidad de que este país se convierta también en potencia mediterránea.

Pero, ¿existe hoy, en Rusia, después de la guerra, el régimen socialista que los constructores de la revolución se propusieron sinceramente implantar y para que surgiera el cual la *dictadura del proletariado* debía ser transitoria? ¿Podemos admitir la posibilidad de que Rusia se oriente hacia la democracia; o se acentúa el control absoluto del Estado, con una administración autocrática y burocrática que mutila la persona humana? ¿Constituye Rusia un peligro para el mundo en esta hora de desconcierto en que los "grandes" parece que hubieran perdido el rumbo?

Creí siempre que hablar de la bancarrota de la Revolución Rusa porque el socialismo después de la caída violenta del régimen zarista, no se había implantado definitivamente, era pueril, pues, la orientación y la dirección en la Unión Soviética había sido socialista y no podíamos reprocharle que no hubiera implantado integralmente ese régimen, ya que un sistema nuevo de producción no aparece en la historia como Pallas Atenea, armada, de la cabeza de Zeus.

Pero ahora, ¿podríamos aceptar la existencia de un régimen socialista en Rusia?—¿No estamos frente al peligro de que el dictador, disponiendo por circunstancias excepcionales de la vida y el destino de millones de seres, se convierta en tirano de la tierra?

Hace más de un cuarto de siglo, Lenin, después de atacar a los "*filisteos que han llevado el socialismo a la inaudita desgracia de justificar y embellecer la guerra imperialista,* calificándola de defensa nacional", decía que "la burocracia y el ejército permanente son parásitos que obstruyen todos los poros de la existencia".

¿Qué diría ahora frente a la burocracia más poderosa; frente al "generalísimo" y los "mariscales" del ejército rojo,

el más grande del mundo, que afirman todavía la necesidad de acrecentar el poderío militar; frente a un Estado que en vez de "agostarse" después del triunfo del proletariado, como anunciaban los doctrinarios, se agiganta y centraliza cada vez más; frente a un Estado que como ninguno sostiene ahora la soberanía absoluta con un concepto nacional exacerbado? La Rusia de Stalin, totalitaria, doctrinariamente está a una gran distancia de la Rusia de Lenin, el constructor. Y el sometimiento universal no puede estar basado sino sobre la abyección humana.

Donde no hay libertad de pensamiento, que lleva implícita la libertad de expresión; donde no hay sino un solo partido y donde todo movimiento independiente es reprimido, todo adversario desterrado, no se concibe un régimen socialista.

No hemos de incurrir en el error de atribuir a la acción de un hombre la situación de Rusia. Un hecho individual solo, no determina un acontecimiento social. Un hombre, por grande que sea, no cambia el curso de la historia. Todo el proceso sombrío de la evolución stalinista fué en realidad la preparación de la guerra que se avecinaba. El que haya sido posible esa guerra horrible se debe en primer término al hecho fundamental de la derrota del hombre por el maquinismo, del cual han sido instrumentos tanto Hitler como Stalin. Desaparecido aquél, nos preguntamos con angustia si éste se convertirá en el campeón del maquinismo para imponerlo, si eso fuera posible, en todo el mundo, a nombre de Carlos Marx, que propugnaba la liberación del hombre y por cuenta de Rusia, cuyo más alto exponente moral es sin duda Tolstoy.

La historia está llena de paradojas sangrientas de ese género, que seguirán repitiéndose mientras el hombre y los pueblos no aprendan a crecer verticalmente, en lugar de expandirse horizontalmente en el espacio, cual una especie zoológica.

El proceso del sovietismo en los últimos tiempos, preparando ejércitos, tal como se produjo, conducía a la guerra contra el imperialismo de Alemania. Si hubiera tomado otro rumbo, Rusia hubiera sido vencida. Es doloroso comprobarlo.

Ahora, después de la guerra, vencido el Führer, si no se reacciona en Rusia, otra guerra nos llevará al hundimiento

definitivo de la civilización occidental. Confiemos, a pesar de todo.

X. *EL CAPITALISMO DE ESTADO Y EL SOCIALISMO*

PERO será necesario decir que el capitalismo de estado no es socialismo. La acción desorbitada del mecanismo industrialista, trae como consecuencia la guerra, la servidumbre y el hambre. El socialismo en cambio, salvaguarda la dignidad humana de la persona y considera al Estado sólo como un medio que garantice el libre desenvolvimiento de los hombres. Para el socialismo, la evolución económica que se realiza no sólo por la fuerza material de las cosas, sino también por la voluntad libre de los hombres (factor espiritual) carecería de sentido si no condujera a un régimen jurídico más justo, dentro de la libertad.

Marx, desde un punto de vista exclusivamente económico, ha explicado cómo en la sociedad feudal los modos de producción llegaron a ser incompatibles con el sistema feudal de propiedad. Este sistema dificultaba la producción. Sólo existía antes de la producción capitalista la pequeña producción, que exigía la propiedad de los medios de producción por el productor. Las fuerzas productivas creadas por la evolución económica requerían otra organización; urgían establecimientos industriales, basados sobre el trabajo colectivo, es decir, sobre la producción social. Y ese modo social de producción se implantó después de un largo proceso.

La burguesía realizó la transformación con una conciencia plena de sus derechos y de su potencia. Consagró un nuevo derecho, arrancando las raíces del privilegio feudal. Dominaba económicamente pero necesitaba el poder político e hizo la Revolución, primero en Inglaterra y luego en Francia. Proclamó la "igualdad ante la ley", aboliendo los privilegios. La clase media que dirigía el movimiento técnico-económico en Inglaterra y dominaba en la Cámara de los Comunes, venció al Rey y después de la dictadura de Cronwell, la monarquía se vió precisada a aceptar postulados jurídicos y filosóficos.

Aparecieron así, el *habeas corpus* y el derecho de voto.

En Francia, la burguesía en plena madurez dirigió la revolución apoyándose en la democracia. Creó una nueva

forma política. Refiriéndose a los diputados que se reunieron por primera vez en el *Salón de las Tres Ordenes,* Taine habla de ellos con desdén llamándolos "teóricos sin enjundia" o "leguleyos de lugar"; "abogadillos y mayordomos de feudos" les dijo Burke, que fué incapaz de comprender a los creadores de un mundo nuevo. Había muchos *legistas,* es cierto, dijo Jaurès, pero esos fueron quienes hicieran la monarquía y la Francia moderna; ellos formularon y regularizaron la revolución real; ellos habían de formular y regularizar la revolución burguesa. Los espíritus de Montesquieu y Rousseau presidieron esas deliberaciones de los burgueses, de donde saldría la *Declaración de los Derechos del Hombre,* y la democracia, es decir, un nuevo derecho en cuyo nombre la clase triunfante, después, sancionó sus privilegios.

XI. *LA DECLARACION DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE*

LA *Declaración de los Derechos del Hombre* significó el reconocimiento del valor absoluto de la personalidad humana. Afirmó los derechos naturales e imprescriptibles, entre los cuales reconocía a la propiedad; no la propiedad feudal, sino la propiedad burguesa. Así puso su sello la nueva clase, que preparó, sin embargo, el advenimiento del socialismo. La *Declaración de Derechos* en América tenía otro sentido. Ahí todos eran propietarios; en Francia no, pero los trabajadores carecían de conciencia de clase y formaban parte del estado llano. No podían, por eso, plantear el problema de la propiedad. La burguesía revolucionaria, para combatir desde lo alto, según la expresión de Jaurès, tenía que elevarse hasta la humanidad, a riesgo de rebasar su propio derecho. Invocó el derecho natural para justificar y fundar su propiedad. Sin duda trasponía en el orden del derecho un período de la historia humana. Por una ilusión singular creía que su propiedad iba a ser eterna. Pero esa ilusión —dice el gran tribuno— dió a los revolucionarios del 93 fuerza para abatir la propiedad feudal.

A los que reclamaban para abolir sus privilegios la autoridad de los siglos, oponía el estado llano, el derecho humano,

contemporáneo del hombre y de la misma humanidad, "la más antigua de las instituciones".

El artículo 1º de la Declaración de los Derechos del hombre y del ciudadano, adoptado por la Asamblea Constituyente del 20 al 26 de agosto de 1789 y aceptado por el Rey el 5 de octubre del mismo año, decía:

"Los hombres nacen y viven libres e iguales en derechos".

Esta disposición, según Del Vecchio [4] contiene en germen la idea de la *justicia social* hasta en sus últimas aplicaciones posibles. Muchas de éstas aun no han sido reconocidas, pero yacen ocultas en aquéllas. Las primeras conclusiones que de aquel principio se dedujeron al estallar la Revolución, fueron la abolición del régimen feudal con sus corolarios políticos y económicos que más grave y odiosamente pesaban sobre el pueblo; pero nadie puede asegurar que con esto quedó agotado el contenido lógico de la idea; y abolido en todas sus partes, el privilegio de nacimiento.

Durante el transcurso de la Revolución se hicieron tentativas para llevar las ideas de la Declaración a ulteriores consecuencias. Se comprendió, dice el filósofo italiano, que el "equilibrio económico también pertenecía al intento esencial de la Revolución".

XII. *DERECHOS ECONOMICOS FUNDAMENTALES*

DOLIVIER habla en nombre de los campesinos, y protestando contra el sistema electoral dice que el hombre desprovisto de todo, siente que para que la justicia le alcance en sus beneficios es menester que sea universal, y así afirma que los más pobres son los verdaderos intérpretes de los derechos del hombre porque no son más que hombres, porque no tienen ningún privilegio que ponga obstáculos a la humanidad.

El interés de los débiles es la justicia, dijo después Robespierre. Estamos cerca de Babeuf.

La Ley Chapellier, a pesar de las afirmaciones exageradas de Marx, no tuvo la importancia que se le atribuye. Estuvo abolida de hecho; no fué capaz de contener las fuerzas populares y en su mismo origen no era una ley de clase.

---

[4] DEL VECCHIO, *Los Derechos del hombre y el Contrato Social.* Madrid, 1914.

Lepelletier propuso un comunismo limitado a la educación. Hartmann afirmó que en lo sucesivo los derechos del hombre no podrían ni deberían reducirse a un prefacio inútil y aparatoso de la Constitución, y sostuvo que, después de haber obtenido la igualdad política de derechos, había que conquistar la igualdad de hecho; que sin la igualdad de hecho la igualdad de derecho era una ilusión cruel. El mismo Hartmann, y en esto lo acompañó Robespierre, propone la limitación de la propiedad en la que se basa toda la legislación tuitiva de la clase trabajadora. Billaud-Varenne proclama el derecho a la vida en virtud de una participación de la sucesión nacional, ya que no se trata de derechos políticos sino de derechos económicos fundamentales que hoy señalan los límites en que se mueve todo sistema socialista.

En la Constitución del 91 aparece el *derecho a la subsistencia,* que nacía para los revolucionarios de la forma contractual del derecho humano, admitido de acuerdo con el pensamiento de Rousseau. Había un contrato tácito, implícito, que desaparecería si no se asegurara a todos el derecho de subsistir.

Es claro que esto es poco. El derecho económico fundamental sería el derecho a la existencia, a la vida, que implica la salvaguardia y al desarrollo de todas las facultades del hombre, en tanto que el derecho a la subsistencia se refiere sólo al ejercicio de las funciones de nutrición.

Si la Convención no avanzó más, no fué ciertamente, según el concepto de Del Vecchio,[5] porque se opusiera a ello la lógica de la *Declaración de los Derechos,* pues ésta no significa un obstáculo para cualquier reforma. Los que creen lo contrario, "confunden los hechos que inmediatamente siguieron a la Declaración, especialmente el régimen económico

---

[5] Del Vecchio, *obra citada.* "Lo ocurrido, fué que, realizada una primera Revolución jurídica y económica, se formó una nueva malla de intereses, bastante fuerte para resistir las presiones hacia nuevas y más radicales reformas. Los más grandes sufrimientos ya habían sido calmados con la abolición de los privilegios feudales, la venta de los bienes nacionales y un más justo reparto de los impuestos. Aunque virtualmente ya se había afirmado la idea de ulteriores reivindicaciones, los tiempos no eran aún adecuados y tenían que resultar inútiles los esfuerzos de una minoría que los deseaba".

que sucedió al feudal, con la interpretación consiguiente y definitiva".

Del Vecchio coincide con Aulard, quien recordando que el *sistema de los iguales,* defendido por Babeuf se enlaza en su mente con los principios de la Declaración, afirma que el socialismo está entre sus consecuencias.

La verdad es que la *Declaración* reconoce derechos que están en la sustancia histórica; no encierra simples fórmulas abstractas, *"fárrago metafísico"* que dijera Taine. Es sin duda un documento racionalista, pero también realista y experimental. Proclama un mundo nuevo que marcha hacia el ideal socialista.

Del Vecchio sostiene en el libro citado que la Revolución "no se dirigía a destruir sino a reforzar la *propiedad* privada *librándola del arbitrio y opresión feudal".* Y estas palabras han sido interpretadas por algunos autores, a mi juicio equivocadamente, en el sentido de que el filósofo aceptaba la limitación de la *Declaración de Derechos.*

Del Vecchio, como ya he expresado, cree que la *Declaración* abre las puertas a todas las reformas, y por eso, aclarando las palabras que acabo de transcribir, agrega: "El deseo de sustituir el privilegio por el derecho, llevaba, entonces, a realizar aquel primer intento en el orden de las reformas sociales". Pero precisamente por eso, no es de creer que a ello se redujeran el poder de la aplicación de los principios del 89. De donde se desprende que si la propiedad privada que surgió de la Revolución se presenta como consecuencia del privilegio y determina la servidumbre, toda modificación que se auspicie en nombre de la *igual libertad* tendrá su raíz en aquellos mismos principios que inspiraron la supresión de los derechos feudales. En síntesis, para Del Vecchio, cualquier doctrina que allí donde exista la opresión y el privilegio se proponga establecer el derecho de la persona humana, toma su fuerza de la *Declaración de los Derechos del Hombre,* que ha establecido el estado de derecho, pero *"no ha terminado su misión".*

Por eso sin duda, en 1901 el Congreso de Francia dispuso fijar en todas las escuelas la *Declaración de los Derechos del Hombre* que habían de servir de fundamento a la educación cívica. Por eso también, sin duda, a principios de este año

Edouard Herriot exhortó a la Asamblea Nacional Constituyente para que se abstuviera de modificar el texto de la Declaración, que ha soportado la prueba de varias generaciones. La Declaración tiene un carácter universal que trasciende los límites de las naciones y del tiempo. Sin embargo de sostener que deben repetirse los principios de la Declaración, "*con su mismo texto*", admitió la posibilidad de completarlos con los derechos de la mujer y de los trabajadores, "tomando en cuenta los cambios económicos y sociales producidos desde la Revolución Francesa".

De todas maneras, ya se considere a la Declaración como la raíz de toda reforma por amplia que sea, ya se la juzgue susceptible de ser ampliada, conviene afirmar los derechos económicos fundamentales. Y hemos de admitir que toda forma de propiedad es precaria. La propiedad es una institución social y por eso la sociedad puede regularla por ley.

Es interesante hacer notar que la Constitución Argentina contiene los principios incorporados a la *Declaración de Derechos,* y en su artículo 17 garantiza la inviolabilidad de la propiedad, pero sin expresar qué forma de propiedad, lo que permite afirmar que esa prescripción constitucional, no sería incompatible con la que surgiera de una transformación que permitiese la socialización de los medios de producción. Y esa socialización es la aspiración del proletariado en esta hora sombría del mundo, en que se sueña con un régimen jurídico más justo.

XIII. *EL SOCIALISMO Y MARX*

El socialismo es la solución.

La capacidad expansiva de la economía actual ha llegado a su límite. La ganancia en el régimen capitalista implica la expoliación del obrero. El sistema de producción se rebela contra el sistema de propiedad, de la misma manera que en la sociedad feudal los modos de producción llegaron a ser incompatibles con el régimen de la propiedad. Pero la clase obrera carece del poder económico necesario para tomar sobre sí la responsabilidad de gobernar. En cambio, la burguesía dominaba las relaciones de propiedad cuando triunfó sobre el feudalismo. Estados Unidos e Inglaterra son democracias capi-

talistas. Y especialmente Estados Unidos, está aferrado a los viejos moldes, que costará mucho romper, pues se orienta hacia el imperialismo, único camino, ya que es incapaz de superar sus relaciones económicas.

La democratización del poder económico, con el control de sus bases fundamentales por la comunidad, permitirá acercarnos a la solución.

Para el capitalista, a pesar de la declaración del Tratado de Versalles, el trabajo sigue siendo una *mercancía* y trata de pagarla en el mercado lo más barato posible, obteniendo de ella el mejor provecho. La fuerza humana de trabajo es un objeto de cambio. Por tanto, si el valor de una mercancía depende del trabajo necesario para producirla y el precio en sus oscilaciones gravita hacia ese valor —se ha dicho con razón— el salario o precio de la mercancía, fuerza humana de trabajo, debe tender entonces a confundirse con el costo de la vida del trabajador.

Marx,[6] dice que "durante una parte del proceso de trabajo el trabajador no produce sino el valor de su fuerza de trabajo, es decir, el valor de sus necesarios medios de *subsistencia*". Esta palabra *subsistencia* es limitada y no expresa exactamente el pensamiento de Marx. A esta parte de la jornada, Marx la llama "tiempo de trabajo necesario" y al trabajo gastado durante ella "trabajo necesario". El segundo período del proceso de trabajo que excede de los límites del trabajo necesario, cuesta al obrero trabajo, gasto de fuerza de trabajo, pero no forma valor alguno para él; forma según Marx, *supervalía,* que para el capitalista tiene el encanto de una creación de la nada... Llama tiempo *extra* a esta parte de la jornada y al trabajo gestado en ella, *sobretrabajo* (surplus labour).

El trabajo, por el cual el asalariado no recibe equivalente, crea, también, según Marx, valor del que se apodera, sin gasto, el dueño de los medios de producción.

El estudio de los hechos económicos permitió a Marx elaborar un sistema por el cual se llegaría al descubrimiento de la supervalía y a la concepción materialista de la historia. Vió en la historia el desarrollo gradual de la humanidad regido por leyes; explicó la producción capitalista dándole su lugar histórico en el proceso humano. Pero fué frecuentemente uni-

---

[6] MARX, *El Capital,* pág. 179, T. I, traducción de Justo.

lateral y su concepto materialista de la historia ha sido superado. Su doctrina fué una reacción contra la interpretación de la historia a la manera de Carlyle, y a fe que prestó un señalado servicio, pues demostró la influencia del factor económico, descuidado hasta entonces.

Marx, dijo una vez, que la idea se desacredita siempre que se la diferencia del interés. Estrictamente interpretada, esta afirmación es mezquina. Su sola enunciación desagrada. Algunos escritores, con un poco de benevolencia, hacen de ella una interpretación generosa: una idea sólo puede vencer cuando corresponde, al mismo tiempo, a los intereses de los grupos sociales más poderosos y a la concepción ética de la generalidad. Admitiendo esta exégesis caritativa, el pensamiento de Marx sería aceptable. Yo me resisto a hacerla, pero admito que la idea socialista, además de constituir la exigencia fundamental del derecho natural, corresponde también a los intereses de la clase trabajadora.

El socialismo es un movimiento, un proceso que exige revisiones críticas y en el cual hay cambios de actitudes y orientaciones que responden a diversos momentos históricos, pero que dejan inconmovible el principio fundamental de la redención del proletariado.

Yo no creo que el socialismo surja sólo por la fuerza de las cosas. Lo esencial del socialismo para mí es la realización de un régimen jurídico justo y libre entre los hombres, que reemplace al capitalismo mediante condiciones económicas pero sobre la base de postulados éticos. Y para esa realización la voluntad libre es necesaria.

Hay dos líneas de desenvolvimiento histórico. Por una se explican los fenómenos en virtud de la evolución económica; por la otra, en virtud del anhelo que anima al hombre de una ascensión a fines superiores; anhelo movido por una idea de justicia que es ajena a todo interés material. *"Un conoscere, un volere, un potere finito che tende all'infinito"*, eso es el hombre según la expresión de Vico.

Un proceso está determinado por las condiciones económicas, otro por razones ideales. No hay un determinismo implacable en el proceso humano. Si existiera, seríamos espectadores de una verdadera tragedia.

XIV. *UNILATERALIDAD DE MARX*

MARX fué un hombre genial y realizó un magnífico aporte a la ciencia, pero hemos de juzgarlo a través de toda su obra, como economista y como hombre de lucha, sin pretender encontrar en él la palabra revelada.

En el capítulo XXIV, parágrafo VII de *El Capital,*[7] continuación de la crítica de la Economía Política publicada en 1859, Marx dice que *el modo capitalista de apropiación resultante del modo capitalista de producción,* es decir, *la propiedad privada capitalista es la primera negación de la propiedad privada individual basada sobre el trabajo propio;* pero que la *producción capitalista engendra su propia negación tan fatalmente como un proceso natural. Es la negación de la negación.* Esta no restablece la propiedad privada pero sí la propiedad individual basada en las conquistas de la era capitalista: sobre la cooperación y la propiedad común de la tierra y de los medios de producción.

En el *Prefacio* de la primera edición alemana de *El Capital* publicada en 1867, Marx habla de "las leyes naturales de la producción capitalista que se imponen como una *necesidad férrea".* Y en el Prefacio de la segunda edición alemana, en 1873, Marx cita a un crítico del *Mensajero Europeo* de San Petersburgo, quien en 1872 se refiere a *El Capital.* Marx reconoce que la crítica describe con exactitud su método y naturalmente al publicarla en el Prólogo la hace suya. Dice el crítico ruso: "Marx sólo se empeña en una cosa: en demostrar por una exacta investigación científica la *necesidad* de órdenes determinados de relaciones sociales y comprobar en lo posible los hechos que le sirven de punto de partida y de apoyo. Para esto basta con que él demuestre la *necesidad del orden actual al mismo tiempo que la necesidad de otro orden en que aquél tiene necesariamente que transformarse, créanlo o no lo crean los hombres, tengan conciencia de ello o no la tengan.* Marx considera el *movimiento social como un proceso natural, gobernado por leyes que, no sólo son independientes de la voluntad, de la conciencia y de la intención de los hombres,*

---

[7] MARX, *El Capital,* traducción de J. B. Justo. Madrid, 1898, pág. 670.

sino que por el contrario determina esa voluntad, esa conciencia y esas intenciones".[8]

Es claro que el elemento consciente no desempeña entonces ningún papel en la historia de la civilización, lo que admite Marx en el prefacio citado.

Marx estudia aquí sólo, una línea del desenvolvimiento; la que se refiere a los fenómenos naturales que corresponde a la ciencia, que es determinista. La vinculación necesaria entre un efecto y una causa es el postulado mismo de la ciencia; pero en la historia interviene la voluntad humana.

El futuro no vendrá sólo por la fuerza de las cosas, mecánicamente. Existe además el factor interno que entra en lo externo para influir sobre él. "El hombre quiere... Las cosas deben..." decía Schiller. Por eso creo en la libertad. No podría ser partidario de una concepción mecánica que pretende aniquilar mi voluntad y suprimir los ideales orientadores de mi conducta.

Acepto la importancia de lo económico, magistralmente estudiado por Marx pero creo también en la potencia creadora y constructiva de la idea. Con lo que mantengo mis convicciones socialistas aun cuando me aparte de la ortodoxia marxista, que niega a la voluntad una influencia autónoma en el desenvolvimiento del proceso histórico.

La afirmación de la influencia de la moral y el derecho en las reivindicaciones de los trabajadores, hacen reír más de una vez a Marx, y se ha afirmado que "consideraba errónea una propaganda socialista que apelara a un principio de justicia". Los burgueses, ha dicho Marx, tienen perfecta razón al sostener que el reparto presente "es justo", porque en realidad es el único reparto "justo" sobre la base de la forma actual de producción".

No es necesaria, por otra parte, la justicia si la sociedad nueva vendrá por el propio y fatal desenvolvimiento capitalista. Pero Marx no era sólo un gran economista sino también un formidable hombre de acción. De ahí sus contradicciones. Si por la *"marcha de las cosas"*[9] desaparecieran las diferencias de clase, lo que significa anular la libertad del hombre en el

---

[8] MARX, *obra citada,* pág. 13.
[9] *Manifiesto Comunista.*

proceso histórico, ¿para qué esforzarse en despertar la conciencia de clase en los trabajadores? Un escritor italiano ha expresado que en la aplicación de la teoría general al caso particular de la lucha entre el proletariado y la burguesía no es posible negar que Marx haya abandonado a veces su posición determinista sobre todo en sus escritos de propaganda sin que ello le impidiese volver en sus exposiciones más serenas, a su sistema de pensamiento. Pero aparte de que eso es debido a la oposición inherente en su naturaleza a la vez de hombre de ciencia y de propagandista, es también, en una cierta medida, la función de la duda que abrigaba en cuanto a las consecuencias de la lucha. En esa duda reside el único *factor voluntarista del sistema.*[10]

La libertad económica no será alcanzada mientras los proletarios no sean dueños de los medios de producción; mientras el régimen capitalista no sea sustituído con una sociedad en que la propiedad de los medios de producción sea colectiva. La revolución puede ser realizada por la fuerza organizada del proletariado. Estas ideas fueron sostenidas por mí en el Congreso, como representante socialista, en 1904, pero con un concepto ortodoxo que rectifiqué ya en la madurez de mi vida, cuando defendía con el mismo entusiasmo pero con mayor cultura la doctrina socialista, que no es materialista sino de profundo arraigo en el espíritu. La transformación de la estructura social es un medio para extender la libertad, que es el fin.

XV. *EL "HUMANISMO" DE MARX*

De todas maneras, no olvidemos que la filosofía idealista alemana orientó los primeros pasos de Marx, quien habló en su juventud de *voluntad transformadora* y de *humanismo integral, espiritual y material* a la vez, en su *Ideología Alemana* y después en sus manuscritos económico-filosóficos de 1844, desarrollando el determinismo económico de su filosofía de la historia como ley evolutiva de la época capitalista, pero no como ley de la evolución general de la humanidad. Por eso, Henri de Man cree encontrar en lo que él, con un poco de fantasía, llama *"humanismo marxista"*, la confirma-

10 Carlos Roselli, *Socialismo Liberal.*

ción de sus puntos de vista; acaso porque el eminente Profesor de la Universidad de Francfort no pudo desprenderse de la influencia del genial judío alemán, lo que lo conduce a la paradoja con esta afirmación: "El marxismo actual contiene tanto de Marx como de contrario a Marx".

Las contradicciones de Marx no amenguan la importancia extraordinaria de su obra.[11] Lo deplorable es la interpretación de sus discípulos.

Kautsky, en *"El camino del poder"* defiende a Marx hasta en sus exageraciones y sus errores, y dice que si la voluntad fuera libre y pudiera dar a los objetos formas diversas, podría dar también a la evolución económica direcciones distintas y entonces —nótese bien— entonces sería imposible saber qué seguridad tenemos de *evolucionar* hacia el socialismo y habría que renunciar a todo conocimiento científico de los fenómenos sociales.

Y cuando se le advierte que Marx hace depender la historia de una evolución económica necesaria y mecánica, lo que no le impide ejercitar su voluntad vigorosa al mismo tiempo que hace un llamamiento a la voluntad del proletariado, niega la contradicción y dice que el error nace de identificar la voluntad determinada, con la voluntad libre que Marx niega; agregando que en última instancia lo que constituye el fundamento de todo fenómeno económico es la *voluntad de vivir,* que se transforma por el desarrollo de la técnica en voluntad de *vivir mejor.* Esto demuestra la confusión de ideas en el teórico eminente que de todas maneras quiere justificar al maestro.

---

[11] Marx, a quien debemos superar pues no termina con él el proceso socialista, al redactar los Estatutos de la Asociación Internacional de Trabajadores, en 1864, después de afirmar que la emancipación de los obreros ha de ser obra de los obreros mismos y que la causa fundamental de la esclavitud de los trabajadores es su carencia de los medios de producción, rompe su unilateralidad al expresar que los que se adhieran a la Asociación adoptarán la *verdad,* la *justicia* y la *moralidad* como base de sus relaciones con todos los hombres, independientemente de su raza, religión o nacionalidad.

Este lenguaje, desusado en Marx, ¿es una "concesión al liberalismo de Mazzini", noble espíritu romántico que luchaba por la redención humana? ¿Por qué no admitir que esta actitud de tolerancia, implica también una visión de síntesis superior y creadora, de una humanidad unificada?

Admiremos al *pensador,* que será necesario superar, y con el formidable *propagandista* tratemos de despertar la conciencia del proletariado para que ejercite su voluntad, su voluntad libre, trabajando sobre la base económica, a objeto de conseguir su redención, sólo posible cuando se socialicen los medios de producción, y deje por lo tanto de ser *mercancía.*

XVI. *EL ANTAGONISMO DE CLASES*

HAY un antagonismo de clases, no de individuos, que sería ineficaz para la solución de problemas sociales. Un antagonismo de clases que no es incompatible con el respeto a la persona humana ni con otros medios de acción, ya que aun para Marx la lucha de clases es la conducta que debe ser observada a fin de superar las clases, para que no haya sino una sola de productores libres e iguales. Hay también conciliaciones transitorias que permiten una política social. La conciliación, si se pretende permanente, es imposible. El antagonismo de clases es un hecho. La reclamación de los trabajadores obliga a los capitalistas a modificar sus métodos y el triunfo de los obreros con la elevación de los salarios obtenida por su propio esfuerzo, alimenta el consumo y estimula la producción. Con la lucha, como quería Jaurès, no tendremos una plebe humillada sino un pueblo consciente, una idea, una voluntad, un heroísmo, una arrogancia secular y reciente a la vez, la resolución de combatir para sí y la conciencia cada vez más clara de que al luchar para sí se lucha para todos los hombres.

Berdiaeff, cristiano ortodoxo,[12] ha dicho que la opinión de que la lucha de clases fué inventada por Marx y los socialistas y que se mantiene exclusivamente por la masa obrera y revolucionaria, es falsa, y carece de sinceridad. Sostiene que el cristianismo no puede negar la existencia de la lucha de clases, so pretexto de que admitirla significaría tener una noción poco elevada e idealista de la historia. La conciencia cristiana —agrega—, debe condenar la trasmutación del trabajo en mercancía, la explotación del hombre por el hombre, el régimen de vida bajo el cual un individuo se encuentra convertido en instrumento inhumano del proceso económico. La economía

[12] NICOLÁS BERDIAEFF, *El cristianismo y la lucha de clases.*

—dice el cristiano— debe existir para el hombre y el hombre no debe ser esclavo de la economía. Las formas de la propiedad son históricas y por lo tanto variables y pasajeras. El hombre privado de los medios de producción no es libre y puede ser vendido como una mercancía.

El cristiano habla como el judío.

XVII. *FUERZA REVOLUCIONARIA DEL SINDICATO LIBRE*

Los trabajadores, dentro de sus organizaciones deben constituir la gran fuerza revolucionaria. Los sindicatos son los órganos propios de la clase obrera en la lucha contra el capitalismo, por la supresión del salariado. Aun cuando se trate de pequeñas reivindicaciones inmediatas, los trabajadores han de tener como guía la total liberación. El sindicalismo despertará en los asalariados la energía, la iniciativa personal, el sentimiento de las responsabilidades, además del sentido del gran esfuerzo colectivo junto con el entusiasmo de las grandes esperanzas solidarias de que habla Jaurès. Frente a la economía capitalista realizará la tarea de establecer la participación directa de los asalariados en la organización y dirección del trabajo.

Las fórmulas revolucionarias que surgen de la acción de los trabajdores, después de romper la legalidad en vigor, cristalizarán en un nuevo derecho, que organice una nueva forma de la vida económica sobre la base de la destrucción de la propiedad privada de los medios de producción. Para eso es necesario una fe, el impulso de un ideal.

Buenos Aires, agosto, 1946.

MEXICO EN IBEROAMERICA*

Por *Leopoldo ZEA*

"MIS experiencias de México en Iberoamérica", así podría titularse en definitiva este ensayo. Saliendo de la patria, fuera de ella, son múltiples las experiencias que se tienen. Se tiene la experiencia de otras tierras, de otras sociedades, de otras personas. Se hacen nuevos amigos y nuevos afectos, y con los afectos nuevas pasiones. Se siente pasión por lo que ayer parecía sernos completamente ajeno. Algo así como si eso que llamamos nuestro "Yo", nuestra persona, creciese. Como si nuestras manos, ojos y demás sentidos se extendiesen. Nos duele o nos alegra lo que antes era como ajeno. Nos sentimos más sensibles en la medida en que va creciendo nuestro panorama. Pero al lado de esta experiencia se obtiene otra más, la que nos hace sentirnos "nosotros" mismos y no otros distintos, la experiencia de la patria. En mi caso la experiencia de México. Situados bien lejos se puede ver lo que la cercanía no permitía; algo que no podía ser objetivado por encontrarse uno mismo dentro del objeto. Se captan otros perfiles, otras perspectivas. La lejanía ofrece otros horizontes. Y en el caso de México estos horizontes tienen voz, palabra. Esta voz y palabra en lo lejano es lo que, dentro de su dignidad etimológica, se llama fama.

Porque México tiene *fama* en Iberoamérica. México tiene voz, la que le dan pueblos hermanos. De México siempre se habla, se dice, se cuenta algo. Esta voz no es, debe suponerse, la voz que escuchamos en nuestra cotidiana existencia. Es otra voz, la que estos pueblos quieren darle. No siempre es la de nuestra realidad, aunque algo de nuestra realidad dé el pretexto. El México de que se habla no es, posiblemente, sino la imagen de lo que dichos pueblos quieren o no quieren ser.

---

* Conferencia del ciclo de la Sociedad Mexicana de Estudios y Lecturas, pronunciada en el Palacio de Bellas Artes el 25 de septiembre de 1946.

Unos ven así un México positivo, otros un México negativo: el México de la justicia social o el de la anarquía. Y uno mismo, al obtener dicha experiencia, podrá quizá ver al México que los mexicanos de buena voluntad quisiéramos que fuese. Pero lo más importante es ver como México se presenta igual que una utopía.

Ahora bien, habrá que preguntarse, ¿A qué se debe que México sea visto como utopía? Si algo ha caracterizado históricamente a nuestra América es el hecho de haber sido siempre considerada tierra de utopías; pero, ¿por qué México se presenta como utopía en tierra de utopías? La respuesta a esta interrogación tendrá que dar necesariamente algo positivo. Algo existe que nos es propio; algo de nuestra realidad es lo que hace posible la utopía. Tal sentirá el mexicano que se dé cuenta de esta dimensión. Oyendo hablar de México se cree igualmente en la utopía, fácilmente se va uno impregnando de la idea. Sin embargo, no faltará la pregunta que diga: ¿Y al regreso a la patria qué sucede? A esto se debe contestar: la vuelta, el regreso, no conduce necesariamente a la decepción. También puede conducir a la curiosidad, y a más que a eso al afán por saber algo más de la realidad que provocó la ilusión. Esto es lo verdaderamente positivo, y como tal la mejor afirmación de la mexicanidad.

Se puede asegurar, sin exageración alguna, que no hay país en Iberoamérica en el que no se hable de alguna manera sobre México; en el que su nombre no sea conocido. Pero no se crea que sólo lo es en algunas capas de las poblaciones de estos países. De México se habla en todas las capas sociales a las que ha llegado por diversos caminos. De estos caminos habrá que hablar aquí. Diversas son las imágenes que de México se han ido formando. El cine y la música; las revistas, periódicos y libros, han ido presentando un México distinto, unas veces falso y otras real. Se achacan a nuestro país múltiples cualidades y defectos, todos ellos originados en gran parte en las diversas formas de expresión a través de las cuales se nos conoce.

Algunas veces son los hechos mismos realizados en México los que repercuten en estos países. Por ejemplo, la actitud

internacional de México ante los Estados Unidos o ante la República Española. Igualmente repercuten los hechos de nuestra Revolución, la cual es juzgada buena o mala, de acuerdo con los particulares intereses de quienes hacen los juicios. La forma como México ha resuelto o trata de resolver el problema indígena. Los problemas de la alfabetización. Las diversas formas de expresión de nuestra cultura. Algunos círculos ven todos estos hechos con gran simpatía e inclusive pugnan por convertirlos en modelos. Otros, por el contrario, los critican, pero sin antipatía. Otros, los que se consideran más realistas, los encuentran buenos y justificables, pero sólo para nuestro medio. En general todos estos juicios tienden hacia la exageración, como consecuencia de lo que cada uno quiere ver en México para justificar sus propios intereses. Pero con la exageración suele también venir la decepción. En este caso la de quienes nos visitan esperando encontrar aquello que habían imaginado. La misma exageración suele, igualmente, mover los celos; pero no los celos que son consecuencia de la envidia, sino los celos del que quisiera haber realizado para su país aquello que considera está ya realizado en el nuestro.

Al lado de la experiencia de lo que se habla, de lo que se dice, de México, nos encontramos con otro tipo de experiencia: la experiencia de lo que Iberoamérica dice de México por contraposición, por comparación. El tratamiento y solución dados a una serie de problemas que nos son similares, dejan ver los perfiles de la forma como México los ha ido abordando y tratando. En este caso se puede asegurar, sin que tal cosa sea expresión de ningún *chauvinismo,* que en muchos de estos casos el tratamiento y solución mexicanos son superiores, pese a múltiples defectos que podamos encontrarles. El reconocimiento de este hecho por Iberoamérica, conduce necesariamente a esa admiración, sin regateos de que es objeto México.

EL CINE

He aquí uno de los más poderosos instrumentos de propaganda e infiltración modernos. Por lo que se refiere a México ha sido uno de los mejores vehículos de su fama entre las clases populares de Iberoamérica. El cine mexicano es muy popular en estos países, y a través de él se ha ido formando

una idea de México, desgraciadamente no la mejor. El México de las panderetas y mantones de manila de Hollywood, ha sido substituído por un México empistolado y fanfarrón. El *hombre malo* ha sido cambiado por el "Macho matón". El *Jorgenegretismo* se ha convertido en el símbolo de México a través del cine. Se puede estar seguro de que no hay mexicano más popular que este ilustre cineasta que nos simboliza. A propósito de esto, recuerdo una plática que sostenía un joven estudiante venezolano que regresaba de México a su país. Se le preguntaba si había conocido a Jorge Negrete, pregunta que se hace a quienquiera venga de México, y si era muy popular en México. "No —contestó—, en México no puede ser muy popular porque todos los mexicanos se le parecen".

A los mexicanos los encontramos así simbolizados en charros gritones, siempre disparando bala a diestra y siniestra. Periódicos o revistas populares sólo nos presentan en esta forma. Cuentos o chistes, que la gente sabe de los mexicanos, llevan el mismo contenido. Y lo más grave es que a esta leyenda contribuyen algunos mexicanos a quienes agrada, de seguro, esta fama de machismo. Recuerdo aquí, una fiesta de carácter hispanoamericano celebrada en la Universidad de Santiago de Chile. En esta fiesta dieron su aportación estudiantes de diversos países hispanoamericanos: argentinos, panameños, cubanos y un mexicano. Nuestro joven compatriota, como buen mexicano, cantó una composición suya titulada *Cartas de amor,* la cual contenía una estrofa que decía: "Te escribo cartas de amor con balas de mi pistola". ¿Cabe más mexicanidad?

Desde luego, este machismo empistolado divierte. Las fanfarronadas y bravatas mexicanas se ponen de moda. La música que mejor las expresa, como *Jalisco,* anima las más ruidosas fiestas. Pareciera como si los hombres se envalentonaran al cantarlas y las mujeres se dejasen dominar al escucharlas. Este mexicanismo bravucón parece despertar algo en estos pueblos, que al igual que nosotros, llevan muy adentro; un pasado romántico que aún quieren ver viviente en nosotros. "Ustedes —me decía un amigo argentino— siguen siendo cien por ciento criollos". El criollo es para el argentino el símbolo de un pasado violento pero heroico. Ese pasado que Sarmiento calificó de *barbarie;* pero que ahora recuerdan muchos argen-

tinos con nostalgia, como la mejor expresión de lo nacional en un pueblo que apartó los ojos de América para ponerlos en Europa y que ahora ve en crisis y destrozada. El mexicano le recuerda al gaucho que cubriese la pampa con sus huesos para que la *civilización* pudiese ser realizada. En otros países —más americanos aún que la Argentina— esta imagen del mexicano despierta romántica rebeldía contra un destino colonial que nos ha tocado en suerte.

El México empistolado y macho es ligado a la idea de un México *anti-yanqui.* Estos pueblos hermanos sienten admiración por el México que ven no ha sucumbido ante tan poderoso vecino como tiene en el Norte. Esta idea no lo es simplemente de gente con ciertos conocimientos, sino que es algo popular. Nuestros poderosos vecinos son, como es de suponerse, bien conocidos y *sentidos* en todos estos países. Conocidos y sentidos por el pueblo mismo. Y tan poderosamente sentidos que se preguntan cómo ese país que tan cercano está a ellos no ha sucumbido aún o no ha sido absorbido. También se preguntan cómo es que ha podido realizar actos contrarios a los intereses de nuestros vecinos, por ejemplo, la expropiación petrolera. A esta interrogación se podrán dar múltiples explicaciones racionales. Pero no son estas explicaciones las que buscan gentes sencillas. La explicación que se dan es tan sencilla como ellos: México es respetado porque sus hombres son lo suficientemente bravos para hacerse respetar.

El machismo gritón: los "Viva México" o "Cómo México no hay dos" aparecen ya, desde este nuevo punto de vista, como expresión de un valiente espíritu nacional. El *jorgenegretismo* se transforma en nacionalismo, en espíritu de resistencia. Resistencia que no es ya simplemente de México, sino que parece expresar la resistencia de toda Iberoamérica. "Tienen ustedes que resistir" es lo que dicen siempre a los mexicanos que visitan esos países. El bravucón de las películas se transforma en el valiente defensor de su patria de las leyendas de los guerrilleros. Surge un nuevo símbolo: Pancho Villa. En varios de estos países no falta quien nos hable del famoso guerrillero, pero transformado, muy transformado. En realidad poco o nada se sabe de él, pero se le cita como el prototipo de un espíritu de resistencia romántico.

LA REVOLUCION MEXICANA

A nuestra revolución no se la conoce ya en Iberoamérica a través del cine. Hay que darlo por supuesto. Los que hacen nuestro cine no pueden hablar de la revolución. Todo lo contrario, más bien parece que quisieran negarla con una política de lloriqueos, recordando siempre lo que consideran un paraíso perdido, el "Patriarcal" régimen de Porfirio Díaz. Se sigue añorando esa época de Paz y Orden, a cualquier precio. "¡Qué tiempos aquellos!" se sigue gimiendo. Ahora bien este cine nada puede decir a los pueblos de Iberoamérica. Máxime que en varios de ellos, con eso no se hace sino referencia a un mundo en el que todavía siguen viviendo. De este cine no atrae sino el *vaudeville* y la picardía que le acompaña. La Revolución mexicana ha llegado a Iberoamérica por otros caminos. Desde sus inicios llamó fuertemente la atención. Unos países la ven positivamente, otros negativamente. En uno y en otro caso es vista en planos no siempre exactos.

En países, con economía aparentemente bien organizada, como la Argentina, o de orden de tipo casi porfiriano como el Brasil, la Revolución mexicana no fué vista, en sus principios, sino como la expresión de la más absoluta barbarie. De esa *barbarie* que la Argentina consideraba etapa liquidada medio siglo antes. Sin embargo, la Revolución mexicana se transformó en orden y con ello el interés por conocerla creció. Con gran atención ha sido seguida en Iberoamérica. Verdaderamente conmueve ver como en países tan lejanos, como el Uruguay o Chile, se habla de nuestra revolución, se la discute, se interroga por ella. Se la conoce paso a paso, en los hechos que le son externos, y se les da una interpretación.

La Revolución mexicana es vista como el símbolo de la justicia social. De aquí que unos grupos la admiren, otros la teman y otros sientan celos. La admiran los que ven en ella un ejemplo, porque encuentran similitud entre sus propias circunstancias y las que dieron lugar a nuestra revolución. La temen los que ven en ella un mal ejemplo que puede cundir. Y le tienen celos los que aspiran a ser líderes de la revolución en Iberoamérica. Esto último es interesante, porque nadie podrá decir que nuestra revolución aspire a revolucionar el continente. Nuestra revolución ha surgido como un fenómeno

puramente local y una vez organizada nunca ha pasado por la mente de sus dirigentes el querer llevarla fuera de sus fronteras. Nunca se ha aspirado, ni siquiera pensado, en convertirla en un movimiento revolucionario para el Continente, como sucede por ejemplo con el APRA. Y sin embargo, la encontramos presente en Iberoamérica, interpretada en las más diversas y, a veces, extrañas formas.

Desde el punto de vista de la revolución, México es visto a veces como el Moscú de América. Así, ni más ni menos. De acuerdo con esta interpretación, México aparece agitando el Continente en amigable competencia con la URSS. A propósito de esto recuerdo algunos grandes titulares publicados por los periódicos conservadores de Chile, con motivo de una serie de huelgas salitreras. En estos titulares se denunciaba por igual la nefasta intervención de México y la de Moscú. En otra se denunciaba la orden que se decía había venido de México para que las izquierdas chilenas tomasen el poder. Imagen semejante de México se hacen en otros países de Iberoamérica entre los grupos conservadores y de adinerados. Para borrar esta idea no es suficiente siquiera el estar en México. Para afianzarla se necesita bien poco, basta cualquier pequeño hecho de justicia social.

Al México de la Revolución lo encontramos también como modelo en algunas dictaduras tales como las del Paraguay y Bolivia. Un funcionario del Paraguay aseguraba con toda buena fe, que lo que se quería hacer en el país no era otra cosa que lo que la Revolución había realizado en México: mayor justicia social para el pueblo; se trataba de evitar que las masas indígenas siguiesen siendo explotadas; se tenía que alfabetizar a todos los ciudadanos; pero para poder realizar tal cosa era menester una dictadura del pueblo como la de México (?); aunque había cosas que no podía comprender nuestro funcionario e interroga al respecto. En la dictadura del extinto Villarroel se esgrimía también el modelo de la Revolución mexicana: defensa del indio, lucha contra los grandes magnates del estaño, poniendo como modelo al México que se había enfrentado a los magnates del petróleo. En la Argentina, agitada y dividida con el movimiento peronista, no faltaron partidarios del ahora presidente de esta república, que asegurasen que la llamada Revolución del 4 de junio, no era otra cosa que una revolución

semejante a la mexicana, tendiente a mejorar el estandar de vida de los trabajadores y a nacionalizar las industrias. "Perón, aseguraban, será el Cárdenas argentino".

Cárdenas, he aquí el símbolo de la Revolución mexicana en Iberoamérica. Antes de él sólo hechos negativos trascendían. De los inicios de la revolución no trascendió sino su violencia. Después fué Calles, pero el Calles del conflicto religioso en el que México fué presentado al exterior al igual que otra Roma neroniana, sin más aplauso que la de limitados grupos anticlericales. Cárdenas es quien ofrece una imagen positiva de nuestra revolución. A partir de esta época la Revolución mexicana ofreció un programa. El reparto de tierras y la expropiación petrolera conmovieron a Iberoamérica. Y la conmovieron porque estos dos actos le tocaron puntos neurálgicos. El latifundismo sigue siendo aún la principal fuente de riqueza de las clases elevadas de estos países mientras las principales industrias se encuentran en manos del imperialismo norteamericano e inglés. A esto habrá que agregar el impulso que se dió a la organización obrera y a la actitud del gobierno y el pueblo mexicanos en el caso de España. Muchos otros hechos, que habían pasado inadvertidos como nuestros esfuerzos por asimilar a la población indígena, se hicieron patentes. Las escuelas rurales y las campañas alfabetizadoras se mostraron y se muestran como modelos. Se fué formando así una imagen ideal de México y de su revolución. Mucho es lo que han esperado y mucho es lo que esperan de México y de su revolución los pueblos en Iberoamérica.

El México de la revolución vino a reafirmar igualmente al México que simbolizaba la resistencia de Iberoamérica ante el poderoso país del Norte. La última campaña presidencial fué seguida con gran atención, porque se consideraba que en ella se iba a dilucidar la actitud del pueblo mexicano frente a uno de los candidatos, aquél cuyos actos en el Ministerio de Relaciones eran vistos en Iberoamérica como contrarios al espíritu de resistencia que tanto se admiraba de México.

Ahora bien, también podemos encontrarnos en Iberoamérica a los decepcionados de nuestra revolución. Decepcionados por diversas razones: Unos porque no habían encontrado nada semejante a un soviet; otros escandalizados por la alta especulación, los abusos administrativos, la carestía de la vida, de que

fueron testigos al visitarnos, etc. "La Revolución ha fracasado" dicen los decepcionados que creían en ella. "La Revolución nunca ha existido" dicen los que esperaban combatir una imagen de revolución que se habían hecho. ¿Tendrán razón? se pregunta el mexicano que sabe que son ciertas muchas de las críticas que se le hacen. . .

Pero aquí surge otra voz, la que da la imagen de ese otro México que habla por comparaciones. Por supuesto el México de la revolución no es el México rojo que se había imaginado. Tampoco nuestra Revolución es una revolución sin defectos, sí que los tiene y muy grandes; pero la revolución es un hecho, y este hecho lo podrá ver claramente el viajero que visite otros pueblos hacia el sur del nuestro. No hay que hacer otra cosa que comparar para ver si la Revolución mexicana ha realizado un cambio social o no.

María Rosa Oliver, distinguida escritora argentina, que ha estado dos veces entre nosotros me decía: "La primera vez que estuve en México, de regreso de los Estados Unidos, me preguntaba, ¿dónde está la Revolución mexicana? Me había hecho una imagen de la revolución que no encontraba por ningún lado. Pero al salir de México y visitar otros países en el sur, me encontré con la Revolución por ausencia. Ahora regreso a México porque sé que sí existe la revolución, y quiero seguir volviendo para saber con claridad qué es la Revolución mexicana.

En efecto, visitando varios de estos países se puede uno dar cuenta de lo que la Revolución mexicana es por su ausencia. Nuestra revolución es criticable, por supuesto— bajo su sombra se han hecho y se hacen grandes fortunas, se especula con su nombre, pero en medio de todo esto queda algo positivo, afirmativo. También en esos otros países se especula en grande, se explota, pero nada queda. El objeto de especulación y de explotación lo es directamente el hombre; se le exprime materialmente, hasta que da todo lo que puede dar. Podemos fácilmente comparar lo que representa una explotación y lo que representa la otra.

En México las grandes fortunas que se han hecho a la sombra de la Revolución, no han podido lograrse por el simple medio de hacer que el trabajador del campo se agote, literalmente, en provecho de unos pocos, trabajando de sol a sol, como

sucede en varios países. Las grandes fortunas se han obtenido en otra forma. Para obtenerlas se pueden hacer carreteras y especular así sobre millones; se pueden construir escuelas, hospitales, presas, etc. Con todo eso se puede especular, y está muy mal, vuelvo a repetirlo. Pero siempre quedan las carreteras, las escuelas, hospitales, presas, etc.; mientras que en los pueblos donde la Revolución se puede sentir por su ausencia, el hombre mismo es la materia de explotación y no quedan aquí ni carreteras ni escuelas ni hospitales ni presas ni nada. En nuestra revolución se educa al hombre y con ello se le prepara para que en futuro inmediato reclame sus derechos; en esos países el hombre no es sino instrumento al servicio de castas privilegiadas. De aquí también el atractivo de la Revolución mexicana. Fuera de México no se ven los defectos, lo que trasciende de la revolución son sus cualidades positivas, altamente sublimadas en pueblos que quieren justicia.

Esto que parece justificación de la Revolución mexicana, no puede ser, en ninguna forma, justificación de sus defectos, sino todo lo contrario, no es sino un llamado a su purificación. La Revolución no sólo es responsable ante el pueblo de México sino que su responsabilidad se ha extendido a otros pueblos que la admiran y están por lo mismo pendiente de su triunfo o fracaso. Nuestra Revolución no necesita de agentes de propaganda, le basta con ser un buen modelo para la solución de los problemas que preocupan a esa Iberoamérica de la que formamos parte. Nuestros problemas son sus problemas: nuestra constitución histórica, cultural, política y social es la misma, de aquí que nuestra experiencia tenga para ella la importancia que tiene. Puede estar segura, nuestra revolución, que desde hace algunos años vive en casa de cristal.

EL INDIO

..."MÉXICO debe ser un pueblo de indios". "¿Cómo ha resuelto México el problema indígena?", o más brutalmente "¿cómo pueden ustedes convivir con los indios?", tales son las interrogaciones con las cuales se puede tropezar el mexicano en su visita a Iberoamérica. La forma como México haya podido resolver, o trate de resolver, lo que llaman el problema indígena, llama poderosamente la atención a países como la

Argentina que lo resolvieron con la casi completa exterminación del indio. O en países como en Bolivia, donde ciertas clases privilegiadas de raza criolla, o que cuando menos presumen de ella, consideraron una bendición la guerra del Chaco porque en ella murieron muchos indios. O en el Perú y el Ecuador, donde igualmente ciertos grupos, de los llamados blancos o criollos, desprecian a la gran masa indígena que forma su principal población, y donde la palabra "Cholo", mestizo de indio y blanco, puede ser un insulto. En fin, en todos aquellos países donde existen grupos sociales que ven en el indio otra cosa que un instrumento de explotación o el símbolo de la *barbarie.*

Llama mucho la atención la forma como México se siente ligado a su pasado indígena, a diferencia de otros pueblo, inclusive el Perú que posee un pasado tan valioso como el nuestro. La relación con este pasado se deja ver en los monumentos históricos que hacen referencia a la Conquista. En el Perú podemos encontrar un gran monumento a Pizarro, pero difícilmente uno al último emperador Inca. Igualmente en otros países encontramos monumentos a sus conquistadores; en cambio casi se les hace imposible creer que Cortés no tenga un monumento en México y en cambio sí lo tenga el "indio" Cuauhtémoc. Otra manera distinta de ver nuestras relaciones con el pasado indígena se hace patente en la forma como el mexicano, común y corriente, se puede referir a episodios de la Conquista y la forma como otros pueblos lo hacen. Nosotros solemos decir con orgullo: "En la noche triste derrotamos a los españoles", o con tristeza, "Después de terrible asedio los mexicanos tuvimos que rendirnos". En cambio aun podemos escuchar en otros países frases como éstas: "Aquí hicimos correr a los indios", "Esta fortaleza que defendían los indios nos costó muchos hombres tomarla".

El orgullo que sentimos por nuestro pasado indígena, toma también su expresión en Iberoamérica, que se da cuenta de él. Se expresa en la palabra "Azteca", nombre que muchas veces se da al mexicano como su sinónimo. Se oye hablar de "la gran capital Azteca", del "Pensamiento Azteca"; en varias ocasiones se me presentó como "el profesor azteca". En Cuba pude ver en un periódico a grandes titulares: "El próximo domingo celebran comicios los aztecas". En lo azte-

ca se pone énfasis, porque para estos pueblos expresa una tradición autóctona, propia de América, la cual ven continuada en nosotros. Llamar a un mexicano "Azteca" es una forma de admiración y respeto por lo que consideran es la fuente de ese nacionalismo cuyas raíces están en la propia tierra, y que parece caracterizarnos. Lo "Azteca" es también expresión de una resistencia heroica. Expresión de esa resistencia que cada iberoamericano alberga en el fondo de su corazón, situado en un mundo en el que se siente impotente, simple satélite, colonial. Una vez más México vuelve a ser objeto de utopía, sublimando así impotencias de las cuales también participamos los mexicanos.

La mejor explicación racional de esa nuestra capacidad de resistencia la encuentran, nuestros admiradores, en ese apoyarnos en la tradición, en la misma tierra americana. Lo que aparecía como milagroso ante los ojos ingenuos del pueblo aparece ya racionalizado. "Ustedes tienen hueso, son vertebrados —me decía la ya citada intelectual argentina—, a diferencia de nosotros que hemos carecido de esa tradición". "Todo lo que ustedes hacen y admiramos, todo aquellos de que son ustedes capaces, se ha de deber a esas raíces tan hondas que tienen con la tierra", —me decía un joven pensador uruguayo—. "Nosotros carecimos de ellas, nuestros antepasados sólo encontraron pueblos nómadas, a los cuales fué menester rechazar para poder vivir". "Nuestros antepasados indígenas lo fueron los belicosos guaranís, siempre en lucha con sus vecinos e incapaces de realizar una alta cultura, de aquí que siempre, al igual que la Argentina, tengamos que buscar nuestra tradición en Europa". "Todos los actos de ustedes los mexicanos muestran sus ligas con la tierra americana; por esto están llamados a realizar una auténtica cultura americana".

La crisis sufrida por la cultura occidental, y de la cual somos ahora testigos, ha hecho más patente que nunca, a Iberoamérica, la necesidad de buscar dentro de sí misma los valores que la han de salvar. Así nos encontramos ahora a ésta con los ojos vueltos sobre sí misma, buscando o fabricando tradiciones. La misma Argentina ha ido, con Ricardo Rojas, hacia el Alto-Perú en busca de la tradición indígena de que carece. En el Perú, su gran pasado indígena empieza a dejar de ser simple curiosidad arqueológica para convertirse en

política, arte y cultura. El indígena preocupa ya al estadista. Se habla de su asimilación, de la justicia a que tiene derecho. Argentina celebra "El día del indio"; se realizan o preparan congresos indígenas. El Aprismo reclama para nuestra América el nombre de Indoamérica. Se hace con el indio política sincera o demagógica, pero lo importante es que ahora ya se le toma en cuenta.

Ahora bien, en muchos de estos casos el modelo para este tipo de política lo ha sido México. Unos lo han reconocido abiertamente; otros indirectamente, al apresurarse a negar tal influencia. Y aquí surge nuevamente la experiencia de México por comparación. La política indigenista que se empieza a realizar en los países de que se habla, se diferencia de la nuestra en el hecho de que la primera es una política dirigida, hecha desde arriba, mientras que la nuestra viene de abajo, nuestras circunstancias la han impuesto. El indio ha estado siempre latente en nuestra historia; siempre se ha contado con él en forma positiva. Lo encontramos en todas nuestras luchas libertarias, no sólo como masa, sino también como caudillo. El más alto símbolo de esta realidad de que hablo, lo reconoce Iberoamérica en la figura de nuestro gran patricio Benito Juárez. En México el tener sangre india no ha sido nunca motivo de afrenta. El ser mestizo, el llevar la sangre india junto con la española, nunca ha sido degradante ni menos un insulto. Justo Sierra ha hecho la apología del mestizo considerándolo como el elemento dinámico de nuestra historia, a diferencia del criollo que se presentaba siempre como un elemento negativo, raíz y fuente de todo conservadurismo. Nuestra revolución, lo comprenden bien en Iberoamérica, no es sino expresión de la más pura realidad mexicana en marcha, reclamando siempre sus derechos. No hay en esta realidad nuestra filosofías o políticas dirigidas. Esta política se ha impuesto porque representa la más real de nuestras realidades. Nuestra revolución ha encontrado su mayor apoyo en el campo, es decir, en las masas indígenas. De aquí la razón por la cual nuestra política indigenista no sea una política que venga de arriba hacia abajo, sino de abajo hacia arriba. Se trata de un política impuesta por la propia realidad mexicana.

LA CULTURA

NUNCA como en estos últimos siete años, la labor cultural de México había alcanzado la importancia que tiene actualmente en Iberoamérica. Sin embargo, y esto apena decirlo, poco o casi nada se ha hecho para lograrlo. Casi podría decirse que lo logrado hasta ahora es casi a pesar nuestro. Lo que de México se conoce en el terreno de la cultura, se debe más bien a esfuerzos realizados por empresas particulares. Nuestro Estado poco ha hecho en este sentido. De aquí que sea mucho lo que se desconoce a pesar de que se quiere conocer. En general, casi todos los países iberoamericanos tratan de cuidar este renglón de la cultura, especialmente los grandes países como la Argentina, Brasil, Chile. Utilizando varios medios, como lo son los agregados culturales, exposiciones, congresos, intercambio de profesores y estudiantes, giras de cultura, etc., tratan de dar a conocer sus esfuerzos en pro de la cultura, e inclusive hacen política para influir culturalmente. México es casi una excepción. Poco, o nada, saben en nuestras Embajadas de lo que aquí se realiza en el terreno cultural, salvo aquello que les es notificado oficialmente, por lo general carecen de los medios necesarios para esta labor.

Sin embargo, México en el terreno de lo cultural es uno de los países que más está influyendo en Iberoamérica; muy especialmente a través de nuestras publicaciones. Los libros que más se conocen son los publicados por el Fondo de Cultura Económica, los cuales se encuentran en todos los Centros de Cultura y en casi toda biblioteca particular. La influencia de sus publicaciones puede hacerse patente viendo las citas y bibliografías de los libros, artículos y notas que actualmente se publican en Iberoamérica. Su labor es semejante, o superior, a la realizada en estos mismos países por las publicaciones de "La Revista de Occidente", orientando cada vez más sus publicaciones hacia el conocimiento de lo americano. Dentro de la producción original mexicana se destaca lo realizado por El Colegio de México. La labor de ambas instituciones culturales es altamente encomiada y se la sigue con todo cuidado. Revistas como *Cuadernos Americanos, El Hijo Pródigo* y la *Revista Mexicana de Sociología,* son leídas en todos los

lugares a donde llegan, influyendo sus interpretaciones en los diversos campos de la cultura a que se refieren.

Ahora bien, lo que más llama la atención e influye, es la actitud que México ha ido tomando frente a los problemas de la Cultura Americana, y en forma muy especial lo mexicano. El enfoque de éste en lo particular y de lo americano en general, sin descuidar lo universal, interesa mucho a Iberoamérica que ya se preocupa igualmente por estos temas que considera propios. Ni que decir el lugar que, en este sentido, tiene la pintura mexicana, aunque desgraciadamente no se la conozca tanto como esos pueblos quisieran.

En mi campo, en el de la filosofía y el estudio de la historia de las ideas, la influencia de México es altamente reconocida por los estudiosos de esa disciplina y que realizan labor semejante a la nuestra en el campo de la Historia de las Ideas en Iberoamérica. Y al confesar tal influencia no se sienten por esto menoscabados. Varios de estos estudiosos confiesan haber encontrado en los trabajos mexicanos las mejores sugestiones, así como la justificación de sus tareas. Trabajos que ayer hubieran sido calificados de inútiles, se multiplican en nuestros días, alcanzando dignidad y decoro.

Se muestra igualmente gran interés por nuestros métodos educativos. En forma muy especial por nuestras experiencias en las escuelas rurales y por la campaña alfabetizadora. Campañas semejantes a la nuestra se están realizando en países donde tan necesarias son como Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay. En todos estos casos la experiencia mexicana es casi siempre recordada. A veces se exagera, y al propósito recuerdo la siguiente: En Quito pegaban en todas las puertas de las casa propaganda cuyo tenor era, más o menos, este: "Debe usted ayudarnos en la alfabetización de nuestro pueblo. No tendremos *palacios* donde enseñar, como en México, pero al menos estamos obligados a tener locales humildes".

Desgraciadamente, a pesar de lo mucho que trasciende de México en el campo de la cultura, no trasciende todo aquello que estos pueblos quisieran conocer. Son múltiples las preguntas que hacen sobre diversos aspectos de nuestra cultura. Múltiples son las cosas que quisieran saber de nuestra patria y que tan sólo suponen. A veces he tropezado con desalentados que no comprenden por qué no ponemos mayor empeño

en hacernos conocer, y con la pregunta que dice, "¿No son ustedes demasiado *nacionalistas?*". Aquí el nacionalismo de que hablan tiene un carácter negativo. Admiran nuestro nacionalismo, muy cierto, pero el nacionalismo que siendo expresión de lo mexicano lo es también de lo Americano. Admiran aquello que siendo muy nuestro puede ser también de Iberoamérica. Nuestro nacionalismo aparece como algo positivo en cuanto refleja lo que Iberoamérica es o quiere ser. Pero toma un carácter negativo cuando parece como si nos conformáramos con una especie de regionalismo. El nacionalismo que se nos admira es aquel que sin dejar de serlo aspira también a la universalidad.

Iberoamérica nos invita así a universalizar nuestra mexicanidad. Una serie de circunstancias, geográficas, históricas y políticas, nos han situado en un lugar privilegiado. En Sudamérica encontramos todavía a unos países desconfiando de los otros, rechazando inclusive las influencias culturales de los vecinos por temor a que sirvan de instrumentos a imperialismos locales. Desde este punto de vista, la situación geográfica de México le exime de cualquier sospecha de esta naturaleza. Todo lo contrario, se le ve siempre como alerta vigilante ante las puertas del imperialismo que más temen. Nuestra cultura es considerada, cada vez más firmemente, como la verdadera fuente de esa inexplicable resistencia desarmada.

Así, México, sin habérselo propuesto, está llamado a ser uno de los principales guías de la cultura en Iberoamérica. Para lograrlo no tiene que hacer sino pequeños esfuerzos. México puede cooperar grandemente en la tarea que se inicia y preocupa ya grandemente a los pueblos de Iberoamérica. Tarea que tiende a dar el sentido de unidad americano que se había perdido poco después de nuestra independencia. Nuevamente Iberoamérica empieza a hablar de *América* como unidad, tal como lo hicieron los próceres de su independencia y antes de que los caudillismos la dividiesen.

Como se ve, mucho es lo que de México se espera. Nuestro país es objeto de un gran espejismo. Pero dentro de este espejismo existe mucho de nuestra realidad, la suficiente para provocarlo. Es menester potenciar esta realidad nuestra, estamos obligados a ello por nuestro bien y por el de América, que también es el nuestro. La tarea no va a ser, por supuesto,

nada fácil, implica una gran capacidad para potenciar lo afirmativo y reducir lo negativo. Tenemos una gran responsabilidad sobre nuestros hombros; responsabilidad para con América y para con nosotros mismos. ¿Estaremos a la altura de esta gran responsabilidad? ¿Merecemos la confianza que Iberoamérica ha puesto en nosotros? Cualquiera que sea la respuesta a estas interrogaciones, México es quien tiene ahora la palabra.

PUEBLOS NEOINDIGENAS

UN MERCADO DE ABASTOS

Por *Uriel GARCIA*

CALLEJAS en carrera hacia el campo, con sus chatas viviendas arrabaleras, con sus figones ahumados, sus bodegas de tufarada alcohólica, todo el arrabal confabulado, conducen a remolque al vetusto edificio del mercado de abastos de esta ciudad de las serranías del Perú, plantándolo allí, como a viejo pontón en el surgidero. El monumental falansterio, de techumbre alta y abierta a los cuatro vientos, muestra a través de sus valladares, de jaula zoológica o de jardín botánico, su fondo turbio donde una multitud abigarrada se afana por "el pan nuestro de cada día", en torno a sendos bodegones de frutas y legumbres, a los puestos de volaterías y despojos.

Tanto como el oleaje del mar en el hostigo, se escucha la algarada frenética, la confusa mareta de esta Babel americana, que se expresa en diversas lenguas, desde el gesto mímico del indio que de las altas punas o de las quebradas risueñas traslada cereales y no se diferencia en mucho del cazador y del recolector prehistóricos, hasta la fabla popular mestiza, eslabonada de palabras y giros entre el idioma nativo y el castellano, entre la esclarecida lengua de Cervantes y la dulce de los incas, flexible a la fraternidad humana y a la vez angulosa para el humorismo sarcástico y crudo, que es la defensa del indio, del pueblo bajo, desde cuando fué conquistado por España.

Cruce de trajes de mil formas y colores. Flecaduras de ponchos, ribetes de rebozos y de faldas, que son algo así como registros indicadores de la procedencia de las distintas zonas geográficas de este mundo andino, tan desgarrado topográficamente, como de las distintas jerarquías sociales y de esta humanidad igualmente diferenciada desde la conquista, entre los

poseedores y los desposeídos. Poncho campesino, encubridor de miserias, tanto como abrigo, casaca colonial supérstite del feudalismo, manto femenino que denuncia con su verdor de siglos a la aristocracia venida a menos, opulentas polleras de la mujer del pueblo republicano. Museo viviente de la historia del traje.

Caldeado crisol donde se funden los metales de todas las razas y clases sociales, indios y españoles, mestizos y criollos. Se absorben recíprocamente los de arriba y los de abajo, aristocracia y plebe, feudalismo y democracia; se eslabonan todas las épocas, en perdurable actualidad, incanato, coloniaje, república, sin poder desplazarse del todo ninguna de ellas, pese a todos los "Libertadores" y a todos los programas políticos de los caudillos de antaño y de hogaño. Sistema de trueques del comunismo primitivo, industria artesanal, comercio capitalista moderno.

Y por cada válvula de escape de este gigantesco vientre o claustro maternal, si se quiere, surge a la calle el "cholo" peruano, resultante de tantas levaduras e influjos atávicos, fruto agridulce del mercado, de estos mercados peruanos, que se inyecta enérgico en el pulso de la ciudad, de la nación misma, con más eficacia que todo método de eugenesia o de pedagogía oficial.

COMO el mercado es siempre la ciudad hacia abajo, su estrato más profundo, así se emplace sobre la cima del monte, en sus contornos y en sus entrañas vienen a condensarse el arrabal, lo que hay de aldea y campo, igual que de tradición folklórica, en la estructura de nuestras ciudades.

Le ciñen, como anillo al dedo, por todos sus flancos, chicherías y fondas baratas, con sus cartelones o anuncios que reproducen el colorido inflamado y agresivo de estos ámbitos, la estructura plástica de estas gentes; vivos, chillones, cavernarios y, a la postre, ingenuos e infantiles. "El Vayo", "El Mono", "El Tentetieso", que son comedores populares, donde el pueblo aplaca su sed y mata su hambre y lo hace en aquella misma forma espontánea en que el buen Sancho quería, "sin melindres ni respetos", cuando su amo Don Quijote le brindaba un asiento a su lado, en la choza de los cabreros.

Aquel tendejón con su faz llena de hollín, cara sucia, tatuada de escarabajos, con su botillería exhausta, de sólo alcohol aguado, su famoso "Té con pito", el samovar peruano, donde en las noches saborea la taza de té con aguardiente la chola forastera, al halago del charango que la entusiasma y del piropo que la enardece.

Picantera ventruda, semejante a su tinaja de chicha, risueña como el sol pintado en el fondo del muro, de voluminosas faldas y repliegues, con el invariable y cordial: "Pasusté, señor". Indias de la "parada", con sus vendejas a ras del suelo, humildosas, calladas, rumiando la coca, como la llama el pasto, o mascando el mote frío, su único desayuno. Cholas camiseras, a lo largo de las baldosas, con sus puestos de camisas de tocuyo, labradas con labores al pespunte, dando sus pechos ópimos y cetrinos a sus hijos tiernos o acunándolos en media vía.

A la intemperie, en media calle, contra el sol, el viento o la lluvia, los puestos de comidas a la carta. Sopas indígenas o "chupes"; frituras, pucheros, lechones, para trabajadores y transeuntes con prisa, para gentes humildes y miserables. Consumen todos en cuclillas, sobre los poyos.

—Hermanito —dice en quechua una mujer rodeada de hijos tiernos—, cómprame, siquiera por lo que me ves que soy tan pobre como tú; te serviré rico y "bonito". El cliente no sabe por cuál decidirse, si por la sopa de maíz molido con chicharrones o por la de chuño con cecina.

Un pilluelo harapiento, que acaba de yantar con los centavos que ganó, lanza una maldición contra una vendedora:

—¡Que mi plata la pierdas, no quieres yaparme!

—¡Zafa de aquí, hijo del demonio!

En uno de los ángulos de esta catedral de los abastos, el suertero atrae a la multitud con su retablo de animales amaestrados y su organillo de voces enronquecidas por el constante uso. El mono "Felipe" y la lora "Catita", a más de jilgueros y canarios que forman la comparsa. Al compás de la música baila "Felipe" acosado más por el hambre y las pulgas que por el aguijón del amo; gesticula, chilla, salta y hace reír. "Cati-

ta" sale de la jaula, alza un papelillo impreso con el pico. Es para una india joven que quiere "leer" su destino, a pesar de ser analfabeta. El mono lanza un chillido como una carcajada. La suerte dice: "Viajarás presto, se te presentará un destino ventajoso, con sueldo muy elevado". Le tocó la suerte adecuada para una cocinera. Pero no importa. La india viaja a cada instante, por todos los caminos, por los más ásperos, de preferencia, siempre a cuestas con la balumba de su carga de menestras y la complementaria del hijo, encima, hilando vellones de lana, medidas de longitud y de emociones, que envuelve en su rueca. El poncho o el rebozo que tejerá después condensan la extensión de los campos que recorre, de las cuestas que trepa, de los repechos andinos por donde se despeña. Su destino ventajoso sería quizás que el hacendado le dejara su parcela de tierra, el gobernador de su aldea, su vaca o su carnero, el galán del pueblo, su honra. Y su sueldo elevado podría ser el pago sin descuentos de los cuatro pesos al año que percibe como pastora del fundo.

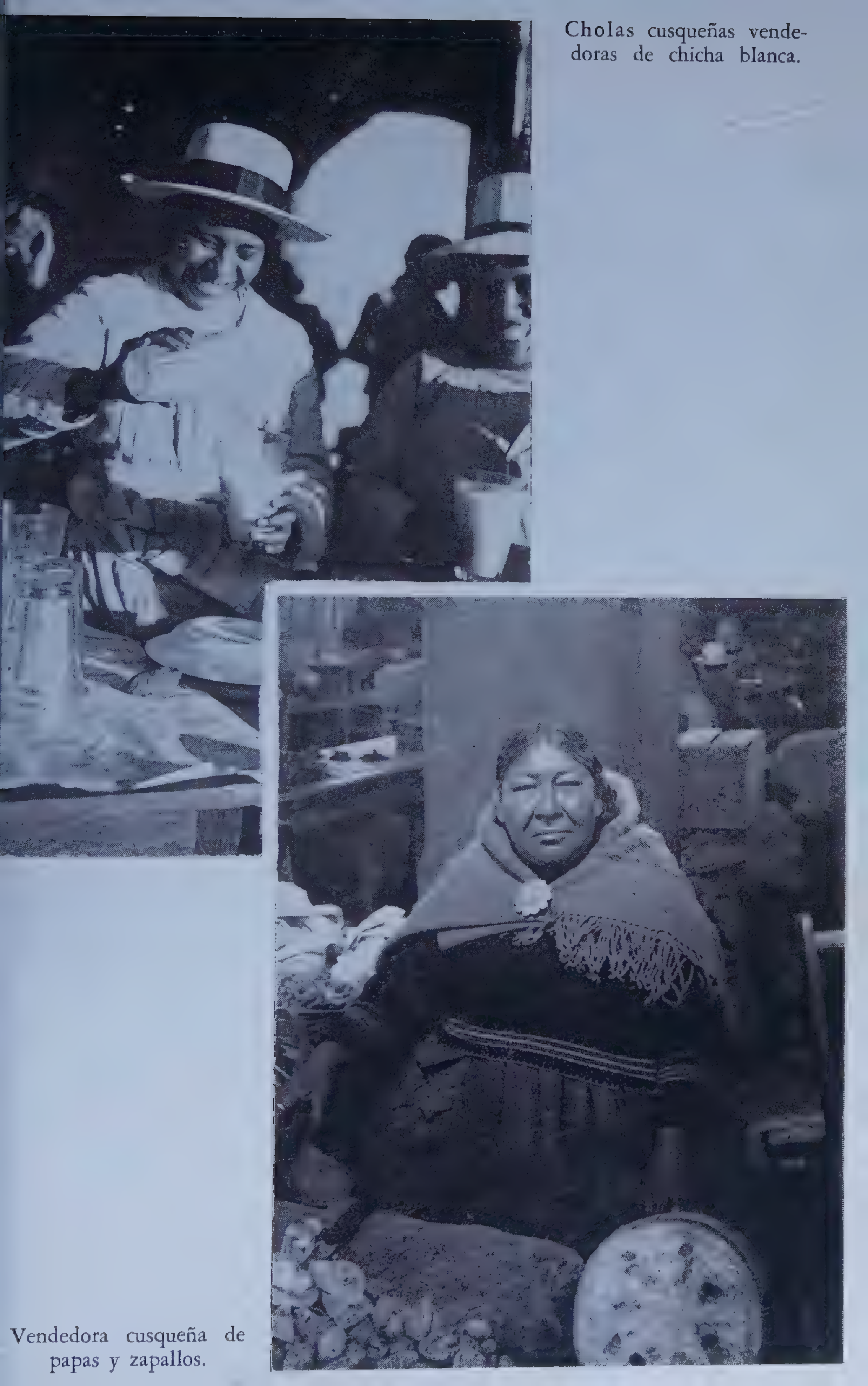
GREGORIO Choque, mocetón indígena, ya sin el poncho ni las calzas y jubones de su indumentaria de costumbre, libreas de la servidumbre colonial, antes bien de saco sin panqueques y de pantalón de estameña, pero con rodilleras, diríase, republicanas. Apenas su niñez miserable y desmedrada le dió tiempo para aprender a leer letras de molde y a escribir su nombre para servir de elector político de su comarca. Estuvo en el ejército, hoy es licenciado, con el grado de cabo. Al salir de baja del cuartel, lo enganchó otra vez la miseria de otros tiempos, dándole por residencia sólo la calle abandonada, los caminos sin meta por lecho, el banco de las plazas o el camastro de la casa en ruinas y este mercado como fortaleza para sus esperanzas. Es buhonero, mercachifle o más simplemente "chifle". Cada mañana instala aquí su gran canastón, hecho de cañas silvestres, en forma de barquilla, relleno de chucherías y baratijas. Anillos, peines, pañolones, cintajos; bisutería y quincallería de ínfima calidad. En las horas muertas de las tardes, cuando el mercado y sus aledaños van despoblándose a pocos, Gregorio Choque ameniza sus tedios tocando la ban-



Piedras cusqueñas. Catedral y fortaleza de Sajsahuamán.



Cusco. Calle con construcciones incaicas y coloniales.—Portada incaica y colonial del monasterio de las Nazarenas.



Cholas cusqueñas vendedoras de chicha blanca.

Vendedora cusqueña de papas y zapallos.



Mercado de Cusco. En torno al puesto de merienda.

durria cholera o su rondín que enternece a esta humanidad que trafaga por estos contornos. En el más afamado rondinista de la jarana arrabalera. Los huainos que entona, así sea silbando, atraen a la clientela. Por eso, del retablo del suertero cae la india al canastón del chifle. Se llevará encantada alguna baratija que resplandezca como una joya; acaso en sus entrañas fecundas, también un hijo.

JULIANA Condori tiene un tinglado de ropería en uno de los pasillos destinados para costureras, donde en cada colgajo de ropas hechas está la geografía social del Perú. Trabaja incansablemente, en la máquina de coser, indumentaria popular. Chamarras de tocuyo, de vistosas labores, para las indias de Anta; chaquetas de merino, guarnecidas de encajes, para las cholas del Cusco; sacos y pantalones para los indios en proceso de mestizos, de "nuevos indios". En el mercado, el traje hace al monje, determina la procedencia o el rango social.

Juliana sostiene con su trabajo a toda la familia, marido, hijos, padres. "Para qué sirves tú si yo soy la que te hace vestir", le enrostrará al marido golpeador y vago. Tampoco sabe leer, desde su niñez oyó al párroco, al gobernador, a todos los que viven del indio, que, especialmente para la mujer, es inútil el alfabeto.

La Condori fué india ciento por ciento allá en la aldea. Hoy ya es mestiza, pese a su sangre pura. Una farándula pueblerina vió en ella aptitudes para danzar y cantar bailes y canciones lugareños. La trajeron a la ciudad y ella, al final, la condujo al mercado. Instaló su mostrador de ropería, con "principal" al crédito. Hizo sus ahorros, con los que salió airosa del cargo religioso a que la obligaron los santones del gremio. Estuvo al borde de la quiebra, pero adquirió el rango de matrona del barrio, ideal de la mujer del pueblo. Es la mujer matriarcal, autoritaria y cruel, en quien superviven atavismos ancestrales. Fanática y supersticiosa, impone al pueblo, a la ciudad, a la nación misma a las santidades y caudillos de su devoción y simpatía. Mujer bravía, la primera en la pedrea populachera, en el comicio demagógico, tanto como apasionada en la fiesta poblana o en la jarana del barrio.

Este mercado todavía es el escenario del matriarcado nacional.

La noche que baja de las montañas próximas estrangula al fin el bullicio de la monumental abacería; lo tiende allí, rígido y maltrecho como a un cadáver: despojos del día que el hombre consumió con voracidad ferina y que vienen a roer gentes miserables, perros hambrientos. Otra vez los chupes y frituras baratos para la cena. Al amparo de las sombras, la ciudad envía a los espectros de la miseria que acrecienta. Indios trabajadores que recién se desayunan; "caballeros" de raída indumentaria, náufragos de la desventura; "señoras", de manto y saya (*llakes,* que llaman las verduleras), el lujo de otros tiempos; niños descamisados, en torno a las ollas humeantes.

Viene una mujer del pueblo, con sus tres hijos a cuestas, que son, como ella dice, sus tres cruces, que junto a la olla del puchero no puede resolver el problema más doloroso de su vida: partir entre los tres hijos famélicos la única presa de carne que contiene el primer plato.

Mercado de esta ciudad de las serranías del Perú, campo de contradicciones seculares que hasta hoy no encuentran una solución para todos los estómagos, valga decir, una solución social más justa.

LAS NACIONES UNIDAS Y FRANCO

ALGUNA vez se ha escrito que la capacidad de olvidar es uno de los mayores dones del hombre; si no se olvidara el dolor de la tragedia vivida sería imposible la existencia humana. El olvido es el mejor bálsamo restañador de heridas; pero al mismo tiempo implica negación de experiencias y es obstáculo al progreso individual y colectivo. Se olvidan los errores de ayer que motivaron la caída para insistir hoy en los mismos errores que de manera inevitable originan una y otra vez el nuevo fracaso. La biografía y la historia de los pueblos se hallan llenas de estos dramáticos ejemplos.

Todo lo anterior se ocurre pensando en el General Francisco Franco y en el pueblo español. Parece que se han olvidado sus crímenes y colaboración con Hitler y Mussolini; parece que si las cosas siguen como van un buen día resultará Franco apóstol del bien y encarnación de la democracia.

Hace ya más de un año que cayeron para siempre los caudillos de Italia y Alemania, y Franco está en pie, soberbio, insolente e impune; está en pie para vergüenza de la historia. No faltan escritores y políticos que ya hablan y escriben sosteniendo que Franco representa lo mejor del espíritu español y que su movimiento de rebeldía nada tuvo que ver con Mussolini y Hitler; ni tampoco lectores y oidores que olvidan lo ocurrido apenas ayer y comulgan, muy a su gusto, con ruedas de molino. A unos y a otros, a todos los desmemoriados voluntarios o involuntarios es bueno recordarles los hechos y dichos recientes para que se graben en su memoria.

En 1936, el General Francisco Franco, de quien Lord Halifax dijera que seguía con recatada simpatía sus cristianas hazañas, declaraba: "Estoy dispuesto a pasar por las armas a media España para conseguir mi propósito".

En febrero de 1937, Franco se dirige a Hitler en los siguientes términos: "Me sumo de todo corazón al anhelo de que el gran imperio alemán pueda lograr el objeto de sus inmortales destinos, bajo el glorioso signo de la cruz gammada y bajo vuestra genial dirección".

Cinco meses más tarde decía el mismo Franco: "España... seguirá la estructura de los regímenes totalitarios como Italia y Ale-

mania. Se revestirá de las formas corporativas, para lo cual se encuentran en nuestro país la mayor parte de las fórmulas, y se acabará con las instituciones liberales que han envenenado al pueblo". Y al finalizar el año agregaba: "Soldados de Roma Imperial: sois los hermanos preferidos porque combatís con nosotros en la santa cruzada contra el comunismo y las democracias".

Firme en sus convicciones fascistas, ya en plena guerra, a fines de 1940, cuando Londres era bombardeado noche tras noche por los aviones alemanes, Franco añadía a sus anteriores palabras: "España en todos los momentos difíciles de su Historia sintió el calor de la amistad alemana y es fácil imaginar, pues, qué puede sentir ahora que se libra en los mares y en los aires de Europa una batalla para la ejecución de la revolución social por la que luchamos juntos".

A raíz de la invasión de la U. R. S. S., por los ejércitos alemanes, Franco afirmaba gozoso: "El Eje es ahora triángulo pues comprende a Alemania, Italia y España.

"Se ha planteado la guerra y los aliados la han perdido...

"Se confió la resolución a la fuerza de las armas y les ha sido adversa. Nada se espera ya del propio esfuerzo; clara y terminantemente lo declaran los propios gobernantes... En estos momentos en que las armas alemanas dirigen la batalla que Europa y el cristianismo desde hace tantos años anhelaban y en la que la sangre de nuestra juventud va a unirse a la de nuestros camaradas del Eje como expresión viva de solidaridad, renovamos nuestra fe en los destinos de nuestra patria estrechamente unidos nuestros ejércitos y nuestra Falange.

"La democracia y el liberalismo son expresiones trasnochadas en nuestra época. El triunfo del nazismo es algo evidente para todos. El absurdo conflicto resultante de la declaración de guerra hecha por Inglaterra y Francia ha llegado a su resultado lógico. Los aliados han perdido completamente la guerra".

Por último en diciembre de 1942 con jactanciosa ceguedad dijo el Generalísimo: "Mantenemos nuestra política tradicional, nuestra adhesión a los pueblos que compartieron nuestras angustias. Si algún día Berlín estuviera en peligro, España, para defenderlo de las hordas rojas, enviaría un millón de hombres, si preciso fuera.

"Las revoluciones alemana, italiana y española son fases del mismo movimiento general de rebelión de las masas civilizadas del mundo contra la hipocresía y la ineficacia de los viejos sistemas. Cuando termine la guerra y principie la desmovilización, el destino histórico

de nuestra Era se llevará a la práctica por la fórmula patriótica y espiritual que España y cualquier otro de los pueblos fascistas ofrezcan al mundo".

Y ¿por qué el cristiano caballero español—seguimos recordando las palabras del honorable Lord Halifax— no envió el millón de hombres a Berlín para ayudar a sus amigos en derrota? ¿Qué pasó con la palabra empeñada?

Por supuesto que Franco nunca estuvo solo en su decidida posición fascista, con él estuvieron siempre sus amigos y partidarios. Unas cuantas muestras que dan idea del ambiente gubernamental español de esos años: El Director General de Enseñanza José Pemartín escribía: "El fascismo, el absolutismo hegeliano, no sólo puede y debe darse en España, sino que es España la única nación europea donde cabe en su sentido absoluto. Hemos dicho anteriormente que teníamos derecho a ser más papistas que el Papa; del mismo modo podemos ser más fascistas que el mismo fascismo. Porque nuestro fascismo ha de ser perfecto, absoluto. "El fascismo es una concepción religiosa", ha escrito Mussolini. El fascismo español será, pues, la religión de la religión".

José Félix Lequerica, luego Ministro de Relaciones Exteriores de Franco, dijo en un discurso de banquete: "Seguimos con ansiedad la revolución que encarna el Führer y el movimiento nacional-socialista alemán. Cuando parecía que el materialismo bárbaro y la negación de todas las fuerzas morales asistidas con el poder de algún pueblo, iban a acabar con la historia de lo que llamamos y servimos como civilización, el genio germánico se ha levantado, potente, para contenerlas".

Manuel Aznar, vocero del régimen franquista aseguraba que: "Es España la que en la actitud de Alemania ha reconocido y reconoce y proclama, que el mundo germánico de Hitler está sirviendo profundamente a los más altos y eternos fines del Espíritu... Hitler, que está dando pruebas de un profundo conocimiento de los hombres y de la Historia, con un sentido realista impresionante, con la máxima elevación de pensamiento, no podrá desconocer la misión sagrada y eterna de la Iglesia Católica".

Los ejemplos podrían multiplicarse una y muchas veces.

Los liberales sinceros, los demócratas convencidos, los hombres de buena fe creyeron que Francisco Franco correría bien pronto la suerte de sus amigos Mussolini y Hitler, que le ayudaron a vencer al pueblo español; creyeron que por lo menos no terminaría el año

de 1945 sin que cayera del poder el hombre que había luchado en contra de las democracias, que había llenado las cárceles de adversarios políticos y fecundado la tierra de los cementerios con centenares de víctimas. Estaban equivocados. Franco, parece mentira, todavía está en el poder, todavía oprime y macera al pueblo español, todavía puede hacer piruetas en el escenario internacional y escuchar los aplausos de sus congéneres en Europa y América; y todo esto con mengua del decoro, de la justicia y la razón; todo esto para oprobio de quienes pudieron y debieron evitarlo. Pero es que hay muchos que piensan como el gran estadista Winston Churchill. Recordemos sus palabras: En el mes de enero de 1927 dijo: "Si yo fuese italiano vestiría la camisa negra". En 1940 agregaba: "No niego que Mussolini es un gran hombre". Y su famosa y desalentadora declaración de 1944: "No simpatizo con quienes creen que es inteligente y hasta divertido insultar y vejar al gobierno de España cada vez que la ocasión se presenta. A medida que ha adelantado la guerra, su índole se ha hecho menos ideológica".

En Inglaterra, en Estados Unidos, en los países latinoamericanos, en todas partes se gritó una y mil veces que había que luchar en contra de los sistemas opresores, que había que luchar en defensa de la democracia, de la libertad, de la civilización; y millares de hombres fueron arrojados a los campos de batalla movidos por un ideal; fueron arrojados a la muerte por un ideal; mas después se afirma que no fué por un ideal por lo que se luchó y por lo que se fué a la muerte. Y el hombre de la calle se pregunta. ¿Entonces cuál fué el móvil de la contienda?; ¿acaso millares de gentes fueron sacrificadas en defensa de intereses económicos? ¿De cuáles intereses económicos? ¿De los intereses económicos de las mayorías o de los de la clase privilegiada? El hombre de la calle, con hondo desconsuelo, lleno de dudas y perplejo, espera que los grandes estadistas, los grandes políticos y los grandes diplomáticos respondan a sus preguntas angustiosas y apremiantes.

Al efectuarse la Asamblea de San Francisco aún no habían sido completamente vencidos Hitler y Mussolini. Parece que entonces todavía se luchaba por un ideal y la España de Franco no fué admitida en el seno de las Naciones Unidas. En aquella ocasión la voz de México fué escuchada y atendida y los optimistas creyeron que se acercaba el fin del Generalísimo. El gobierno legítimo de España se reorganizó, designándose a Giral como Presidente del Consejo de Ministros. Unos cuantos países lo reconocieron, medianos y pequeños;

las grandes potencias, Estados Unidos e Inglaterra, defensores de los derechos fundamentales del hombre y de las libertades de que se hablara en la Carta del Atlántico, no han reconocido a ese Gobierno legítimo y han continuado el coqueteo con el torvo dictador español. Y conducta parecida, no idéntica, ha seguido la otra gran potencia, la Unión Soviética; parecida porque tampoco ha reconocido hasta la fecha al Gobierno Republicano.

Aproximadamente un año después de la Asamblea de San Francisco, en abril del presente año, se planteó en el Consejo de Seguridad el problema de la ruptura de relaciones con Franco. Al fin se nombró un subcomité para investigar en relación con el gobierno franquista muchas cuestiones ya bien sabidas y para determinar si tal Gobierno constituía o no una amenaza para la paz mundial. Dicho subcomité se integró con representantes de Polonia, Brasil, Australia, Francia y China. En los primeros días de junio rindió su informe, del cual se insertan algunos párrafos:

"Por su origen, naturaleza, estructura y conducta en general, el gobierno franquista es un régimen fascista modelado y establecido con la ayuda que recibió de la Alemania nazi y de Hitler y la Italia fascista de Mussolini.

"Pruebas documentales e incontrovertibles establecen que Franco fué tan culpable como Hitler y Mussolini en la conjura de guerra contra aquellos países que en el curso de la misma quedaron agrupados como Naciones Unidas. Fué cómplice de la conspiración de que la beligerancia completa de España debía aplazarse hasta que se decidiera por acuerdo entre todos ellos".

"Franco a Mussolini. Agosto 16 de 1940:—Desde que principió el conflicto actual ha sido nuestra intención hacer los mayores esfuerzos para acelerar nuestra preparación con objeto de entrar a la guerra en una oportunidad favorable.

"España además de la contribución que ha hecho al establecimiento del nuevo orden... ofrece otra al prepararse para ocupar su puesto en la lucha contra el enemigo común...

"Al mismo tiempo doy a ustedes seguridades de nuestro apoyo incondicional a su política de expansión y a su programa futuro".

"Franco a Hitler. Septiembre 22 de 1940:—Soy igualmente de opinión que el primer acto de nuestro ataque debe ser la ocupación de Gibraltar...

"Por nuestra parte, hemos estado preparando en secreto esta operación, desde hace mucho tiempo... Y le repito las seguridades

de mi inquebrantable y sincera adhesión a usted, personalmente, al pueblo alemán y a la causa por la cual lucháis. Espero, en defensa de esta causa, poder renovar los lazos de vieja camaradería entre nuestros ejércitos. . ."

"Franco a Hitler. Febrero 26 de 1941:—Estoy listo a vuestro lado, entera y decididamente a vuestra disposición, unidos por el destino en una tarea histórica común".

"La correspondencia de Hitler, Franco y Mussolini y otros documentos arrebatados a los alemanes, constituyen pruebas contra Franco de la misma naturaleza de las que se han presentado en el jurado de Nuremberg en contra de los delincuentes de la guerra para fundar las acusaciones de "delitos de lesa Paz. . ."

Las conclusiones y recomendaciones del subcomité según aparecieron publicadas el 2 de junio fueron las siguientes:

"Las actividades del régimen franquista son una amenaza potencial para la paz y la seguridad internacional y pueden ponerlas en peligro en la forma que indica el artículo 39 de la Carta.

"El Consejo de Seguridad está facultado por el artículo 36(1) a recomendar procedimientos para remediar dicha situación.

"El Subcomité formula las siguientes recomendaciones:

"Que el Consejo de Seguridad se solidarice con los principios formulados por los gobiernos de Inglaterra, Estados Unidos y Francia en su nota de 4 de marzo de este año.

"Que recomiende a la Asamblea que se rompan las relaciones diplomáticas con Franco.

"Que el Secretario General ponga estas recomendaciones en conocimiento de todas las Naciones Unidas y otros países interesados.

"Cuando la Asamblea General crea que se han cumplido todos los requisitos: derrocamiento de Franco, amnistía política, regreso de los desterrados, instauración de las libertades, resuelva favorablemente la petición de ingreso a las Naciones Unidas que haga un gobierno español libremente elegido".

Pero los meses han ido pasando y con ellos la esperanza en la justicia internacional. Cada vez se lucha menos por ideales y más por las ventajas económicas y de predominio mundial; cada vez es más desalentador el espectáculo que ofrecen los grandes políticos, los grandes estadistas, los grandes diplomáticos. Cada vez crece más la marea de cieno y ahoga los mejores principios y los anhelos de paz y de honradez que reclama el hombre de la calle.

Sin embargo, el hombre de la calle, un tanto escéptico y desilusionado, encogiéndose de hombros, con cierto pesimismo, no se resigna al fracaso irremediable; no se resigna por instinto de conservación, porque quiere vivir, porque necesita vivir en un mundo como aquel que con frecuencia diseñara en sus nobles discursos, Franklin D. Roosevelt; y ese hombre, a pesar de todas las decepciones, de todos los desencantos, ve en medio de la sombra espesa que lo envuelve, una gota de luz que lleva a su espíritu atribulado el anhelo de una leve esperanza de salvación. Le han dicho que la humanidad no se suicida. Por eso piensa que tal vez los errores de ayer se corrijan en la próxima Asamblea de las Naciones Unidas.

En las reuniones de esa Asamblea que se anuncia darán principio el 23 de octubre, antes de que aparezca esta nota, tendrá que tratarse el caso de España, no es posible creer que se aplace una vez más. Ojalá que los Delegados de las varias naciones reconozcan las faltas cometidas ayer precisamente en la política de las grandes potencias durante la guerra en España; ojalá no olviden una vez más las enseñanzas de la historia reciente; ojalá no se inspiren sus resoluciones en la vieja diplomacia europea de la que ha sido maestra Inglaterra y que ha producido el dolor y la muerte para millones de seres humanos y la ruina y la desolación en todo el orbe; ojalá y que tengan presente que mientras Franco esté en el poder no podrá hablarse de decencia internacional y será una vergüenza y una mancha indeleble para los grandes políticos, para los grandes diplomáticos, para los grandes estadistas que lo han sostenido en contra de la dignidad de la especie.

El caso de España, óigase bien, es clave del futuro. Si Franco continúa en el poder, eso es síntoma de catástrofe; en cambio si cae, habrá que revivir el sueño en agonía de un mundo nuevo.

Jesús SILVA HERZOG.




FACULTAD JURIDICA
VERACRUZANA
JALAPA, VER.



FOBIA EVOLUCIONISTA

MOTIVA estas breves líneas la imperiosa necesidad de comentar algo que consideramos una nueva y monstruosa prueba del tono y nivel a que ha llegado la ciencia objetiva en esa pobre España amordazada por los falangistas, no sólo en el sentido material de las expresiones democráticas más relacionadas con la vida política del país, sino incluso tratando de eliminar el derecho al libre pensamiento y a la serena crítica de los problemas trascendentales que la ciencia plantea.

Sabíamos ya, y ello es consecuencia de la dictadura dominante, que nadie puede discutir ni escribir en España, por ejemplo, sobre temas sociológicos, educativos, económicos, agrarios, etc., si no acata previamente los principios básicos que apoya la oligarquía gobernante. Pero nunca se nos ocurrió que el sectarismo y el reaccionarismo llegaran a imperar en la forma que en seguida se verá.

Tenemos a la vista el Vol. I de la *Historia Universal* dirigida por Walter Goetz, edición castellana de Espasa-Calpe, Madrid, 1945. Se trata de una obra en 10 tomos que por su extensión y precio está indudablemente destinada a un sector de lectores cultos y muy seleccionados. Pues bien, esa obra contiene un Prólogo y una Nota en la página 15 censurando los conceptos de Goetz, suscritos ambos por "Los Editores Españoles", que implican ya un claro ataque a la libertad de pensamiento.

Pero no vamos a referirnos ahora a ellos y menos todavía al contenido general del volumen; suponemos que la obra, redactada por expertos y refiriéndose a hechos acerca de las Culturas primitivas, Asia oriental y Oriente Mediterráneo, no pudo provocar en los censores falangistas suspicacias en cuanto a la ortodoxia de las ideas. Nos interesó especialmente un capítulo del que es autor el conocido paleontólogo y prehistoriador Franz Weidenreich. Lo primero que llama la atención es el título de dicho capítulo: p. IX, "Evolución Humana"; en cambio en las pp. XI, 99 a 113 se le denomina "Advenimiento del Hombre". ¿Por qué el cambio, sustituyendo la palabra Evolución, que expresa claramente la idea y tesis del autor, por la ambigua denominación de *Advenimiento?* No hubo que ir muy lejos

para encontrar una clara confirmación a la sospecha que había surgido. En la p. 101, aparece la siguiente *Nota de los Editores Españoles: Este estudio de Weidenreich es sumamente endeble y expone teorías trasnochadas. Hoy nadie cree que el hombre proceda de un "mundo animal de antepasados". Las doctrinas evolucionistas de Lamarck, Darwin y Haeckel han pasado de moda y parece mentira que se adopten todavía en una obra como la presente. Sobre el origen de la vida sólo la Biblia nos proporciona noticias admisibles y todos los atisbos de la ciencia no hacen más que confirmar la verdad del relato mosaico. Respecto del hombre, el mismo Weidenreich se ve obligado a reconocer que todo habla en favor de su origen unitario.*

La limitación de espíritu y la ignorancia supina que implica esa asombrosa negación, no sólo a la tesis de Weidenreich sino a la idea de Evolución, a mediados del siglo XX, se presta a ciertas deducciones:

1. ¿Quiénes son, individualmente, esos *editores españoles* que de manera anónima lanzan, con un cabal y absoluto desconocimiento de la cuestión, tan retrógradas, sectarias y falsas afirmaciones?

2. ¿Cuál es el motivo que obliga a una editorial a modificar el título de un trabajo, suprimiendo el término "Evolución", y a redactar notas del calibre de la transcrita?

Lógicamente pensando, el interés de una Editorial estriba en obtener la mayor venta posible de sus obras; por tanto es indudable: a) que la nota es anónima, porque no han encontrado ni un solo hombre de ciencia especialista en estos problemas que aceptara avalar con su firma tal barbaridad; b) a pesar de lo cual, la rectificación se consideró indispensable para que la obra no fuese *vetada,* quizá incluso recogida, por quienes pretenden hoy regir el pensamiento de los españoles: el clero reaccionario. Nadie ignora que los representantes del catolicismo en España, en sus altas y bajas jerarquías —y con honrosas aunque escasas excepciones— han sido en todo momento, desde el siglo XV los más sectarios, intransigentes, y reacios a aceptar las verdades científicas que en apariencia pudieran estar en pugna con los Textos Sagrados. Pero no se nos ocurrió nunca que esa cerrazón mental llegaría a los extremos a que hoy nos referimos.

Bien está que en el siglo VIII el Papa Zacarías castigara severamente al monje Virgilius por haber afirmado que había hombres en los antípodas de Europa; y que el judío Samuel Sarsa fuera quemado vivo en el siglo XV por sostener la gran antigüedad de la tierra y del hombre; y que la Inquisición en 1616 cortara la lengua a Vanini por defender el origen natural de la especie humana; y que el jesuíta

español P. Suárez fuera en el siglo XVI el más conspicuo y fiel mantenedor de la interpretación literal de la Creación, de acuerdo con el Génesis bíblico. Pero no en balde han transcurrido más de tres siglos. A medida que los conocimientos biológicos, paleontológicos, embriológicos, geológicos, físico-químicos, etc., se ampliaron, el Cristianismo (indistintamente católicos y protestantes) ha ido adaptándose a los nuevos hechos, rehuyendo la aceptación literal de los libros sagrados y aceptando una interpretación que pone de acuerdo —por lo menos en sus líneas generales— Ciencia y Religión.

La aceptación del concepto biológico de evolución y más específicamente de evolución humana *fué tabú* para la Iglesia; pero en modo alguno es posible una regresión a siglos pasados. En la actualidad no hay biólogos, ni antropólogos, ni hombres de ciencia en general, conocedores de estos problemas, que nieguen la existencia de la Evolución: sin distinción de creencias religiosas, e independientemente de cualquiera de ellas.

Sería pueril tratar de discutir aquí los argumentos en pro de un criterio biológico evolucionista. Lo único que deseamos es mostrar —con unos pocos ejemplos— que el antievolucionismo sectario e ignaro que se evidencia en la nota que comentamos no es símbolo de una actitud creyente frente al supuesto ateísmo o agnosticismo de los partidarios de la evolución, sino simplemente una prueba más del cretinismo, estupidez e ignorancia de quienes desean que España vuelva a un período de oscurantismo.

Porque nadie en el mundo científico actual cree hoy que las ideas evolucionistas van contra la Religión. . ., nadie a excepción de los dictadores espirituales de la España de Franco.

Y he aquí algunas pruebas, entre otras muchas, que pudiéramos citar, de cómo la evolución del hombre está admitida por preclaros hombres de ciencia y creyentes al mismo tiempo:

El abate H. Breuil, una de las figuras más relevantes de la prehistoria francesa, es desde hace muchos años decidido partidario de la evolución biológica del hombre. He aquí una muestra de sus ideas:

"El Sinántropo hizo fuego y en abundancia, tuvo un instrumental de hueso y trabajó la piedra del mismo modo que los Paleolíticos occidentales. No obstante su cráneo, tan cercano del Pitencántropo, no sólo era un Homínido sino que poseía un espíritu ingenioso, capaz de inventar, y manos lo bastante hábiles para confeccionar utensilios y armas".[1]

---

1 "Le Sinanthropus a fait du feu et en quantité, il a eu un outillage osseux et il a travaillé la pierre, au même titre que les paléolithiques occidentaux. Malgré son crâne

El padre jesuíta Teilhard de Chardin, uno de los más eminentes científicos que ha trabajado junto con Weidenreich en las excavaciones de Pekin, dice literalmente:

"La anatomía de los huesos rescatados del Sinántropo puede ser descrita como presentando rasgos a un tiempo humanos y antropoides. El hombre es sugerido claramente por las eminencias frontal y parietal de la cabeza, rasgo ausente no sólo en los antropoides sino también en el Pitecántropo de Java. Aunque más pequeño que el cráneo del hombre neandertalense del Pleistoceno medio, el del Sinántropo tiene prácticamente el mismo perfil en su parte cerebral. De otro lado, con estas características progresivas, aparecen algunos rasgos antropoides precisos. La reducida dimensión de la cabeza, el gran desarrollo de los arcos ciliares, la construcción de la frente por detrás de las órbitas sitúa al Sinántropo más cerca, en estos aspectos, del Pitecántropo que del Hombre Neandertalense".[2]

La *Catholic University of America,* junto con la Catholic Anthropological Conference, publica la valiosa revista "Primitive Man", y en ella encontramos trabajos personales del Reverendo John M. Cooper, por ejemplo: "The scientific evidence bearing upon Human evolution", del cual son los siguientes párrafos:

"Fácilmente puede reunirse un gran número de compilaciones e interpretaciones tanto de escritores católicos como no católicos en apoyo de la evolución del cuerpo humano.

"Nuestro propósito ha sido únicamente pasar en revista algunas de las pruebas significativas y representativas que fundamentan estas dos amplias cuestiones: la evolución del cuerpo humano y la evolución de la inteligencia humana, y de aventurar un intento de valorización de la prueba estrictamente empírica en favor y en contra. En cuanto concierne al cuerpo humano, la probanza en favor de la teoría, aun cuando diste de ser demostrativa en el sentido estrecho del vocablo,

si proche du Pithecanthrope, ce n'était pas seulement un Hominien, mais il avait un esprit ingénieux capable d'inventer et des mains assez habiles et maîtresses de leurs doigts pour façoner des outils et des armes".—*Le feu de l'industrie lithique et osseuse à Choukoutien.* (Bull. of the Geol. Soc. of China, tomo 11, No. 2, 1931).

2 "The anatomy of the recovered bones of the Sinanthropus may be briefly described as presenting both human and anthropoid features. Man is clearly suggested by the head's distinct frontal and parietal eminences, a feature absent not only in the anthropoids but in the Pitecanthropus of Java. Although smaller than the skull of the middle Pleistocene Neanderthal Man, the cranium of the Sinanthropus has practically the same outline in the cerebral part. On the other hand, distinct anthropoid features appear with these progressive characteristics. The small size of the head, the broad expansion of the brow ridges, the construction of the forehead behind the orbits, place the Sinanthropus closer in these respects to the Pithecanthropus than to the Neanderthal man".—*Sinanthropus pekinensis.* (Primitive Man, Vol. III. No. 1-2, pp. 46-48, 1930).

ha progresado mucho desde los días de Darwin, sin que haya surgido ningún nuevo dato importante que pudiera militar positivamente contra la teoría".[3]

Y el mismo Reverendo J. M. Cooper, comentando algunos trabajos sobre tales problemas —uno de ellos debido precisamente al mismo Franz Weidenreich, incriminado por los "editores" franquistas— dice:

"Dos recientes obras descuellan por la amplitud de su propósito en el campo de la antropología física, a saber: la de Franz Weidenreich *The Skull of Sinanthropus pekinensis* y la de William Howells, *Mankind so far*. La gran monografía de Weidenreich es un acabado estudio descriptivo e interpretativo de los restos de Pekin con luces nuevas y sumamente sugestivas sobre el problema general del desarrollo físico de la humanidad prehistórica. *Mankind so far* es un resumen del extenso campo de los primates, del hombre fósil y de las razas humanas vivientes, escrito en estilo muy claro y ameno por uno de nuestros más competentes especialistas para el gran público culto".[4]

El padre jesuíta Angel Valtierra en un trabajo titulado *Del mono al superhombre pasando por el Pithecanthropus,* hace una dura crítica del Evolucionismo que denomina extremado, pero admite la evolución; he aquí sus palabras textuales:

"El evolucionismo, tanto o más que el fixismo, es capaz de dar al universo la grandeza, la profundidad, la unidad, que son la atmósfera de la fe cristiana. Estas palabras son de un católico, el P. Theilhard de Chardin, palabras que hacen suyas otros católicos como Breuil, Bardon, Boussonie, Mivart, Perier"...

---

3 "Of the evidence bearing upon the evolution of the human body, there is readily available a great number of satisfactory compilations and interpretations from Catholic as well as non-Catholic pens".

"Our purpose has been the sole one of passing review some of the more significant and representative evidence bearing on these two vast questions, the evolution of the human body and the evolution of the human mind, and of venturing tentative evaluations of the strictly empirical evidence pro and con. So far as the human body is concerned, the evidence in favor of the theory, while still far from demonstrative in the strict sense of this term, has increased very much since the days of Darwin, and no important new data have come to light that would positively militate against the theory". —"Primitive Man", Vol. VIII, No. 1-2, pp. 1-56; 1935.

4 "Two recent outstanding works of wider scope in the field of physical anthropology are: Franz Weidenreich, *The Skull of Sinanthropus pekinensis* and William Howells, *Mankind So Far.*—Weidenreich's great monograph is a thorough descriptive and interpretative study of the Peking remains with highly suggestive new lights on the general problem of physical development of prehistoric humanity. *Mankind So Far* is a summary of the broad field of the primates, fossil man and the living human races, written in a very clear and readable style by one of our most competent specialists, for the general educated public".—"Primitive Man", Vol. XVIII, No. 1-2, p. 36; 1945.

"Evidentemente estos autores defienden el evolucionismo mitigado que se restringe al cambio accidental de las especies, y que de una manera sin duda avanzada, consideran el limo de la tierra de que nos habla la Biblia, no como materia inorgánica, arcilla terrestre, sino materia evolucionada hasta la vida animal, y que por una acción especial de Dios se convirtió en el cuerpo del primer hombre".[5]

Recordemos además el libro de Lecomte du Noüy, *L'Avenir de l'Esprit;* se trata de la obra de un sincero creyente y al mismo tiempo de un eminente hombre de ciencia francés: pues bien, en ella se refiere a: evolución de la tierra, evolución de la vida hasta el hombre y evolución del espíritu para llegar a las nociones del bien, del mal y de Dios. He aquí uno de sus conceptos:

"Mas, a pesar de su inteligencia, el hombre actual está todavía muy cerca del animal del que en nada difiere fisiológicamente. Los mismos apetitos le poseen. No se aleja de él, en número reducido, sino por sus ideas espirituales y su poder de abstracción. Hágase lo que se quiera, si se es de buena fe, no deben ponerse estas dos realidades más en duda que la existencia de los electrones. La inteligencia pura, el poder razonador, pueden verosímilmente evolucionar y perfeccionarse. Pero no se negará que el campo abierto al desarrollo espiritual y moral es infinitamente más vasto todavía".

"Y creo que si la evolución debe proseguir en la misma dirección, es decir, en un sentido cada vez más elevado, ha de tender hacia el advenimiento de un ser que no conservará de la humanidad sino lo que la separa del animal y se alejará más y más de cuanto a él le inclina; un ser cuyo andamiaje físico no será sino el sostén necesario, la antorcha de esta llama admirable: el Espíritu".[6]

Y el Dr. P. Martínez del Río, distinguido prehistoriador mexicano, al explicar que el Diluvio bíblico, a base de los hallazgos arqueológicos de Mesopotamia, realmente existió pero "dista mucho de

---

5 "Revista Javeriana", No. 118; septiembre de 1945, p. 151.

6 "Mais malgré son intelligence, l'homme actuel est encore bien proche de l'animal dont il ne diffère guère physiologiquement. Les mêmes appétits l'habitent. Il ne s'en éloigne, en petit nombre, que par les idées spirituelles et le pouvoir d'abstraction. Quoi qu'on fasse, si l'on est de bonne foi, on ne doit pas plus mettre en doute ces deux réalités que l'existence des électrons. L'intelligence pure, le pouvoir de raisonner, peuvent vraisemblablement évoluer et se perfectionner. Mais on ne niera pas que le champ ouvert au développement spirituel et moral ne soit infiniment plus vaste encore.

"Et je crois que si l'évolution doit se poursuivre dans la même direction, c'est-a-dire dans un sens toujours plus élevé, elle tendra vers l'avénement d'un être qui ne conservera de l'humanité que ce qui la sépare de l'animal, et s'éloignera de plus en plus de tout ce qui l'y ramène; un être dont la carcasse physique ne sera que le support nécessaire, la torche de cette flamme admirable: l'Esprit".—*L'Avenir de l'Esprit.*—Brentano's, Inc. New York, 1943, p. 155.

haberse extendido sobre toda la faz de la tierra", añade, "quizá no resulte del todo inoportuno recordar al lector católico que las declaraciones oficiales de la Iglesia respecto a muchos pasajes del Antiguo Testamento no son tan categóricas ni tan numerosas como suelen insinuarlo algunos de sus contrarios, siempre deseosos de atribuirle dogmas que en realidad no han promulgado a fin de poderla atacar más cómodamente. Debe verse a este propósito la contestación que dió la Comisión Bíblica en 1909 a las consultas que se le hicieron sobre la interpretación que debe darse a los tres primeros capítulos del Libro del Génesis. Y aún esta contestación, según entiendo, carece propiamente de carácter dogmático".[7]

Podríamos multiplicar las opiniones de eminentes prehistoriadores y biólogos que aceptan la teoría evolucionista sin renegar por ello de sus creencias religiosas. Pero estimamos suficientes los ejemplos indicados.

La evolución es un hecho que no puede negarse, si quienes se plantean la cuestión son realmente espíritus científicos. Otra cosa muy distinta es la explicación, la interpretación, el *por qué* de la evolución: aquí sí surgen las divergencias. Pero esta cuestión no nos interesa ahora: azar, telefinalismo, etc.; cada uno se acoge a su propia orientación filosófica, pero sin que ello destruya en modo alguno la realidad objetiva, irrebatible, de la evolución de la vida, cuya cúspide es el Hombre.

POR otra parte "los editores españoles" firmantes de la bochornosa rectificación a Weidenreich, debieron siquiera haberse documentado mejor: el admitir el "origen unitario" de la especie humana no está en modo alguno en contradicción con el evolucionismo. Y esto lo saben hasta los alumnos de escuela secundaria.

Además Espasa-Calpe no creyó necesario examinar con detenimiento otros capítulos de la obra, pensando que en ella no habría nada que se refiriera al tema *tabú* de la evolución humana. Pero se equivocaron; F. Behn dice: "los primeros comienzos de la vida cultural son tan inaprehensibles *como el tránsito del hombre cuando sale de la esfera animal;* ambas evoluciones se verifican no en un salto súbito, sino en lento y regular desarrollo". (p. 118).

"La necesidad de vestido artificial no puede haberla sentido el hombre *hasta que la evolución del cuerpo le hubo ya alejado consi-*

---

7 *Por la ventana de la Prehistoria*, pp. 67-68. México, 1939.

derablemente del reino animal". "Mientras los hombres llevaban una espesa pelambre, *herencia de antepasados animales,* tenían suficiente protección, y la idea de cubrirse artificialmente no podía ocurrírseles todavía" (p. 127). Y más adelante: "Entre los hombres del período más antiguo diluvial la capacidad craneana y la parte inferior del rostro *son todavía próximas a la animalidad* y poco desarrolladas; pero en cambio entre los hombres del período diluvial posterior ambos órganos tienen ya el desarrollo antropológico actual". (p. 133).

Más clara aún que en el capítulo de Weidenreich aparece en éste de F. Behn la idea de evolución biológica del hombre.

He aquí pues un olvido y una flagrante contradicción que, estamos seguros, habrá de pesar a los editores. Lo señalamos para que Espasa-Calpe de Madrid complete su obra oscurantista y haga una nueva rectificación a F. Behn. Quizá así logre la absolución de quienes la obligaron (material o moralmente) a suscribir esa nota antievolucionista, propia de la Edad Media y que tan poco dice en favor de una editorial del prestigio y seriedad que hasta ahora había conservado Espasa-Calpe.

Juan COMAS.

COMEDIA DE LAS EQUIVOCACIONES

¡QUÉ gran espectáculo acaba de ofrecer al mundo Estados Unidos! País bendito que todavía tiene recursos para hacer olvidar por un rato tanta tribulación.

El Presidente Truman ha sido, desde luego, la figura central: hombre de pueblo y de mentalidad pueblerina, no ha aprendido aún la gran lección de la guerra: Estados Unidos se ha convertido en una potencia mundial, en la primera de las poquísimas que van quedando, y, en consecuencia, nada de lo que se haga dentro deja de tener repercusión afuera. Lo que Harry Truman —*the most average man*— ha hecho toda su vida en Independence, jamás ha trascendido, digamos, fuera de los límites del condado; pero nunca más allá. ¿Cómo y por qué se ha invertido esta situación? Harry es hoy Presidente; pero. . .¿el mundo iba a cambiar por tan poca cosa?

Truman había declarado antes del fatal 12 de septiembre: "Mi primera ocupación es la de Presidente de Estados Unidos, y consiste en trabajar por todo el pueblo; la segunda es la de jefe del Partido Demócrata (y quizás pudo agregar: y consiste en trabajar por él). Y puesto que en noviembre, a dos meses escasos, habría elecciones para renovar buena parte del Congreso Federal y algunas importantes gubernaturas, Harry se olvidó de que era Presidente de Estados Unidos, y, lógicamente, se quedó con la segunda de sus dos únicas ocupaciones. En Nueva York estaba ya planteada la lucha para elegir gobernador y senador, en ese Estado clave para la elección presidencial e importante porque de él es hoy gobernador Dewey, posible candidato republicano a la presidencia. Los demócratas pueden vencer en él, mas sólo a condición de que a los votos de su propio partido logren sumar los del Partido Liberal, los del Laborista y, en general, a los grupos de "izquierda". Y puesto que Truman había perdido durante los últimos meses mucho del favor de esos grupos, ¿no sería bueno hacer algo para reconquistarlos, siquiera temporalmente? Y Wallace quizás no fuera un mal gancho para lograrlo: partidario estridente del hombre común, único miembro del gabinete de extracción rooseveltiana, protector de los bolcheviques mexicanos, antiguo líder de los granjeros del Medio Oeste, casi parecía ser el tipo ideal. Y

allá fué Wallace a Nueva York, a hablar a los izquierdistas en izquierda y reconquistarlos para el Partido Demócrata. Así lo confirmaron los periodistas, quienes concluyeron: "Una indagación cuidadosa en la capital [Washington] reveló que la verdadera importancia del discurso de Wallace estaba, no en el campo de la política internacional, sino en el de la interna".

Y la comedia comenzó a desarrollarse con esa maravillosa precisión norteamericana. Wallace debía hablar en Nueva York la noche del 12 de septiembre; pero para antes del mediodía, en Washington, el Departamento de Comercio había distribuído entre los periodistas "ejemplares anticipados" del texto del discurso; mas un secretario de la Sección de Prensa del Departamento de Estado se vió obligado a ocurrir al Club de los Periodistas para hacerse siquiera de alguno que llevar a sus superiores. Entre tanto, el Presidente Truman tenía su acostumbrada reunión con los reporteros. Uno de ellos, con la copia del discurso de Wallace en la mano, comenzó a decir, dirigiéndose al Presidente:

—En un discurso que dirá esta noche el Secretario de Estado..., quiero decir, de Comercio...

El Presidente lo interrumpió para decirle que no podía contestar preguntas sobre un discurso que aún no se había pronunciado; mas el periodista insistió:

—Pero... es que se refiere a Ud., señor Presidente.

Consintió entonces en que se le hiciera la pregunta. El periodista leyó el párrafo en que Wallace aseguraba que Truman conocía su discurso y lo aprobaba, a lo que éste dijo: "Así es". El periodista insistió:

—Eso rige para ese párrafo, ¿o para todo el discurso?

—Rige para todo él.

Y todavía se le preguntó si el discurso no significaba una variación en la política de Byrnes, a lo cual el Presidente contestó augustamente:

—No; concuerda con ella.

A todo esto, el señor Clayton, encargado del Departamento de Estado, había leído el ejemplar del discurso que su subalterno le trajera del Club de los Periodistas, y, al leerlo, se alarmó un tanto. Telefoneó al secretario del Presidente para pedirle que le dijera a éste que él, Clayton, tenía la impresión de que el discurso de Wallace le crearía una situación embarazosa a Byrnes. El secretario del Presidente ofreció hacerlo así; pero como Clayton viera acercarse la hora fatal en

que Wallace diría su discurso sin que se le comunicara la reacción del Presidente a su advertencia, volvió a telefonear al secretario, pero éste había desaparecido. Entonces Clayton se limitó a telegrafiar a Byrnes el texto del discurso y a referirle de paso su inútil gestión telefónica para modificar en algo la situación.

El discurso se dijo, en efecto, produciendo en Estados Unidos una confusión inicial quizás sólo comparable a la que chorreó del diluvio universal sobre la escasa humanidad de entonces. La reacción en el exterior, en cambio, fué clara desde un principio: Moscú le dió una importancia secundaria; Vandemburg, republicano y miembro de la delegación norteamericana en la Conferencia de la Paz, declaró: "sólo podemos cooperar con una Secretaría de Estado a la vez"; en Londres, la Foreign Office adoptó un tono de dulce reproche, hablando de una "penosa sorpresa", mientras los periódicos calificaban a Wallace de "desacreditadamente emocional e independiente". Entonces los propios norteamericanos comenzaron a abrir los ojos y la reacción, como era de esperarse, fué tanto más violenta cuanto más tardía había sido: "Habría que preocuparse si el mundo dependiera del gobierno de Truman para no caer en dificultades", decía un periódico estadounidense; Harold Ickes comentó con su desenfado chocarrero: "Solicítase un Secretario de Comercio. . . y también un nuevo Presidente".

"La mentira" intituló un perverso semanario norteamericano al acto en que Truman declaró ante los periodistas, a quienes previamente se había advertido no hacer preguntas, que si bien había aprobado el derecho de Wallace a decir un discurso, no había aprobado el discurso mismo. Y ese mismo semanario cerraba en esta forma su comentario: "Mediante esta zafia mentira, el Presidente de Estados Unidos salió de la imposible situación en que su propia zafiedad lo había metido".

Y aquella incursión política de Wallace, cuyo fin era reconquistar adeptos al Partido Demócrata, concluyó con que el Republicano comenzase a usar un *slogan* sencillo, pero devastador: "¿No es bastante?. . . Vote por los republicanos".

Henry Agard Wallace debió sentir no poco del placer de la revancha al comenzar a ser cortejado por su Partido como uno de los principales oradores de la próxima gran campaña electoral, pues, ¿no

había sido su simpatía entre las izquierdas lo que había llevado a Roosevelt a desecharlo como su vice-presidente por segunda vez? Y era ahora Truman, su victorioso rival de entonces, convertido en Presidente, quien le rogaba salir de caballero andante a esa gran cruzada de reconquista.

Mas la empresa no dejaba de presentar peligros, a juzgar por la insidiosa declaración de un candidato republicano a senador: "Traigan a sus grupos subversivos de *new-dealers* y de comunistas; América estará perdida de todos modos si no logramos echarles de Ohio". La reconquista de las izquierdas habría de hacerse, entonces, distinguiendo muy nítidamente entre lo que es "liberalismo norteamericano" y lo que no lo es: comunismo y, en general, cualquier otro grupo o tendencia "subversiva".

De ahí que Wallace, a poco de andar en su discurso, levantara la voz y cargara un fuerte acento al leer esta sentencia: "Deseamos fervorosamente la paz con Rusia; pero queremos que ésta venga hacia nosotros hasta la mitad del camino". Y ya antes había afirmado: "Que no haya equívocos... no soy ni rusófilo ni rusófobo". El auditorio del Madison Square Garden silbó tan clara y unánimemente a Wallace cada vez que éste apuntaba siquiera una censura o un desacuerdo con Rusia, que, para apaciguarlo, dijo fuera del texto de su discurso: "Admito que el peligro de guerra procede menos del comunismo que del capitalismo". Y por igual razón no leyó dos frases muy significativas de su discurso: la primera era una referencia a "los comunistas locales que siguen fielmente todo cambio o vuelta de la política partidaria emanada de Moscú"; la segunda, también un reproche, pero de más fondo: "Los rusos deben abandonar el pregón de que su comunismo vencerá eventualmente al capitalismo democrático".

Al concluir su discurso, los periodistas le dijeron a Wallace si quería comentar lo de los silbidos, y dijo: "Era de esperarse... yo defendía un punto de vista netamente norteamericano". Y más tarde, ya en Washington y sereno, comentó: "Es interesante comprobar que tanto la extrema derecha como la izquierda desaprobaron lo que dije". Y el periódico oficial del partido comunista norteamericano así lo comprobó al concluir sus primeros comentarios sobre el discurso de Wallace en esta forma: "Wallace repitió las mayores falacias que han usado siempre los apologistas del imperialismo norteamericano".

WALLACE, fué a Nueva York, pues, a hacer política electoral; a reconquistar para el Partido Demócrata a los izquierdistas neoyorkinos; la bandera para llamarlos de nuevo a filas era un liberalismo, que, por añadidura, debía tener la marca especial de "norteamericano"; los comunistas o comunizantes lo silbaron y lo acusaron de falaz defensor del imperialismo. Y, sin embargo, es claro que días después no sólo los comunistas rectificaron al decir que Wallace "había auscultado bien el sentir de nuestro pueblo", sino que los radicales y liberales de todo el mundo hicieron causa común con él y vieron en su inmolación un nuevo triunfo de la reacción. ¿Por qué ese cambio?

Desde luego, influyó una reacción emocional doble; Wallace, en primer término, había sido vencido y no muy galantemente, por cierto: el Presidente había aprobado su discurso, y cuando la reacción a éste estaba desatada ya y aún en el máximo de su turbulencia, se entrevistó el 18 de septiembre con él durante más de dos horas, y salió sonriente a leer a los periodistas una declaración escrita que evidentemente conoció y aprobó aquél, y cuya base implícita era la de que Wallace seguiría en el Gabinete; mas días después, rehuyendo esta vez una entrevista personal, el Presidente le pidió telefónicamente la renuncia. En segundo término, Wallace mismo es un emocional y ejerce, en consecuencia, una influencia emocional en quienes lo conocen y tratan: mezcla de sentimientos atribulados y de ideas confusas, de honda penetración y de candor infantil, es un ser contradictorio, honesto y bueno; reproduce, en suma, ese espíritu mesiánico menor de que está tan llena la historia de Estados Unidos.

Pero había, por supuesto, algo más y de mayor fondo: la larga carta que Wallace había escrito a Truman desde julio. Ella es un buen retrato de su autor: va desde el argumento inverosímilmente candoroso hasta aquel que suena como recio y pesado mazo que golpea en balde la roca tupida y sorda de la incomprensión humana. Un ejemplo del primer tipo de argumento: "...desde el punto de vista puramente de pesos y centavos, los negociantes y el pueblo norteamericano se interesan en que se organice un mundo pacífico en el cual puedan reducirse los gastos enteramente improductivos de la defensa nacional"; ejemplo del segundo tipo: "¿Qué diríamos los norteamericanos si Rusia poseyera la bomba atómica y nosotros no; si Rusia tuviera bombarderos con un radio de diez mil millas, y bases aéreas a mil millas de nuestra costa, y nosotros no los tuviéramos?"

En realidad, esa carta de Wallace toca con rudeza la llaga de la conciencia norteamericana, primero, porque pinta con luz meridiana

la debilidad militar de Estados Unidos en el caso de una guerra con Rusia; segundo, porque acusa a los gobernantes de su país, y al país entero, de no tener el genio bastante para inventar otra fórmula de convivencia humana que la guerra. En unos años más —decía— Rusia y otros países tendrán la bomba y otras armas atómicas, y, entonces, contarán poco los elementos que hicieron fuerte la posición de Estados Unidos en la guerra pasada: su gran organización industrial y sus grandes recursos naturales, por ejemplo; en la guerra del futuro serán débiles los que en la pasada fueron puntos fuertes: la concentración de la población en apretados núcleos urbanos, por ejemplo. Y si Estados Unidos decidiera hacer ahora la guerra a Rusia empleando la bomba atómica, antes de que lograra destruir toda la vida de la Unión Soviética, el Ejército Rojo ocuparía Europa entera. Y si así fuera, ¿qué haría Estados Unidos? ¿Tendría valor bastante para cargar en la conciencia con la destrucción de Europa también? Y la acusación de esterilidad para crear una política superior que permita vivir sin matarse, Wallace la encerró en una fórmula contundente: "Hay dos puntos de vista dominantes para enfocar el problema de las relaciones de Estados Unidos y Rusia: el primero, que no es posible entenderse con los rusos, y que, en consecuencia, la guerra es inevitable; el segundo, que una guerra con Rusia sería una catástrofe para la humanidad, y que, por consiguiente, debemos encontrar un medio de vivir en paz".

La carta de Wallace tenía que levantar ámpulas por todas partes, pues ella, a su vez, está erizada de púas y de cantos cortantes. Tal, por ejemplo, la denuncia de que los militares norteamericanos favorecen la guerra "preventiva" contra Rusia; y tal, también, su recordatorio de que Estados Unidos gastará en 1947, sólo en sus Departamentos de Guerra y de Marina, una suma equivalente a todo el presupuesto federal de México... ¡durante 65 años!

Wallace fracasó en un punto fundamental de su carta, a pesar de que lo planteó con nitidez: "Debemos ensayar obtener una respuesta honesta a la pregunta de qué factores causan la desconfianza de Rusia hacia nosotros, además de a la cuestión de qué factores nos conducen a nosotros a desconfiar de Rusia". Y agregó: "No estoy seguro de que nosotros, como nación y como gobierno, hayamos dado con una respuesta satisfactoria, a pesar de haber admitido que ambas son de una importancia crítica".

En primer lugar, no hay en la carta de Wallace el menor intento de explicar la mitad del problema: por qué Estados Unidos —y todo

el mundo, podría agregarse— desconfía de Rusia, lo cual no sólo le da al documento un aire de incompleto, sino el tufo penetrante de la parcialidad. Luego, en el intento de explicar el reverso de la medalla, hay de nuevo esa mezcla desesperante de inocencia y de acierto total. La idea, por ejemplo, de que el corpulento oso ruso, víctima de tanta injusticia y de tanta invasión, ha acabado por crearse un complejo de perseguido, tiene que ser desmentida por la experiencia hasta de Caperucita. Pero Wallace hunde de nuevo el dedo en la llaga cuando afirma: "Nuestra desconfianza fundamental de Rusia. . . procede de las diferencias en la organización política y económica. Por la primera vez en nuestra historia, nuestros derrotistas han sentido el miedo ante un sistema distinto que, en otros países, y aun en el nuestro, puede ser un rival victorioso de la democracia y la iniciativa privada".

El miedo ha sido, en efecto, el vencedor de Wallace; que no lo sea del Mundo.

Daniel COSIO VILLEGAS.

Aventura del Pensamiento



BIBLIOTECA

LA PROFECIA EN ORTEGA (II)

Por *José GAOS*

LAS PROFECIAS DE ORTEGA

HECHO el inventario de las predicciones de Ortega, hay que hacer el de las que se hayan verificado, o hayan resultado profecías, y las que no se hayan verificado, y procurar discernir las razones de lo uno y de lo otro, para ver qué conclusiones cabe sacar acerca del profetismo de Ortega en especial y del humano en general.

La mayoría de las predicciones de Ortega fueron integrándose en cuerpos evolutivos de predicciones definidos por lo predicho y de distinta importancia dentro del conjunto de la obra. Estos cuerpos de predicciones constituyen sendas predicciones, como las predicciones que quedan fuera de ellos las predicciones sueltas. Es de acuerdo con tal integración y la importancia de cuerpos de predicciones y predicciones sueltas como hay que hacer el inventario de las profecías de Ortega, evidentemente. He aquí los resultados.

Dos grandes cuerpos de predicciones relativas al curso de la historia de la cultura entera de Occidente se destacan ante todas las demás: los que cabe llamar respectivamente "del sentido deportivo y festival" de la vida y de la rebelión "de las masas". El primero domina la segunda etapa de la producción de Ortega; el segundo, la tercera. El primero se inicia en *Vieja y nueva política,* cuyas palabras finales (anteriores al 23 de marzo de 1914) son: "... el resultado de la crisis ideológica que atravesamos se anuncia claramente como un anhelo de vida enérgica y entusiasta. Harto de sí propio se aleja el escepticismo. Renace violenta la fe en el poder que el hombre tiene sobre sus personales destinos. La nueva manera de pensar conduce a un afán de dinamismo y a la exigencia de intervenir con nuestra voluntad en el contorno". (120). Y casi

simultáneamente (julio de 1914), en las *Meditaciones del Quijote,* en cuyo prólogo ("Lector...") se encuentra la grande y formal predicción de "la mutación de nuestra sensibilidad para las circunstancias". (C A, 83 s.).[1] Un par de años después (febrero de 1916), al comienzo del primer *Espectador,* la predicción que termina en la postulación de "una cultura de postrimerías". (C A, 85 s.). En ella el antipoliticismo toma el sentido de antiutilitarismo. Antiutilitarismo constituye el fondo sobre el que se perfila la figura de Baroja en el ensayo que se le dedica en el mismo *Espectador:* "Yo creo que en el alma europea está germinando otra manera de sentir. Comenzamos a curarnos de esa aberración moral que consiste en hacer de la utilidad la substancia de todo valor, y como no existen cambios más radicales que los que proceden de una variación en la perspectiva del estimar, nos empieza a parecer transfigurado el mundo. Un adelantado o precursor de esa sensibilidad veo yo en Baroja, y esto asegura a su obra, a pesar de los graves defectos que hay en ella, mejor porvenir que presente". (*Baroja,* 169 s. y *passim*). Un lustro después, en el primer trabajo inserto en el tercer *Espectador* (1921): "Durante medio siglo... el filisteo de la cultura... supuso que era el escepticismo la forma más fina de la comprensión. Hoy ya empieza a notarse el error". (308). El escepticismo condenado en las palabras finales de *Vieja y nueva política,* condenado de nuevo en este tercer *Espectador,* donde en *Biología y Pedagogía* la "hora de salvajismo" dentro del cual "se está forjando una cultura y una civilización superiores", el "viraje de la Historia hacia un sentido deportivo y festival de la vida". (C A, 84 s.). Precipitación, pues, del antiutilitarismo en el sentido deportivo y festival. Pleno desarrollo de este cuerpo de predicciones en el *Tema de nuestro tiempo,* "dicho en 1921 y pensado en años anteriores" (1735) (C A, 88). El "deportismo" se ahonda posteriormente en la predicción del incoado reemplazamiento de la vieja cultura del espíritu por una juvenil, pueril cultura del cuerpo, de la carne: "Epílogo" a V. Ocampo, *De*

[1] Estas citas remiten a las páginas del número anterior de *Cuadernos Americanos.*—Entre el politicismo de *Vieja y nueva política* y el apoliticismo de las *Meditaciones* no hay contradicción, porque la hostilidad es al politicismo *exclusivo.* Cf. la predicción siguiente —en el texto—, donde la *teoría* es *para la acción.*

Francesca a Beatrice, Carta a un joven argentino, Vitalidad, alma, espíritu (los tres, de 1924) (C A, 89 s.). Todavía en 1927 (*Deshumanización del arte,* 1009 s.): "En pocos años hemos visto crecer la marea del deporte... El culto al cuerpo es eternamente síntoma de inspiración pueril, porque sólo es bello y ágil en la mocedad, mientras el culto al espíritu indica voluntad de envejecimiento, porque sólo llega a plenitud cuando el cuerpo ha entrado en decadencia. El triunfo del deporte significa la victoria de los valores de juventud sobre los valores de senectud... No hay duda: entra Europa en una etapa de puerilidad". Una derivación importante: cf. con la predicción del *Tema* acerca de la depresión de la política europea (C A, 88) la siguiente: "Las mentes más agudas del presente sienten la preocupación de si se habrán agotado en Europa los resortes vitales sobre los cuales tiene que funcionar la cultura. Y sobre todo el espíritu guerrero". "Esta aceptación del peligro que lleva, no a evitarlo, sino a correrlo, es precisamente el hábito guerrero... Hoy comenzamos a sentir inesperada afinidad con ese temperamento, al verlo retoñar... bajo la especie de deporte". "Una moral de más quilates que la imperante no aceptaría el principio que nos mueve a evitar todo riesgo con el fin de hacernos arribar a nuestra muerte natural... Esta moral mejor había de advertir al hombre que posee la vida para exponerla con sentido. El espíritu industrial viene a cooperar, sin sospecharlo, en la realización de esa norma del espíritu guerrero. Bajo la inspiración del horror a la muerte ha inventado maravillosas técnicas para dominar la naturaleza... Todas estas admirables creaciones... dejan vacar nuestro albedrío para elegir una muerte voluntaria, y eliminando, en gran parte, los peligros naturales nos permiten buscar más libremente otros de nuestra invención. De esta manera convergen hacia una nueva moral ambos impulsos antagónicos... Como en tantos otros órdenes, el deportismo ha iniciado espontáneamente esta labor de nuestra época, ocupándose en organizar el peligro". (*Notas del vago estío* —de 1925—, 467, 469, 471).

Pero ya muy poco después de *Biología y Pedagogía,* donde se dice la "hora de salvajismo", en 1922 trata *España invertebrada* en gran formato el tema de las masas. El título de la primera parte es "Particularismo y acción directa". El de la segunda, "La ausencia de los mejores", y algunos subtítulos

"¿No hay hombres, o no hay masas?", "Imperio de las masas", "Imperativo de selección". Aunque se trate en primer término de las masas nacionales españolas, es indesconocible el alcance general que ya tiene el tema. En el *de nuestro tiempo* se hablaba de una "depresión" de "la política europea". Los apéndices predicen ya desde los títulos un "ocaso de las revoluciones" cuyo sentido es el advenimiento de un "alma desilusionada" o "espíritu servil". Las *Atlántidas,* que abren la tercera etapa de la producción de Ortega —en 1924—, entre otros textos menos centrales, pues, insisten: "La falta de genialidad que Europa está revelando en la solución de los conflictos políticos y económicos, residuo del bélico suceso, hace patente que sus propensiones y apetitos espontáneos van en otra dirección. En cambio, sí es característico de la hora actual la atracción que siente el europeo por las épocas humanas más remotas o las civilizaciones más distantes... La prehistoria horada por todas partes el planeta, y se siguen sus exploraciones con mucha más ilusión que los debates en la Sociedad de Naciones". (916 s.). Los inmediatos *Cosmopolitismo* y *Reforma de la inteligencia* oponen al fracaso del "internacionalismo político" la afirmación del "cosmopolitismo intelectual", sacando de que "hoy asistimos a una sorprendente articulación del cuerpo social: las masas comienzan a vivir por sí, y lo mismo las minorías" "un cambio radical en la idea de la misión que se reconocía a ésta —la inteligencia— durante los dos últimos siglos. La inteligencia no debe aspirar a mandar, ni siquiera a influir y salvar a los hombres"; un "tender a que las minorías intelectuales... renuncien a ser tomadas en serio... por las masas sociales" (1477, 1479, 1485; cf. C A, 93). Unos meses antes y un par de años después (1926) es tema de sendos ensayos el de *Sobre la sinceridad triunfante* y *Fraseología y sinceridad:* "La sinceridad —que ha traído que "hoy la acción directa se ha extendido a todo"— ha producido una espléndida nudificación de las cosas... Significa como un retorno al estado nativo, y es, sin duda, la condición para un rejuvenecimiento del mundo. Mas... como la mayor parte de las gentes es incapaz de pensar y sentir si no repite "frases", el sincerismo causará por lo pronto, irremediablemente, un rebajamiento del nivel medio humano. La nueva época comienza por un preludio de cinismo triunfante. Es probable que al

amparo de éste se produzcan transitorias invasiones de almas fabulosamente arcaicas... Por los agujeros que dejan las "frases" ausentes ascenderán al haz de la vida pública, constituyendo lo que Rathenau llamaba una "invasión de los bárbaros vertical". "De todos modos, no es posible el paso atrás... El área de sinceridad, una vez conquistada, debe conservarse, y sobre ella erigir... una nueva cultura... que se ajuste mejor al perfil de lo real". (525). *Sobre la muerte de Roma* (1926) preludia los números VI y VII del capítulo XIV de la *Rebelión* y resuena en el *Mirabeau* (1927). *Las Intimidades* de septiembre de 1929 anuncian: "Uno de los caracteres más salientes del pasado siglo fué su entusiasmo por el Estado. Por eso hizo de la política el centro de su preocupación. Se consiguió de esta manera formar los Estados más perfectos que han existido en todo el ámbito histórico. Mas por lo mismo, de ellos viene el más grave riesgo que hoy amenaza a la civilización". (662). Y un año más tarde, en agosto de 1930, la *Rebelión de las masas,* redactada en los meses anteriores (C A, 95 ss.). Añádase sobre la cultura del cuerpo el par de páginas (740 a 742) de *Revés de almanaque* (del mismo año que la *Rebelión*): "Ello es que se inició el culto al cuerpo y tras del culto el cultivo... Yo creo que esta reivindicación del cuerpo es una de las normas mejores de "nuestro tiempo". De ella han venido los llamados *deportes,* y no tengo nada que decir contra éstos. Pero tras los deportes ha venido la exageración de los deportes, y contra ésta sí hay mucho que decir... Los muchachos no se ocupan con fervor más que de su cuerpo, y se están volviendo estúpidos. No se trata ya de culto y cultivo del cuerpo, sino que éste se revuelve contra el espíritu y el muy imbécil aspira a nulificarlo. Por fortuna, en todas las regiones menos inertes de la vida pública europea se empieza a sentir asco de tanto cuerpo. Asco y aburrimiento. Porque el cuerpo es, ante todo, un tema aburrido...", etc.

Al cuerpo de predicciones "de las masas" hay que agregar las oscilaciones en punto al socialismo y obrerismo. "La ascensión obrerista, que trae en su seno una nueva estructura política, es, por lo pronto, una exaltación de lo primitivo social. Tal vez por eso ha llamado Rathenau al movimiento obrero una irrupción de los bárbaros vertical". "El ineludible triunfo del socialismo (que no es precisamente el "obrerismo")

sobre el régimen capitalista equivale a arrebatar su predominio al tipo de hombre utilitario que ha imperado las ideas y los sentimientos durante casi dos siglos". (*Biología y Pedagogía* —1921— 346 nota, 365 nota). "Las revoluciones y cambios victoriosos han solido hacerse con ideas de amplísimo seno, al paso que la revolución obrera va en derrota por su absurda pretensión de triunfar a fuerza de exclusiones". (*España invertebrada* —1922—, 794). "A los 'Ejercicios espirituales' ha sucedido otro tremendo librito de 'ordenanzas', donde se organizan nuevas fuerzas históricas en escuadrones formidables: el *Manifiesto comunista.* No se pueden leer sus páginas sin escuchar alucinatoriamente la marcha rítmica de una multitud interminable que avanza". (*La interpretación bélica de la historia* —1925—, 563). "Si mañana mandan los obreros la cuestión será idéntica: tendrán que mandar desde la altura de su tiempo... Como de hecho hoy ya mandan también y comanditan con los burgueses..." (*Misión de la Universidad* —1930—, 1334).

Del mismo cuerpo de predicciones, "de las masas", cabe más bien destacar, en cambio, dos menores, una referente al bolchevismo y el fascismo, el otro a América en relación con Europa.

Principal predicción referente al bolchevismo y el fascismo juntamente: "El Estado romano aniquiló, secó hasta la raíz la vida de aquel mundo espléndido. Hoy se intenta recaer en el mismo mortal tratamiento de los problemas nacionales. Se les busca la solución por el camino más corto, que es arrojar sobre y contra ellos el Estado, dejar que éste absorba todo el aire respirable y aplaste individuos y grupos. Si esta tendencia no es vencida pronto, el Estado notará que no puede vivir de sí, que no es él mismo vida, sino máquina creada por la vitalidad colectiva, por ello, menesterosa de ésta para conservarse, lubricarse y funcionar. Bolchevismo y fascismo son dos ejemplos de esta solución elemental y anacrónica —dos ejemplos de primitivismo político que irrumpe en una civilización donde los problemas son de madurez y de alta matemática". (*Intimidades,* 663); la misma idea, ahondada, en la *Rebelión* (1233); con distinto matiz, en el *Mirabeau* (1149).

Momentos principales de las predicciones referentes al bolchevismo: "Ello es que en tanto Europa sigue empujando

sin fe las momias de sus instituciones y los espectros de sus fiestas exangües Rusia revoluciona y danza... El Comité de Delegados Obreros y Soldados que inició la gran revuelta se nos presenta, queramos o no, bajo la especie de un coro de danzarines, con sus botas altas de charol, largos abrigos de Astrakán y música de Strawinsky, mientras que, asistiendo a la ejecución de *Petruchka,* la masa del pueblo palpitante y rítmico que inunda la escena, nos parece una vista de la revolución petersburguesa, tomada desde un arrabal". (*"Murciélago"* —1921—, 382); "Por mi parte, desde que el bolchevismo apareció he sostenido que se trata de un movimiento completamente inconexo con la política europea, específicamente ruso, en la medida en que Rusia no es Europa, y donde sólo hay de europeo cierto repertorio de teorías, tal vez fuera mejor decir de terminologías". (*Sobre el fascismo* —1925—, 536);[2] la misma idea en la *Rebelión* (1262 s.; 1292), y en ésta, la necesidad de siglos de Rusia para optar al mando y la posibilidad de expansión del bolchevismo (C A, 97).

Momentos principales de las predicciones referentes al fascismo: el aparente predominio de las fuerzas retrógradas *(Tema),* la extensión hacia el Norte y la fugacidad de las reacciones (*Ocaso de las revoluciones*), la transitoriedad del fascismo y similares (*Fascismo*); la misma idea, en la *Rebelión* (1241, 1249, 1292) (C A, 89, 94, 96).

Predicciones referentes a América en relación con Europa: "La doctrina de Monroe, que en apariencia se limita a dividir en dos mundos *el* mundo, significa, vitalmente proyectada hacia el mañana, un primer conato de desplazar el centro del universo desde Europa hacia América". (*Atlántidas* —1924—, 925); "¿Por qué la superioridad o el 'progreso' se traslada de Oriente a Grecia, de Grecia a Roma, de Roma a Europa Occidental? Es tan notoria esta movilización o itinerario de la perfección humana y del predominio político, que la convicción vulgar instalada hoy en las almas según la cual el mañana será de América, no procede sino de la inconsciente decantación que ese hecho ha dejado en los espíritus". (*Abenjaldun,* —diciembre 1927— marzo 1928, 696); "El libro de Waldo Frank *Redescubrimiento de América* parte del mismo error: suponer

[2] Recuérdese que las páginas de *Sobre el fascismo* y *Destinos diferentes* son de la segunda edición de las *Obras.*

que Europa muere. Todo su razonamiento —el porvenir inmediato de América— cae por su base si resulta que Europa no muere. Y ¡claro es que no morirá! Todo muere. Pero la fecha es errónea. Ahora, precisamente ahora, no va a morir. Todo lo contrario: ahora va a ser Europa *simpliciter.* Como los americanos parecen andar con prisa para considerarse los amos del mundo, conviene decir: "¡Jóvenes, todavía no! Aún tenéis mucho que esperar, y mucho, mucho más que hacer. El dominio del mundo no se regala ni se hereda. Vosotros habéis hecho por él muy poco aún. En rigor, *por* el dominio y *para* el dominio no habéis hecho aún nada. América no ha empezado aún su historia universal". (*Revés de almanaque* —1930—, 736). Añádanse las predicciones de la *Rebelión* acerca de "Nueva York" (C. A, 97) y de la continuación de la ciencia europea por los norteamericanos (v. más adelante, predicciones relativas a las ciencias, VIII) y la de *Revés de almanaque* (1931) acerca de la dificultad de "una cultura más allá de la europea". (743).

En relación inmediata con el cuerpo de predicciones "del sentido deportivo y festival" se presenta el que cabe llamar "de la deshumanización" del arte. Se insinúa en el *Azorín* (1916 y 17): "yo quisiera un arte... donde todo fuera inventado..." (260). Se desarrolla a lo largo de *Musicalia* (1918, el *"Murciélago"* (1921), *Apatía artística* (1921), el *Tema* (1923), *Barrès* (1923), los *Notas del vago estío* (1925), el *Espíritu de la letra* (1927) y llega a su plenitud en la *Deshumanización* (1927) (C A, 86 ss., 94 s.). Hay pasajes pertenecientes a él en otras producciones que se extienden por lo menos hasta el mismo año de la *Deshumanización* (*Cuaderno de bitácora,* 624), donde la invención artística se ensancha incluso al paisaje (627). Arte puro y no serio, impopular irremediablemente y de retorno a la vida privada, estando los artistas en trance de perder la alta estimación y gran influencia sociales de que gozaron durante el siglo inmediatamente anterior —como la inteligencia reformada de *Cosmopolitismo* y *Reforma de la inteligencia* (1924). Entreveradas se encuentran predicciones de la decadencia y extinción de algunos géneros o artes, como la de la poesía en el *Mallarmé* (1923), si no del arte en general y juntamente con otros sectores de la cultura (v. más adelante, predicciones relativas a las ciencias, XXXVII

ss.). (El "*Murciélago*" hace una excepción a favor del teatro, de cierto teatro). Pero, en cambio, "un arte del arte" (*Musicalia,* 1918, 316) y "la vida como arte" (*Para un Museo Romántico,* 1922, 550).

La predicción de *Democracia morbosa* (1916 ó 17, C A, 87), que se repite en términos muy semejantes en *Musicalia* (1918, 312), viene en este ensayo a integrarse en una que partiendo de la "de la deshumanización" se amplía hasta fundirse con las "del sentido deportivo y festival" y "de las masas". "La liberación, en arte o en política, sólo tiene valor como tránsito de un orden imperfecto a otro más perfecto. El liberalismo político liberta a los hombres del *ancien régime,* que era un orden injusto, y para ello reconoce a todos los nacidos ciertos derechos mínimos. Quedarse en ese estadio transitorio, que sólo tiene sentido como negación de un pasado opresor, es hacer posada en medio del camino. De aquí el carácter provisional e insólido que llevan en la cara todas las instituciones de la actual democracia. Es preciso avanzar más y crear el nuevo orden, el *nouveau régime,* la nueva estructura social, la nueva jerarquía. No basta con una legislación de derechos comunes y mínimos que hace pardos a todos los gatos: hacen falta los derechos diferenciales y máximos, un sistema de rangos. Todas las crisis que ahora inquietan al mundo son necesarias para que la sociedad vuelva a organizarse en nueva aristocracia. Del mismo modo, la más honda intención del romanticismo radica en creer que las emociones constituyen una zona del alma humana más profunda que razón y voluntad, únicas potencias que el pasado atendía, y como ellas, capaz de un orden, de una regulación, de una jerarquía; en suma, de una cultura... Su alumbramiento y desarrollo es el gran tema de nuestra época, que Comte ya entrevió cuando postulaba una *organisation des sentiments*". (*Musicalia,* 314 s.). "Se acerca el tiempo en que la sociedad, desde la política al arte, volverá a organizarse, según es debido, en dos órdenes o rangos: el de los hombres egregios y el de los hombres vulgares. Todo el malestar de Europa vendrá a desembocar y curarse en esa nueva y salvadora escisión". (*Deshumanización,* 1927, 983). El desprestigio de las instituciones reaparece en el "*Murciélago*" (1921, 381), el *Tema* (1923, 837), el *Fascismo* 1925, CA, 93 s.), *Arte en presente y en pretérito*

(1927, 1045), la *Rebelión...* La organización de los sentimientos, en *¿Qué son los valores?* (*Revista de Occidente,* IV, 1923, 70), *Corazón y cabeza* (1927, en *Teoría de Andalucía,* 92).

Otra predicción relacionada con los dos cuerpos máximos, con el "del sentido deportivo y festival" por intermedio del antirracionalismo y con el "de las masas" a través del tema de la función de la minoría aristocrática en la organización de la sociedad, que la relaciona también con la anterior, es la predicción del antiutopismo, en el sentido de la sustitución de "la magia del *debe ser*", título dentro de la segunda parte de *España invertebrada* (1922), por la "intuición de lo que *es*" (804, 806). Con tal volumen se presenta en esta obra, después de haberse insinuado en *Vieja y nueva política* (1914, 101). Se reitera en las *Atlántidas* (1924, 933), el *Mirabeau* (1927, 1147)... A esta predicción se puede incorporar una como la de que "Para Europa, hoy, la gran cuestión no es un nuevo sistema de deberes, sino un nuevo programa de apetitos". (*Espiritu de la letra,* 1927, 1064), y se debe incorporar una como la de los "Kantianos irremediables" del comienzo del *Kant* (1929, 947).

En sendos capítulos aparte se constituyen, por último, las predicciones relativas a España y las relativas a las ciencias. Las primeras, porque la unidad que les da el curso de la historia de España al que se refieren prevalece sobre las conexiones que cabe señalar entre un par de grupos de ellas y las políticas e históricas más generales. De las que forman cuerpos o son más amplias, las de *Vieja y nueva política* (1914), *Destinos diferentes* (1926) y *Misión de la Universidad* (1930) se han reproducido en parte anterior de este trabajo, así como la de la peregrinación a El Escorial, del *Azorín* (CA, 84, 85, 94, 98 s.). Pero hay que tener igualmente en cuenta las entrañadas en toda la preliminar de las *Meditaciones del Quijote* (CA, 83 da las páginas de los pasajes esenciales) —la rectificación de la historia de España en el sentido del que puede llamarse el principio del concepto— y en toda *España invertebrada* —en el sentido del "imperativo de selección", que reaparece acá y allá (224 s., 1132, 1264 s.)—, y son la evolutiva versión orteguiana de la solución de la "europeización" al problema de la decadencia de España —porque aunque *Es-*

paña invertebrada represente en la historia del tema de la decadencia de España la posición que parece más extremada, España *es* una decadencia desde... siempre (819 s.), Ortega no podría vivir, llevar a cabo su obra sin una reiterada fe en la resurrección de la vitalidad española —cuya existencia se reconoce, a pesar de la permanente decadencia. "¡Da pena cuando uno piensa que le ha tocado vivir en una etapa de inercia española y recuerda los saltos de corcel o de tigre que en sus tiempos mejores fué la historia de España!" (*El origen deportivo del Estado,* 1929?, 633). No le dará pena al lector leer toda la página de esta predicción en "imágenes".

A estas predicciones relativas a España se adhieren naturalmente las relativas al mundo hispánico, sorprendentemente escasas. De regreso, triunfal, del primer viaje a la Argentina: "En las páginas de *El Espectador* no se pone el sol"; "*El Espectador* es y tal vez será mejor entendido —mejor sentido— en la Argentina que en España..."; "Allende la guerra, envueltas en la rosada bruma matinal, se entrevén las costas de una edad nueva, que relegará a segundo plano todas las diferencias políticas, inclusive las que delimitan los Estados, y atenderá preferentemente a esa comunidad de modulaciones espirituales que llamamos la raza. Entonces veremos que en el último siglo, y gracias a la independencia de los pueblos centro y sudamericanos, se ha preparado un nuevo ingrediente presto a actuar en la historia del planeta: la raza española, una España mayor, de quien es nuestra Península sólo una provincia". (*Espectador,* II, 1917, "Palabras a los suscriptores", 224 y s.). De regreso del segundo viaje al mismo país: las *Intimidades* (1929), "donde he intentado guardar la equidistancia entre el halago y el vejamen". En el intervalo, la *Carta a un joven argentino que estudia filosofía* (1924). Entre el segundo y el tercer viaje una vez más al país del Plata, la insistencia suelta en alguna predicción de *Intimidades* (*En el centenario de Hegel,* 1932, 1696)...

Relativa a España y a Europa, en conexión de sentido con los cuerpos anteriores: "Estamos ciertos de que un gran número de españoles concuerdan con nosotros en hallar ligada la suerte de España al avance del liberalismo". (*Vieja y nueva política,* 1914, 115); "...el europeo más reaccionario sabe, en el fondo de su conciencia, que eso que ha intentado Europa

en el último siglo con el nombre de liberalismo es, en última instancia, algo ineludible, inexorable, que el hombre occidental de hoy *es,* quiera o no". (*Rebelión,* 1929, 1240).

Como predicciones relativas a las ciencias en general se destacan de las demás, predicciones relativas en particular a la biología, de las que se encuentra media docena en la etapa del biologismo y un par, sólo, en la etapa siguiente; a la física, que se encuentran a partir del interés promovido por Einstein y en relación con el cuidado por el inseguro porvenir de la ciencia bajo el imperio de las masas; a la psicología, a la que se refieren un par en la etapa del biologismo, pero en la siguiente más de media docena y alguna muy amplia, en armonía con la nueva orientación humanista de la etapa; a las ciencias humanas, que no faltando en la etapa del biologismo —media docena—, en la siguiente aumentan en número y de volumen hasta fundirse con las predicciones más generales; a la filosofía, que se hallan, como es natural, a lo largo de la producción de Ortega con la misma importancia, hasta fundirse con las predicciones más generales como las relativas a las ciencias humanas, con las que también se funden especialmente; y a la ciencia en conjunto, a la intelectualidad, en casos como sector de la cultura entre los demás, casos por los cuales se funden con las filosóficas y, una vez aún, con las más generales. A pesar de estas fusiones —que hacen en ocasiones discutible la clasificación—, estas predicciones relativas a las ciencias en general se destacan de las demás por su objeto y por la influencia de éste en su verificación. Hay que reproducir o señalar las más importantes y más instructivas.

I.—"Creo, en efecto, que el darwinismo comienza a ceder su puesto a otros sistemas más complejos y fecundos". (*Genio de la guerra,* anterior a septiembre de 1917, 278).

II. "...la secreción hormonal no concluye fuera del organismo... no vierte su influjo fuera, no es función externa; por el contrario, nace y termina en la intimidad fisiológica, vierte dentro, es función interna. De esta sencilla averiguación ha nacido la rama más importante de la terapéutica actual, y gracias a ella la medicina se prepara a un gigantesco progreso". (*Biología y Pedagogía,* 1921?, 350).

III. "El libro de Cannon sobre *Dolor, placer y secreciones internas* daría algún derecho a afirmar que no tardará la terapéutica en usar metódicamente las impresiones poéticas y, en general, artís-

ticas como medicinas para curar enfermedades corporales". (*Ib.*, 358, nota 2).

IV. "Afortunadamente, se van convenciendo los biólogos de que la idea de causa y efecto es inaplicable a los fenómenos vitales, y, en su lugar, es forzoso hacer uso de esta otra pareja de conceptos: excitación y reacción". (*Temas de viaje*, 1922, 419).

V. "Cada día parece más probable el gran papel que en la morfogénesis corresponde a las secreciones internas" "...las relaciones entre el tipo somático y las tendencias del carácter. He aquí un gran título de problemas biológicos que, por fin, parece la ciencia resuelta a atacar". (*Sobre la expresión*, 1925, 616).

VI. "...ha sido posible hoy instaurar una física de superior exactitud a la cual, podemos estar seguros, no tardará en seguir una técnica prodigiosa...". (*Reforma de la inteligencia*, 1924, 1482).

VII. "Hermann Weyl... suele decir... que si se murieran súbitamente diez o doce determinadas personas es casi seguro que la maravilla de la física actual se perdería para siempre en la Humanidad. Ha sido menester una preparación de muchos siglos para acomodar el órgano mental a la abstracta complicación de la teoría física. Cualquier evento puede aniquilar tan prodigiosa posibilidad humana, que es además base de la técnica futura". (*Rebelión de las masas*, 1929, 1209, nota).

VIII. "¡Lucido va quien crea que si Europa desapareciese podrían los norteamericanos continuar la ciencia!" (*Ib*, 1228).

IX. "Abrigo la creencia de que nuestra época va a ocuparse del amor un poco más seriamente que era uso". "El psiquiatra Freud ha intentado derivar de la ocultación erótica buen número de enfermedades mentales. Es lo más probable que sus teorías queden pronto arrinconadas en virtud de la caprichosidad de sus métodos. Pero siempre le pertenecerá la gloria de... haber tenido la valentía de alzar una punta del velo..." (*"Adolfo"*, primeros meses de 1916, 134).

X. "Creo que en el sistema de Freud hay algunas ideas útiles y claras; pero su conjunto me es poco afín... indicaré sólo que la psicología de Freud tiende a hacer de la vida psíquica un proceso mecánico... Ahora bien: yo creo superada en principio por la ciencia actual esa propensión mecanicista, y me parece más fecunda una teoría psicológica que no atomiza la conciencia explicándola como mero resultado de asociaciones y disociaciones entre elementos sueltos. Vamos en psicología, como en biología general, a intentar un ensayo opuesto: partir del todo psíquico para explicar sus partes". (*Vitalidad, alma, espíritu*, 1924, 490).

XI. "Una ciencia de la expresión, una "semiótica universal", como yo la entreveo..." (*Sobre la expresión*, 614).

XII. "Como Galileo pudo en su hora anunciar la "nuova scienza" que era la Física —típica de la Epoca Moderna—, cabría anunciar

la Antropología como la "nuova scienza", el ejemplar y más riguroso saber del tiempo futuro". (*El silencio, gran brahmán,* 648, y todo él).

XIII. "Hasta hace cincuenta años solía hablarse indistintamente de Grecia y Roma como de los dos pueblos clásicos. De entonces acá, la filología ha caminado mucho... Cada día que pasa afirma Grecia más enérgicamente su posición *hors ligne...*" (*Meditaciones del Quijote,* 1914, 30).

XIV. "...un sistema de la Historia, construcción que, como ninguna otra, es postulada por los nervios de nuestra época". (*Abejas milenarias,* 1924, 1503).

XV. "La filología clásica parece haber caído en súbita esterilidad, al tiempo que en su derredor surgen nuevos problemas gigantescos, de dimensiones vastísimas, ante los cuales el helenista y el latinista nada o muy poco tienen que decir. Ha producido esto un rápido desplazamiento de la filología clásica hacia un plano más modesto de la atención científica. En su lugar, jóvenes disciplinas avanzan y atraen la curiosidad de los mejores. Así la prehistoria y la etnología". (*Atlántidas,* 1924, 926).

XVI. "Entra hoy la ciencia histórica en una época de más riguroso positivismo y no se permite decretar *a priori* la independencia o individualidad de los hechos y datos que el azar de la observación arroja ante nosotros, sino que siguiendo dócilmente su estructura, espera que ellos mismos revelen su fisonomía completa y la línea donde terminan o donde se articulan en otros. Así, puede ocurrir que un uso económico tenga su raíz en una creencia mágica, y sea, por tanto, inseparable, indivisible de ésta. No haya duda: la pregunta mayor que hoy puede hacerse la Historia suena así: ¿cuál es el verdadero "individuo" histórico?... El objeto, el individuo histórico, sería... la cultura". (*Ib.,* 928, ss.).

XVII. "Si hasta el presente la "historia universal" había padecido un exceso de concentración en un punto de gravitación único, hacia el cual se hacían converger todos los procesos de la existencia humana —el punto de vista europeo—, durante una generación, cuando menos, se elaborará una historia universal policéntrica, y el horizonte total se obtendrá por mera yuxtaposición de horizontes parciales, con radios heterogéneos que hacinados formarán un panorama de los destinos humanos bastante parecido a un cuadro cubista". (*Ib.,* 937).

XVIII. "En nuestros días parece anunciarse dondequiera un notable progreso del sentido histórico". (*Ib.,* 938; cf. ya antes, 1922, *Para un Museo Romántico,* 551).

XIX. "Las categorías de la mente primitiva son, en parte, las mismas que aún actúan en nosotros cuando soñamos... La génesis de los mitos sólo así podrá un día averiguarse". (*Ib.,* 941).

XX. "Yo tengo la impresión que nuestras ideas sobre la Edad Media van a cambiar muy pronto". (*Notas del vago estío,* 1925, 465).

XXI. "Grecia es, probablemente, el secreto mayor de la historia europea... ¿Es un secreto glorioso? ¿Es una secreta lacra?... Durante siglos y siglos, casi sin interrupción, siempre que la cultura europea buscaba su ideal, se encontraba con que éste era la cultura griega. Nótese que lo más entrañable y eficiente de una cultura... es... en suma: su ideal. Y aquí tenemos una cultura cuya idea, en parte por lo menos, está fuera de ella, precisamente en otra cultura. Este es el problema que aún no he visto formulado claramente y sobre el cual espero que se trabaje mucho en los próximos años... Para entender, por fin, a Grecia, lo más urgente es alejarla de nosotros, subrayar su exotismo y declarar su enorme limitación". (*Espíritu de la letra,* 1927, 1069 y s.).

XXII. "Permítaseme augurar para tiempo muy próximo la convergencia de la atención científica sobre este problema de las edades común a todos los organismos —no sólo propio al animal, a la planta y al hombre—... Pero —recuerde el lector mi pronóstico— antes de un lustro será uno de los grandes temas de la meditación intelectual el hecho trágico de la "senescencia de las razas". Paralelamente, la biología se convencerá en estos años de que el secreto de la vida tiene que ser palpado saliendo de este hecho tan evidente como desatendido: la inevitabilidad de la muerte". (*Origen deportivo del Estado,* 1929, 634).

XXIII. "La noción de *persona* es una de las víctimas del siglo XIX... ¿Cuántas *personas* tienen hoy idea clara de qué es ser *persona?* Y, sin embargo, de esa noción depende todo un jirón del porvenir". (*Para la cultura del amor,* anterior a mayo de 1917, 233, nota).

XXIV. "...un libro que ha publicado uno de los espíritus más delicados y nuevos de Alemania. Su autor, Max Scheler, es un profesor de filosofía, perteneciente a la nueva generación. Curioso, sutil, dotado de intelectual ubicuidad, ha comenzado no hace mucho a destacarse entre los pensadores germánicos de más luminoso porvenir. Debo añadir, sin embargo, que siempre han manifestado sus escritos mayor acuidad y sutileza que severa argumentación". (*Genio de la guerra,* antes de mayo de 1917, 272 s.).

XXV. "Todavía durante mucho tiempo cualquier intento de proyectar sobre la leyenda de Don Juan una interpretación de alto y esencial giro parecerá un error..." (*Don Juan,* 1921, en *Teoría de Andalucía,* 36 s.).

XXVI. "...Don Juan, figura equívoca que nuestro tiempo va afinando, puliendo, hasta dotarla de un sentido preciso". (*Tema de nuestro tiempo,* 1923, pero "dicho en 1921...", 859).

XXVII. "...una nueva cultura: la cultura biológica. La razón pura tiene que ceder su imperio a la razón vital". (*Tema de nuestro tiempo,* 1923, 859, y todo él). *Ni vitalismo, ni racionalismo,* 1924, entero.

XXVIII. "...la preocupación teórica y práctica en torno a los valores es uno de los hechos más hondamente reales del tiempo nuevo.

Quien ignore el sentido e importancia de esa preocupación se halla a cien leguas de sospechar lo que hoy está aconteciendo en los profundos senos de la realidad contemporánea, y más lejos aún de entrever el mañana que hacia nosotros rápido avanza". (*¿Qué son los valores? Revista de Occidente,* IV, 1923, 39).

XXIX. "...la razón, órgano de lo absoluto, sólo es completa si se integra a sí misma haciéndose, además de razón pura, clara razón histórica". (*Atlántidas,* 1924, 943).

XXX. "...la nueva filosofía —y la nueva vida— sólo puede tener un lema cuya fórmula negativa suene así: superación del idealismo". (*Kant,* 1924, 960).

XXXI. *Dios a la vista,* 1926. Cf. *Estudios sobre el amor,* Buenos Aires-México, 1939, 50; "escritos... hace doce años", prólogo de "Los Editores".

XXXII. "...no es pretexto bastante para esa insensibilidad hacia las últimas cuestiones declarar que no se ha hallado manera de resolverlas. ¡Razón de más para sentir en la raíz de nuestro ser su presión y su herida! ¿A quién le ha quitado nunca el hambre saber que no podrá comer? Aun insolubles seguirán esas interrogaciones alzándose patéticas en la comba faz nocturna y haciéndonos sus guiños de estrella..." (*Origen deportivo del Estado,* 1929?, 629).

XXXIII. El día que vuelva a imperar en Europa una auténtica filosofía —única cosa que puede salvarla—, se volverá a caer en la cuenta de que el hombre es, tenga de ello ganas o no, un ser constitutivamente forzado a buscar una instancia superior". (*Rebelión de las masas,* 1929, 1248).

XXXIV. "Aun los libros de intención exclusivamente científica comienzan a escribirse en estilo menos didáctico y de remediavagos; se suprimen en lo posible las notas al pie, y el rígido aparato mecánico de la prueba es disuelto en una elocución más orgánica, movida y personal". (*Meditaciones del Quijote,* 1914, 9).

XXXV. "...en el orden científico existe ya una renovación sólo comparable a la del Renacimiento". (*Biología y Pedagogía,* 1921, 346, nota).

XXXVI. *El sentido histórico de la teoría de Einstein,* (1923) es una "predicción incoativa" del absolutismo, perspectivismo, antiutopismo, o antirracionalismo, finitismo, discontinuismo y anticausalismo de la ciencia y de la cultura en general. Cf. *Atlántidas,* 933 s.

XXXVII. "Nuestra edad... siente, quiera o no, una grave incompatibilidad con todo lo convencional... Y como todo gran edificio social supone artificios sobreindividuales, va a ser muy difícil que nuestro tiempo produzca arte grande, sistemas ejemplares, política constructiva". (*Sobre la sinceridad triunfante,* 1924, 1498).

XXXVIII. "...yo, que siento bastante pesimismo ante el porvenir inmediato de las artes como de la política universal —no de las ciencias ni de la filosofía—, creo que es la novela una de las pocas

labranzas que aun pueden rendir frutos egregios..." "Se puede vaticinar, sin excesivo riesgo, que, aparte la filosofía, las emociones intelectuales más poderosas que el próximo futuro nos reserva vendrán de la Historia y de la novela". (*Ideas sobre la novela,* 1927, 1038 y s.).

XXXIX. "...todos los demás principios vitales —política, Derecho, arte, moral, religión— se hallan efectivamente y *por sí* mismos en crisis, en, por lo menos, transitoria falla. Sólo la ciencia no falla, sino que cada día cumple con fabulosas creces cuanto promete y más de los que promete". (*Rebelión de las masas,* 1929, 1230).

Y quedan las predicciones más sueltas. Algunas de objeto tan vasto como las excepcionales relativas a Occidente y Oriente. "Tal vez, andando el tiempo, se diga con verdad que la realidad histórica más profunda de nuestros días, en parangón con la cual todo el resto es sólo anécdota, consiste en la iniciación de un gigantesco enfrontamiento entre Occidente y Oriente". (*El problema de China* —1923—, 1487). Cf. *Mirabeau* (1927), 1147. Otras, por el contrario, de objeto muy reducido, un autor, como las siguientes. "Poco puede esperar de la sociedad quien de este modo se resuelve a afirmar su libertad íntegra. La sociedad es un contratista de servicios y la organización del utilismo... Baroja no es nada, y presumo que no será nunca nada". (*Baroja* —1916—, 197). "...yo quisiera un arte... donde todo fuera inventado... Creo, además, que este arte llega ya muy cerca. Algo había de él... en el trágico alemán Hebbel, de quien puede profetizarse la próxima conquista de la moda". (*Azorín* —1916 y 17—, 260). "Esta vez la muerte, al segar una vida ajena, cercena de paso nuestros placeres. Hay muchas gentes de todos los países que se habían formado un presupuesto de futuras delicias a cargo de nuevos tomos de Proust. "(*Proust* —1922—, 714). Unas terceras, o son muy "generales", muy "formales", o les da un sentido "material", "concreto", el contexto, la mente del autor, y se reducen a las de los cuerpos enumerados: *Nada "moderno" y muy siglo* XX"; "...la edad moderna malherida desde 1800, yace ahora inerte a nuestros pies". (*Don Juan,* en *Teoría de Andalucía,* 63): "...de los principios "modernos" sobrevivirán muchas cosas en el futuro, pero lo decisivo es que dejarán de ser "principios", centros de la gravitación espiritual". (*España invertebrada,* 824, nota); "Sa-

bemos que la vida es —sobre todo, va a ser— dura". (*Misión de la Universidad* —1930—, 1340)... En fin, Ortega predijo en 1916 (*Genio de la guerra,* 299) la derrota de Alemania en la primera guerra mundial, como recordó él mismo en 1930 (*Misión de la Universidad,* 1294, de la 2ª ed. de las *Obras,* porque el capítulo cuya es la página no figura en la 3ª). Y en y con la misma ocasión, la forma condicionada en que desaparecerá la guerra.

El cuerpo "del sentido deportivo y festival" resulta no verificado ya —es decir, resultó no verificado a poco para el propio Ortega. Pruebas, el *abandono* del mismo por el "de las masas", el no registrar el propio Ortega la verificación del mismo, el no volver sobre él... Incluso dentro del mismo, el "ocaso de las revoluciones" y el "alma desilusionada" o "espíritu servil" vienen a rectificar ya el inicial "anhelo de vida enérgica y entusiasta", cuya significación es la condenación del escepticismo, la "fe en el poder que el hombre tiene sobre sus personales destinos", la "exigencia de intervenir con nuestra voluntad en el contorno", en una inequívoca proyección política; y *Socialización del hombre* rectifica en sus propios términos la predicción del nuevo auge y hasta arte de la vida privada, iniciada en el prólogo de las *Meditaciones del Quijote* y reiterada en *Para un Museo Romántico;* y un pasaje como el de *Revés de almanaque* sobre el deporte y el cuerpo representa una verdadera palinodia, a pesar de atenuaciones como el distingo entre los deportes y la exageración o abuso de ellos. Ortega, que en 1924 escribe: "fuera oportuno sermonear un poco a los que sermonean contra el cuerpo y le hacen... blanco de todos sus insultos. Pero esto constituirá tema aparte, que he de tratar algún día bajo el título: 'El sentido del cuerpo'. Es un tema de insuperable actualidad, porque el hombre euro-
he de tratar algún día bajo el título: 'el Sentido del cuerpo'.
(*Vitalidad, alma, espíritu,* 491), escribe en 1930 lo de que "No se trata ya de culto y cultivo del cuerpo, sino que éste se revuelve contra el espíritu y el muy imbécil aspira a nulificarlo. Por fortuna, en todas las regiones menos inertes de la vida pública europea se empieza a sentir asco de tanto cuerpo. Asco y aburrimiento. Porque el cuerpo es, ante todo, un tema aburrido..." (*Revés de almanaque,* 741). El entusiasmo duró, a lo más, un lustro. En general, la relación de una etapa de

predicciones con la anterior suministra una regla de la verificación de las predicciones. Si se replicase que el cuerpo "del sentido deportivo y festival" pudiera verificarse aún en un futuro más o menos cercano, cabría contrarreplicar que si bien Ortega pensó primero en el "período de turbulencia que todo cambio profundo trae consigo" (*Biología y Pedagogía*), acabó por pensar que "el hombre europeo se dirige recto", etc. (v. unos renglones más arriba). —Ni siquiera el retoñar del temperamento guerrero y la organización del peligro dejan de resultar no verificados ya, no "a pesar de los últimos acontecimientos históricos, sino justo, por obra de ellos. Ortega veía aquel retoñar "bajo la especie de deporte"; la organización del peligro, iniciada *por el deportismo.* Ortega no tenía en la mente, por ejemplo, la preparación de la juventud alemana por medio del deportismo para la guerra, sino una variante del "sustitutivo moral de la guerra". Ahora bien, atenerse a la mente del prediciente, en lo posible, parece la primera regla para la verificación de las predicciones.

Del cuerpo "de las masas" parecen haberse verificado ya el pronóstico de la gravedad de la crisis, la socialización, el imperio de las masas —aunque ante hechos como los representados por el *Duce* y el *Führer* quepa discutir la dirigibilidad que Ortega les niega—, el "sincerismo" y la acción directa con sus inmediatas consecuencias o manifestaciones del rebajamiento del nivel medio y la invasión de los bárbaros vertical, la persistencia de la violencia por lo menos bajo la forma de la acción del Estado, la peligrosidad de éste, el empleo de sus fuerzas por las de orden público según sus propios intereses más que según los de las gentes de orden que incubaron aquéllas, la abolición del reinado de la inteligencia o intelectualidad, el fracaso del internacionalismo político —incorporado para la mente de Ortega entonces por la Sociedad de Naciones—, la barbarie por inferioridad del hombre relativamente a su civilización, la provisoriedad de la vida, experiencia que ha debido de hacer todo el que ha vivido una aguda crisis mientras no ha visto o previsto la salida, como acabó Ortega por no ver, según sus propias declaraciones... Algunas de estas predicciones resultan, además de verificadas ya, verificables aún, como alguna otra del mismo cuerpo no verificada ya, así, la de los Es-

tados Unidos de Europa.[3] Algunas otras predicciones del mismo cuerpo parecen, habérsenos verificado ya, como la del cosmopolitismo intelectual, o de una verificación más discutible, como la de la depresión de la política y el alma desilusionada o espíritu servil, sino la del ocaso de las revoluciones, a pesar de la relación establecida por Ortega entre este ocaso y aquel espíritu o alma. No parece que el alma de los italianos y alemanes fuera por lo pronto un alma desilusionada, ni siquiera un espíritu servil, ambas cosas entendidas como Ortega las explica —de lo que no cabe inferior, empero, que fascismo y nazismo fueron revoluciones, sin faltar a las reglas de los silogismos hipotéticos; y en efecto, en el sentido que Ortega da largamente a las revoluciones cuyo ocaso predice no lo fueron, y no tanto por haber sido golpes de Estado (cf. *Rebelión,* 1251), cuanto por su irracionalismo (cf. *ib.,* 1221, y ya antes, *Fascismo*). La conclusión es que el cuerpo "de las masas" parece haberse verificado ya en conjunto, sin perjuicio de que en parte pueda seguir verificándose aún y en parte, mínima, haberse no verificado ya.

Las oscilaciones en punto al socialismo y obrerismo resultan no verificadas ya en la medida en que lo que tenía Ortega en la mente en el momento de cada una resultó no verificado ya por la realidad a que respondió la siguiente. A lo sumo cabe exceptuar la última como verificada ya o verificable aún. . .

El emparejamiento del bolchevismo y el fascismo está en contradicción, parcial al menos, con la afirmación de lo específicamente ruso del primero. Es verificable aún —y lo contrario. El desenlace de la segunda guerra mundial no basta. Hace falta la historia futura inmediata de Rusia. Si esta no lo verifica, verificará, en cierto sentido lo específicamente ruso del bolchevismo. Si lo verifica, no verificará esto último, en el mismo sentido.

A la primera visión, festival, si no deportiva, de la revolución rusa no ha respondido, ciertamente, la realidad. Con arreglo a lo que tenía Ortega en la mente, la posibilidad de expansión del bolchevismo por la repercusión del eventual éxito del plan quinquenal sobre la inanidad de la existencia europea, parece asimismo no verificada ya. Y la necesidad de siglos de

[3] Al lector no dejará de presentársele el reciente discurso de Churchill en que éste los postuló.

Rusia para optar al mando, —lo que la predicción sobre América en su relación con Europa. Hoy no se puede menos de tener la impresión de que Ortega posponía a unos Estados Unidos de Europa el mando que los de América y Rusia han empezado a tener, lléguese o no a aquellos Estados, lo que resulta más lejano que este mando y parece hasta dependiente de él.

De las predicciones relativas al fascismo especialmente, o de la parte que le toca de las comunes a él y al bolchevismo, no cabe duda que Ortega previó bien la extensión hacia el Norte, pero la transitoriedad repetidamente predicha —pasando de la "fugacidad" al "lo cual no quiere decir que duren poco", aunque aquel primer término es lo más probable que deba tomarse sólo relativamente— resulta no verificada ya o verificable aún, según la mente de Ortega, posiblemente ambigua en este punto. "En el momento que aparezca un nuevo principio de ley política capaz de entusiasmar sin vacilaciones a un grupo social, el fascismo se evaporará automáticamente". (*Fascismo,* 1925, 538). Si Ortega mentaba el fascismo italiano, no previó el final violento del mismo en compañía del nazismo por fuerza de potencias amenazadas por ellos. Pero si mentaba "el fascismo y sus similares" —como con otras expresiones, "las fuerzas retrógradas". . .—, y se atiende encima al "lo cual no quiere decir que duren poco" (C. A., 89, 93 s.), la predicción se incluye más bien entre las verificables aún. . .

En el cuerpo "de la deshumanización" hay, ante todo, que distinguir entre la caracterización estética del arte —pureza— y la psicológica del artista —no seriedad— y la situación social y la evolución histórica de artistas y arte —arte privado, impopularidad, decadencia y extinción o "frutos egregios". La predicción de un arte puro y no serio, en el sentido en que Ortega describe la técnica y la inspiración o espíritu del nuevo arte y la actitud de los artistas relativamente a él, parece verificada plenamente por todo un conjunto de movimientos artísticos característicos de una etapa del arte contemporáneo, que eran los mentados, indudablemente, por Ortega. El retorno del arte a la vida privada resulta verificado en los términos de la abolición del reinado de la intelectualidad en general. En cambio, Debussy ha llegado a ser popular en los mismos términos en que lo haya sido y siga siéndolo Mendelssohn. Entre esta popularidad y aquella abolición no hay incompatibilidad, como

muestran los hechos, porque se deslizan a lo largo de dimensiones distintas: la mentada popularidad de las obras no da ya a los autores lo que a los del siglo pasado y principios de éste dió la de las suyas. En cuanto a las decadencias, extinciones y auges predichos, quizá las últimas generaciones no cuenten con pintores y músicos como los de las generaciones de Picasso y Strawinsky e inmediatamente anteriores, pero no parece haber muerto, precisamente, ni siquiera estar moribunda, la poesía, al menos la más cercana al prediciente, la española, la de lengua española. En cambio, "la vida como arte" quedó no verificada ya con el cuerpo "del sentido deportivo y festival". Y el teatro de "fantasmagoría", la creación de paisajes, el arte del arte, pueden incluirse en lo verificable aún, con mayor o menor probabilidad. Por último, la "invención de almas interesantes" en que veía Ortega "el mejor porvenir del género novelesco" (*Ideas sobre la novela,* 1927, 1041) no se encuentra detallado lo bastante para poder sentenciar si una novela posterior prácticamente a la predicción como los *Hombres de buena voluntad* es uno de los "frutos egregios" que aún podía rendir la novela —o si una novela como la nombrada no es uno de estos frutos, aunque no coincidiera con la invención de almas interesantes auténticamente precisable.

La crisis de la democracia y el desprestigio de las instituciones parecen verificadas con el cuerpo "de las masas", aunque la nueva aristocracia y más en general la organización de los sentimientos entren en lo verificable aún, con mayor probabilidad en los términos acabados de emplear que en los de "hombres egregios" y "hombres vulgares".

El antiutopismo ha sido verificado ya en el dominio filosófico por la superación del idealismo y hasta en el dominio político y social por muchos rasgos de la vida bajo el imperio de las masas.

Las predicciones relativas a España empiezan por ser la de la muerte del inmediato pasado y del presente, la España de la Restauración, en la forma ya incoada y en la de un futuro momento justiciero, y la correlativa y oscilante entre el postulado o el imperativo y la predicción formal del advenimiento de una España "culturalizada" por el concepto y re-alzada por la selección. Tras un inicial instante de vacilación, la previsión del fracaso de la generación por no acudir a la brecha y el

del pueblo por el de la generación, se impone casi simultáneamente la fe, bajo la forma de la peregrinación a El Escorial, que parece más bien simbólica que rigurosamente localizada, y bajo la forma de la imagen, mucho más directa y concreta, del triunfo de la nueva política en las elecciones y de las varas de alcalde en manos de las gentes de su espíritu. Más adelante, la predicción del destino diferente de España por respecto al de Italia y la de la "hora. . . feliz", la "ocasión magnífica" de *Misión de la Universidad,* hecha empero un tanto ambigua por la duda acerca de la existencia de grupo capaz de aprovechar la ocasión. Y la fe en la resurrección de la vitalidad española, siempre, por más que la entrecorten desesperanzas, si no desesperaciones, circunstanciales. Pues bien, la muerte de la España de la Restauración puede darse por consumada, por verificada, ciertamente, y si se refiere a ella el momento justiciero, como parece imponerlo el contexto, puede darse también este momento por verificado con el advenimiento de la República, aunque sobre esta base haya que aplazar el "fieramente" hasta la reacción del pueblo con ocasión del 18 de julio de 1936. Pero por lo mismo parece que acudió a la brecha la generación, que es la de los políticos e intelectuales que cooperaron a la instauración del nuevo régimen, entre ellos el propio Ortega, cuya Agrupación al Servicio de la República fué el avatar postrero de la Liga de Educación Política Española; quedando, en cambio, verificado ya el triunfo de la nueva política, tomada por el lado del sentido amplio de las "gentes de su espíritu", aunque no triunfara tomada por el lado del sentido estricto de la nombrada Liga. Ahora, la generación, a pesar de acudir a la brecha, ¿no ha fracasado? Es decir, el triunfo de la nueva política, ¿no ha sido pasajero? Y, de haber fracasado la generación, ¿fracasó el pueblo? En cuanto a la peregrinación simbólica, ¿la verificaron los jóvenes de la FUE batallando contra la dictadura o los jóvenes de la FE congregándose junto al castillo de la Mota? Y la hora feliz y la ocasión y el grupo de *Misión de la Universidad* ¿eran las de la situación en que advino la segunda República y el grupo intelectual que cooperó a su advenimiento, y se perdieron aquéllas y fracasó éste con aquel régimen, o eran una situación mucho más genérica y un grupo mucho menos definido, y puede Ortega creer o esperar que se haya formado el uno y se hayan aprovechado las otras,

o se formen y se aprovechen, incluso bajo el régimen actual de España? Por último, aunque se estime verificada ya la resurrección de la vitalidad española en las gestas últimas del pueblo español, se puede seguir creyendo y esperando que la resurrección de su vitalidad continúe verificable aún; como la selección y la europeización, esta última con la problematicidad que parece afectar crecientemente a la cultura europea misma.

En cuanto a las relaciones de Ortega con el país argentino, la *Carta* inicia y las *Intimidades* desarrollan reservas que vienen a rectificar el fundamento de la predicción de la suerte del *Espectador.* El que esto escribe carece de medios para verificar las otras predicciones concernientes a la Argentina.

La política de razas ¿se considerará verificada por el posterior racismo, por la actual pugna entre anglosajones y rusos? ¿o no verificada ya, ni verificable aún, por obra de la ulterior y vigente predicción de los Estados Unidos de Europa?[4] El tenor de la predicción, con su "allende la guerra", la primera guerra mundial, hace difícil considerarla verificable aún, en un futuro lejano, como en todo caso habría que considerar la aplicación a la raza española —y la predicción concerniente al liberalismo español y europeo.

Predicciones relativas a las ciencias. Sobre disciplinas y sus efectos (Endocrinología, II y V, Física y técnica, VI, Ciencia de la expresión, XI, Antropología, XII, Prehistoria y Etnología, XV, Filosofía de los valores, XXVIII, Historia, XVIII) y mayoría sobre orientaciones, doctrinas, temas y métodos dentro de ellas (Darwinismo, I, amor, IX, Don Juan, XXVI, Psicología "*gestaltista*", X, culturas como individuos históricos e Historia universal policéntrica, XVI y XVII, ideas sobre la Edad Media, XX, significación de la teoría de Einstein, XXXVI, superación del idealismo, XXX, razón vital, XXVII, razón histórica, XXIX, sistema de la Historia, XIV, persona, XXIII, estilo de los libros científicos, XXXIV): verificadas. A lo sumo ha-

[4] El "relegará a segundo plano todas las diferencias políticas, inclusive las que delimitan los "Estados" sólo parecerá verificado o verificable por los Estados Unidos de Europa a quien no atienda al inmediato "atenderá preferentemente a esa comunidad de modulaciones espirituales que llamamos la raza" y la seguida aplicación a la "raza española". Ortega mienta diferencias políticas como las internas a esta última raza; no las coincidentes con diferencias de razas como las europeas.

bría que hacer reservas acerca de: la universalidad de la ciencia de la expresión; la rigurosidad de la Antropología; la esterilidad de la Filología clásica, antítesis innecesaria para afirmar el auge de la Prehistoria y la Etnología; la precisión cronológica en punto a la Historia policéntrica; la ampliación del significado de la filosofía de los valores a la historia universal, que parece no verificada ya, en vista de la depresión de dicha filosofía que ha seguido al auge predicho y verificado; y la razón vital e histórica, por el biologismo de la primer manera de entenderla. Minoría no verificada ya: edades, senescencia, razas, vida y muerte, XXII, en atención a lo preciso y expreso, "recuerde el lector mi pronóstico, —antes de un lustro", ya que lo hecho sobre el tema no parece llenar la vastedad de la predicción; Dios a la vista, XXXI, en atención a una razón análoga a la última acabada de dar; la excepcionalidad de Grecia, XIII, y el mal futuro inmediato del tema "Don Juan", XXV, en la medida en que las rectifican respectivamente XXI y XXVI. Sobre cultivadores de las ciencias: junto a una como la de Scheler, XXIV, una como la de Freud, IX, y sobre todo como la de los norteamericanos, VIII. Sobre sectores de la cultura: verificadas las relativas al éxito de la ciencia, XXXV, XXXIX, más problemáticas las relativas a otros sectores, XXVII, XXVIII. Y verificables aún, con mayor o menor probabilidad: la génesis de los mitos, XIX, aunque en parte estuviese verificada ya; la terapéutica artística, III; la posibilidad de desaparición de la Física, VIII; la perennidad de los problemas filosóficos y el reconocimiento de la trascendencia humana, XXXII y XXXIII.

Sueltas. Las pertenecientes a la modernidad, verificadas o no, o verificables, según el sentido que se les dé en función de los contextos. La derrota de Alemania. . . Occidente y Oriente y el futuro de la guerra, verificables aún. De una moda de Hebbel no sabe el que esto escribe. Pero los nuevos tomos de Proust no faltaron, precisamente, y Baroja ha llegado a ser académico.

AFINIDADES MORFOLOGICAS ENTRE LAS MATEMATICAS Y LA PINTURA*

Por *Carlos GRAEF FERNANDEZ*

La Cultura de un pueblo en una época es única, pero se manifiesta de muy diversas maneras en las diferentes artes y ciencias. Se trata del mismo espíritu buscando expresarse, por medio de superficies que limitan volúmenes en las esculturas, por medio de melodías y armonías en la música, por medio de relaciones abstractas en las matemáticas. Las creaciones artísticas y científicas gestadas por un pueblo en una misma etapa de su historia, son realizaciones diversas de una misma cultura y todas ellas acusan una unidad de estilo.

El que mire profundamente podrá ver entonces, detrás de una pintura o de un razonamiento matemático al espíritu único que se manifestó de modos diversos porque usó medios distintos. Una misma sensibilidad espiritual se exhibe de muy desemejantes maneras cuando lo hace a través de materiales y artificios muy diferentes entre sí. En la creación artística y científica impone el medio de expresión usado, su característica propia, y es esta la que salta más a la vista, la que está más próxima a la superficie, la que oculta la unidad de estilo de las diversas manifestaciones culturales, subrayando las diferencias que existen entre ellas. No nos debe sorprender que con colores y líneas en un lienzo se obtenga un resultado muy distinto que con relaciones entre objetos matemáticos.

Oswald Spengler hace de las semejanzas esenciales entre todas las creaciones culturales de una época, el *Leitmotiv* de su "Decadencia de Occidente". Fué este valiente filósofo de la historia quien acuñó el giro "afinidades morfológicas" para

---

* Conferencia del ciclo de la Sociedad Mexicana de Estudios y Lecturas pronunciada en el Palacio de Bellas Artes el 21 de agosto de 1946.

designar estas analogías fundamentales, y esta expresión ha pasado a enriquecer el acervo de vocablos de todos los idiomas cultos. Dice Spengler: "Todavía no he encontrado a nadie que haya acometido con seriedad el estudio de esas *afinidades morfológicas* que traban íntimamente las formas todas de una misma cultura; nadie que, saliéndose de la esfera de los hechos políticos, haya conocido a fondo los últimos y más profundos pensamientos matemáticos de los griegos, árabes, indios y europeos; el sentido de sus primeras ornamentaciones, de las formas primarias de su arquitectura, de su metafísica, de su dramática, de su lírica; los principios selectivos y la tendencia de sus artes mayores; las particularidades de su técnica artística y de la elección de materiales". Después de esta declaración, emprende la tarea con increíble vigor y entusiasmo.

Tratamos de exhibir, en este artículo, las afinidades morfológicas entre la pintura y las matemáticas en nuestra cultura occidental, desde los griegos hasta nuestros días, y usamos un principio de comparación propio que nos parece la clave que descifra las ocultas semejanzas.

Spengler extiende sus investigaciones a todas las actividades culturales, nosotros nos restringimos a dos, una artística: la pintura; científica la otra: las matemáticas. El sujeto creador en este artículo son los pueblos de occidente, las creaciones que estudiaremos son sus pinturas y sus matemáticas.

Es evidente que un examen superficial de las pinturas y de los resultados matemáticos de una época no puede revelarnos las analogías morfológicas. El campo de la creación estética pictórica está muy lejos del de las disciplinas matemáticas. Si no se penetra hasta los hontanares de la inspiración, se cae en semejanzas de detalle triviales y fáciles. En ocasiones los pintores han buscado un contacto con la ciencia, y alguna vez éste ha sido fecundo, aunque superficial.

El análisis espectral de los físicos en el siglo XIX influyó considerablemente en la técnica de los pintores impresionistas. Asombrados los artistas ante el progreso de la ciencia de la luz quisieron ponerlo al servicio del arte pictórico. Los físicos descomponían la luz solar en sus colores elementales, —*puros*—, y este hecho indujo a los pintores a pretender analizar, —descomponer en sus elementos puros—, a los colores de los

seres y objetos que les servían de modelos. Llamaron a sus estudios: "Laboratorios del Color"; y usaron "colores puros" en sus lienzos.

El concepto "color puro" tiene un significado muy distinto para el físico y para el pintor. Se llama "color puro" en la ciencia al que refleja luz que tiene la propiedad de ser inalterable al pasar por un prisma cualquiera. Si iluminamos una superficie teñida de un color puro en el sentido de la física, y hacemos pasar la luz reflejada por un prisma de vidrio, la luz emergente será idéntica a la incidente. Color puro en el sentido de los pintores es aquél que se prepara con un solo pigmento, y que por lo tanto no es el resultado de mezclar en la paleta varios colores. Los "colores puros" de los artistas nunca son monocromáticos —es decir puros— para los físicos. No creo que los "colores puros" de la ciencia, —los colores monocromáticos—, tengan valor especial alguno en la creación estética. Quien quiera sujetar este juicio a una revisión estricta puede contemplar estos colores puros de los físicos en el expectro de un prisma de vidrio. Basta hacer pasar luz solar por uno de estos instrumentos ópticos e interceptar la luz emergente con una pantalla blanca. Para la ciencia contemporánea no es problema difícil preparar pigmentos de color puro.

Como los colores de las superficies que el pintor impresionista deseaba captar en su lienzo, generalmente no eran idénticos a los de los pigmentos que tenía disponibles, los analizaba y descomponía en una suma de "colores puros". El artista de esta escuela no mezclaba sus pigmentos en la paleta, aplicaba al lienzo manchas de color, cada una de un solo pigmento, yuxtaponiéndolas. Aplicando pinceladas contiguas rojas y azules se logra que la superficie pintada aparezca morada, por integración retiniana, cuando se la contempla desde cierta distancia. El ojo humano realiza la fusión de la luz que proviene de las pequeñas manchas de color yuxtapuestas. La integración retiniana la concibió Newton para sintetizar la luz blanca a partir de sus componentes.

Este contacto entre la física y la pintura es superficial, trivial y baladí. Lo expongo para contrastar una relación de tipo intrascendente con la analogía profunda que mostraré más tarde. No quiero criticar a los pintores impresionistas por el uso incorrecto de resultados científicos en el arte. Con la téc-

nica de esta escuela se lograron lienzos de hermosura extraordinaria, como el cuadro de Claude Monet: "La Catedral de Rouen", que se exhibe en el Museo Metropolitano del Arte de la Ciudad de New York. En esta hermosa pintura Monet plasmó la luz que juega en la superficie del edificio, y sustrajo las piedras, lo sólido, lo material; quedó solamente la vibración luminosa sin ningún apoyo concreto.

En contraposición con este contacto epidérmico entre el Impresionismo y la Ciencia, existe un principio de comparación que permite revelar las analogías esenciales entre las Matemáticas y la Pintura; este principio es: la relación con la realidad. Si examinamos en cada época la actitud de la pintura o de las artes plásticas hacia la realidad con la de las matemáticas hacia la realidad, descubriremos las semejanzas fundamentales, las analogías morfológicas que buscaba Spengler.

La realidad tiene estructura matemática en muchos de sus aspectos más importantes. Santayana, el filósofo yanqui de origen hispano, dice que este hecho es el que da *dignidad* a las matemáticas. Si la realidad no tuviera en facetas esenciales estructura matemática, esta ciencia no tendría la dignidad que tiene; su valor quedaría reducido al que tienen la teoría del ajedrez y el análisis del juego de damas. Del campo de los grandes matemáticos, escuchamos opinión semejante del genial inglés: Hardy, quien en su obra "A Mathematician's Apology" afirma que si bien la afición del matemático por su ciencia es independiente de la estructura matemática de la realidad, también es cierto que en caso de faltar ésta, las matemáticas no tendrían gran valor cultural. Tanto Santayana como Hardy están de acuerdo también en el carácter enteramente convencional de las matemáticas.

En su libro: "Persons and Places, The Background of my Life", que tiene un sabor tan español a pesar de estar escrito en el inglés más perfecto, hace Santayana esta afirmación, halagüeña para los que cultivamos una disciplina tan injustamente tachada de árida: "si alguno de mis profesores me hubiera señalado el hecho de que las matemáticas son enteramente convencionales, un juego lógico en el que de unos cuantos postulados arbitrarios se deducen todos los teoremas, yo me hubiera dedicado a las matemáticas".

Santayana fué víctima, junto con muchos otros, de la ignorancia de sus profesores de matemáticas elementales, y de los programas repugnantes que rigen para la enseñanza de esta ciencia en casi todas las escuelas secundarias. Son muy pocos los profesores de esta asignatura que tienen una justa visión panorámica de lo que son las matemáticas contemporáneas, y los que conocen las ramas vivas de esta ciencia, y solamente éstos podrán despertar el entusiasmo en sus alumnos.

Del hecho, que la estructura matemática de la realidad dé dignidad a las matemáticas no debe deducirse que no deben cultivarse disciplinas científicas que no tienen nada que ver con la realidad. Pueden citarse muchos casos de ramas de las matemáticas que estaban en un principio enteramente alejadas de toda aplicación a la realidad, y que más tarde encontraron aplicaciones muy fecundas e importantes. Cuando los griegos estudiaron las secciones cónicas, nada estaba más alejado de su espíritu que pensar en aplicaciones físicas; las secciones cónicas son ahora indispensables al ingeniero, al astrónomo, al físico. La gráfica del momento flexionante de una viga libremente apoyada con carga uniforme en una parábola; la forma de los cables de un puente colgante con carga también uniforme es parabólica; las órbitas planetarias son elipses; la representación concreta de las variaciones con la dirección de la constante dieléctrica en un medio anisotrópico, es un elipsoide. Todo esto hubiera sorprendido al mago heleno de las cónicas, Apolonio, quien jugaba con ellas como un niño juega con conchas nacaradas en la playa, fascinado por su belleza intrínseca, sin pensar en sus aplicaciones.

Usando una metáfora del mundo de las finanzas, que impone en nuestra época su sello hasta en los campos más alejados de él, dice Hardy que no solamente por esta *inversión espiritual a largo plazo* deben cultivarse las ramas de las matemáticas que no tienen relación alguna con la estructura de la realidad; las disciplinas matemáticas tienen otros valores además del de sus aplicaciones; algunas permiten señalar la identidad formal entre la estructura de ramas científicas muy alejadas unas de otras, luchando así por la unidad en la ciencia; otras completan el cuadro de los desarrollos matemáticos, y son imprescindibles para la simetría y belleza del edificio de las ideas que ha creado el hombre.

Por otra parte es obvio que la corriente principal de las matemáticas en una época puede caracterizarse por su actitud hacia la realidad, y también es cierto que esta actitud es un rasgo esencial en la ciencia. Exactamente lo mismo puede decirse con relación a la pintura. Es fundamental la actitud del pintor hacia la realidad, esta postura caracteriza un rasgo esencial en su obra. Claro está que la "actitud hacia la realidad" no agota ni a las matemáticas ni a la pintura; existen otros rasgos importantes en los que ambas actividades humanas difieren esencialmente. Pero nuestro propósito es señalar las semejanzas formales, las *afinidades morfológicas,* y no insistir en las diferencias esenciales, que existen, que conocemos, y que no haremos resaltar.

INICIAMOS la comparación con la matemática griega y la plástica de este pueblo. Por sernos mucho más familiar la estatuaria griega que su arte pictórico es éste el único caso en que recurrimos a la escultura.

¿Qué tiene que ver la matemática griega con la realidad? ¿Existen en la realidad las rectas, los planos, los círculos de la ciencia helena?

Los objetos matemáticos no son nunca idénticos a los objetos reales; existen empero en la realidad objetos que tienen propiedades muy semejantes a las de los objetos matemáticos. La superficie tersa y tranquila de un lago sugiere un plano. Un hilo tenso nos conjura una recta en la imaginación; el disco del sol y el de la Luna llena nos inspiran la forma del círculo. Ciertas formas muy simples de la naturaleza provocan en nuestras mentes la gestación de objetos matemáticos. Existen en la realidad formas elementales que de un modo natural, y casi sin esfuerzo, crean en nuestro espíritu los objetos ideales de las matemáticas. El matemático griego no busca después estructura matemática en la realidad. Se contenta con dejar que ésta sugiera objetos ideales sobre los que enfoca su atención. Olvida pronto la fuente que le inspiró su material. La realidad hace aquí el papel de manantial de sugerencias; sólo señala de un modo leve la existencia de idealizaciones de objetos que ella contiene. El círculo matemático es ideal; no existe en el mismo sentido que existe en el disco solar. En la realidad no hay círculos matemáticos. El círculo que Euclides traza en un papel

es un cuerpo formado por granos de pigmento que quedan adheridos a la hoja por medio de un pegamento. Ni la hoja es plana, ni la línea trazada es tal línea. Se construye una acumulación de granos de pigmento sujetos a las fibras del papel por medio de granos de pegamento; a la estructura final se le llama círculo. Los griegos estaban perfectamente conscientes de que los círculos trazados en un papel no son los objetos matemáticos. Ellos decían que los círculos trazados eran imperfectos, y los círculos ideales eran perfectos. Nosotros preferimos decir que los círculos trazados son objetos físicos, mientras que los círculos matemáticos son objetos ideales.

La aplicación del atributo "perfecto" para el objeto ideal, y del atributo "imperfecto" para el real, es tópica de la cultura griega.

Veamos ahora cuál es la actitud de los grandes artistas griegos hacia la realidad. En el mundo real existen mujeres hermosas ante cuyos bellos cuerpos nos extasiamos. Estas sugieren al artista la existencia de una mujer ideal más hermosa que las más hermosas mujeres reales. La Afrodita del escultor no existe en la realidad; no es una reproducción fiel de una mujer real, es una mujer ideal, sin imperfecciones, sin las pequeñas irregularidades que tiene toda mujer real, por hermosa que sea. La Afrodita del escultor existe en otra esfera óntica que las mujeres reales; la relación de su Afrodita con las mujeres reales que se la sugirieron es la misma que la de un círculo matemático con los discos del Sol y de la Luna.

En el mundo real hay mancebos de cuerpos hermosos que sugieren al escultor heleno la existencia del cuerpo de un Apolo, de un cuerpo ideal, perfecto. Las mujeres y hombres reales, de cuerpos hermosos, son aquí solamente formas sugerentes de otras formas ideales y perfectas. La actitud del matemático y del escultor griego ante la realidad es pues la misma. Esto no es sino una fuente de sugerencias; al matemático le sugiere la existencia de objetos ideales con los que juega después olvidando su origen. Al escultor le sugiere la existencia de mujeres y hombres divinos, de cuerpos perfectos de Afroditas y Apolos. Para el griego la realidad *no tiene* estructura matemática, pero sugiere objetos que *sí la tienen*. La realidad no es estéticamente perfecta, pero sugiere objetos que sí lo son. El cuerpo de las mujeres reales tiene pequeñas imperfecciones,

irregularidades, que lo hacen imperfecto; el cuerpo de Afrodita es perfecto, irreal, ideal y divinamente hermoso. El disco solar tiene protuberancias, pequeñas imperfecciones; el círculo matemático es irreal, ideal y perfecto.

Se puede objetar al paralelo aquí expuesto que la época de los grandes escultores griegos (siglo V) no coincide con la época de los grandes matemáticos helenos (siglos II y III). Existe entre las intensidades de la actividad artística de un pueblo y de su actividad científica, un fenómeno semejante al que se presenta entre el voltaje y la intensidad de la corriente alterna en un circuito eléctrico. El voltaje máximo aplicado precede siempre a la máxima intensidad de la corriente eléctrica. Primero llega a su mayor valor el potencial alterno, —el voltaje—, y después, con algún retraso, llega la corriente a su valor más grande. Al lapso transcurrido entre ambos máximos se le llama "fase"; a la presencia de ese intervalo de tiempo se le llama "desfasamiento". Nos parece extraordinariamente sugestivo este giro del lenguaje del ingeniero, y usándolo, podemos decir: existe un *desfasamiento* entre la producción pictórica y la producción matemática de un pueblo. Generalmente maduran en una cultura primero los frutos artísticos más exquisitos, y después sus frutos científicos. En la etapa griega de la cultura de occidente, se producen primero las grandes esculturas y después las grandes creaciones matemáticas. Tenemos la fortuna que muchas de las grandes creaciones artísticas que los griegos plasmaron en el mármol hayan llegado hasta nuestros días. Desgraciadamente no ocurre lo mismo con la pintura helénica. La poca resistencia de los materiales usados en el arte pictórico hace que sus producciones sucumban fácilmente a los embates de las fuerzas destructoras de la naturaleza.

Omitiré las analogías entre el arte pictórico y las matemáticas en el Medievo. Solamente señalaré que durante ese milenio se desarrolla una técnica importante de la pintura, pues en la aurora del Renacimiento ya cuenta el Giotto con conocimientos técnicos que le permiten ejecutar sus maravillosos cuadros. Los artistas medievales han permanecido en un anonimato casi completo. Las obras de arte eran trabajos colectivos en los que no se inmortaliza un genio singular. La ciencia de esta época tiene un sabor semejante. ¿Quienes son los

grandes matemáticos de la Edad Media? Muy pocos son los nombres que perduran de los científicos de ese *eón.* Sin embargo se desarrolla anónimamente la aritmética, y Vieta cuenta ya con el sistema decimal de numeración y con números de signo al iniciar sus investigaciones algebraicas en el siglo XVI.

AL trazar las analogías morfológicas entre la pintura y las matemáticas en el Renacimiento hay que tener en cuenta la fase entre las diferentes actividades culturales.

El apogeo de la escultura con Mirón, Policleto y Fidias precede en tres siglos a la gran época de las matemáticas, la era de Arquímedes y Apolonio. Ese desfasamiento se observa más tarde en el Renacimiento, y no es sino hasta el siglo XIX en el que desaparece totalmente, y el arte y la ciencia ascienden "en fase" hacia un máximo futuro.

Si se quieren señalar las analogías esenciales, es necesario comparar máximo con máximo, y etapa ascendente con etapa ascendente, aunque se tenga que comparar la pintura de un siglo con la matemática de otro. La gráfica que representa los valores pictóricos creados es la que se compara con la que representa la gestación de valores matemáticos. La fase existente entre las dos disminuye de los griegos a nosotros hasta anularse completamente.

COMPAREMOS ahora la actitud hacia la realidad de los más grandes matemáticos con la de los más grandes pintores renacentistas. Fijémonos en Newton, quizás el más grande matemático de todos los tiempos. ¿Cuál es su actitud hacia la realidad? Newton cree que en la realidad hay fenómenos con estructura matemática. De todos los mecanismos físicos observables en el tiempo de Newton, el que muestra en forma más palpable y obvia su estructura matemática es el sistema solar. Es necesario ser ciego para no *ver* la estructura matemática de este gigantesco mecanismo. Las regularidades del sistema saltan a la vista. ¿Qué hace entonces Newton? Busca la estructura matemática de este sistema solar, y la exhibe. En esa búsqueda se muestra como genio matemático de talla gigan-



RAFAEL (1483-1520). La Madona Alba.



TICIANO (1477-1576). Venus y el tañedor de laud.



RUBENS (1577-1640). Venus y Adonis.



COURBET (1819-1877). El despertar.

tesca. Gesta el cálculo diferencial e integral con el que pone en evidencia las leyes de la gravitación, y deduce de unos cuantos principios todos los movimientos de los planetas, cometas y asteroides. Ante un sistema con estructura matemática obvia, Newton la exhibe en forma genial y elegante. La creación matemática de este genio es perfecta, y sólo recientemente en este siglo XX, ha sido superada. La actitud del matemático Newton se puede resumir diciendo: que creyendo que en la realidad existen sistemas con estructura matemática, exhibe de un modo insuperable esa estructura en aquellos sistemas que la tienen obviamente.

¿Cuál es la actitud de los titanes de la pintura correspondientes a Newton en las matemáticas?

Contemplemos la Madonna Alba de Rafael. Existen en la realidad conjuntos de entes que tienen un claro valor estético. Uno de éstos es el grupo formado por la hermosa y joven madre, su bello hijo, y el San Juan, niño. No se necesita esfuerzo alguno para ver que este conjunto tiene un gran valor estético. ¿Qué hace Rafael? Exhibe en su pintura este valor. De un modo casi insuperable presenta el valor estético de esta escena que lo tiene de un modo natural: la joven y bella virgen con los dos hermosos niños.

Semejante es la actitud del gran Ticiano hacia la realidad. Es evidente que el cuerpo de una mujer bella tiene un gran valor estético. Venus y el Músico del Laud forman una escena que tiene de un modo casi palpable valor estético; es muy fácil percibir su belleza. Ticiano exhibe este valor de una manera magistral.

Señalaré aquí una diferencia esencial entre el arte del Renacimiento y el arte de los griegos, que también se presenta entre la matemática de la gran época y la matemática griega. En la Afrodita de Cirene vemos una mujer ideal, que no existe en la realidad. Ninguna mujer real es como la Afrodita de Cirene. Los rasgos de Afrodita están dispersos entre muchas mujeres bellas, pero Afrodita es ideal, perfecta e irreal. En cambio existe una mujer hermosa igual a la virgen del Alba Madonna de Rafael. Esta virgen es el retrato fiel de una hermosa mujer real, que sirvió de modelo a Rafael. Lo mismo se puede decir de la Venus de Ticiano. Existe una hermosa modelo que posó para esa Venus. De ahí que las mujeres

hermosas que a los griegos sugerían tan sólo la existencia de cuerpos femeninos perfectos, ideales e irreales, eran para el genio pictórico del Renacimiento las fuentes mismas del valor estético. Este se creaba reproduciendo fielmente a las modelos. Para los griegos los objetos reales: superficie de un lago, discos solar y lunar, y cuerda tirante, sugerían la existencia de otros objetos: los entes matemáticos, ideales, perfectos e irreales. Para Newton existen en la realidad objetos, —v. g. el sistema solar— que son los portadores mismos de la estructura matemática.

En el arte renacentista: reproducciones fieles de objetos reales bellos como los portadores del valor estético. En la matemática de la gran época: ciertos sistemas regulares como los portadores de una estructura matemática.

Cuando la pintura culmina en Flandes con Rubens, sigue ese mismo curso. El lienzo Venus y Adonis es la reproducción fiel de una escena real que tiene innegable valor estético. El cuerpo de una mujer bella es la fuente más fecunda de valores estéticos que podemos imaginar.

COMPAREMOS, ahora la rama ascendente de las curvas de la gestación de valores matemáticos y estéticos en la primera mitad del siglo XIX.

He elegido como uno de los pintores característicos de esta época a Gustave Courbet. Este rebelde pintor francés fué el fundador de la Escuela Realista: su actitud hacia la realidad es la que da el nombre a su doctrina. Courbet afirmaba que la realidad está pletórica de valores estéticos. No hay que buscar a la mujer bella para crear el valor pictórico estético, reproduciéndola fielmente. ¡No! En toda escena real hay valores estéticos que el artista puede exhibir. La pintura que hemos escogido como ejemplo representa a una mujer dormida. Otra mujer deshoja una rosa sobre la durmiente. Estas dos mujeres son reales, y una de ellas no es hermosa. Su pose no es de las palpablemente bellas, y sin embargo creó aquí Courbet un gran valor estético al hacer esta reproducción fiel de la realidad. En toda escena real hay valor estético y al artista toca exhibirlo. Courbet lo busca y lo señala en escenas que hasta sus días no se creía que pudieran tenerlo. Sus pinturas

causaron profundo disgusto en el público. Cuando exhibió sus pinturas en el salón de la Academia, los espectadores apedrearon sus obras. La oposición del público fué tan grande que se vió obligado a salir de Francia y a refugiarse en Suiza, en donde murió. Courbet ve el valor estético en cualquier escena real. No busca mujeres hermosas para reproducirlas fielmente. Una mujer ordinaria también podrá ser fuente de valor estético con sólo que la vea un artista.

En esa época domina el panorama matemático Karl Friederich Gauss, el gigante de Göttingen. Veamos cuál es su actitud hacia la realidad. Entre todos los fenómenos físicos existe uno del que difícilmente puede decirse que tenga estructura matemática aparente, es decir, que presente regularidades: éste es el campo magnético terrestre. Los que hayan contemplado los trazos de isógonas, isóclinas e isodínamas, concurrirán conmigo en la opinión que su estructura matemática no salta a la vista. Gauss, sin embargo, emprendió el estudio del campo magnético terrestre con la firme creencia de que la realidad física tiene siempre estructura matemática, y logró exhibir de un modo genial esta estructura. Pero otro caso, aún más espectacular que éste, es el de la estructura matemática de la distribución de los errores en conjuntos de observaciones. Esta distribución que está hecha completamente a la ventura, parece lo más alejado que pueda imaginarse de un objeto con estructura matemática; y, sin embargo, Gauss exhibió ésta aun en este caso. En su obra maestra: "Theoria Motus Corporum Coelestium in Sectionibus Conicis Solem Ambitum" (Teoría de los Movimientos de los Cuerpos Celestes en Secciones Cónicas en Torno del Sol), exhibe la estructura matemática de la distribución de los errores en las observaciones de las posiciones de un asteroide. Es admirable que este sistema tenga estructura matemática.

Courbet ve el valor estético en toda escena real, y Gauss ve la estructura matemática en todo fenómeno real.

Quiero mencionar también al gran físico-matemático francés Fourier, quien exhibió magistralmente la estructura matemática de la distribución de la temperatura en placas metálicas puestas en contacto con fuentes térmicas. Otra vez nos encontramos frente a un fenómeno que no tiene estructura matemática visible y un gran matemático la pone en evidencia.

A lo expuesto antes se puede objetar que junto a la Escuela Realista se desarrolla vigorosa la Escuela Romántica, en la pintura de la primera mitad del XIX. Analicemos en qué consiste la actitud del romántico hacia la realidad, y veamos si encontramos parejo movimiento en la matemática. El pintor romántico huye de la realidad. Los temas de sus pinturas son escenas de países lejanos, temas exóticos lo más lejos que sea posible de la realidad que le rodea. Prefiere pintar temas de cuentos fantásticos que escenas reales. Dante y Virgilio en el infierno, por Víctor Eugène Delacroix, es un típico cuadro romántico. También les fascinaban a los románticos las escenas alegóricas: Grecia Agonizante en las Ruinas de Misolonghi, por V. E. Delacroix. En el ambiente flotaba el gesto romántico. Lord Byron, acude a luchar contra los turcos. El contacto con la realidad lo llena de amargura. Claro que no esperaba encontrar a la alegórica Grecia de Delacroix sentada en las Ruinas de Misolonghi, pero no resistió el contacto con la Grecia real, con sus generales corruptos, con su soldadesca cruel y con las diversas imperfecciones de toda nación real.

El romántico no mira en su entorno en busca de una escena real que reproducir en el lienzo. Todo lo contrario; huye de la realidad. Busca sus temas en lo fantástico y puramente imaginativo, en las alegorías, en la literatura. Elige escenas llenas de dramatismo y dinamismo.

¿Cuál es el paralelo matemático del Romanticismo? Examinemos la obra del matemático Hermann Günther Grassmann, expuesta en su obra cumbre *Lineale Ausdehnungslehre.* Se habla allí de objetos matemáticos que están formados por los complementos algebraicos de todos los determinantes de orden m que se pueden formar, tomando elementos de m renglones fijos de un determinante de orden n. $n > m$. Estos objetos matemáticos son el tema de profundas investigaciones. Tomados así, en su más absoluta generalidad, no existen en la realidad objetos que se porten como los entes matemáticos de Grassmann. De manera que no se trata aquí de exhibir la estructura matemática de la realidad, sino de crear objetos fantásticos con estructura matemática y de investigar sus relaciones. Hay también en esto un escape. La estructura matemática de la realidad es algunas veces extraordinariamente difícil de exhibir, entonces se refugia el matemático en el mun-

do de objetos fantásticos que él crea, e investiga su comportamiento.

La Escuela Realista en Pintura evolucionó a través del Impresionismo, al Puntillismo y después a los Cubismos Analítico y Sintético. La Escuela Romántica reaparece en nuestros días en la forma de la Escuela Surrealista. Esta escuela se viste de un manto científico, extraído del psicoanálisis de Freud. El pintor surrealista pretende pintar el contenido de la subconsciencia. En lugar de enfocar la atención en lo que está pintando, busca fijar ésta en asuntos extraños. Ya platica, ya lee una novela, mientras pinta. Sus pinturas pretenden ser semejantes a los dibujos que el hombre contemporáneo hace en las paredes de las casetas de teléfonos, mientras charla amorosamente con una amiga. Los movimientos de la mano los gobierna la subconsciencia, mientras la conciencia enfoca su atención en otro asunto.

Independientemente de lo que se opine de esta explicación racionalizante, los pintores surrealistas han logrado pinturas de gran belleza. Recordemos dos de las pinturas ejecutadas por Pablo Picasso en la época en que pintaba como pintor surrealista, su época ósea. La primera pintura se llama: Dos mujeres en la Playa; la segunda: Figura en Silla Roja.

Pablo Picasso es sin duda el más grande de los pintores contemporáneos. El creó personalmente las primeras y fundamentales manifestaciones de casi todas las escuelas de pintura ahora en boga. En sus producciones surrealistas vemos algunos una actitud romántica, por el escape que contienen. En lugar de buscar temas para sus pinturas en la realidad que lo rodea, recurre Picasso al fantástico mundo de la subconsciencia. Huye de la realidad para buscar el valor estético en el mundo de la imaginación. Sin embargo, a muchos pintores surrealistas les indignaría horriblemente el ser llamados románticos.

Las figuras representadas por Picasso en sus pinturas, tienen cierta semejanza con mujeres reales. En la realidad existen objetos semejantes a los elementos de forma que utiliza Picasso. Con elementos de forma y de color tomados de la realidad, construye Picasso un conjunto armonioso y bello,

conjunto que le dicta su subconsciencia. No se puede decir, empero, que Picasso haya encontrado precisamente en la realidad el valor estético contenido en sus cuadros, y que simplemente haya reproducido fielmente aquélla. Todo lo contrario: Picasso combina elementos de forma y de color sugeridos por el mundo exterior, pero simplificados, hasta lograr un conjunto de gran valor estético.

Actitud semejante hacia la realidad observan los matemáticos contemporáneos. Kiratowski y Haussdorff construyen espacios topológicos a los que sólo con dificultad se les ven los elementos tomados de la realidad que contienen. Kuratowski inicia la construcción diciendo que espacio topológico es un conjunto de elementos cualesquiera en el que se ha definido una correlación que hace corresponder, a cada subconjunto, otro llamado su *cerradura.* A las *cerraduras* se les imponen condiciones llamadas axiomas de Kuratowski. Es posible encontrar en la realidad objetos que tengan estructura semejante a la de los espacios de Kuratowski, pero es difícil señalar el parecido. Lo mismo sucede en las pinturas de Picasso: es difícil señalar de qué objeto real están tomados los elementos de forma y de color; en la matemática: es difícil señalar qué fenómenos reales tienen la estructura del objeto matemático. La relación con la realidad es muy floja. Hay objetos reales remotamente semejantes a los objetos que pinta Picasso en su época ósea; hay objetos reales que tienen estructura que remotamente se parece a la de los espacios de Kuratowski. Tanto en el arte como en la ciencia, los valores culturales creados están unidos a objetos remotamente semejantes a objetos reales.

Junto a las Escuelas Surrealista y Cubista se ha desarrollado otra, llamada Expresionista. En esta escuela, el pintor altera los colores y las formas reales para producir un conjunto estético.

En la ciencia hay algo análogo. El científico tiene que alterar un tanto las cualidades de los objetos reales para poder estudiarlos matemáticamente. Un ejemplo típico es el de la hidrodinámica. El agua postulada en esta disciplina científica no es el agua real, aunque se parece bastante a ésta. De los postulados de la hidrodinámica es fácil ver que se está considerando un líquido.

Como en *Los Caballos* de Franz Marc aquí se reconoce la relación con la realidad con facilidad. Pero el líquido de la hidrodinámica matemática no es el agua real; difiere bastante de ésta. Por muchas décadas no pudo utilizarse la hidrodinámica matemática para predecir el comportamiento del agua real. No es sino hasta hace pocos años cuando se ha podido aplicar la hidrodinámica teórica al movimiento del agua real. Esto se ha logrado porque el dominio completo del líquido ideal permite agregarle la propiedad de ser viscoso, y asimilarlo más al líquido real. La hidrodinámica teórica tiene, pues, analogías profundas con la Escuela Expresionista en la Pintura. Ambas alteran y distorsionan los objetos reales al absorberlos, pero no los dejan irreconocibles.

CONSIDEREMOS ahora los más recientes desarrollos pictóricos y matemáticos. Después de establecerse en matemáticas la tendencia abstracta —es decir, un alejamiento completo de la realidad, un volver la espalda a buscar estructura matemática en la realidad—, ha habido un cambio de dirección en los últimos tiempos. La guerra obligó a muchos matemáticos que cultivaban antes los aspectos puramente abstractos, a dedicarse a estudiar ramas matemáticas de aplicación militar. Estas ramas tienen contacto íntimo con la realidad. Veamos en un ejemplo concreto cómo se acerca una vez más la matemática a la realidad. El clima es uno de los fenómenos físicos que presentan mayores irregularidades y que ocultaban con más éxito su estructura matemática. Puede hasta llegarse a sospechar que quizás no tenga esa estructura.

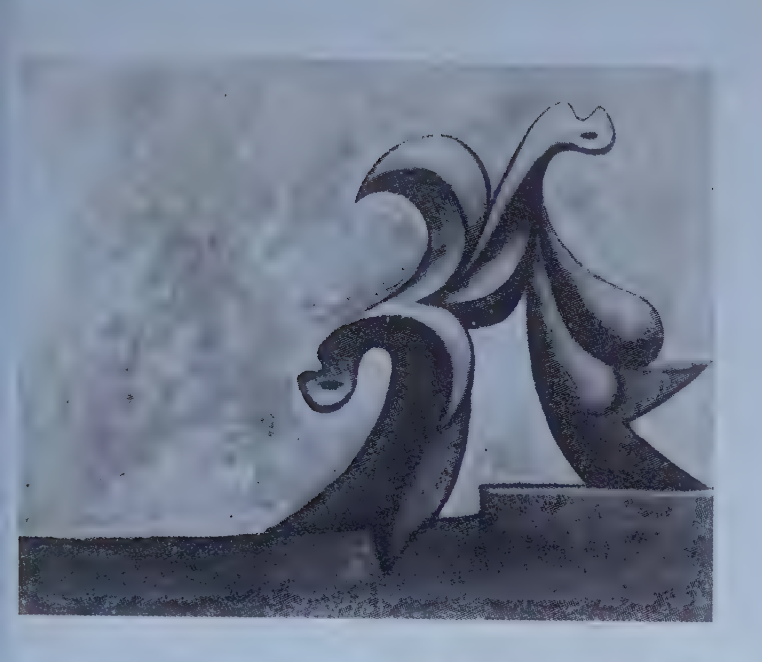
Durante la guerra, la aviación militar exigió de un modo cada vez más imperativo que se predijera con precisión el estado del tiempo, y con varios días de anticipación. Este problema dificilísimo fué resuelto en los EE. UU. por Norbert Wiener y en la U.R.S.S. por Kolmogoroff. Estos dos grandes matemáticos estaban dedicados a las disciplinas más abstractas cuando estalló la guerra. Ambos cooperaron con sus gobiernos para acelerar el triunfo de las naciones. Lograron predecir el estado del clima sobre un área extensa, con mucha precisión y anticipación. Sólo que en lugar de predecir, por ejemplo, la temperatura en un lugar, predicen el promedio de las tem-

peraturas en el área. Wiener y Kolmogoroff pueden predecir la temperatura media, la presión media, la humedad media en el área, etc.

Para estas aplicaciones de las matemáticas a asuntos tan refractarios, tuvieron que usar los matemáticos gran parte de las matemáticas creadas en la etapa abstracta. La guerra ha obligado a los matemáticos a buscar estructura matemática en aspectos de la realidad que parecen a primera vista carentes de toda estructura regular. Las matemáticas que ahora se aplican a esa búsqueda no se parecen nada a las que usaba Gauss y tienen mucho del sabor de las matemáticas de la etapa abstracta. Examinemos ahora la actitud de los artistas en la guerra. La Revolución Mexicana conmovió hondamente a los pintores con genio de nuestra patria. La lucha de los campesinos y obreros por sus derechos sacudió en tal forma a México que ya no les fué posible a nuestros grandes pintores seguir ignorando la realidad y continuar cultivando el arte abstracto. Cuando Diego Rivera regresó a México, al triunfo de la Revolución, abandonó el cubismo sintético para atacar de frente el problema social mexicano. Diego inició con sus frescos la nueva escuela de pintura colocando a México a la cabeza del movimiento artístico en el mundo. Su obra encontró eco dentro y fuera de nuestra patria, y a él debemos el principio del movimiento de creación artística mexicana importante.

Ninguna otra nación puede mostrar un trío de pintores de la talla de Diego Rivera, Orozco y Siqueiros. Las pinturas de estos tres mexicanos han mostrado al mundo el camino para volver a encontrar el valor estético en la realidad; en esa realidad tosca y sangrienta de la guerra y la revolución.

Cuando se inició la guerra civil española, Picasso pintaba en estilo surrealista, algunas veces, y otras, en estilo cubista sintético. Ambas formas de pintar están muy lejos de la realidad. El valor estético se gesta con combinaciones abstractas de forma y de color tomadas de la realidad, pero alteradas, combinadas y yuxtapuestas en forma enteramente abstracta. Al saber Picasso que Guernica había sido destruída por aviones enemigos, y que había sido completamente arrasada, recibió un golpe decisivo. El sufrimiento de los habitantes de Guernica le laceró el corazón. Su dolor lo empujó a pintar el Mural de Guernica. En este cuadro se exponen los sufri-



PICASSO.

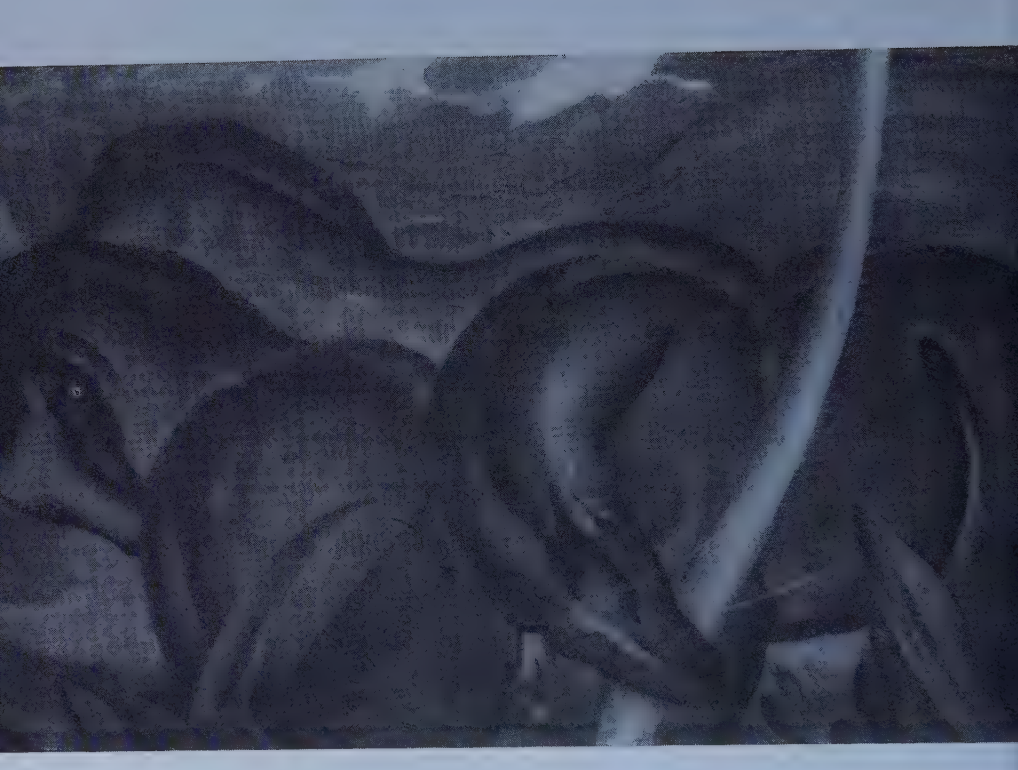
Dos mujeres
en la playa.
1932.

PICASSO.

Mujer en
una silla
roja.
1932.



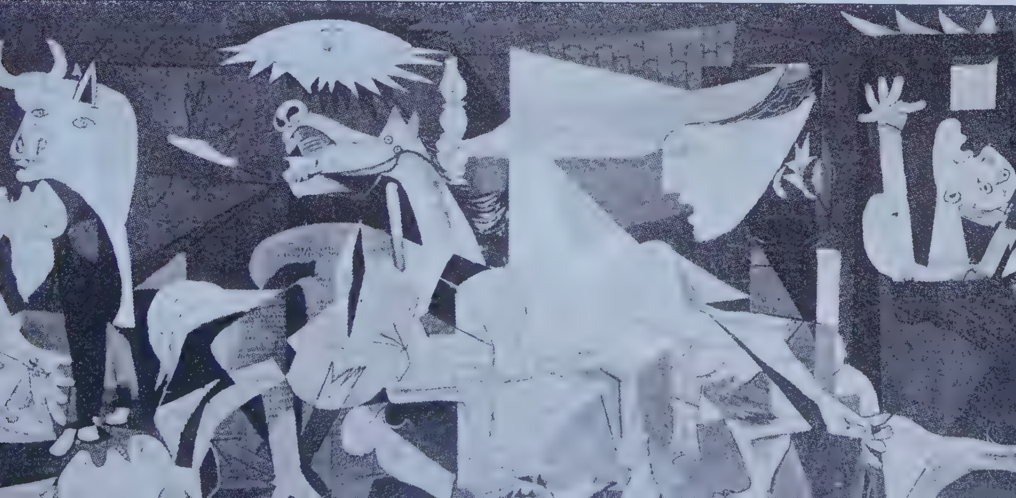
CULTAD JURIDICA
CRUZANA
VER.
BLIOTECA



Franz Marc. Caballos azules.

PICASSO.

Guernica.
1937.





DIEGO RIVERA. Noche de los pobres.

Frescos de la Secretaría de Educación (1923-1926).

mientos de hombres y bestias durante un bombardeo aéreo. La destrucción completa del pueblo estuvo asociada con enormes dolores físicos y espirituales de sus habitantes. Fué la guerra la que hizo que Picasso volviera la vista hacia la realidad y buscara el valor estético en escenas que parece, en un examen superficial, que no lo tienen. La escena dramática de la destrucción de Guernica, llena de terror y de dolor, es el tema con el que gesta Picasso su pintura de enorme valor estético. Tanto en la pintura como en las matemáticas se vuelve la atención de los creadores hacia la realidad, y fué la guerra la que provocó el cambio de actitud. El matemático busca ahora la estructura matemática en fenómenos que no parecen tenerla, y el pintor busca el valor estético en escenas que no parecen tenerlo tampoco. Una vez más pintores y matemáticos marchan unidos en una rama ascendente de la producción cultural humana.

Vivimos en una época de búsqueda intensa del valor estético y de la estructura matemática en el Universo.

UN PROBLEMA FILOSOFICO: LA HISTORIA

VARIACIONES SOBRE UN TEMA

Por *Pero ADJUCTO-BOTELHO*

1. *Introducción*

BERNHARD GROETHUYSEN, holandés, es autor de la posiblemente más aguda investigación histórica llevada a cabo en estos últimos tiempos; y digo así para huir de la superficial garantía del "en cualquier época". Su técnica llega a un refinamiento tal que se empareja con la proustiana finura en el ver y entender las cosas que deben ser perseguidas para el arte, ciencia o filosofía. Su obra realizada constituye un estimulante punto de partida para este intento de ensayo de tomar la historia como *problema* —y problema que se revela como filosófico fundamentalmente— pues se trata de una obra fecunda: señala caminos, que son nuevos sectores que aguardan la exploración de otros partiendo de la metodología histórica de Dilthey, héroe de descubrimientos capitales sobre lo humano. Su lectura, hecha con espíritu vigilante, abierto para ser fecundado, trae efectivo enriquecimiento en el sentido de un saber acerca de los aconteceres histórico-sociales, que son los aconteceres de nuestra vida. Como las obras de Simmel, Ortega y Scheler, también esta es una permanente revelación de tierras vírgenes a la inteligencia que esté alerta; temas apenas abordados de paso, preñados de desarrollo ulterior, y que son campos fértiles para la pesquisa filosófica o científica en el terreno humano. Y su fecundidad reside precisamente en esta preñez, posibilidad constante de la aparición de nuevas creaciones. Groethuysen anduvo por Francia y Alemania —y su libro revela cuán rica y profunda fué la confluencia de esas andanzas—, escribiendo en francés y alemán y, a veces, en ambos idiomas

como acontece con este libro sobre la conciencia burguesa.[1] Discípulo de Dilthey "así en el campo filosófico como en el histórico", muestra de una manera magistral el mundo de posibilidades que se abre para las investigaciones históricas que usaren la nueva óptica —¿nuevo arte también?— aportada por la metodología de las ciencias del espíritu. Geisteswissenschaften son las también llamadas ciencias del hombre a la usanza anglosajona, y ahí, con su matiz naturalista hace mucho superado en otros climas. A pesar de *Geisteswissenschaften* estas diltheyanas ciencias no son "espiritualistas" como se podría pensar. Son, esto sí, en otro plan, estructuralistas, sin átomos, elementos o búsqueda de causalidades que destruyen la totalidad "vida humana", siempre en transformación, siempre en viaje en el tiempo. Historia como ciencia del espíritu viene a ser, se puede decir, la rama más nueva de la historia de la cultura y su aportación consiste en hacer lo que no hizo ésta sino parcialmente, a saber: estudiar la vida como hechura histórica a través de la cultura; y cultura es precisamente lo que ahora llamamos, despojado de las complicaciones hegelianas, *espíritu objetivo*: todo lo que el hombre ha exteriorizado de sí mismo: manu-factura y mentis-factura. Rama nueva de la historia de la cultura y, por su fundamentación filosófica, rama muy diltheyana.[2] En suma: historia de la cultura como estudio de la *cultura* en cuanto que estructura histórica, en su todo dinámico; historia como ciencia del espíritu: enfoca, además, *el hombre* en su dinamicidad, dentro de la cultura que es su morada. Aquí no sólo la cultura es ente histórico sino también el hombre.

El libro de Groethuysen, aparte de su afilado rigor conceptual y científico, realiza de una manera cabal una de las aspiraciones de siempre de la gran ciencia histórica: ser, a más de ciencia, obra de arte. (Está aquí un magnífico problema). El gran Huizinga, también holandés, en su *Otoño de la Edad Media,* realiza plenamente tal aspiración, y la célebre obra de

---

[1] *La Formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII,* Trad. de la edición en lengua alemana por José Gaos. Fondo de Cultura Económica, México. GROETHUYSEN es autor, entre otras obras, de una *Philosophische Anthropologie,* 1931.

[2] Para DILTHEY espíritu significa vida; y vida, siempre vida humana.

Burckhardt sobre el Renacimiento en Italia, después de sufrir fuertes estremecimientos debido al avance de la ciencia y de las investigaciones, conserva vivo su valor de bellísima obra de arte.

2. *Exposición*

El tema de Groethuysen es la aparición y ascenso de la burguesía en Francia. "Una especie de historia 'anónima' de la burguesía como historia del espíritu". Una investigación que utiliza todo el aparato científico que acostumbra usar la ciencia alemana —penetración, rigor y arte— para buscar el rastro inicial, las primeras huellas de este tipo de hombre que vivimos actualmente en crisis, un tipo de hombre que siente y afirma —más siente que afirma— poseer la vida sus propios valores, valores vitales que le dan autosuficiencia, que afirma su independencia del *otro* mundo: sentir y obrar fermentado y esbozado en cierta forma a fines de la Edad Media y en el Renacimiento. Un tipo de hombre que está surgiendo en toda su plenitud, sin el "cierta forma" en el siglo XVIII y abandonando el vivir *en* Dios y *para Dios* para coger el vivir la vida para *vivir,* simplemente: [3] afirmación de la vida como heautónoma, legisladora de sí misma, aquí, en *este* mundo. ¿No fué a fines de este siglo que Goethe —nihil humani a me alienum puto— dijo haber sido la vida hecha para ser vivida, para hacer su propio ser?

Con su finísima inteligencia revela Groethuysen la aurora de la vida burguesa, del hombre que no siente más necesidad del otro mundo —y que también dejó de tener miedo del más allá—, cuya moral y planes de vida son laicos, profanos: es la burguesía que se separa de la clerecía en Francia en el siglo XVIII. El burgués, entonces, ya tiene su mundo, "un mundo que está ahí antes de cualquier intento de interpretarlo, una visión del mundo inmediatamente vivida antes de cualquier reflexión sobre el universo".

La burguesía mientras iba surgiendo no creaba teóricos, en tal momento el burgués está simplemente viviendo *su* vida;

[3] . . .o para enriquecer desmesuradamente, que es una de las posibles formas completas, en el sentido de llenas, que adopta la vida.

trabaja, gana dineros, su lectura diaria son libros de contabilidad, presta a interés; sin "filosofías". ¿Cómo entonces conocer su nacimiento si esas gentes no escribían libros, no dejaron escritos? Groethuysen dice pretender que su historia sea una especie de historia anónima de la burguesía en su nacer. Ahí está la cuestión: una historia de *entes* anónimos como historia de un ente social nuevo que es el burgués. Y entonces él echa mano de un material nunca antes usado: los sermones de los predicadores de la época, de los poblados, aldeas y ciudades. ¿Pero, de qué manera y en qué sentido? Responde Groethuysen aunque con otras palabras: estos sermones reflejan la situación existencial del momento, la latencia de una potencia, corresponden y también responden, son respuestas a una situación y a unas preguntas nuevas de fieles que antes no preguntaban, que de la creencia no sacaban problemas. En fin: las gentes empezaban a preguntar;[4] y pregunta significa problema, duda; la pregunta pone en claro la duda que es la ignorancia sabia del viejo de Cusa. Si las preguntas eran anónimas pero no del colectivo "pueblo humilde" sino del *sieur* que quiere pensar y obrar por cuenta propia y que desea, ya, ser tratado de *monsieur,* las respuestas no lo son: los sermones, que son las respuestas, quedaron; y nos hablan sobre las preguntas que harían conforme al proceso histórico, sobre su sentido, su finalidad y sobre las objeciones en las conversaciones particulares.

Partiendo de ahí, y pertrechado tan rigurosamente, penetra Groethuysen en la vida y en el mundo del hombre que aparecía y acontecía en Francia, y no solamente en Francia, doscientos años atrás, para captar su clima espiritual (*Geist der Zeit*): vida que es vivida para *hacer* su *ser,* sin esperar nada de *otros* mundos: inmanentismo muy siglo XVIII. Y la vida, en cuanto vida burguesa, con sus polos centralizados en lo material, en el *aquí* y en el *ahora.*

---

4 "Disputan con Dios", dice un predicador. Otro: "pero usted, *monsieur,* quiere saber todo mejor, y argumenta sin cesar sobre la religión y sus misterios".

3. *Variaciones*

TODO repensado pensamiento —pesquisa, investigación— sobre las condiciones que posibilitan la existencia de una ciencia, es filosofía; y filosofía será toda fundamentación de una ciencia, sea cual sea. Cualquier ciencia fáctica, para existir, ha de poseer un saber *a priori* sobre su objeto particular. Pues ¿cómo vamos a conocer una cosa, un objeto, del cual no tenemos visión alguna? [5] No solamente en el gnoseológico, sino también en el plan real ontológico, todos los objetos [6] están condicionados por su esencia, pues esencia es precisamente lo que hace que sean tales, lo que les garantiza el ser *tal* ser. Este es el viejo descubrimiento platónico de las *ideas,*[7] problema renovado hoy día por Husserl (*esencias*) con una amplitud tan grande, que llena en todos sus sectores el actual campo filosófico. Husserl, partiendo de ahí, coloca en términos clarísimos el asunto epistemológico: toda ciencia de realidades, para ser posible, debe por fuerza saber sobre la esencia de lo que va a investigar, que filosofía es anterior a cualquier ciencia de este tipo. En suma: que el psicólogo investigue la psique o el psiquismo en general, que el sociólogo no vaya a preguntar sobre las piedras. Que tampoco usen en sus pesquisas métodos inadecuados a sus objetos, pues los objetos determinan los métodos; que el hombre no sea estudiado como si fuese piedra, árbol o caballo. Pues bien: este saber de esencias *es* filosofía; por eso filosófica será, tendrá que ser para *ser,* toda fundamentación de toda ciencia empírica. En frase de Ortega, "núcleo a priori, analítica del género de realidad que se inten-

---

[5] "No puede en absoluto haber ciencia de objetos no identificables", SCHELER, *Esencia y Formas de la Simpatía,* trad. de José Gaos, Losada, p. 312.

[6] Objeto todo lo que pueda ser sujeto de un juicio; actual sentido aportado por la teoría de los objetos de Meirong.

[7] Cuando vemos un caballo, sabemos que es un caballo por la idea que tenemos *en nosotros.* Una piedra no puede tener idea de un caballo o de un hombre. Una vaca no podrá ver un libro porque no tiene *idea* alguna de lo que sea un libro. Nosotros sí, porque nuestra alma, en otro tiempo, vivió en el mundo de las ideas, y guarda ahora, como *reminiscencia,* este saber sobre las ideas, sobre el ser en cuanto tal. *Así en Platón.*

ta investigar" (*Obras*, 2, 3ª ed., p. 1512). Aquí tenemos una nueva evidencia, que estaba lejos de percibir la filosofía dominante en el siglo pasado: el problema del conocimiento está conectado e implica el poner en claro el problema metafísico de las esencias, problema del saber sobre el ser en cuanto tal y, por eso, Nicolai Hartmann pudo, hace mucho, 1921, hablar de una metafísica del conocimiento.

Y tal es el problema a que ineludiblemente se enfrenta toda ciencia que trata con la empiria, y que pretenda ser ciencia de verdad. He aquí lo central: primero está la filosofía. Y en este sentido ya había dicho Aristóteles que todas las ciencias son más servibles, más utilizables que la filosofía, pero ninguna superior. Pues filosofía es la diosa, es la primera.

Ahora bien: cuando tal ciencia es la historia, entonces nos enfrentamos a una complejidad mayor, pues la historia, aparte de lo demás, trata del más filosófico de los asuntos, del que ha venido a ser hoy el más central de los asuntos filosóficos, que es la vida humana en cuanto vida histórica, que solamente *es* en el tiempo: vida histórica *esencialmente.*

4. *Contrapunteo*

1- Ciencia es siempre renuncia (también vivir es renunciar); el hombre de ciencia es un tipo humano que vive renunciando para penetrar más hondamente en su pequeño mundo; la ciencia —flechas apuntadas puramente hacia una realidad, y no hacia una acción, un obrar [8]— está, siempre que sea auténtica, interesada en saber las cosas *como son,* como se dan en la realidad concreta: describirlas, investigarlas, para "explicarlas" o "comprenderlas" —usando, provisionalmente, la terminología acuñada por Dilthey [9]—, conforme la región ontológica a que

[8] Muy claramente dice el Maestro Romero: "Conocer y obrar son dos modos de actividad. Pero el conocer es una actividad del sujeto que concluye en la constitución del conocimiento, mientras que la acción es una actividad que incide sobre el objeto. El conocer origina activamente el conocimiento, dejando intacto el objeto: el obrar cambia siempre algo en la situación objetiva". FRANCISCO ROMERO (y E. PUCCIARELLI), *Lógica,* 7a. ed., 1944, Espasa-Calpe Arg., p. 105.

[9] ¿Por qué no, de una vez por todas, por lo menos en estos tiempos de hoy?

pertenezcan sus respectivos objetos. Ciencia es pesquisa: nada tiene que ver con política o con pedagogía: con un obrar en el sentido de moldeación de la realidad investigada.

2.—Filosofía es plena ambición, ilimitado afán (¿a veces deseo, a veces voluntad, a veces amor?) de saber totalitario y sin renuncias: la filosofía pregunta por los objetos no como son, sino que pregunta por su ser, quiere conocerlos en cuanto tal, *en cuanto son.* En lenguaje poético, que al mismo tiempo ha venido a ser hoy lenguaje filosófico rigurosamente técnico: la filosofía pregunta por la esencia de las cosas. (Un filósofo y artista —condición de posibilidad del ser filósofo hoy día— ¿no dijo que éste es "un métese en todo"?) *Tampoco filosofía es moldeación: es pesquisa, es búsqueda.*

3.—Ahora está sucediendo algo nuevo, y mucho, que merece ser pensado y aclarado cuidadosamente por aquellos a quienes de derecho corresponde: la filosofía está siendo encarada predominantemente como un investigar sobre la vida humana, que además de estar marcada por el tiempo, conforme Kant, es vida individuada por el tiempo, según Heidegger.[10] Y ya ha dicho Dilthey que al hombre sólo lo entendemos, esto es, sólo lo conocemos, en la historia; que "él mismo es historia, síntesis viva de su pasado: su esencia es la temporalidad". Aquí está el punto central que ataca la filosofía contemporánea, y que a tal punto ha penetrado todos los campos del conocimiento sobre el mundo humano, que últimamente ya se pone en duda la no-variabilidad de los valores mismos, duda sobre aquella afirmativa que dice: "toda relatividad está del lado del hombre, no del lado de los valores". Duda no sobre la no-variabilidad de los valores concretamente realizados en una determinada cultura, sino de los valores mismos, sin más.

He aquí una cuestión central: la historia, que es empiria o que trata con la empiria, en Dilthey, parece, inicia el salto para conocer al hombre en cuanto tal, para transformarse en metafísica.

¿De saber de hechos, que es ciencia, a una investigación de esencias, que es metafísica?

---

10 Véase José Gaos, *Dos Exclusivas del Hombre: la mano y el tiempo.* Universidad de Nuevo León, México, 1945.

El problema de la ciencia histórica implica, como hemos visto en general para todas las ciencias, una previa ontología del territorio *mundo histórico,* que es un saber inicial sobre lo *histórico.* Un saber que antes de hacer ciencia, que es pesquisa concreta, procura responder a la cuestión que indaga: "¿qué es lo histórico?" Ahora bien: ¿esta ontología regional no empuja a una metafísica de la *existencia* —que es historia—, partiendo, como partió del *problema del acontecer histórico?*

Aquí están los problemas presentes: mientras tantas cosas magníficas acontecen, como este ver de nuevo las cuestiones intrincadas con ojos lavados, que es el *pensar problemas,* —colocar las cosas en estado de problemas—, continúan en su vieja marcha en lo oscuro dentro de sus gigantescos y carcomidos *sistemas* —pura cerrazón, ignorancia con aires de sabiduría— el materialismo mecanicista, el marxismo y el "idealismo" con y sin comillas, con sus respectivas concepciones de la historia y de lo histórico, que son más que sistemas y concepciones de la historia y de lo histórico: son *Weltanschauungen,* concepciones del mundo en su sentido filosófico técnico.

5. *En busca de una ciencia del hombre*

CIENCIA histórica: ¿pura descripción, narración en el sentido descriptivo? Y después: ¿filosofía de la historia como interpretación del *processus* histórico? Filosofía, en la actualidad, ¿como conocimiento del hombre en cuanto ser histórico? Deslindar, para comprender, lo social presente, ¿como sociología? ¿Todo esto está definitivamente fuera de la ciencia llamada histórica? Y la obra diltheyana, ¿en dónde anda? San Agustín: el tiempo tiene algún "ser en mi alma", solamente lo veo y lo percibo "en ella" (Confesiones, Poblet, p. 486). Vico verá en la historia la palpitación de la vida, movimiento suyo de siempre: "transformaciones de nuestro espíritu", palabras textuales citadas por Paul Hazard en su libro célebre sobre la crisis en la conciencia europea del siglo XVII-XVIII. Y la historia en Dilthey y sus discípulos está siempre indagando y queriendo saber sobre el ser del hombre *en* la historia, él que está siempre en viaje en el tiempo: él que *es* historia. Por eso dijo Dilthey que solamente adquirimos plenario conocimiento del hombre por la historia.

Y "conciencia histórica en este sentido no es una mera comprensión del 'pasado'. Representa una 'autognosis', significa un llegar a tener conciencia de sí mismo a base de la historia" (Groethuysen).

Queden estos intrincados asuntos en forma de interrogaciones, de dudas en busca de mayor claridad.

6. *Ser y tiempo*

En la escolástica —que lleva dentro la filosofía griega— el tiempo pasa; el ser no pasa; lo que pasa "no tiene importancia". El tiempo es esencialmente transitorio, pasajero, pero se supera en lo eterno: pasa, pero pasa para ser eterno, para superarse en lo supratemporal. Aquí no es posible una auténtica ciencia histórica, pues el tiempo que existe, existe proyectado en lo eterno, y en resumidas cuentas no existe. Todo lo que pasa no tiene importancia, es accesorio, pues lo importante no cambia, no transcurre: la esencia es eterna, no pasa. Historia, ciencia, sólo como relato de las "grandes hazañas".

En Kant, el tiempo no pasa, "posibilita que las cosas pasen". El tiempo es propiedad exclusiva del hombre, y "propiedad esencial", pues el tiempo entra en su esencia. Está intrínsecamente en su interior, *marca* su vida. Pero en Kant no pasa, no es transitorio; permite, sí, que se pueda *medir* el paso de las cosas, que pueda haber una ciencia histórica.

En Heidegger vuelve a ser transitorio, a pasar; pero existe pura y simplemente, así: de hecho. Sin superación supratemporal, sin eternizarse. Y más: el tiempo es el único —por estar intrínsecamente presente en nuestra esencia— principio individuante, es el que posibilita que la vida pueda tener su peculiar melodía, lo cual no sucedía en Kant. El ser del hombre es su existencia; todo lo que existe, existe *en* el tiempo, y posibilita la *cualificación* de las cosas que pasan. Tiempo y ser: siempre en tránsito.

7. *Prosigue la búsqueda*

Y, enseñanzas de García Bacca, mayo de 1946, en clase: aquí, en Heidegger surge la posibilidad de una historia en segunda potencia. *Primera potencia*: el tiempo deja pasar las

cosas, pero no es principio de individuación; posibilita la existencia de una ciencia histórica (Kant). *Segunda potencia*: el hombre es puro tiempo —historia— no en lo eterno o para lo eterno, pues así no sería puro tiempo, como antes en la escolástica. "El sentido del ser es el tiempo", el tiempo es principio de individuación. Ciencia en segunda potencia, posibilidad de una historia íntegramente adentrada en el hombre, en su interior más hondo. La esencia del hombre transita, se transforma, dicen las últimas voces filosóficas, pues su ser es un ser histórico, lo contrario del ser eleático, del ser idéntico.

8. *Historia, arte y filosofía*

TODOS los grandes historiadores han sido también artistas: "toda obra histórica efectiva lleva en sí un elemento artístico", dice Cassirer. ¿No será porque la vida sólo se deja aprehender íntegramente (¡vana esperanza!) por el arte? Ver la vida, todos la ven; pero comprender, interpretar y decir lo que *es* ¿no será privilegio mayor del arte? Deslindar —en el sentido integral y último— al hombre y su obra, sea o no de arte, sea pintura o música, un hacha o una carreta de bueyes en su tonalidad peculiarísima en cuanto creación humana, en cuanto espíritu objetivado, obra humana y mundo humano, ¿no será don exclusivo del arte, con su mirada que además de ver también *crea*?

Esta actitud psíquica —fusión de *logos* y *bíos*—, raciovitalista en su raíz, muestra claramente, parece, por qué el filósofo de nuestros días —filosofía de hoy: metafísica de la existencia, "humanismo trascendental"—, que anda en busca de un saber sobre la vida humana, que es *existencia* en el sentido heideggeriano, se volvió artista. Y justo: el filósofo, después de Dilthey, en el plan del filosofar lanzado por Dilthey y su época, es un artista; el filósofo que trata, ahora, íntimamente con la existencia, es "forzado" a ser artista. Ser filósofo, *hoy día,* implica ser artista. ¡Si no eres artista no podrás, pese a tu profundo saber, ser un genuino filósofo de nuestros tiempos! [11]

---

[11] Ejemplos: Dilthey, Bergson, Simmel, Scheler, Hartmann, Ortega, Heidegger, Jaspers y sus discípulos directos o indirectos, como García Morente, H. Nohl, García Bacca, Groethuysen, Gaos, Lands-

Cassirer, que realiza íntegramente la fusión, dijo que "arte e historia representan los instrumentos más poderosos en nuestro estudio de la naturaleza humana".[12] Y tal vez no fuera arriesgado decir que podríamos ver en la historia de la filosofía este proceso: cuanto un filósofo se aproxime más a la vida, más se aproxima también al arte, más es artista. Y el ejemplo más egregio —para emplear un adjetivo muy orteguiano— sería, sin duda, Platón. Una vez más: filosofía no es desvío; es busca metódica, *rigurosa pesquisa.*

Para terminar estas, tal vez, consideraciones intempestivas: los científicos que tratan con lo humano de una manera más limitada que el historiador o el filósofo, son humanistas siempre que sean genuinos; el científico que procura conocer un *aspecto* del hombre —en cuanto *hombre*—, que está abierto simpáticamente hacia lo humano, es siempre un humanista; en metafórico lenguaje: corazón y cerebro en íntima conexión. Ya el filósofo, que busca un saber total, encontramos que es, además de humanista, artista. Cualquiera que esté al par de lo que pasa hoy en psicología y ciencias sociales, sabe que todas las grandes figuras de cada una de estas disciplinas han sido grandes figuras de humanistas. La antropología cultural o etnología, por ejemplo, es un movimiento humanístico por excelencia, que siempre ha buscado más que un puro saber sobre las culturas. ¡Que tengas en tu ser el *sentido* de lo humano, para que entiendas algo del hombre en su dimensión psíquica, social y cultural, o metafísica, de siempre sediento de infinito!

Para una cabal comprensión de los signos humanos en el hombre y en los objetos históricos: intuición de artista, además de simpatía y entusiasmo intelectuales. Además de mente rigurosa, arte.

Y esta manera de ver el problema tiene profundas raíces en el terreno aquí investigado, pues arte y filosofía jamás brotarán de la manera de ver el mundo del *das man.* Filosofía y arte surgen de la admiración —extrañeza radical— frente a las

---

berg, F. Romero, Samuel Ramos, G. Mish, Caso, Zubiri, Ferrater Mora, Xirau, Freyer, Ed. Nicol, E. Pucciarelli, Leopoldo Zea, el brasileño E. Cannabrava, etc., etc..

[12] Ernst Cassirer, *Antropología Filosófica,* trad. de Eugenio Imaz, Fondo de Cultura Económica, México, 1945, p. 374.

cosas, del descubrir mundos nuevos más allá de lo aparente cotidiano. Partiendo de esta extrañeza, el arte crea nuevas realidades, que serán su auténtica realidad; y la filosofía procura penetrar en este mundo extraño, en el ser mismo de esta realidad que llamamos mundo, y más ampliamente cosmos.

Cuáles son los grados y los modos de esta admiración, no cabe tratar en este momento.

9. *Reexposición*

El libro, tan rico, y además tan bello —pues aquí tal predicación estética no desmerece la ciencia, por la referida conexión entre ciencia y arte—, dedicado por Groethuysen al estudio de la aparición de la *conciencia burguesa* en Francia, siglo XVIII, sin entrar en pugna, ni de lejos, con sistema alguno de explicación de la historia, muestra muy claramente cómo la que él profesa —tanto en el estricto campo de la historia de las ideas como en la historia del hombre entero viviendo su vida— está más fijamente pertrechada para captar el proceso, no de la mente sola, de la *zoé* o de la economía sola, sino de todo lo vital humano: esto justamente por no ser *sistema* —suma limitación; ignorancia con aires de sabiduría— y no buscar *explicación* —causalismo abandonado por imposible por las ciencias de lo humano—. Es una historia abierta para la realidad, que investiga, y no un sistema cerrado dentro de la mente con su esquema previo para colocar en la horma cualquier realidad, conocida o por conocer, pues es de su naturaleza encajar el pensamiento en el molde que explicará todo lo que existe y todo lo que no existe, antes de indagar lealmente la realidad del problema, para ser entonces su más fiel intérprete, no su carcelero.

La historia, en cuanto pertenece a las llamadas ciencias del espíritu, en cuanto está lejos de los *ismos,* puede ver lo que éstos no ven, o ven con exageración dañina, —lo que al mismo tiempo supera cualesquiera dualismos célebres—: que las ideas, factores ideales en la historicidad humana,[13] no mandan en el

[13] Todo lo que es afectado por el tiempo es temporal; ¿no será también histórico? Habría entonces una historicidad —que es esencia de la procesalidad— no humana, y habría también "modos de ser de la

mundo, no dirigen la vida, pero son tan hechos como los otros hechos, existentes y operantes como los considerados concretos reales. Las ideas y las creencias tienen una realidad concreta en el psiquismo y en la vida del hombre: con potencia y acción evidente sobre la conducta, sobre el obrar y el hacer, y no solamente débil nube que de las alturas orienta. El pueblo sabe bien de esto cuando en su buena lengua dice que fulano está "fanatizado" por tal o cual idea, por tal o cual creencia, a tal punto que ha dejado todo lo suyo abandonado.

Scheler y Hartmann, huyendo ambos del materialismo, fueron a caer precisamente dentro de él en su jerarquización de los seres de la realidad, pues al declarar de los factores ideales impotencia y flaqueza frente a los factores reales, consignan lo material como fuerza dinámica única. Este rasgo de materialismo tan escondido fué visto muy agudamente por un filósofo de estos días presentes —José Gaos—, que estando en otra "altura de los tiempos" que significa situación histórica diversa, ve mejor por contar con una óptica más afinada, en el sentido de precisa. Materialismo, escondido, malgré. . .

10. *Final*

La historia, hoy día, en cuanto ciencia estricta, será la narración de las cosas humanas en su permanente y cotidiana procesalidad, y no ya simplemente narración de los hechos y hazañas "notables", dejando de ser exclusivamente historia política, militar o económica, para ser de la cultura toda, del hombre todo. La ciencia histórica está penetrada de la realidad humana —pues se trata de una realidad humana—, *tiempo puro,* duración cualitativa. Y ha desistido de atomizar lo que perece en su peculiaridad, cuando es sometido a tal proceso, y ahora se ocupa de la pesquisa viva, para encontrar un saber sobre las *estructuras históricas* en conexión de sentido.

Comprensión de estructuras, ahora, en todo el vasto campo de las *Geisteswissenschaften,* así llamadas; quedando por

historicidad". Finas indicaciones sobre este problema, novísimo, en Francisco Romero, *Tercer Centenario de Leibniz,* La Nación, Bs. As., 7 de IV de 46. Se podrá preguntar: ¿no serán sutilezas innecesarias y hasta confusionistas? Queda en pie la cuestión.

bajo, parece que en carácter definitivo, la vieja busca del "motor" nunca encontrado.

Ya Kant había dicho que el tiempo es marca del hombre, y que entra en la esencia del hombre. Y por el tiempo Heidegger y Ortega pretenden "poner en claro todo el ser que tenemos por dentro".

Aquí, en esta zona, están los problemas capitales de la gran metafísica resucitada de nuestros días.

Y esto no significa irracionalismo, pero sí *ratio* diferente de la *natural*: significa razón histórica, pues lo que llaman irracionalismo —como si fuera la filosofía de hoy— es *razón humana, ratio histórica.*

Aportación de la época, y aportación mayor diltheyana.

ALEJANDRO KORN, UN FILOSOFO DE LA LIBERTAD

I. *El socrático don Alejandro Korn*

A diez años de la muerte de Alejandro Korn nos formulamos un balance acerca de los méritos y posibles deméritos de su personalidad y de su obra. Y tanto su personalidad como su obra, en este intento nuestro, resultan, al cabo, aflorando en iguales mayúsculas proporciones. Hallamos en el rectilíneo vivir de Alejandro Korn, dado en un medio hostil a veces, indiferente otras, un tesonero afirmar, un permanente incitar que dejando huella más que profunda, se trasmite a otros en toda su pura intensidad. La vida de Korn es un vigilante quehacer a la manera socrática, un darse en profundidad y en plena dimensión vital. Incitaciones suyas, ideas suyas, explicaciones suyas, laten frescas sin que los dos lustros que nos separan de su inconfundible figura física les hayan hecho perder lozanía. Rasgo de perduración éste que indica a las claras el acento nuevo y la originalidad con que se presentan en un ambiente inédito al menester al cual se consagrara el maestro. En esta tierra sin labrar —en cuanto a cultura filosófica se refiere— la insólita presencia de Korn logra realizar un milagro. Retrotraigámonos a lo hecho antes de él en este camino de la reflexión filosófica y veremos que el país se presentaba como desolado páramo. El positivismo había echado buenas raíces y teñía los aspectos de nuestra vida cultural. Como de costumbre, llegado en retardo a nuestra tierra, estaba aún en punto culminante su ideal cientificista y antimetafísico. Korn se encuentra munido de sólido bagaje y quiere traer a su tierra el sincrónico sonido de las corrientes renovadoras que irrumpían en Europa. Es pues, este de Korn, un ensayo en el cual ha de luchar para que termine la llegada a destiempo, y su tarea, bien ardua por cierto, es la de echar las raíces para la interpretación de la ciencia y para nuevas miras en los órdenes del pensamiento. En principio, y para lograr un equilibrio necesario que ayude en el potente envión, vuelve la mirada atenta hacia Kant y Hegel, puntales ciertos de inigualadas dimensiones. Incitar hacia estos

vírgenes campos, en actitud de permanente alerta, es el trabajo de titán que Korn se impone.

Y al hablar de Korn no hacemos referencia a la obra escrita —ya que él no quería ser escritor— ni a la cátedra —desempeñada durante muchos años con todo rigor y valentía moral— sino a aquél hacer ínsito en él, a ese intercambio espiritual, a ese comercio de almas, a esa amistad pura que es verdadero resorte para la comprensión de su vida y de su obra. Esta es, precisamente, a manera de llave maestra que funciona ante hechos concretos al parecer menudos, pero que en él cobran insospechado contorno: la llana conversación desprovista de presuntuosidad, en un lugar cualquiera; la contestación a una carta; la aparentemente apresurada nota periodística; la discusión siempre sustanciosa y aclaradora; en suma, un hacer socrático a la manera moderna. Un socratismo trasladado a una apacible ciudad —es un no es provinciana—, La Plata, y en estos últimos años. Juvenil lozanía imponía Korn a su quehacer. Juvenil era el fervor puesto en actitudes ante cosas y hechos, en la cátedra, en las diarias discusiones, en los escritos. Juvenil fervor, pero al mismo tiempo profundo fervor. Dábase así el aparente fenómeno curioso de juvencia en el "viejo" Korn, porque, debemos decirlo, al recordarlo no nos lo imaginamos en otra edad, como si el "viejo" Korn, en la mejor plenitud espiritual, no hubiera sido físicamente joven. El adjetivo calificativo cobra intensidad mayúscula en la referencia y se halla indisolublemente ligado al nombre, como perteneciéndole, como formando una indestructible unidad. Y es que en Korn, más que en nadie, no es posible desprender vida y pensamiento. Al querer revisar vida y pensamiento, no podemos despegar una de otro; ambas asumen en Korn acabada expresión. Como lo dijera Francisco Romero, su distinguido continuador, el pensamiento es dimensión vital al darse como fondo de la existencia total de la cual brota y de allí que Korn interese en su existencia total tanto como en su pensamiento. Es así como debemos verlo; contemplarlo de otra manera sería perder parte del gran caudal que inagotablemente tenía su diaria existencia.

Tuvo Korn, además, una rara virtud: la comprensión de su medio y de su tiempo, la comprensión del "mundo" en que le tocara actuar; y así pudo aprehender el *cómo* y el *por qué* de los problemas de su país; comprendió adecuadamente la relación entre el territorio físico en que le tocara desenvolver su existencia y el habitante de ese mundo físico; superó la teoría del medio y el "habitat" no se le presentó como punto único de mira —a la manera en boga— sino

que resultó adecuado a las influencias de las ideas, al trabajo removedor y permanente de las ideas en la evolución del país. A la teoría de la lucha por la existencia como principio eminente opuso la teoría de la lucha por la libertad. Su libro sobre las influencias filosóficas en la evolución nacional, revela hasta qué grado se compenetró del "mundo" histórico, cual se diera en muy pocos argentinos. Ingenieros, desde su plano positivista, tuvo visión del desenvolvimiento de las ideas como formadoras de la historia nacional, eliminando el personalismo, el recuento de hechos, en suma, la anecdótica como fundamento de nuestra historia. Las grandes obras de Mitre giran en torno de San Martín y Belgrano pero en procura de la comprensión de dos ámbitos de desarrollo, nuestra propia historia y la de la emancipación americana, aunque la escasa visión de las influencias de las ideas generadoras le impide el logro total de obras por sí mismas monumentales. A nuestro juicio Ingenieros, con las expuestas limitaciones logra, por vez primera, nuevos horizontes (cosa que no había podido hacer Groussac, hombre dotado de extraordinaria cultura), que serán agrandados por Korn quien, sin ser historiador —como tampoco lo fuera Ingenieros— abre inusitadas perspectivas. Debemos consignar este aspecto de la obra de Korn, que comprendió a la historia como investigadora del "carácter propio y peculiar de las instituciones y costumbres que los hombres de acción concurren a formar, de los conceptos y sistemas que los filósofos elaboran", como dijera Croce. El circuito cerrado en que los historiadores hacían debatir los hechos formadores se abre en la comprensión korniana de panorámica distinta. Es decir, pues, que Korn no se desconectó ni de su hora, ni de su mundo, ni de la comprensión totalizadora de su país.

Puede decirse de Korn que sin pretender ser escritor ni filósofo consiguió lograr su compenetración con los problemas. El primer problema es el de la vida misma y Korn comprendió que el desarrollo vital es un problematizar, que la existencia, de suyo programática, es un medio para realizar propósitos dignos de estimación. Su menester de tipo socrático hizo que fuera escritor y filósofo. Sin ese ímpetu y sin esa su acción incitadora habría sido un excelente profesor con obra escrita limitada; pero la amplitud y hondura que daba a los hechos circunstanciales, en los cuales se expedía imperativamente —y siempre lo hacía en sentido afirmativo con ahincamiento fecundo— hizo que se revelara en él ese orden de pensamientos rigurosos y coherentes que caracterizan al filósofo. Y es en balde que nos diga en la edición de reducida tirada de sus *Ensayos Filosóficos* aparecida

en 1930, que el volumen comprende parte de trabajos dispersos en revistas y folletos, lo que hace que no sea obra orgánica; en tal caso el libro, en verdadero sentido, habría hecho posible evitar repeticiones enojosas en el logro de una exposición metódica. Estas palabras, dichas en tono de advertencia, revelan su deseo de no aparecer como escritor ni como filósofo; sin embargo el libro, lógico y coherente, se organiza con rigurosidad de ideas y pensamientos.

La obra de Korn, plasmada en la forma que puede observarse en los tres tomos hasta ahora aparecidos y editados por la Universidad de La Plata al cuidado de Romero, es orgánica. Los planteos ocasionales cobran valor permanente y afirman siempre una postura, una firme y positiva posición.

2. *Korn, como filósofo de la libertad*

El problema de la libertad abarca toda la vida de Korn. La presentación de la libertad como finalidad se expresa a través de su obra: aparece afirmada siempre en escritos, en conferencias, en la diaria convivencia. Y es en él la libertad afirmación rotunda, concretada en la acción; un darse como finalidad de la lucha cotidiana que debe librar el hombre por su posesión, en la elección voluntaria frente a la antinomia kantiana que se le presenta inevitable. Al ser la libertad el rasgo intrínseco del sujeto se constituye en la personalidad misma: personalidad y libertad son dos nombres para un mismo hecho. Esta afirmación surge de su propia convicción en la libertad intrínseca del hombre. Está, así, en franca superación del positivismo en las tres etapas que certeramente le señala: una primera, de orden naturalista, que tiende a la exploración del mundo objetivo y que se da en la teoría del medio; una segunda que se concreta en la psicología experimental en su afán de ser clave de lo subjetivo y una tercera que implica el proceso de descomposición crítica y escéptica. Esta superación se da en el hecho de la concepción de la ciencia subordinada a un principio ético; luego, toda filosofía ha de tener orientación ética. El concepto mecanicista, dice Korn, al suprimir la libertad, suprime la condición "sine qua non" de toda ética, pues no se concibe una ética sin obligación, sin responsabilidad, sin sanción y, sobre todo, sin libertad.

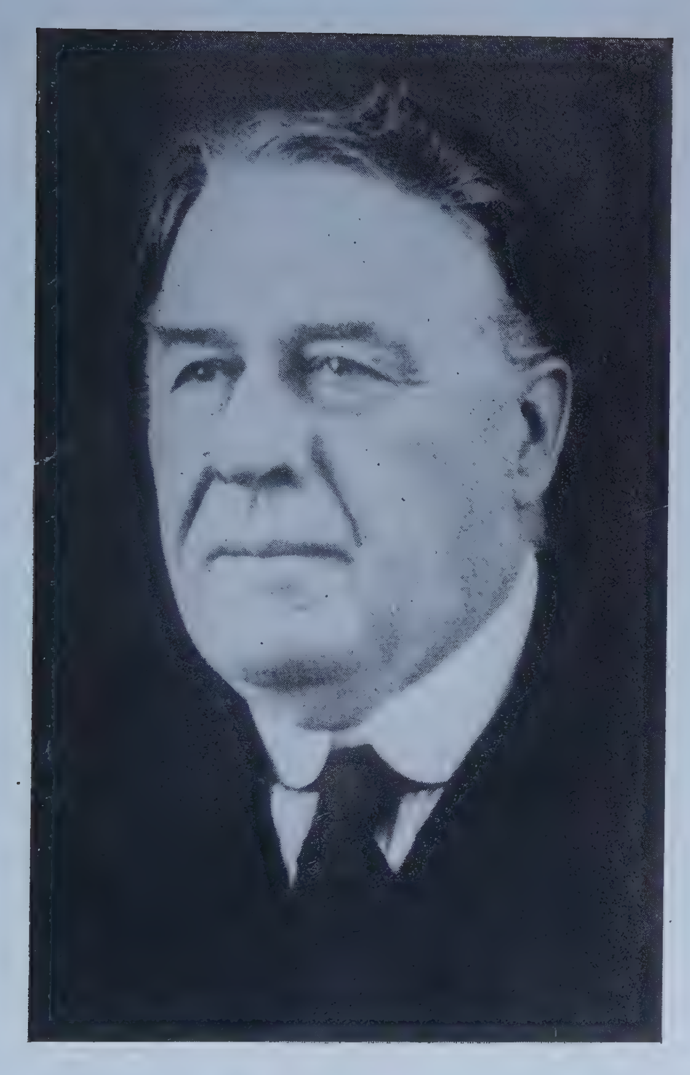
Esta afirmación de personalidad y libertad como dos nombres para el mismo hecho emparenta con el nuevo miraje que implica la

traída del concepto de persona hacia primer plano. Como lo señala Romero en su *Filosofía de la Persona* el hombre objetiviza su contorno, lo convierte en "mundo"; la persona es el individuo espiritual; es actividad, actualidad pura. En Korn se da la persona como eticidad y la libertad —correlato de la personalidad misma— como intrínseco rasgo del sujeto. Y esa personalidad se nos ofrece dentro de lo empírico en términos últimos, ya que sus raíces "penetran en el fondo metafísico de las cosas y la realización íntegra de la libertad nos identificaría con lo absoluto: *"yo, dijo aquél, yo soy el alfa y el omega"*.

Korn no elabora, por cierto, un sistema acerca del problema de la libertad. Bástale así enunciarlo, dar primacía a la libertad en su conjunción con la personalidad misma. De tal manera la libertad, al no ser trascendente y sí actualizada en la medida de nuestro saber y de nuestro poder, escapa a la consideración metafísica inherente a la entraña del problema mismo. Es que como el problema deberá ser resuelto en términos prácticos, no se trae la discusión que tanto diera que hacer a la escolástica, a Molina, a Gibeuf, afanosos todos en la solución. El problema es insoluble, al pretender llegarnos a su raíz, al considerar el punto neurálgico de la concordancia entre la libertad divina y la libertad humana, diferentes en grado; tratamiento que se enmadeja aún más al penetrar en el laberinto de la discusión sobre la libertad de indiferencia y la teoría de la gracia. Korn, al concebir la libertad como finalidad, realizándola en la medida de nuestro saber y de nuestro poder, capea el inútil temporal. En este supuesto, pareciera darnos Korn una doble conformación voluntarista e intelectualista del concepto. Al referirse a la libertad actualizándose en la medida de nuestro saber, toma un hilo conductor que remonta a ilustre prosapia. Bien conocido es aquello de "omnis peccans est ignorans". Para Santo Tomás, que ve a la libertad en sentido eminente aunque trascendente, ella está en el intelecto conjuntamente con la voluntad. El bien es en la *Etica a Nicomaco* de Aristóteles, a manera de objeto verdadero de la voluntad. Aunque en todo esto un eco lejano se escucha: es nada menos que Sócrates postulando acerca de la libertad del sabio. . .

En Korn la libertad es todo y aún más: preciso es que se realice en la acción positiva, expone en ocasión de recordar a Espinosa (Obras, II, 31), al calor de una emoción espiritual.

Y la libertad, nos dice en otra conferencia recordatoria, esta vez de Kant (II, 57), o es un hecho vivo de la conciencia o no existe.



Alejandro Korn.

Papo Tas.



Tumba de don Alejandro Korn en el Cementerio de la Plata.

Es cierto que Korn renuncia, como en el caso que para otros supuestos le anotara Martinetti a Descartes, a la comprensión del "cómo", es decir, a la determinación del problema dentro de líneas estrictamente metafísicas. Pero es cierto también que en la libertad se presenta el problema que señalara Schelling en cuanto a la afirmación de su incompatibilidad con la idea de sistema y, en consecuencia, toda filosofía que pretendiera la unidad e integridad desembocaría necesariamente en la negación de la libertad. Criterio que, por supuesto, no comparten autores como Martinetti, al afirmar que cuanto más perfecta es en el hombre la libertad moral tanto más su actividad tiende a la regularidad y a la inmutabilidad de una ley, porque también en su manifestación interna la libertad moral tiende hacia la regularidad y la inmutabilidad.

Para Korn la clave de lo existente se da en la antinomia, y en la tercera oposición de las ideas trascendentales señalada por Kant procede ocupar una posición, pero solamente como problema de orden práctico. La coerción, nos dice Korn, es el hecho primario, y la libertad es la ausencia de coerción; así en un acto, raro por cierto, en el cual la coerción se reduce a cero, experimentamos en su plenitud la dicha de la liberación, en tanto que en el caso contrario, cuando el acto es enteramente obligado y opuesto a nuestro querer, nos apena, nos oprime, hasta nos envilece la conciencia de la servidumbre. En el transcurso de la vida personal la situación resulta intermedia y el grado de la libertad adquirida es la medida de la dignidad personal".

La libertad es, pues, para Korn, la ausencia de coerción, de coacción. "No es un hecho —dice— es una finalidad. Remota. Se realiza en la medida de nuestro saber y de nuestro poder. A efectos de alcanzarla afirmamos valores y los trasmutamos. Expresan la protesta contra toda coacción y se sintetizan en el concepto de la libertad. Este impulso ingénito ha creado la cultura humana. Llamémosle, pues, libertad creadora" (*El concepto de las ciencias*, 1926). El concepto de libertad como ausencia de coacción tiene resonancias de San Agustín, para quien, precisamente, la libertad se define por la ausencia de sujeción o apremio (el agente libre puede elegir o no, o puede cumplir una de dos acciones contrarias con cierta restricción que puede cumplir la otra).

Pero Korn acepta la libertad de querer, no de hacer, ya que "el sujeto es autónomo, pero no soberano, su poder no equivale a su querer y por eso tiende, sin cesar, a acrecentarlo. La aspiración a realizar su libertad no abandona al eterno rebelde. . ." Elimina, de suyo,

la discusión acerca de la libertad en cuanto al ejercicio del acto (libertas quoad excercitium actus); al hecho de si la libertad puede, por otra parte, hacer llevar indiferentemente su curso hacia un determinado acto o hacia otro acto contrario (de tal suerte, como vemos en *De Concordia*, la especificación del acto que así aparece constituiría la plena y perfecta libertad); se deja hacia un lado la inacabable controversia acerca de la libertad de indiferencia que es, como la define Runes en el "Dictionary of Philosophy", la aptitud de la voluntad para escoger con independencia de una decisión antecedente. La libertad es, para Korn, libertad de querer, impulso ingénito y creador de la cultura humana que se da en la acción ya que "la acción es, en el hombre, la lucha por realizar la libertad".

Otros rasgos que anotaremos un tanto someramente, caracterizan el concepto de la libertad en Korn. El mundo externo no le resulta una realidad conocida sino un problema y la conciencia es "el teatro de los conflictos y armonías entre el sujeto que siente, juzga y quiere y el objeto que se amolda o resiste" (Libertad Creadora, 19); el mundo objetivo obedece a normas necesarias, a leyes (id., 29), en tanto que el mundo subjetivo carece de leyes y, por ende, es libre. Es decir, que en el mundo objetivo se dan como existentes una serie de hechos previsibles, en tanto que en el mundo subjetivo actúa "una voluntad que quiere lo que se le antoja y no puede prever". El sujeto es libre, pero la libertad no puede darse en el vacío. Al pretender el individuo sustraerse a la coerción para lograr sus propios fines debe ejercer formas de dominio sobre la naturaleza y sobre sí mismo. Debe dominar al mundo natural y debe autodominarse. Se establece, así, al lado de la finalidad económica, "una finalidad moral, a la cual, sin mengua de la autodeterminación se ha de someter la conducta". A esta finalidad moral le deja Korn el nombre de "concepto ético" (al parecer, dentro de su sistema provisionalmente). El "concepto ético" es el remate acabado de la personalidad, es la expresión última de la persona humana. En esta concepción el relativismo de los valores a que se adhiere Korn se amengua, ya que pareciera reconocer un valor de valores de rasgos inmutables, el de justicia inmanente. La personalidad, por fin, sería el último objeto de la acción libre y estaría empeñada en someter *el orden natural a un orden moral.*

Pero sobre todo, volvamos a decirlo, está la acción. En Korn existe siempre una incitación a la acción que es, en el hombre, la lucha por la realización de la libertad.

Korn es un filósofo de la libertad, de la libertad creadora, conseguida en la lucha. No es un contemplador pacífico que se limita a considerar y examinar con atención, a *contemplare,* sino que por sobre esa contemplación, ese examen y consideración se afirma la acción como lucha para realizar la libertad.

El "viejo" Korn, no lo olvidemos a dos lustros de su muerte, es un centinela siempre vigilante, un pregonero con voz de rotundo timbre que nos habla de nuestro señorío sin trabas; de nosotros, hombres, victoriosos dueños de nuestros propios destinos; de la vida como afirmación fecunda; del ministerio de la filosofía como exaltadora de la autarquía de la personalidad; de la cultura como obra de la voluntad; de la voluntad queriendo la libertad. Con sus palabras: *que sea libertad creadora.*

Finalmente, la voz de Korn, hoy más actualizada que nunca, es clarín de alerta para despertar a aquellas conciencias neutras, a aquellos que siguen en el diario camino sin poseer *la conciencia de su servidumbre ni el anhelo de su libertad.*

Alfredo GALLETTI.

Presencia del Pasado

PRIMER FRESCO MURAL HUAXTECO

Por *Wilfrido* DU SOLIER

Hasta ahora, para el estudio de la mitología huaxteca en función de su culto, la arqueología no había proporcionado material suficiente para una identificación clara de su panteón y únicamente se había venido repitiendo que en esa cultura tenían su origen algunos dioses nahuas.

Los primeros pasos posibles en el estudio e investigación acerca de los dioses huaxtecos y sus ritos se apoyaron en algunas esculturas y, principalmente, en pectorales de concha que, por su estilo y localización, podían ser clasificados, sin lugar a duda, como de filiación huaxteca y también como representación gráfica de un dios. Pero una escena continuada de personajes equiparable a las que se encuentran en códices mixtecos, nahuas y otros o en frescos como los de Tepantitla cerca de Teotihuacán, Mitla y Monte Albán en el Estado de Oaxaca, Chichén Itzá en Yucatán, Uaxactun en Guatemala, etc., no había sido localizada en sitio alguno de la Huaxteca.

En el estudio de los pectorales de concha, el Dr. Herman Beyer pudo identificar dioses tales como Tlazolteotl y Mixcoatl, respectivamente "diosa de las inmundicias" y "flechador divino", "dios de la caza", etc.; originales de la Huaxteca y que según él más tarde fueron incorporados al panteón nahua.

Dentro de las esculturas de origen huaxteco varios arqueólogos como Caso, Seler, Palacios, Noguera, Staub, etc., habían reconocido a Quetzalcoatl, Xolotl, Tlahuizcalpantecuhtli, etc.; pero, una escultura no puede representar al dios en tantas investiduras y actitudes como una pintura, en donde pueden ser reproducidas gran cantidad de figuras con todos sus atributos, en actitudes variadas, con los colores requeridos y en el ambiente que se quiera representar.

Claro está que en bajo relieves podrían reproducirse también escenas, pero nunca se lograría el mismo detalle que puede

dar la pintura; por otra parte, hasta hoy no han sido encontrados en la Huaxteca relieves de tal naturaleza.

Para fijar las fechas o épocas de los pectorales de caracol no hay otro indicio sino el sitio en el que fueron encontrados y su vecindad con cerámica que sea clasificable cronológicamente. Las esculturas huaxtecas también se encuentran en el mismo caso; no descartamos sin embargo, la posibilidad de que el estilo sirva para situarla (con cierta elasticidad) en épocas determinadas. Para el efecto vemos que los pectorales huaxtecos de concha, guardan similitud con códices de origen mixteco, que fácilmente podían incorporarse a un período que diríamos CHOLULTECA I (la época más antigua de la cerámica cholulteca) o MONTE ALBÁN V (la última fase o época más reciente de la cerámica en Monte Albán) y, de esta manera indirecta los dioses simbolizados en los pectorales resultan un poco anteriores a los dioses aztecas.

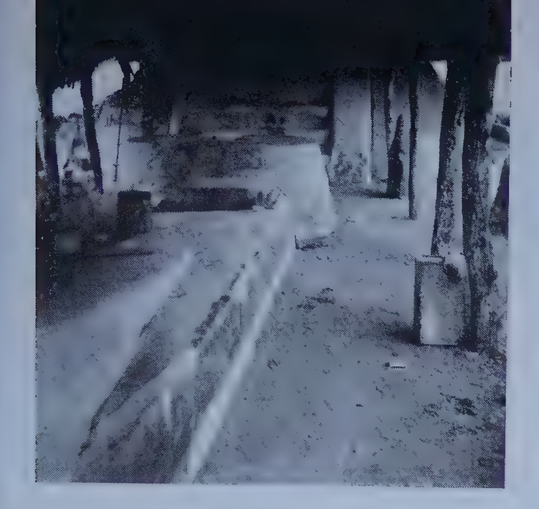
Si descartamos esos dos elementos, escultura y pectorales de concha para la identificación de dioses y ritos, quedan únicamente por revisar dos puntos: la cerámica antropomorfa y la pintura mural.

La cerámica antropomorfa (vasijas que tienen la forma de figuras humanas) es efectivamente abundante en la Huaxteca y en ella existen representaciones de Quetzalcoatl [1] y de sacerdotes ungidos con atributos de esa misma deidad; pero en relación con dicha cerámica, hasta ahí llegan nuestros conocimientos.

En esta situación, es menester recurrir al material pictórico y el único caso de pinturas murales conocido por el autor son las encontradas en las excavaciones practicadas por cuenta del I. N. A. H. en la región de Tamuín, S. L. P. y que pueden ser *uno de los más altos grados de expresión artística que cultura prehispánica alguna nos haya legado.*

---

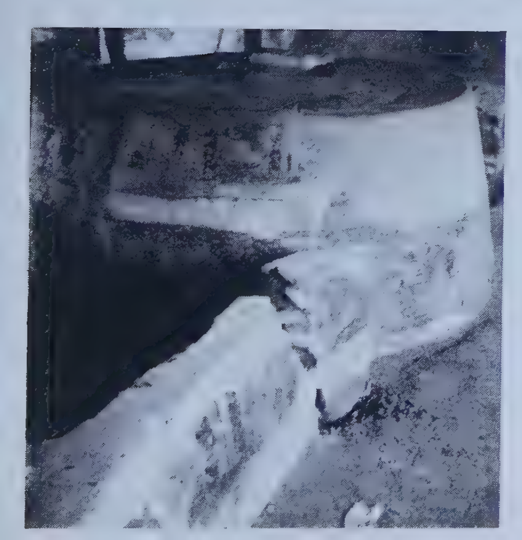
[1] La deidad de Quetzalcoatl tuvo una fuerte personalidad en las culturas que florecieron en nuestra actual República Mexicana y tiene tres principales advocaciones: Quetzalcoatl-Ehecatl, Quetzalcoatl-Tlahuizcalpantecuhtli y Quetzalcoatl como serpiente emplumada. En el primer caso es el dios del viento que barre los caminos para las lluvias; en el segundo es el dios crepuscular y se identifica por la estrella Venus, y en el último es un complejo ideológico de cosa divina y bien pudiera representar también el río que semeja una serpiente y que va erizado de espumas que a la distancia simulan plumas.



Fot. 1.—Tamuín. Vista de conjunto, con los altares y el templo de base rectangula:.



Fot. 2.—Altar de la segunda época con las banquetas sobrepuestas.



Fot. 3.—Detalle del altar de la segunda época y banqueta de la tercera época.

Fot. 4.—Altar de la última época en forma de brasero.



Fot. 5.—Representación de Tlahuizcalpantecuhtli en el tablero del lado Este del Montículo "B" de Tula, Hgo.

Forman estas pinturas ejecutadas al fresco una ideología semejante a la que se practicó en los Códices prehispánicos. Representan estas figuras del Tamuín una serie consecutiva de personajes ataviados con diversas y hermosas indumentarias, en actitudes variadas y, a la vez, desarrollan una sola idea, una composición completa, con un principio y un fin. (Véase lámina desplegable).

Antes de referirnos a la cultura de la que vienen estos frescos, es necesario hacer un poco de historia.

La zona arqueológica de Tamuín ya nos había dado en el año de 1918 una primera muestra del alto grado artístico y mitológico que el pueblo huaxteco tenía: una escultura propiedad del Lic. Don Blas Rodríguez que representa a Quetzalcoatl cargando a su hijo el Sol. Toda la figura tiene el cuerpo tatuados con signos que han sido interpretados en diversas maneras por científicos nacionales y extranjeros.

La misma zona arqueológica proporcionó una serie de esculturas todas ellas sabiamente talladas, que muestra un conocimiento avanzado en la talla de la piedra a la vez que un complicado concepto ritual.

Basado el autor en esas importantes esculturas, decidió explorar la citada zona de Tamuín. Al hecho antes mencionado se unía el programa que durante nueve años ha venido desarrollando para el estudio de la cultura huaxteca.

Como no es el caso en el presente artículo entrar en pormenores sobre su arquitectura diremos únicamente que en la zona arqueológica en cuestión, se hallan los monumentos de mayores dimensiones que hasta la fecha han sido encontrados en la Huaxteca y que las excavaciones se encaminaron principalmente a descubrir un montículo ubicado en el centro de una gran plazoleta elevada, que provisionalmente designamos con la letra A; en la misma plazoleta fueron descubiertas las esculturas a las que ya hemos hecho referencia.

El montículo explorado resultó ser un pequeño adoratorio de planta rectangular con la escalinata hacia el Oriente, al pie de la cual arranca hacia el mismo rumbo una banqueta, que une este adoratorio, con un altar de forma de cono truncado, que a su vez comunica por medio de otra banqueta similar, con otro altar en forma de brasero. (Véanse fotos 1 y 4).

Tanto el adoratorio de base rectangular, como las banquetas y los altares estaban profusamente decorados con escenas, y grecas monocromas y polícromas.

En este artículo únicamente nos vamos a referir al fresco que recubre el primer altar en forma de cono truncado, por disponer de poco espacio, no obstante ser mucho el material pictórico que encontramos en la zona.

El friso mide en altura treinta y cuatro centímetros; después tiene un espacio en el que con dificultad puede apreciarse una banda periférica de color verde; inmediatamente arriba de esa banda, aparece una greca de 18 cm., que alterna en su periferia con motivos, probablemente de personajes, pero que, actualmente, están destruídos, quedando únicamente huellas de plumas y círculos.

El friso tiene una dimensión de 4.60 de desarrollo. Estando todos los asuntos pintados en rojo indio, sobre el fondo color natural del aplanado.

La composición comprende doce personajes, ataviados con diferentes artefactos en la mano.

El estudio de estos frescos, requiere labor de mucho tiempo de observación y comparación. Teniendo un interés especial en que el público aprecie tan bellas pinturas prehispánicas, nos adelantamos a describirlas y a consignar las primeras observaciones que tal friso nos sugiere.

Para comenzar el estudio del fresco, creemos necesaria la comparación de su estilo general, con los diversos códices y murales conocidos a fin de poder fijar la época probable en que parece haber tenido lugar su ejecución. En el monumento estudiado existen, como en otros prehispánicos, tres superposiciones estructurales a las que corresponden otras tantas superposiciones pictóricas. El resultado de la comparación nos lleva a considerar tres etapas diferentes:

La primera de Tamuín o sea la más antigua corresponde al final del período III de Teotihuacán que viene correspondiendo más o menos al año 500 de la Era Cristiana.

La segunda de Tamuín, que es la que vamos a estudiar en este artículo, al período cultural Tula-Mazapan, Mitla, Mixteco-Puebla y aún podríamos agregar Cholulteca I que en años cristianos fluctuaría entre los siglos IX y X.

Y el tercer período de Tamuín podría asimilarse en tiempo al llamado "azteca II" correspondiendo al siglo XIII más o menos.

No obstante lo asentado, estas pinturas del Tamuín tienen un estilo muy propio en la interpretación de manos, pies, ojos, y en general un carácter étnico en los personajes netamente regional que nos induce a aceptar de una manera categórica que son el producto de artistas huaxtecos, inspirados en sus propias ideologías; representan, muy probablemente, los personajes que ellos veían en su región, sea que los representados fueran sacerdotes de la época del artista, o bien copia de deidades contemporáneas.

Para confirmar la edad probable de estas pinturas contamos con dos elementos: la arquitectura, que es elástica en fechas por no ser de una evolución rápida, (pero que, de cualquier manera, ayuda en la determinación de etapas culturales) y, principalmente, la cerámica que, en forma de ofrendas, tenía el altar.

El hecho de que el templo en cuestión tuviera limones (llámase limones a las rampas que limitan a los lados los peldaños de una escalinata), hace considerar [2] que ya habían recibido los huaxtecos la influencia de las culturas del centro de México. Por lo que se refiere a la cerámica las vasijas son de un tipo equivalente al período V de Pánuco y más directamente al período de "Las Flores" en Tampico o sea el siglo IX.

Los personajes que decoran la circunferencia del altar en forma de cono truncado, (Véase Fotografías 2 y 3) corresponden al sexo masculino, exceptuando los números 2, 4 y 5, a los cuales no fué posible atribuírseles sexo determinado por haberse encontrado la parte inferior borrada. (Véase lámina desplegable).

Parece que la intención del dibujo es la reproducción de sacerdotes investidos con atributos relacionados con Quetzalcoatl, en sus diversas presentaciones; corresponden al número 12 la figuración de un muerto que no sería remoto indicara la muerte de Quetzalcoatl y su transformación en la estrella Venus como Lucero del Alba.

---

[2] DU SOLIER, *Estudio Arquitectónico de los Edificios Huaxtecos.* 1945.

La primera y la segunda figuras ningún rasgo característico y de fácil identificación nos proporcionaron para poder indicar la deidad que encarnan. Es posible que la primera sea un sacerdote —guerrero o embajador—; guerrero por empuñar en la mano derecha una especie de dardo; embajador por llevar en la izquierda el abanico característico.

El segundo personaje que representa indudablemente a un huaxteco por sus dientes limados y la forma peculiar del ojo, lleva también en la única mano visible un abanico con ricas plumas a cuyos lados aparece una singular manera de representar el caracol cortado.

La figura 3 es igualmente un personaje huaxteco con sus dientes limados y su maxtlatl redondeado como el de Quetzalcoatl; lleva perneras de piel de tigre. Este personaje parece un manco pues únicamente se ve completo el brazo izquierdo y el derecho amputado o tapado.

La figura 4 guarda relación con efigies de Tlazolteol del códice Telleriano Remensis, códice Vaticano B.61 y B.91 así como con una representación de la misma deidad labrada en una concha en forma de pectoral huaxteco estudiado por Beyer.[3] Si bien el de Tamuín representa aparentemente a una deidad masculina y Tlazolteotl es una diosa, cabe entonces una investigación especial para dilucidar por qué este personaje masculino porta los atributos característicos de la diosa en cuestión.

El personaje No. 5 exhibe una orejera que recuerda la que lleva Quetzalcoatl (llamada Tzcoliuhqui-nacochtli).

La figura No. 6, de gran movimiento y expresión artística, empuña en la mano derecha una sonaja y, en la izquierda un objeto que bien pudiera ser una bolsa para el copal en forma de cabeza de ave cuya parte superior está adornada con plumas. Lleva un Izcahuipili labrado (especie de coraza que recubría el tórax hecha de algodón, acolchonada y que protegía en la guerra de los golpes del enemigo) y, aparentemente, pantalones.

El séptimo personaje por su vestimenta es probablemente una representación de Xolotl en calidad de estrella Venus o de Venus en sí.

---

[3] Herman Beyer, *Shell Ornament Sets From The Huasteca*, México, 1933.



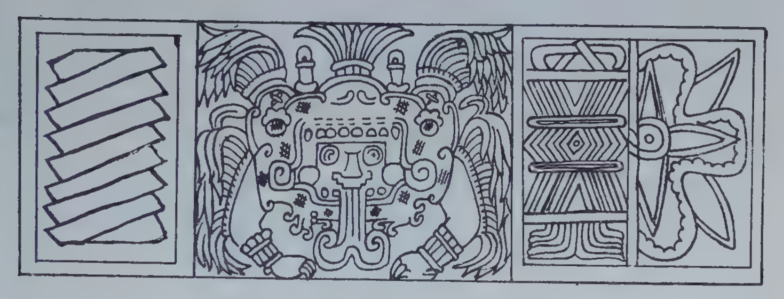


Pintura mural encontrada en un altar en la zona huaxteca de Tamuín, S. L. P.



Para interpretarlo como Xolotl tenemos únicamente como punto de relación la figura del mismo nombre que aparece en el Códice Borgia y el cual tiene una investidura de tigre o jaguar con garras en pies y manos al igual que el de Tamuín.

Podría también identificarse con las figuras representadas en Tula, Hgo., en los frisos que recubren la pirámide escalonada dedicada a Venus (véase fotografía 5), y en el mau-



Mausoleo Nº 3 de Chichén Itzá.

soleo No. 3 de Chichén Itzá y que representan, según la interpretación de Hugo Moedano a Tlahuizcalpantecuhtli y que el Lic. Salvador Toscano, en una figura similar encontrada en Tuxpan, Ver., identifica como Xolotl dios del crepúsculo.

Otra característica de relación es que, en las representaciones de Chichén Itzá y de Tula, la figura humana emerge de unas fauces al igual que el personaje 7 de Tamuín. Además éste, como yelmo o tocado, lleva varios signos que, por su forma, se asemejan bastante al clásico de Venus tan característico de la cultura maya.

Esta concordancia tan directa en ideología entre Tula, Chichén Itzá, la escultura de Tepezintla Tuxpan, Ver., y Tamuín nos induce a aceptar una contemporaneidad ideológica. Para terminar con este personaje tan ricamente ornamentado señalaremos que su maxtlatl es redondo como con manchas como las de Quetzalcoatl, de las cuales Venus es una de sus representativas.

El báculo de la mano izquierda que es un pájaro estilizado, tal vez un águila, indica que el personaje es una gran deidad e indudablemente está relacionado con una deidad celeste.

La figura 8 nos coloca en terrenos firmes pues la identificación de este personaje es clara e, indudablemente, corres-

ponde a un sacerdote o al dios Quetzalcoatl, cuyas características más fuertes son el gorro cónico que porta y el maxtlatl redondeado. Como muchas figuras de los Códices en los cuales, por tener otros ornamentos en la parte anterior, el pectoral va en la espalda. En nuestro concepto este Quetzalcoatl lleva en la espalda la estilización huaxteca del caracol cortado. Elemento también común a Quetzalcoatl es la pluma de águila en el tocado que este mismo personaje de Tamuín lleva.

Describir lo ornamentado del personaje es ocioso por poderse apreciar fácilmente en el dibujo. No obstante, no queremos pasar por alto la calidad del manto de hombro y el rico abanico de la mano derecha.

La figura 9 nos trae inmediatamente a la memoria lo que se dice en las crónicas sobre la costumbre de los Huaxtecos de no tomar prisioneros en los combates sino únicamente las cabezas y aquí, en la figura 9, está gráficamente representada esta idea huaxteca.

Esta figura 9 es indudablemente la más ricamente ornamentada y creo se trata de un sacerdote de gran jerarquía relacionado con Quetzalcoatl desde luego, como en el estudio extenso que publicará el I. N. A. H. detallaremos; únicamente señalaremos que en el personaje aparece varias veces el caracol cortado tipo huaxteco.

Es posible que en la figura 10 también se trate de un sacerdote de Quetzalcoatl. El personaje está ungido como aparecen algunas representaciones de Quetzalcoatl, pero en calidad de Tlahuizcalpantecuhtli en el Códice Borgia.[4] En el tocado tiene representaciones de caracol cortado o joyel del viento.

Sobre la figura 11 poco puede decirse si exceptuamos las dos piernas que o están ungidas o están calzadas con una especie de bota alta que también suele aparecer en algunas imágenes de Quetzalcoatl. La mano izquierda y la derecha llevan unas orlas que sabiamente combinadas con la estilización del dedo pulgar forman muy probablemente el Ehecacoxcatl.

Este friso mural termina con un personaje cuya cabeza es un cráneo pero que tiene dos manos de personaje viviente y cuyas piernas parecen amarradas tal vez con la intención que

---

[4] Du Solier, *Una representación pictórica de Quetzalcoatl, en una cueva.* Revista Mexicana de Estudios Antropológicos, Tomo III, Núm. 2. 1939.

en otras culturas se practicaba, de atar al muerto amortajándolo con envolturas y lazos.

En el abanico de este personaje se ve una especie de serpiente o pico de pájaro en cuya parte superior aparecen dos estilizaciones de caracol cortado.

La idea de reunir toda esta diversidad de personajes indudablemente corresponde a un plan concebido y parece ser el producto de una sola época y aun diríamos de un solo artista que quiso representar el pasaje de uno o varios dioses o sacerdotes en sus diversas funciones. Probablemente se nos escapan las conexiones y el ritmo que guardan en la formación en que estaban colocadas.

Es muy posible que, cuando se descubran en la Huaxteca otros elementos decorativos, puedan deducirse nuevas luces de las hermosas pinturas de Tamuín. En espera de que esto ocurra, lo asentado es simplemente un ensayo.

LAS FORMAS DE LA VIDA POLITICA Y SOCIAL RIOPLATENSE EN LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LA COLONIA *

Por *José Luis* ROMERO

A diferencia de México y Perú, el Río de la Plata no sorprendió a los conquistadores con el espectáculo de su exuberancia, sino con el de su poquedad. La llanura inmediata y las poblaciones primitivas se ofrecieron a su vista como una promesa de un futuro mediocre y trabajoso, en el que no habría que descartar el hambre y la fatiga física de aquellos hidalgos que habían resuelto emprender la aventura conquistadora para arrancar el oro a manotazos de las entrañas de la tierra. Al desembarcar los hombres de Pedro de Mendoza en las costas ríoplatenses, el soldado Schmidel anota hablando de los indios: "no tienen otra cosa que comer que pescado y carne". Hasta eso faltó alguna vez a los conquistadores en unas tierras que, sin embargo, guardaban tesoros reservados al tesón y al esfuerzo.

Frente a esta poquedad de la naturaleza y de la cultura, los colonizadores no tuvieron dificultades para la ocupación de la tierra. Comenzaron a organizar su rudimentaria existencia, según sus principios y dieron por descontado que los indígenas deberían entrar en el nuevo complejo social al servicio de los conquistadores y ajustándose a los marcos que ellos establecieran. Pero, naturalmente, la resistencia activa o pasiva de los indígenas dió lugar a que se reflexionara sobre el método que, frente a ellos, debía seguirse, y de esa reflexión resultó una política. En primera instancia esa política fué colonizadora; había que explorar las posibilidades que ofrecía

---

* Del libro *Las ideas políticas en Argentina,* que pronto aparecerá en la colección "Tierra Firme" de "Fondo de Cultura Económica".

la tierra y los colonos recibieron en encomienda cierto número de indígenas, con los que se cumplía esa faena; ellos en cambio debían adoctrinarlos —o, mejor dicho, en términos modernos, civilizarlos— y procurar que se fueran incorporando a las formas de vida propias de los españoles. A veces predominó el sistema brutal de la explotación sobre el plan colonizador; en el siglo XVI, sobre todo, cuando apenas estaba asentada la conquista y todavía era necesario echar las bases de la elemental organización de la colonia, fué frecuente que el colonizador tuviera un desmedido desprecio por toda sujeción. Pero ya a fines de ese siglo y a principios del siguiente se produjo en el Río de la Plata un movimiento destinado a poner en orden la situación de los indígenas, problema del cual dependía su extinción o su incorporación al complejo social; una promoción de hombres dotados de cierta visión política y, al mismo tiempo, de cierto sentido humanitario, comenzó a actuar entonces: el gobernador Hernandarias, el obispo Fernando de Trejo y Sanabria, el visitador Francisco de Alfaro, el capitán general don Luis Quiñones de Osorio, el provincial Diego de Torres y algunos más, procuraron someter a reglas el trabajo de los indígenas, señalando a los encomenderos que su misión no era explotar sino asimilar esa población.

Las dificultades —y puede decirse que el fracaso— de esta política colonizadora originó, en segunda instancia, una política de catequesis, propugnada por los religiosos. Representantes eminentes de una concepción política que desdeñaba la riqueza como fin en sí misma, fundaron reducciones en las que los indígenas trabajaban en provecho de la comunidad, sin duda dentro de un régimen mucho menos inhumano que el que solían imponer los encomenderos; el sistema suponía someterlos a un plan de enseñanza religiosa y moral que permitiera su auténtica incorporación al nuevo complejo social; pero suponía también una educación política basada en el más férreo autoritarismo y, sobre todo, en el apartamiento del indígena de todo contacto con los colonizadores españoles. Así, el sistema benefició a los indios, que no sufrieron las fatigas de la encomienda, pero fracasó como plan de adaptación por el contraste entre las formas de vida ejercitadas en las reducciones y las que encontraron luego fuera de ellas.

Mediante esta doble política —colonizadora y catequizadora— los españoles trataron de estructurar en la colonia un sistema de vida en el que coexistieran las dos poblaciones. No hubo problema en cuanto a la coexistencia de culturas, porque la debilidad de la estructura espiritual de los indígenas de estas regiones apenas permitió que se manifestara en otra cosa que en una resistencia pasiva o en la supervivencia de algunas supersticiones que resistían a los argumentos de la predicación, de modo que la cultura hispánica se impuso como la única forma de existencia posible. Pero la cultura colonizadora y catequizadora debió afrontar algunas graves cuestiones. Ante todo, el problema étnico con todas las repercusiones sociales que traía la aparición del mestizo y el criollo; luego el económico, que surgía de las nuevas condiciones en que se ofrecía la posibilidad de la riqueza y de su explotación, y que entrañaba, a su vez, graves problemas sociales; finalmente, el político, producto de la imposición de un régimen sólidamente estructurado en la metrópoli sobre una realidad que se modificaba día a día y que creaba situaciones disímiles y ajenas a la experiencia de la metrópoli. Estos problemas adquirieron, durante la época de los Austria, una fisonomía peculiar en el Río de la Plata, y cuajaron con ella. Toda acción que más tarde se emprendiera debía contar con esta situación.

Unica fuente de riqueza en esta tierra sin metales, el suelo fué tomado por los conquistadores en virtud del título jurídico que proporcionaba a la Corona la cesión papal, y adjudicado a los conquistadores: "Yo, en nombre de S. M. —dice Juan de Garay en el acta de repartimiento de solares de Buenos Aires— he empezado a repartir y los reparto a los dichos pobladores y conquistadores, tierras y caballería y solares y cuadras en que puedan tener sus labores y crianzas de todos ganados, las cuales dichas tierras y estancias y huertas y cuadras, las doy y hago merced en nombre de Su Majestad y del dicho gobernador, para que como cosa suya propia puedan en ella edificar, así casas como corrales y poner cualquier ganado y hacer cualesquiera labranzas que quisieren y por bien tuvieren. . . como si lo hubiesen heredado de su propio patrimonio". Esta circunstancia, unida a la situación jurídica de españoles, daba a éstos una posición de absoluto privilegio sobre los indígenas, que no debían poseer otro derecho que el que se derivaba de las ordenanzas que mandaban tener para ellos un trato misericordioso se-

gún los principios del cristianismo y del derecho natural. Era una situación de hecho fortalecida con abundancia de argumentos políticos, pero que radicaba sobre todo en el hecho de la conquista. La situación de inferioridad del indígena era clara e indiscutible; pero las necesidades de la colonización y la política de principios de la Corona obligaban a los conquistadores a no contentarse con establecer esta situación, sino que incitaba, por el contrario, a buscar una incorporación de los indígenas que, sin peligros para sus privilegios ni su seguridad, contribuyera al desarrollo de la colonia. Las reales cédulas y ordenanzas no faltaron; pero la realidad tuvo más fuerza que ellas y fué creando un *status* peculiar.

Contribuyó en gran manera a establecerlo la índole característica de los indígenas rioplatenses. Su sumisión por la fuerza los retrajo y los aniquiló espiritualmente, en tanto que, poco a poco, se sintieron despojados de todo e incapacitados para ninguna acción crónica frente al conquistador. Respondieron a la conquista con una sumisión pasiva, llena de reservas mentales, que no excluía, sin embargo, el levantamiento accidental movido por el odio o la desesperación; pero una marcada indolencia y una apatía muy peculiar los incitó a aceptar la nueva situación con la voluntad decidida de no prestar otro apoyo que aquel al que se vieran forzados.

Muy pronto, sin embargo, se agregó a estos dos núcleos étnicos otro que habría de influir muy notablemente en la evolución económica, social y política de las colonias rioplatenses: el mestizo. Este había heredado como rasgos predominantes la indolencia indígena, la incapacidad para lo económico, el desinterés por el trabajo ordenado, que respondía a una estructura económica que le era ajena; y se agregó a su carácter un marcado resentimiento contra el blanco europeo, insolente y avasallador, cuyo temperamento empezaba a conocer en la situación de su madre india frente a su accidental compañero español. Así quedó en el mestizo un sedimento de rebeldía que se tonificó con los resabios de sus viejas creencias, apenas borradas por una catequesis cuyo contenido doctrinario no podía entender, y que lo llevó a considerarse como miembro de un estrato inferior del nuevo complejo social. En esta situación, aunque en menor grado, se halló también el criollo blanco, disminuído por la creencia general de que el español

degeneraba en América, y disminuído también por la afluencia continua de españoles peninsulares que renovaban la casta privilegiada con pleno derecho. Diversas circunstancias tendieron a unir al criollo con el mestizo, sobre todo porque por razones sociales era más posible que casara con india o mestiza que no con española, con lo cual entraba él también en la vía de la mestización. Así se creó, entre los españoles y los indígenas un núcleo intermedio —mestizo criollo— al que se otorgó cierto derecho, pero que no alcanzó socialmente una situación equivalente a la de los peninsulares.

De esos núcleos sociales, el español conservó el monopolio de las fuentes de producción y de riqueza: suya era la tierra apta para ganados y suyo era el control de la actividad comercial que podía convertir sus productos en buenas onzas de oro. Estas formas de actividad económica —ganadería y comercio— merecían la más alta estimación social, en tanto que los trabajos de la agricultura parecían reservados —como, en efecto, lo eran— a los infelices que no habían podido lograr mercedes de tierras abundantes, aptas para el pastoreo y cercanas a la ciudad. La agricultura, efectivamente, no proporcionaba sino la posibilidad de vivir, pero sus productos carecían de valor comercial, y como no producía enriquecimiento, la labor agrícola parecía negativa confrontada con el ideal de riqueza que constituía el norte del colono.

Aquella actividad ganadera y comercial proveía de significado diferente al campo y la ciudad y a la población de uno y otra. Los campos estaban repartidos en grandes suertes entre los españoles avecindados en la ciudad, y los trabajaban, generalmente, criollos y mestizos, aunque no faltaban peninsulares que optaran por vigilar directamente sus propiedades. La llanura creó en los que la poblaron una peculiar psicología. En constante peligro por las asechanzas de las tribus indígenas no incorporadas, lejos de la ciudad y de toda vigilancia estatal, forzados, en consecuencia, a bastarse a sí mismos, tanto el colonizador que residía en ella como la peonada criollo-mestiza y aun el indígena aquerenciado, adquirieron un aire bárbaro, como de quien vive en estado de naturaleza. Sólo la fuerza individual aseguraba el uso del legítimo derecho y aun la conservación de la vida. El propietario se hacía despótico y cobraba un auténtico ascendiente, que sus hombres respetaban si les

parecía que era adquirido en buena ley. Nada se oponía a su prepotencia, porque la acción del Estado apenas llegaba hasta él, y porque nadie tenía una decidida voluntad civilizadora: el amo, porque esperaba enriquecerse para volver, y sus subordinados, porque nada esperaban de la suerte. Así nació un tipo de vida rural que sufrió pocos cambios con el andar del tiempo, facilitado por la distancia, por la escasa densidad de población y por la impotencia de una legislación que desconocía la realidad.

La legislación española, en efecto, miraba la colonia como un conjunto de ciudades y sólo reglaba eficazmente la vida urbana. Se había constituído en aquéllas un grupo español que vivía unas veces de la burocracia y del comercio, y otras de la explotación de unas tierras que apenas conocía. Dentro de esos marcos transcurría una existencia anodina, que conformaba estrechamente cierto espíritu rapaz propio del que sólo esperaba la oportunidad de vender un número crecido de fardos de cueros o de aprovechar un suculento contrabando para embolsar los doblones y buscar la ocasión de retornar a la patria. Pero se conformaba allí también una tendencia política al acrisolarse el tipo de autoridad que la Corona imponía a sus colonias. Allí se mantenía el culto de la autoridad real omnipotente y allí funcionaba —mientras no se lo violaba sin negarlo— el estrecho mecanismo de la legislación autocrática. De ese modo, en dos esferas harto diferentes y desde dos puntos de vista radicalmente opuestos, el espíritu autoritario se afirmaba en la vida colonial y cristalizaba como actitud política.

Este espíritu estaba nutrido por una singular estructura moral. El grupo campesino había elaborado una concepción de la vida, caracterizada por la aventura constante que eran sus afanes en la campaña, en la que se ponía constantemente a prueba el ánimo del varón fuerte, el pundonor del que sabe que su suerte depende de su esfuerzo, la soberbia del que ha logrado prevalecer con su esfuerzo, la habilidad del que finca en ella su prestigio y su salvación. De esta concepción de la vida surgió un conjunto de normas morales que, por responder a las formas de la existencia cotidiana, poseían una fuerza de que carecían las leyes. Allí no valían reglas para catequizar o para colonizar. El amo lo era de pleno derecho y adquiría, por sobre sus atribuciones de dueño de la tierra, una inevitable

jurisdicción de derecho público que ejercía sin limitaciones. La vida misma era prenda de la obediencia y la fidelidad. Pero la obediencia y la fidelidad se acuñaban legítimamente en un ambiente de participación en los mismos ideales, porque el subordinado trataba de demostrar, en su esfera, la misma soberbia, la misma habilidad, el mismo pundonor y la misma bravura que el amo indiscutido. Las innumerables leyes escritas se violaban a cada instante; pero la ley de la llanura indómita no se violaba jamás. Sin embargo, nadie hubiera osado dar a esta omnipotencia un valor absoluto. Por sobre la omnipotencia del "español campestre" se reconocía y se reverenciaba la autoridad todopoderosa de la Corona, sin que la obedeciera nunca si se oponía a las costumbres rurales. Moral cristiana en el fondo, pero primitivísima en la superficie, se apoyaba en una violenta e intergiversable voluntad de dominio que nacía de las circunstancias y que nadie podía abandonar sin riesgo de la vida.

También se constituyó en los núcleos urbanos una moral *sui generis.* La fuerza del Estado actuaba allí más directamente y presentaba más de cerca el fantasma de la autoridad real; pero también allí las circunstancias hicieron que la autocracia del monarca se transfigurara en una autocracia de los ejecutores de su voluntad, en secreto acuerdo muchas veces con la oligarquía peninsular. Un clero armado con las armas de la Contrarreforma daba a aquella autoridad un sólido respaldo teológico, pero aun contra ellos se movía la realidad. Ni la voluntad real ni las leyes y ordenanzas en que se concretaban recibían otro testimonio que el de la más rendida sumisión; pero ni la autoridad real ni las leyes podían contra la miseria y el hambre, contra el apetito de riquezas, contra la irritación que causaba la medianía en quien había acudido a América para triunfar y salir de pobre. Autoritario en su concepción política y autoritario en su concepción familiar, el español violaba las leyes que coaccionaban sus apetitos, con audacia aunque con la máscara de la sumisión. Nada más característico de esta psicología que el ejercicio continuado del contrabando, que ejercieron gobernadores, obispos y fidelísimos vasallos sin más cortapisas que las que aconsejaba la prudencia. Así, la realidad incitaba a liberarse de tantas menudas prescripciones y la prudencia aconsejaba pregonar con voz alta la sumisión de ese modo cuajó

una concepción autoritaria del poder público que, conteniendo la libre iniciativa, forzaba a ésta a desenvolverse al margen de la ley. Tal fué la moral que, en los campos y en las ciudades, creó poco a poco el autoritarismo real y la política de los principios. Sin duda, los rasgos peculiares del Estado colonial eran el ser esencialmente urbano y el ser autoritario, de acuerdo con la concepción vigente en la metrópoli; todas sus instituciones y todas sus disposiciones reflejan esos caracteres constitutivos; pero no sería posible comprender su evolución y la influencia que ejerció en la sociedad argentina si no se señala insistentemente el conflicto entre esos dos caracteres con la realidad. En efecto, pensado como un conjunto de instituciones destinadas a un orden esencialmente urbano, su vida económica se apoyaba en gran parte en la vida rural, que de ese modo escapaba a la más firme estructura estatal; y pensado como un orden autoritario, su más crecida masa social se veía obligada a un tipo de vida que creaba, dentro del autoritarismo estatal, un autoritarismo individual, obra de las circunstancias. Estas contradicciones intrínsecas ocultan el secreto de la conformación del espíritu político argentino.

Puede decirse que el Estado municipal fué impostado sobre la realidad argentina antes de que ésta se hubiera constituído, con olvido de las modalidades que pudiera adquirir. Organizado para defender la homogeneidad y la cohesión del grupo colonizador, el municipio recibió una estructura jurídica que contradecía en cierto modo el régimen autoritario que sustentaba la Corona, pues en la colonia se creaban organismos que en la península se limitaban hasta anularlos. Pero se consideró imprescindible predeterminar esta forma de colonización dadas las circunstancias del poblamiento, sin advertir que las posibilidades de la explotación de la tierra debían tender a disgregar en alguna medida esa población. Así, el régimen municipal debió forcejear con el autoritarismo de la Corona que, en efecto, ejercido por los conquistadores y los funcionarios, invalidó su ordenación jurídica —en Buenos Aires sobre todo— restándole atribuciones regulares y confiriéndole eventualmente otras que, en rigor, escapaban a su verdadera jurisdicción. Pero más debió luchar todavía con la realidad rural, que no se encuadraba dentro de los marcos del gobierno municipal y, en consecuencia, quedaba prácticamente fuera de la ley si no era por

obra de acciones cicrunstanciales y esporádicas. Así pudo crecer aquel autoritarismo individual en las poblaciones rurales. La voluntad estatal se manifestaba por medio de leyes cuyo minucioso detalle solía tornarlas impracticables; y si esto ocurría en los centros urbanos, con mayor razón ocurría en las campiñas casi desiertas, donde la misma presencia de la autoridad era ocasional e inoperante.

Esta característica de la legislación española en general y la de Indias en particular es significativa. Ya Antonio Pérez señalaba cómo había crecido el número de leyes y pragmáticas durante el siglo XVI, fenómeno que, sin duda, se acentuó en el XVII. Las autoridades mismas de la metrópoli llegaron a comprender que era imprescindible someter a un ajuste las leyes de Indias y ordenaron que se recopilaran en un cuerpo que sólo fué sancionado en 1680. Pero entre tanto —y aun después—, su multiplicidad, la circunstancia de no ser aplicables a toda América las mismas disposiciones, y lo casuístico de su texto restó eficacia a las leyes, que quedaron, con harta frecuencia, sólo como esquemas ideales, pese a los esfuerzos de juristas que, como Solórzano y León Pinelo, propugnaron la adecuación de la legislación a la realidad.

En la práctica, el poder político fué ejercido con bastante amplitud —y, a veces, con absoluta arbitrariedad— por los funcionarios reales. Las perspectivas que se ofrecían al conquistador de estas tierras sin riquezas metalíferas eran escasas; Ruy Díaz de Guzmán resumía así, a principios del siglo XVII, la suerte de los conquistadores del Río de la Plata: "...en diversas armadas pasaron más de cuatro mil españoles, y entre ellos muchos nobles y personas de calidad, todos las cuales acabaron sus vidas en aquella tierra, con las mayores miserias, hambres y guerras de cuantas se han padecido en las Indias".

No puede extrañar, pues, que poco a poco fuera cristalizando la idea de que la aventura colonial debía ser breve y productiva. El conquistador primero y el funcionario después no consideraron una dicha el venir a esta colonia humilde y estancada por el temor del virreinato peruano de perder sus privilegios y ganancias y, cuando venían, aspiraban a estar breve tiempo y a aprovecharlo en beneficio propio. Debido a ello su acción de gobierno se caracterizó por cierto sistemático olvido de la abundante legislación que, de ser cumplida,

no sólo impedía su propio provecho sino que coartaba su tendencia a la discrecionalidad, tendencia acentuada, ciertamente, por las exigencias de la realidad. A despecho de las leyes y ordenanzas reales, los funcionarios de la colonia se plegaron a las formas espontáneas de vida que prevalecían en el país; así, amparando las oligarquías ganadera y mercantil constituídas por peninsulares, medraron personalmente a costa de tolerar —con honrosas y escasas excepciones— el medro ilegítimo de aquéllos. El cohecho y el contrabando no fueron actividades ajenas a los funcionarios reales que, al ejercitarlas, reconocían la relativa licitud de ciertas formas de vida al margen de las solemnes prescripciones de la ley.

No obstante, esta discrecionalidad del poder y este abuso de los privilegios se enmascaraba con un solemne acatamiento de la autoridad absoluta del monarca, autoridad que, cuando podía hacerse sentir, obraba, en efecto, con esos caracteres. El funcionario era, como el conquistador, súbdito fidelísimo del rey y no creía negar su autoridad al violar sus leyes. Tenía por la Corona el más absoluto respeto y la más rendida devoción, porque no poseía otra doctrina del poder que la que privaba en España. Pero sobre todo, carecía de los principios con que pudiera negar ese tipo de autoridad, porque los principios de la fe parecían apoyar esa concepción política. En efecto, la fe había sido el fundamento teórico que autorizaba la conquista y el justo título de la Corona residía en una delegación de derecho realizada por el papa. En el curso de la conquista, España había otorgado a la Iglesia una situación preponderante y esa situación se había proyectado en las Indias, donde aparecía como una institución tan poderosa como los propios organismos estatales, hasta el punto de que se suscitaron con frecuencia conflictos jurisdiccionales. Respaldo doctrinario a la autoridad real, la Iglesia fué en la Colonia la depositaria de los principios jurídicos y morales que la Corona sustentaba.

En esta calidad, la Iglesia, bajo la influencia de la concepción de la Contrarreforma, recibió del estado español la dictadura espiritual. Puede decirse que, durante los dos primeros siglos de la colonia, no hubo otra forma de pensamiento que la que inspiraba la Iglesia de acuerdo con la más severa de las ortodoxias. Cierto es que, por las circunstancias de la conquista

y la colonización, la población vivía en un estado de ignorancia general en el que sólo constituía una relativa excepción el clero; de aquí que no hubiera otra forma de educación pública que la que impartía la Iglesia, excepto contadísimos casos. Se basaba su autoridad, además, en el ascendiente que ejercía en medio de las ininterrumpidas calamidades que azotaban a los colonos, y, sobre todo, en el fanatismo que caracterizaba al español y caracterizaba a aquéllas. De este modo, la dictadura espiritual comenzó a derivar hacia una hegemonía social reconocida unánimemente, y que puso a la Iglesia en una situación de excepción dentro de la sociedad colonial.

Este prestigio de la Iglesia acudió en auxilio de la autoridad política en cuanto proclamaba el fundamento divino del poder real; pero minaba, en cambio, la autoridad de sus funcionarios en cuanto procuraba proyectarlo en beneficio de la institución y de sus miembros con mengua de las autoridades civiles. En principio, la Iglesia reconocía el patronato real, pero de hecho aspiraba a sobreponerse a la autoridad política cada vez que podía, y solía valerse para ello no sólo del prestigio de que gozaba entre la población, sino también de las influencia que poseía en la corte y de las amenazas de la Inquisición. Debido a esta actitud la tirantez de relaciones solía ser frecuente entre ambos poderes, con mengua evidente de la autoridad de los funcionarios, aunque no, en cambio, de la autoridad teórica del rey, que la Iglesia defendía como artículo de fe, pese a que solía negarla en los hechos. Era, pues, este conflicto un síntoma más de la disociación entre los principios y la realidad.

Todo contribuía, pues, a fomentar la afirmación del espíritu autoritario durante los primeros tiempos de la colonia; nada en cambio estimulaba la creencia de que pudieran existir otras formas políticas. Empero, la realidad social de la colonia trabajaba en la penumbra creando algunos gérmenes de disidencia destinados a aflorar más tarde. La Corona reconoció —en tiempos de Carlos V— el derecho de los pobladores a elegir su gobernador cuando hubiere acefalía y hasta tanto llegaran las providencias reales. Pero esta concesión, que se basaba en el principio de que el poder provenía del pueblo y volvía a él cuando no lo ejercía aquel en quien se había delegado la soberanía, funcionó escasamente, a causa de que se estable-

cieron poco a poco los principios de reemplazo eventual entre las autoridades constituídas. Luego, a partir de Felipe II, el principio cada vez más acentuado de la autocracia real esfumó aquel derecho y el ejercicio de esa potestad pareció subversivo. Así pues, en el plano jurídico no hubo asomo de alzamiento contra la autoridad absoluta de la Corona ni asomo de doctrina alguna que insinuara la conveniencia de otra forma de vida política. En cambio, en el plano de la realidad, las formas de vida fueron creando una situación de hecho que otorgaba al colono una casi absoluta independencia del poder. El colono tenía la sensación de su orfandad, pese a la maraña de las prescripciones legales, y no vacilaba en vivir a su guisa allí donde no alcanzaba el imperio de la ley, lo cual creaba, por debajo del sistema político *de jure,* un sistema político *de facto* que comprendía extensas regiones en las cuales el colono ejercía su propia autoridad con la misma autocrática voluntad que el funcionario lo hacía en nombre del rey. Nada lo autorizaba en derecho; pero nadie podía evitarlo en la extensión inmensa de la llanura y, en rigor, apenas se notaba el hecho, excepto si se considera su resonancia y trascendencia en la formación de una peculiar psicología. Además, muy pronto comenzó a justificarse; fué el jurista León Pinelo quien comenzó a hablar en el siglo XVII del derecho a la vida, en virtud del cual parecían lícitos actos que, si constituían violación de la ley, no entrañaban la voluntad de desconocer la autoridad real. Hecho sintomático, esta actitud se manifestó, sobre todo, entre la población rural donde se acrecentaba y cobraba conciencia de su situación el grupo criollo. Oscuramente, una manera de vivir y de obrar distinta de la que prevalecía en los centros urbanos más poblados se manifestaba entre ese elemento subestimado del complejo social y elaboraba una actitud que el tiempo maduraría hasta transformarla en una tendencia política definida.

La era del colonizador es, así, la era de la formación del espíritu autoritario en todas las esferas de la vida social: autocracia real sostenida por el Estado de los Austria; autocracia de los conquistadores y de los funcionarios; autocracia del poblador rural librado a la entereza de su ánimo y a su capacidad para sobreponerse a los mil elementos hostiles. La conciencia política se manifiesta unánimemente bajo el signo de la auto-

ridad indiscutida y enérgica, ejercitada dentro de un orden inamovible y como resultado de una situación de *facto.* Para esta actitud política, todo intento de innovación es contrario al orden establecido y constituye un hecho revolucionario. La transformación de la situación existente parece atentatoria contra la seguridad general y violatoria del orden jurídico, máscara que esconde, en verdad, una situación de hecho. Por eso la colonia se torna violentamente reaccionaria frente a toda idea que implique renovación en las circunstancias económicas, sociales y políticas: porque sólo lo que existe parece que tiene derecho a existir. Simplismo político, este pensamiento se modificará en alguna de sus modalidades, pero permanecerá en otras y aflorará cuando se lo quiera reemplazar por sistemas más finos y complejos, destinados a hacer valer la voluntad general frente a la indómita voluntad autocrática de quien ejerce alguna especie de mando.

RECORDACION DE VITORIA

Por *Antonio GOMEZ ROBLEDO*

TODA conmemoración que no implique un compromiso anticipado de panegírico totalitario, debe ser principalmente una revisión serena del hombre y de la obra que los ciclos temporales, en su recurso reincidente, invitan a enjuiciar. Procediendo de esta suerte, obtendremos no sólo la visión adecuada del personaje, sino la apreciación de lo que él y su legado significan para nuestras urgencias vitales, tal y como éstas se dan en el momento justo de la recordación.

Con esta disposición espiritual quisiéramos acercarnos a la figura eternamente viva de Francisco de Vitoria, con ocasión del cuarto centenario de su tránsito.

Lo que sobre todo lo demás ha dado nombradía a Vitoria, es aquello justamente que en la hora actual se encuentra más amenazado de caducidad, o sujeto por lo menos a la más honda de la crisis. El título que nadie le disputa más al dominico español es el de creador del derecho internacional moderno, y fuera ocioso a estas alturas corroborar con lugares comunes, que otra cosa no serían, la justicia de aquella atribución. Ahora bien, el orden jurídico mundial, que estuvo a punto de zozobrar del todo con la agresión nazifascista, guarda aún, para decirlo benévolamente, una condición de convalecencia precaria en estos tiempos iniciales de la paz restaurada.

El derecho internacional, como lo propuso Vitoria y como tiene que concebirse necesariamente, es un orden normativo de coordinación entre entidades iguales, de las cuales ninguna pueda estar en condiciones de imponer incontrastablemente su voluntad a las restantes. Ya el hecho solo de que uno de los asociados pueda en cierto momento alcanzar un grado de poderío tal que haga a los demás sentirse inseguros, es suficiente para poner en entredicho la vigencia actual del orden jurídico entre todos, aun cuando no exista todavía la agresión declarada o simplemente virtual del prepotente. Basta una situación

tal para que los recelosos se coliguen contra el poderoso y le obliguen a desistir de tan desmesurado incremento. Esta fué la fecunda idea que inspiró la política del equilibrio europeo, tan denostada hoy por la ciencia política de los países imperialistas. Con todos sus abusos, únicos que sus críticos se complacen en poner de manifiesto, la diplomacia equilibrista del Concierto Europeo preservó al viejo mundo, hasta bien entrado el siglo que vivimos, de la instauración definitiva de un régimen singular omnipotente.

La situación descrita se torna peor aún cuando al predominio de hecho viene a sumarse la sanción jurídica que lo consolida y lo consagra. Pues bien: este estado de cosas es cabalmente el que prevalece hoy en el mundo con el poderío inconmensurable de unas cuantas grandes potencias, y con el voto y con el veto decisivos que les otorga la Carta de las Naciones Unidas. Dos hechos sobre todo, uno físico, el otro jurídico, definen esta dominación: el primero, el descubrimiento y empleo bélico de la energía atómica; el segundo, el veto de la Carta de San Francisco, que paraliza sencillamente toda posibilidad de cooperación internacional si así lo quiere la voluntad singular e incondicionada de las grandes potencias. La alianza de ambos factores, fuerza atómica y veto jurídico, es de tal suerte monstruosa, que con razón se propugna hoy en la Comisión de la Energía Atómica de las Naciones Unidas, como última esperanza, por crear una administración internacional de aquella fuerza cósmica, en cuyas deliberaciones y resoluciones no pueda interferir el veto. No es este el lugar de dilucidar, ni tiene importancia alguna el hacerlo en este momento, quiénes son los que favorecen esa reforma o se oponen a ella. Lo que importa es cobrar conciencia con toda claridad de que no puede ya hablarse en estas circunstancias de un derecho de coordinación, sino, con toda propiedad, de un derecho de subordinación, con arreglo al cual unos mandan y otros obedecen.

"A ningún Estado le es lícito eximirse de la obediencia del derecho de gentes", expresó Vitoria, indicando con ello que el derecho internacional, si ha de tener vigor, ha de ser universalmente constrictivo. Mas con la institución del veto, le es lícito a cualquiera de los Estados investidos de esa facultad, eximirse totalmente y sin dar razón alguna, de la observancia de la ley de las naciones. Y en otra ocasión, aplicando a la comunidad internacional, lo mismo que al Estado, los

principios democráticos que fueron siempre el alma de su doctrina, el maestro de Salamanca preconizó el voto mayoritario como la última instancia a que debe subordinarse tanto el gobierno de la república como la gestión común de los intereses internacionales. Mas en la situación actual es el principio minoritario, archiminoritario, de la más pequeña minoría, principio jurídicamente refrendado, el que domina.

No dejarán de tildarse estas apreciaciones de lamentaciones baldías, oponiéndose en contrario cualquier lugar común de esa baja literatura imperialista que tanto curso tiene desde la rendición de Yalta con las que la siguieron. Del hecho incontestable de que la paz o la guerra depende, en último recurso, del arbitrio de los Estados mayores, quiere deducirse su derecho a la dominación sobre todos los otros. De nuestra parte no tenemos el menor deseo de entrar en controversia con el llamado realismo político, porque no es ésta la ocasión, y porque, además, todo debate es imposible entre quienes no hablan el mismo lenguaje ni piensan con arreglo a las mismas categorías normativas. Nos bastará de momento con señalar el hecho de que los grandes de la humanidad, en el mejor sentido de la expresión, aquéllos que mejor encarnaron la conciencia moral de la especie, jamás prestaron la menor atención a los imperativos del realismo empírico cuando trazaron al Estado y a la comunidad internacional la suma de sus derechos y de sus deberes. En su exposición y análisis de los títulos a la ocupación de territorios americanos, Vitoria emplazó al Imperio español y a los señoríos indígenas sobre una base de perfecta igualdad jurídica, no obstante su desnivel enormísimo en todos los otros aspectos; y su objetividad llegó a tal punto que al negar la validez del derecho de descubrimiento como título de dominio, expresó sin ironía que de admitirse la pretensión de quienes lo alegaban, el mismo derecho habría que conceder a los indígenas si, al contrario de lo que sucedió, hubiesen sido ellos los descubridores de Europa.

Se dirá que, en fin de cuentas, nada importa que el orden jurídico de coordinación haya sido suplantado por otro de subordinación, con tal que, en definitiva, no tengamos un orden opresor. A lo cual responderemos simplemente que no estamos ahora procediendo a valoraciones, sino a comprobaciones. No negamos, hablando en general, que en ciertas épocas histó-

ricas el orden dominativo haya podido ser el único posible, e incluso que haya administrado la justicia con tanta o mayor perfección que un orden paritario; tal fué notoriamente el caso del Imperio romano. Pero la cuestión que ahora ventilamos se reduce a saber si en esa hipótesis podría hablarse aún de un derecho internacional, y esto es lo que rechazamos rotundamente. Habría, a no dudarlo, para esa sociedad así constituída, un derecho más o menos justo, como quiera que donde hay una sociedad hay un derecho; pero sería un derecho cosmopolita, interprovincial, o como quiera llamársele; todo, en fin, menos un derecho internacional en el sentido que esta expresión tuvo en los tres siglos corridos desde la Paz de Westfalia hasta nuestros días.

No quiere todo ello decir, naturalmente, que las *Relecciones* de Vitoria, en la parte que contienen explícitamente consagrada a la promulgación del derecho internacional, participen en todo de la caducidad que afecta, aquí y ahora, al orden jurídico entre las naciones. Las obras del espíritu tienen siempre el privilegio singular de conservar sus valores ideales intrínsecos, aunque pierdan temporalmente el prestigio accidental que les viene de ser en cierta época la forma entitativa de la realidad histórica. Más aún: las estructuras eidéticas, con sólo que sean de cierto rango, nunca dejan de continuar influyendo en el desarrollo de la historia, y hasta podría decirse que lo normal es que exista un hiato más o menos profundo entre la realidad y la esencia directriz, sin que prácticamente se llegue jamás a una impleción total de aquélla por la idea. En este sentido, las creaciones del espíritu desempeñan una función análoga a las ideas regulativas kantianas en el orbe del conocimiento especulativo, que representan las últimas síntesis, científicamente inverificables, pero hacia las cuales tiende sin cesar el progreso del saber en todos los campos.

En el peor de los casos, como lo ha destacado Jaeger a propósito de la *República* platónica, esas construcciones ideales, al abandonar su eficacia normativa sobre los objetos que formalmente pretenden regir, la trasmutan en una misión educativa individual de la más alta importancia. Sería una ilusión deplorable la de suponer que la *República* del filósofo ateniense gobierna de lejos o de cerca las contingencias políticas; pero lo que no puede disputarse es que ha sido y será siempre una

obra eminentemente formativa del espíritu de cuantos se han allegado a su lectura y meditación. Si no ha plasmado Estados, ha formado hombres —por algo concibió Platón la imagen real de la república como la amplificación de la armonía en el hombre— y váyase lo uno por lo otro.

Una función semejante están llamadas a tener las *Relecciones* de Vitoria en estos años tenebrosos. Mientras vuelven de nuevo a ser, con vigencia efectiva, la Carta de los derechos y deberes de los Estados, permanecerán siendo la obra formativa de la conciencia internacional en cuantos procuren mantenerla en sí mismos con espíritu limpio y con amor del bien. Si no pueden ser de pronto la pauta de la vida política internacional, serán uno de los hontanares de la prudencia política, de la virtud directora de los hábitos morales que cada hombre puede cultivar en sí mismo mientras las tinieblas se espesan en torno suyo. Y quizá la misma hostilidad ambiente pueda redundar en mayor aprovechamiento de sus valores sapienciales, al modo como Hegel decía que el buho de Minerva no despliega sus alas sino cuando anochece.

En fin, si en alguna parte puede fomentarse la palingenesia futura y mantener vivaz entretanto el acervo ideatorio de las *Relecciones* vitorianas, es en nuestra América, en la América española, que es hoy nada o bien poca cosa en el juego de los intereses mundiales, pero que representa la reserva ética más formidable para el día sin sombras de la justicia. Y que este destino ecuménico de Hispanoamérica se contemple y consume bajo el signo de Vitoria, es tanto más debido cuanto que la América española, en lo que tiene de más hondo y radical en el orden del espíritu, es el fruto de un movimiento ideológico ilustre, promovido en la España del siglo XVI, y en el cual ocupan un lugar de primera importancia las *Relecciones* teológicas de Francisco de Vitoria.

Todo el desencanto que podamos sentir al confrontar el pensamiento vitoriano con la realidad mundial del presente, debe trocarse en jubilosa reminiscencia cuando examinamos la idea de América —y la concreción magnífica en que plasmó— a la luz de las *Relecciones*. Este es, en la hora actual, el aspecto luminoso y positivo del ideario del genial dominico, y el que más nos interesa aquilatar en este año secular de recordación y de homenaje.

México y los pueblos de la América española nacieron a la vida internacional, en las décadas inmediatamente posteriores al descubrimiento colombino, no sólo por la ciega causalidad del choque de las armas y el arbitrio político, sino por la libre determinación del espíritu; y es esto acaso lo que hay de más singular en aquel proceso genético donde todo fué singular y único. En el principio de otras naciones basta dar cuenta de los hechos desnudos de la historia militar y política para captar al menos lo esencial del fenómeno; pero en lo que a nosotros atañe sería una visión unilateral y falsa la que prescindiese de las fuerzas espirituales, y no de cualesquiera, sino de las más nobles. En la fisonomía total con que al fin comparecieron estas naciones en el teatro de la historia universal, cuenta tanto el empirismo y las pasiones del conquistador como las directrices superiores de la inteligencia y los lineamientos precisos de una filosofía jurídica y política.

Cuenta tanto decimos, a beneficio de inventario, porque es empresa vana, sobre imposible, la de ponerse a apurar, con meticulosa prolijidad, si en el saldo total de la vida histórica del Continente y en la dinámica de sus instituciones, pesaron más o menos, correlativamente, las fuerzas civilizadoras o las de opresión, si las Leyes de Indias o la rapacidad de los encomenderos. Esta es la inacabable reyerta en que se afrontan sin fin las filias y las fobias de todo género, el indigenismo y el hispanismo igualmente desaforados. Pero lo inconcuso es que ambas potencias combatieron entre sí con todo su vigor, y que la realidad que nació de ese duelo trágico quedó sellada con la impronta de entrambas. Y hay algo, en fin, que es menester poner de manifiesto cuando se evocan los episodios de aquella contienda; algo que es acaso privativamente español, sin paralelo, que sepamos, en las empresas colonizadoras de otras naciones.

Pudo darse en otras partes también la protesta de los espíritus justicieros y hacerse oír el mensaje de los pensadores y el clamor de los hombres de bien; pero como si todo este movimiento estuviese, por así decirlo, más o menos desplazado del centro irradiador y gravitatorio de las supremas decisiones políticas. En España, por el contrario, la corriente entera de pensamiento y afán de salvación, en todos sentidos, circulaba dinámicamente en torno de los ejes gubernamentales. Pensa-

dores, filósofos, juristas, se hacían oír tanto como los políticos en los consejos del reino. El imperialista y el apóstol tenían el mismo derecho de ser escuchados, y las palabras de entrambos eran ponderadas con igual gravedad; bástenos recordar la solemne polémica entre Sepúlveda y Las Casas. Con ocupar un puesto cualquiera de responsabilidad del espíritu, podíase estar cierto de que lo que se dijese llegaba tarde o temprano a oídos del monarca. No era menester ser consejero de la Corona; bastaba con hablar desde un púlpito o desde una cátedra universitaria. No vamos, naturalmente, a tener la ingenuidad de suponer que siempre fuesen las admoniciones acatadas por el poderoso, pero la voz justiciera jamás caía en el vacío. Desde su púlpito antillano, Fray Antonio de Montesinos no sólo provocó la ira de los encomenderos circunstantes, sino la reflexión del distante monarca, haciéndole entrar en sí y convocar a sus áulicos para dictar ordenaciones más justas. Y desde su cátedra salmantina, Francisco de Vitoria agitó la conciencia del emperador, en alguna ocasión auditor de sus lecciones, y despertó en él los movimientos más diversos: primero la cólera de aquella famosa epístola recriminatoria, y luego, más sosegado y con mejor acuerdo, la demanda de señalarle misioneros para la evangelización, demanda hecha por el omnipotente señor a quien, sin otro valimiento que el de su conciencia, había osado poner en entredicho sus títulos de soberanía.

Con este vivo trasfondo es como debemos representarnos la acción y el pensamiento de aquellos varones a quienes tanto debe la América nuestra. Podrán apreciarse diferentemente sus doctrinas, según la ideología del espectador de hoy; pero nadie podrá decir que aquel movimiento haya sido un manifiesto académico sin resonancias profundas en los sucesos de la época.

De todo aquel grupo, pues, de los que podemos llamar los fundadores de la americanidad, porque reclamaron para el nuevo mundo y sus habitantes el mismo patrimonio ético y jurídico del europeo, continuamos creyendo hasta hoy que Francisco de Vitoria ostenta el primado. En ningún otro encontramos, hasta donde conocemos, una tan sólida y sistemática articulación de todo el saber de su tiempo juntamente con la originalidad de ponerlo al servicio de la libertad de América. En otros sobresale ciertamente el heroísmo de la

acción; pero en ninguno resplandece tanto la luz de la inteligencia. No hubo en Vitoria, quizá, al menos no tan manifiesto, el amor visceral por los indios de Don Vasco o Las Casas. Vitoria, a lo que parece, era más bien de un natural templado y de cierta remisión pasional, como lo son ordinariamente los hombres en quienes predomina fuertemente la vida intelectual. Al tratar los problemas americanos, examina con la misma pulcritud y objetividad los títulos de soberanía, tanto los legítimos como los ilegítimos, sin cuidarse de otra cosa que de dar a cada parte la justicia. Pero si, con todo esto, insistimos en reconocerle el primado, es porque pensamos, llevados quizá de una filosofía intelectualista que no tenemos por qué disimular, que la inteligencia es la que en definitiva lo gobierna todo. Lo gobierna, claro, cuando las cosas andan bien; que cuando andan mal se debe precisamente a que el mando está en manos de las potencias irracionales, lo cual no es gobierno, sino desgobierno.

Si los hispanoamericanos somos deudores en la medida en que lo somos a hombres como Montesinos y Las Casas, es cabalmente porque la inflamada elocuencia de ellos y de otros muchos no era sólo cosa de pasión y sentimiento, por muy nobles que los supongamos, sino porque lo que prestaba consistencia y valor de eternidad a su predicación era la cultura filosófico-teológica que había derivado hasta ellos, directa o indirectamente, de las universidades españolas, notoriamente de la Universidad de Salamanca, cuya cátedra más ilustre estuvo regentada durante veinte años decisivos por Francisco de Vitoria. Es notable comprobar, por ejemplo, cómo el *De unico vocationis modo* de Las Casas contiene sustancialmente las mismas tesis cardinales de las *Relectiones de Indis* de Vitoria, y cómo es una y la misma, en su fondo común, la metafísica y la antropología que a ambas obras les sirve de sustento. Vitoria, en suma, fué el maestro y guía, de muchos conocido, de los otros mediante sus discípulos, de la generación misionera y docente que pasó a tierras americanas en la época más crítica de la colonización. No creemos que sea preciso decir más para hacer patente su singularidad excepcional.

Es difícil para un heredero, en el orden espiritual al menos, justipreciar debidamente el caudal hereditario que ha llegado hasta él, sobre todo cuando lo ha usufructuado desde

tiempo ancestral. Tenemos los hispanoamericanos tan medularmente arraigada la conciencia de nuestra dignidad internacional y humana, que nos sentimos tentados a creer que todo ello lo tuvimos nativamente o a lo más como otro cualquier resultado forzoso del devenir histórico. Las cosas, en realidad, pasaron muy de otra manera. La escuela española del siglo XVI, con Vitoria a la cabeza, hubo de vencer un obstinado combate para obtener al fin que a los habitantes del nuevo mundo se les reconociese sin restricción alguna su condición de hombres y que fuésemos hoy lo que somos, y no indonesios o hindúes. Conocemos la historia de las fundaciones políticas del nuevo mundo, sus batallas y episodios; pero la historia de esta otra lucha tremenda, librada en los cielos de la inteligencia, empieza apenas a escribirse fragmentariamente en nuestros días, y aún nos falta mucho para acabar de configurar su visión total.

No fué uno, sino dos por lo menos: el cesarismo y la teocracia, los antagonistas a que hubieron de hacer frente Vitoria y sus correligionarios. Ambas tendencias, inspirándose en diversas motivaciones, unas más nobles, otras más ruines, pero errando una y otra en sus aplicaciones prácticas, disputaban al hombre americano el goce y ejercicio de sus derechos primordiales.

El cesarismo, de una parte, apelaba al pensamiento grecolatino. Interpretando torcidamente los textos aristotélicos y acogiéndose a la alta autoridad del Filósofo, sostenía que entre los pueblos unos están llamados al señorío y otros a la servidumbre. En su extremo más vicioso, el cesarismo llegaba hasta negar a los indios su condición de seres racionales.

La teocracia, a su vez, pretendía ser la vocera de la tradición cristiana, pero estaba muy lejos de representar la doctrina oficial de la Iglesia. No concebía que, después de la venida del Redentor, pudiese haber en el mundo otra sociedad, otro orden, otra justicia, otra autoridad, otro derecho, que el emanado de Cristo al instituir la Iglesia. Decíase que Cristo había asumido también en cuanto hombre, en potestad y en ejercicio, el reinado temporal del universo, y que había delegado en el papa la plenitud de su autoridad, no sólo espiritual —lo que nadie contradecía— sino civil y política. Consiguientemente, los defensores de la teocracia interpretaban las bulas

alejandrinas como títulos perfectos de soberanía en favor de sus beneficiarios. Y con o sin las bulas, allanaban por otras vías el dominio de los príncipes cristianos sobre los infieles, sosteniendo, por ejemplo, que la soberanía y la propiedad privada se perdían por el pecado, o que la conquista armada y la desposesión de los antiguos señoríos se justificaban en razón de hacer expedito el camino para la cristianización de los naturales. Y por último, mediando o no la invasión violenta, el bautismo había de administrarse, a juicio de tales doctrinarios, compulsoriamente a los infieles o por lo menos a sus hijos aún infantes, aun contra la voluntad de sus padres. Así lo había sostenido sin vacilaciones Escoto, uno de los más destacados portavoces de estas doctrinas, uno de los que más resueltamente sacrificaban el derecho natural en aras del derecho divino. Escoto se daba bien cuenta, por lo demás, de que con tales conversiones coactivamente impuestas se fomentaría grandemente la simulación y luego la herejía pero se daba por satisfecho si en la tercera o cuarta generación acababan por ser cristianos sinceramente, y concluía con que en todo caso obraría el príncipe piadosamente forzando a los adultos a recibir la fe. La tendencia teocrática, en suma, en sus diversas manifestaciones, podemos caracterizarla en general como la absorción de lo natural en lo sobrenatural, de lo político y civil en lo religioso, del Estado en la Iglesia.

Vitoria pudo oponerse victoriosamente a todas las doctrinas de que acabamos de dar cuenta, y que en aquel entonces tenían aún extraordinario vigor, porque supo discernir el núcleo primordial de que todos aquellos errores procedían, y estaba él a su vez en posesión de un sistema teológico, filosófico y jurídico del que partían las directrices precisas para cohonestar la empresa misionera con la libertad del gentil.

A fuer de dominico, Vitoria profesaba la doctrina de Santo Tomás, la cual, en lo que hace a nuestro actual propósito, tiene como rasgo típico el de afirmar la validez del orden natural con relación al orden de la gracia, manteniendo intactos los fueros de ambos con un equilibrio y una ponderación que es verdaderamente uno de los prodigios de la inteligencia humana. A juicio de Santo Tomás, ni el pecado original por una parte, ni por la otra la restitución del hombre a su destino último por obra de Cristo, habían invalidado los atributos esen-

ciales de la naturaleza humana en cualquier hombre que fuese, cristiano o gentil, con todas las consecuencias que de ellos podían derivar para la vida personal y social. Procediendo a un cuidadoso análisis de todos los efectos del pecado original, Santo Tomás distinguió claramente tres cosas, a saber: lo que el hombre perdió totalmente por su caída, lo que quedó tan sólo debilitado, y lo que, en fin, quedó intacto. Lo primero fué el don de la justicia original; lo segundo la inclinación virtuosa (y no en su raíz, sino en el término del acto) y lo tercero, lo que Santo Tomás llama el *primum bonum naturae,* o sean los principios constitutivos de la naturaleza humana, de los cuales el hombre no se vió privado por el pecado, ni siquiera sufrió mengua alguna en su posesión plenaria. *Primum bonum naturae nec tollitur nec diminuitur per peccatum.* Y en el otro extremo, en lo que atañe a los efectos de la Redención, Santo Tomás afirmó también rotundamente que el derecho divino, procedente de la gracia, no suprime en modo alguno el derecho humano, que se funda en la razón natural. *Ius divinum, quod est ex gratia, non tollit ius humanum, quod est ex naturali ratione.*

De estos principios, cuya fundamentación radical sería imposible exponer en este lugar, Vitoria desprendió con rigurosa evidencia todas las normas que debían gobernar el nuevo fenómeno de los descubrimientos ultramarinos. No procedió por sentimentalismo, por amor al desvalido, o por otro motivo cualquiera de este linaje, sino por el vigor de la razón y la conciencia del derecho; y de esta suerte, los pueblos americanos vimos establecida nuestra dignidad nativa no como una generosa donación, sino como el reconocimiento de lo que por derecho nos pertenecía. No fuimos libertos, sino ingenuos, desde el primer instante de nacer a la vida internacional.

A todas las situaciones y problemas arriba enumerados, de cuya solución dependía la libertad o la servidumbre del hombre americano, Vitoria aplicó la filosofía tomista de la subsistencia del orden natural, punto por punto. Si el hombre no había perdido por el pecado su dominio sobre los bienes ni su libre determinación política, seguíase que los indios eran verdaderos señores de sus tierras, pública y privadamente. Si las sociedades temporales subsisten después de la fundación de la Iglesia, había que decir, como lo dijo Vitoria, que ni el empe-

rador cristiano era dueño del mundo, ni tampoco el papa podía originariamente conceder las tierras de los infieles a los príncipes católicos. Y si, por último, el derecho divino no invalidaba el derecho humano, la consecuencia forzosa era que no podía administrarse compulsoriamente el bautismo a los infieles, ni a sus hijos aun no llegados al uso de razón contra la voluntad de sus padres, pues semejantes actos serían violatorios de la libre determinación de la voluntad en los adultos o, en la segunda hipótesis, del derecho natural de los padres sobre sus hijos que aun no tenían voluntad propia en ejercicio. La dignidad humana es cosa tan alta para Tomás de Aquino y Francisco de Vitoria, que ni la salvación eterna justifica su atropello. El infiel, en suma, tenía los mismos derechos del cristiano. No tenía privilegios, es verdad, pues si no los daba la fe, no había por qué reconocerlos a la gentilidad; no podía estorbar la pacífica predicación del Evangelio ni obligar a volver a sus antiguos ritos a los libremente convertidos. Si cometía estos actos, injuriaba a la república cristiana y se hacía, esta vez con justicia, pasible de represalias. Pero mientras permitiese la propaganda religiosa, cualquiera que fuese (¿no es éste también un derecho reconocido en toda democracia moderna?) nadie podía atentar al señorío del príncipe legítimo ni a la libertad de sus súbditos.

Estas son, y no otras, las verdaderas raíces históricas del moderno derecho de autodeterminación de los pueblos, que no es ninguna invención wilsoniana, ni cosa que se le parezca, sino tesis prominente entre las muchas salvadoras sentadas por los maestros españoles del siglo de oro. A ningún pueblo puede disputarse el derecho de disponer de sus propios destinos como mejor lo entienda, desde el momento que todo hombre, cualquiera que sea, conserva expedito el dominio sobre los bienes inferiores. De ser cierta la doctrina contraria, arguye Vitoria, también este dominio se perdería, por ser un don de Dios, y más directamente que la potestad civil, cuya base próxima es el derecho humano. Pero ninguna se pierde, porque, como dice Vitoria, el hombre pecador no deja de ser imagen de Dios, pues si bien se aparta por el pecado de su destino sobrenatural, conserva empero su alma racional y sus potencias, la inteligencia y la voluntad, y con todo ello el reflejo remoto, pero fiel, de la inefable vida trinitaria. Todo esto lo defiende Vitoria oponiéndose a Wicleff el hereje, para el cual

el dominio y la soberanía no se dan sin la gracia. Pero ésta, dice Vitoria, es manifiesta herejía *(haec est manifesta haeresis)* o sea que un católico no puede sostener que la propiedad de los bienes ni el poder político dejen de ser legítimos por el pecado.

Con no menor desembarazo opúsose el maestro a los argumentos del cesarismo, sobre todo al capital y tan socorrido de ser los indios *gens nata ad servitutem.* Sin atacar la autoridad del Filósofo, Vitoria demuestra que jamás fué la mente de Aristóteles que los que poco valen de ingenio sean esclavos por naturaleza y carezcan del dominio de sí mismos y de sus bienes, sino que lo que quiso decir fué que a los hombres rudísimos y a los pueblos de verdad bárbaros les es conveniente la alta dirección de los mejor dotados, pero sin despojarlos por ello de su patrimonio ni de su libertad. Mas Vitoria tenía en tan subido aprecio la independencia política de todas las naciones, que sin condenar del todo esta posible misión de tutela temporal, tampoco se atrevió a admitirla sin reservas, y dejó el punto sin resolverlo, cuidándose, eso sí, de dejar bien claro que todo ello debía ser transitorio y hacerse en bien y utilidad de los indios, y no en provecho de los españoles, sin que por motivo alguno pudiera transformarse tal estado de cosas en conquista perpetua. Y lo que en definitiva resultaba de todos los títulos que examinó el maestro, los legítimos, los ilegítimos y el dudoso, era que los descubridores no llevaran consigo ningún título originario de soberanía, y que, por tanto, estas naciones nacieron plenamente libres a la vida internacional y jurídicamente iguales a las del resto del mundo.

He ahí en su fuente primigenia y en abreviada síntesis los principios y normas que luego fueron alma y vida de los pueblos hispanoamericanos. En estos días particularmente nos place recordar el triunfo, no ya latente o demorado, sino inmediato y ostensible, que obtuvieron las proposiciones de Vitoria en la colonización de las Filipinas. Esta es ciertamente una página de gloria en la historia de las empresas del espíritu humano por conformar a sus leyes la realidad histórica. Ha sido el gran vitorianista norteamericano, James Brown Scott, entre otros, quien la ha puesto de manifiesto, destacando notoriamente la consulta hecha por el gobernador de Luzón a los teólogos-juristas antes de llevar adelante sus expediciones, y los métodos pacíficos empleados en lo general en el desarrollo

de la colonización, no obstante el hecho de haber sido sin duda pueblos por todo extremo bárbaros los que habitaban el remoto archipiélago.

Nos es grato, decimos, hacer memoria de aquellos episodios, porque precisamente este año conmemorativo de Vitoria coincide con el del advenimiento de la Comunidad Filipina al pleno ejercicio de sus derechos soberanos entre los Estados del mundo. No escatimamos ciertamente al Gobierno de los Estados Unidos el honor y el mérito de la fidelidad a la palabra empeñada; pero es incontestable también que no han otorgado su independencia a la nación filipina como graciosa merced, sino que han reconocido lealmente el derecho de un pueblo maduro para la vida política. Un derecho que, como el nuestro propio, actualizado hace más de un siglo, proviene también de la conciencia primitiva de nuestro ser nacional, que fraguó en el humanismo español del siglo XVI, y que arraigó no sólo en la América geográfica, sino en esa otra Hispanoamérica del extremo Pacífico, en esa última avanzada nuestra en el mundo asiático que es la Comunidad Filipina. Hispanoamérica no tiene hoy en día otro irredentismo fuera de Puerto Rico, cuya liberación llegará, tarde o temprano. Con esta sola dolorosa excepción, no hay hoy más vasallos de potencias extranjeras en todo el mundo donde se habla español. Por algo dijimos antes que éste es, en la época presente, el legado imperecible de las *Relecciones* de Francisco de Vitoria. Y al hacer memoria de ellas y de él, la América española, de su origen primera esclarecida, cobra nueva energía para el desempeño de su vocación.

ASPECTOS INEDITOS DE LA VIDA DE FRAY SERVANDO EN FILADELFIA

Por *J. M. MIQUEL i VERGES*

Los *Escritos Inéditos de Fray Servando Teresa de Mier,* recientemente editados por "El Colegio de México", invitan al comentario y suscitan una serie de cuestiones de tipo histórico, importantes algunas de ellas para apreciar la psicología del inquieto dominico, figura originalísima del siglo XIX mexicano, siglo de contornos precisos, que lo hacen inconfundible entre todos los que se sucedieron desde la Conquista. América se debate, ansía algo, y en esta inquietud de ser, produce de un extremo al otro del continente las grandes figuras del ochocientos, los hombres que consiguen que el mundo vuelva los ojos hacia América, pero no los ojos de la Europa ansiosa de riquezas y de lucro, sino los de los reformistas, de los filósofos, de los escritores y militares, de toda una generación que ha comprendido al fin que el cataclismo francés resultó algo más que un trastorno: fué la agonía convulsa y trágica del renacentismo, coincidente con la Conquista.

A los nuevos hombres les toca trazar sobre un mundo casi espiritualmente desierto a causa del criterio gubernamental de limitaciones culturales las perspectivas del futuro, y éstas, claro está, contrapuestas a la rutina de los siglos, a las instituciones, a la organización política de unos pueblos que, al pensar de algunos representantes de las Cortes de Cádiz, eran poco menos que fantasías creadas por la imaginación calenturienta de los insurgentes. Lo curioso, no obstante, es que en los estudios monográficos de la época y en los esbozos biográficos de los personajes que la forman, no descuelle la ecuanimidad ni haya asomado tampoco, sino en rarísimos casos, el espíritu crítico moderno que llega al análisis de los designios. Así Bolívar nos aparece contradictorio entre dos ensayos históricos e Iturbide cruel, bondadoso, abnegado o de ambiciones

desmedidas, según la pluma que ha ido perfilando los episodios de su vida, y fray Servando, genial e inconmensurablemente grande en más de un folleto e impropiamente pintoresco en su más reciente biografía. Pensamos que no merecen ni lo uno ni lo otro y que sus vidas y sus obras, especialmente hablando del P. Mier, aguardan un estudio concienzudo que las salve para siempre de interpretaciones que ellos mismos rechazarían. Fray Servando fué uno de los inquietos del siglo y merece que se le conozca bien, aunque este conocimiento duela al apologista y hiera al detractor. No pensamos, no obstante, que la pincelada que tracemos sea ni de mucho suficiente para pintarlo tal y como fué, pero sí ambicionamos esbozar en un período su alma y su vida.

La mayor parte de los estudios sobre fray Servando, empezando por el del Dr. José Eleuterio González, se han basado en las *Memorias* que dejó escritas en la Inquisición de México cuando permanecía en sus cárceles después de la aventura desventurada de Javier Mina. Algunos comentaristas, y de una manera especial Alfonso Reyes, han sabido entresacar de los hechos relatados pedazos palpitantes de su autor y presentarnos, en relieve, ambiciones y dolores de su alma. Hay, no obstante, mucho que rectificar, porque en estos nuevos textos, también escritos en su mayor parte en la cárcel lúgubre de San Juan de Ulúa, que él llama con expresión feliz "región de los muertos", expone diversos hechos que no sólo están en pugna con mucho de lo que hasta hoy se ha dicho de Fray Servando, sino con lo que se ha escrito de la época y de los episodios en ella enmarcados. El libro a que nos referimos los estudia y analiza con más o menos acierto, ya que es difícil llegar a conclusiones definitivas, no sólo por el embrollo de los escritos sino por la personalidad atada a las intrigas que, desde muy joven, maltrataron su vida e hicieron mella en su alma. Esta revivencia de fray Servando a la cual han contribuído, además del libro citado, Armando Arteaga y Santoyo con su notable bibliografía del P. Mier, valorada con notas críticas de la más alta calidad; Edmundo O. K'Gorman con su *Fray Servando,* sin olvidar estudios anteriores aunque recientes, uno de ellos debido a Vito Alessio Robles, constante seguidor de sus infortunios, invita a aportar todavía aspectos inéditos del personaje, especialmente los de un período poco

estudiado y por el cual tuvo el propio Fray Servando un silencio harto raro en un hombre tan locuaz. Nos referimos a su estancia en los Estados Unidos desde junio de 1821 a febrero de 1822.

Antes, no obstante, sinteticemos la causa de este imprevisto viaje a Norteamérica, imprevisto y, por lo tanto —aunque esto alcance valor de paradoja— normal y corriente en su vida, tejida siempre de hechos impensados que como ha escrito O. K'Gorman, han hecho sucumbir a todo ensayista que de él se haya ocupado en la tentación que representa "una vida como la suya".

Entra el padre Mier en la Inquisición de México, después de haber sido preso por las tropas realistas de Arredondo en Soto la Marina, el 14 de agosto de 1817; permanece allí casi tres años, fructíferos para él, ya que escribe sus famosas *Memorias,* magníficas en algunos aspectos y que han de ser, con el tiempo, deleite de investigadores y literatos. El 30 de mayo de 1820 entra en la Cárcel de Corte, de donde es sacado al mes escaso para la tristemente célebre fortaleza de San Juan de Ulúa, en cuyos muros penetra —según sus *Escritos Inéditos*— el 3 de agosto. No recibirá mal trato del gobernador del castillo, José Dávila, inclinado incluso, debido a la amabilidad de que hacía gala el antiguo dominico, a ponerle en libertad. Incansable con la pluma, casi con la sola ayuda de su memoria portentosa, relata hechos, cita textos diversos y artículos de la Constitución de Cádiz, entonces en vigor, y a través de la cual intenta probar la arbitrariedad que con él se comete; de pasada escribe sobre la historia de su antiguo Anáhuac, sobre los indios, las castas, los privilegios de la época colonial, sobre la guerra por la independencia y, manuscrito importante, sobre su intervención en el episodio de Mina. Pero todo ello le es, a no dudar, contraproducente: las autoridades realistas temen más su pluma que a algunas armas insurgentes y piensan al fin desembarazarse del P. Mier embarcándole en una corbeta que parte de Veracruz para España el 3 de febrero de 1821. "Yo fuí padeciendo mucho —escribe Mier— como siempre en el mar y aunque llegué muy enfermo y el físico del buque dió de ello certificación por escrito, fuí llevado inmediatamente al Morro donde me daban dos reales diarios que no quise recibir porque no alcanzaban para nada, pues el país es tan

caro como Veracruz, donde aun no sufragaban los cuatro que me daban".

En la fortaleza del Morro, con una negra y quizás peor historia que la de San Juan de Ulúa, permanece el P. Mier más de treinta días. Como siempre en tales casos, coge la pluma y escribe su protesta usando de los mismos argumentos con los que había ablandado casi el corazón de José Dávila y, aprovechando la primera visita que al castillo realiza el capitán general de Cuba, Nicolás de Mahy, soldado endurecido en la guerra napoleónica, le presenta personalmente el escrito. Había en él, además de solicitar que no se le embarcase para España, aduciendo entonces que de realizarse el atropello peligraba su vida —según certificado adjunto del físico de la goleta que le había conducido a La Habana— el ruego de ser trasladado al hospital de San Ambrosio. Se accedió a que pasase al hospital pero al mismo tiempo se le prevenía que sería embarcado en la fragata "Pronta", que estaba para zarpar.

¿Cómo va a tolerar el padre Mier tal atropello? A pesar de sus achaques conserva el ingenio, la habilidad particular y verdaderamente notable de salirse de las situaciones más comprometidas, practicada con singular fortuna desde sus años mozos, y consigue —no nos dice cómo— un pasaporte a nombre de Mariano Cosío con el cual, después de huir del hospital, aborda la fragata de vapor "Robert Fulton" que lo ha de llevar a los Estados Unidos. ¿Y el peligro que representaba para su vida un viaje por mar? ¿No había esgrimido esta razón frente a las autoridades españolas para permanecer en América? Indudablemente piensa que el posible lector de sus escritos le creerá insincero y entonces, con aquella ingenuidad magnífica que de vez en vez asoma en sus textos, escribe que el vapor "Robert Fulton" resulta tan cómodo que es como ir uno paseando dentro de su cuarto".

Esto sucede a fines de mayo de 1821; permanece en los Estados Unidos hasta febrero de 1822, fecha en la que regresa a su patria creyéndola independiente en su totalidad. José Dávila, que retiene todavía Veracruz, lo encierra de nuevo en San Juan de Ulúa y no le da, por cierto, el trato que recibiera un año antes: su cárcel es ahora "la prisión de San José, ancha de cinco pasos, larga de ocho y abrasada del sol que el día entero la baña, sin comunicación alguna hasta el día, con una

guardia a la puerta de 17 hombres cuyo ruido no me deja reposar ni de día ni de noche...".

¿Qué ha sido de él durante su estancia en los Estados Unidos? Poco nos dice el P. Mier de ello cuando en San Juan de Ulúa toma de nuevo la pluma para ir trasladando al papel las protestas de su nuevo cautiverio, pero en Norteamérica han quedado recuerdos de su estancia, impresiones de su inquietud, testimonios de su carácter contradictorio, que debieron producir efectos contrapuestos. He aquí el aspecto olvidado, quizás por poco conocido, y que intentaremos, aunque sea en detalles sueltos y en apreciaciones subjetivas, susceptibles por lo tanto de yerro, entresacar del silencio de tantos años.

Apenas llega el P. Mier a Filadelfia —estamos en junio o julio de 1821— reemprende su campaña en favor de la independencia de la Nueva España. Ha hablado mucho de ello desde cuando en Inglaterra iniciaba su labor a fin de crear un ambiente favorable a la emancipación de su patria, ambiente que se ha de formar con gran lentitud a pesar de que en aquella época (después de 1814) residía en Londres la flor y nata del liberalismo español, huído del absolutismo fernandino, perseguidor de los hombres de pluma y de espada que hubieran puesto sus armas al servicio del liberalismo, ideal que con matices de verdadero espantajo intranquilizaba por igual a timoratos y a conservadores. Blanco White (José María Blanco y Crespo), Antonio Puig Blanc y otros refugiados alentaron el anhelo de emancipación que expandieron José Alvarez Condarco, por Chile; Andrés Bello, López Madoz y el mismo Simón Bolívar, por el gobierno central de Caracas, y el P. Mier por la Nueva España, virreinato que no había despertado todavía en Inglaterra el interés que su lucha reclamaba. Sus dos *Cartas de un Americano al Español* (1811-1812), publicadas en el periódico de Blanco White, quebraron la indiferencia; su obra *Historia de la Revolución de Nueva España* (1813), vino a ser como la estela luminosa que guiaría, cuatro años después, unas naves tripuladas por aventureros y soldados, unos románticos de la espada, otros románticos del ideal literario, todos dispuestos al sacrificio por la justicia de la causa americana, tema apasionante en la Inglaterra de Jorge III, aunque en verdad el gran interés del libre

comercio con las colonias españolas explica más que las doctrinas de la época la particular estima que los hombres públicos de la Gran Bretaña dispensaron a los inquietos americanos que arribaron a sus costas a propagar el ideal revolucionario de unas patrias que nacían.

Y desde entonces el P. Mier no ha cesado de insistir, ora en la conversación —que imaginamos de gracia y agudeza extraordinarias—, ora con la pluma, arma magnífica que coadyuvará, quién sabe si superándola en eficacia, con la que esgrimieron algunos insurgentes en el campo de batalla. Así le vemos siempre, hasta viejo, en cárceles y en destierros, encorvado sobre la mesa, escribiendo sin fatiga y propagando la causa de su Anáhuac, tierra gloriosa, digna de una mejor suerte de la que le dieron los conquistadores, "apóstoles de cimitarra" como les ha de llamar el propio Mier en una de sus tantas frases en que compitiendo la gracia con la ironía descubren, más que los estudios biográficos, su temperamento, fortalecido en la adversidad y matizado por la sátira que de siempre ha asomado en muchos de los hombres que han vivido el dolor de persecuciones y destierros.

En Filadelfia se encuentra de momento muy solo y, lo que es peor, con un ambiente de intrigas al que sin duda está ya acostumbrado, pero que ha de pesar sobre su ánimo y más que sobre su ánimo en su cuerpo envejecido prematuramente a los cincuenta y ocho años, y como dice él mismo, "estropeado". Esta soledad inicial no le ha de agobiar por mucho tiempo, ya que, aun cuando no nos descubra nunca nada referente a su estancia en la ciudad norteamericana e incluso pase en uno de sus escritos ("Exposición de la persecución que ha padecido desde el 14 de junio de 1817 hasta el presente de 1822, el doctor Servando Teresa de Mier, Noriega y Guerra, etc.") de su huída de La Habana a su regreso a Veracruz "a descansar de veintisiete años de persecución tan injusta como atroz" —como escribe él mismo— hay bastantes datos para ir de ellos entresacando su vida en aquellos meses olvidados. Lo primero que hace es preocuparse del ambiente que en los Estados Unidos hayan creado los últimos acontecimientos de México: lee los periódicos "en los que halla una reprobación general de tal plan" (se refiere al de Iguala) y de los cuales muchos afirman que era el colmo de la imbecilidad "o el des-

enredo digno del entremés miserable que estaba representando la América española..." Habla con algunos americanos destacados, interesados por la suerte de México y, claro está, se da a conocer por su ingenio, talento y aquella gracia especial que debió poseer y que en sus escritos resulta chocante para cualquiera que estudie su figura, traducida siempre en un afán desmedido de que se aprecien sus dotes que ha de juzgar invariablemente relevantes y causa fundamental de sus males y trasiegos. ¿Cómo no había de interesar su figura aristocrática, su fama de patriota desventurado, su condición eclesiástica a la que juntaba —y esto sí que él mismo cuidaba de pregonar— la dignidad de Protonotario Apostólico? Un libro acabado de aparecer en los Estados Unidos ayudaba a despertar interés por el recién llegado; era el que con el título de *Memorias de la revolución de México y de la expedición de Francisco Javier Mina* había publicado William Davis Robinson con singular fortuna, libro que había de ser también causa para que los malquerientes del P. Mier entresacaran de él, en la República del norte, que en todos los países tuvo enemigos, dardos para herirlo o desacreditarlo.

Que su llegada atrae la atención viene a decírnoslo alguno de los textos por él escritos en Filadelfia, más de uno debido a la cortesía de un informe sobre la verdadera situación de su patria, solicitado por personas de la población, quizás desorientadas por los últimos sucesos. Nada tan elocuente en este sentido como las primeras palabras de un manuscrito suyo: "Acaba de llegar a Filadelfia el doctor D. Servando de Mier (Meers), escritor célebre, descendiente del último emperador de México Cuatemotzín. Fué con el general Mina a México y vuelve con la noticia de estar casi enteramente libre todo aquel reino que los antiguos mexicanos llamaban Anáhuac y los españoles han llamado Nueva España. Se le ha pedido detalles de lo ocurrido y nos ha dado la exposición siguiente..." Y su informe, no habría necesidad de exponerlo, es un canto apologético a los insurgentes y una crítica severa de los españoles. Sobre todo de las autoridades virreinales que por tanto tiempo dominaron su patria.

Pero lo que les interesa a los norteamericanos, lo que despierta en ellos un interés vivo es el cambio total del panorama político de México después del golpe de fuerza o pro-

nunciamiento típicamente español de Iturbide. ¿Qué va a suceder? El P. Mier intenta satisfacer esta curiosidad diciendo que el Plan de Iguala "se ha visto en México como una farsa que ha parecido necesaria para evitar la nota de rebeldes y hacer entrar en él a todos los partidos y a los españoles mismos..." Esto escribe en uno de sus textos, pero quien más intranquilo está es el propio Mier, ya que rehace y vuelve a rehacer este su informe —hemos hallado hasta tres textos sobre el mismo tema—, pues a cada nuevo estudio del plan ve más y más probabilidades de que se establezca en México, de acuerdo con lo estipulado en Iguala, una monarquía borbónica. ¿El nombre de Iturbide, encabezando la última etapa insurreccional, no daba pie a todas las dudas? Así en uno de sus informes —ignoramos si fué el definitivo— arremete contra los monarcas, señalando el despotismo de los reyes, crítica nacida sin duda del temor de ver entronizado en México a un miembro de la casa de Borbón. Además sabía, y esto ayudaba al recelo, las soluciones monárquicas que los mismos diputados americanos proponían a las Cortes de España, punto en el que podía estar tranquilo ya que España, orgullosa, olvidando el curso de los acontecimientos, había de rechazar de plano cualquier innovación que modificara su poder político en América, como vendrá a pregonarlo, a no tardar, Fernando VII con sus burdos manejos en favor de una alianza europea que reconquistara para él sus vastas y añoradas colonias en América. No deja de insistir el P. Mier en sus informes sobre las riquezas de México a fin de despertar el interés de los Estados Unidos por su independencia, después de la cual —dice en un texto— "yo les aseguro que no sólo será república, sino confederada a los Estados Unidos". Informes escritos con precipitación como viene a demostrarlo el hecho no frecuente en él de confundir algunos nombres (Juan Pérez por Antonio Joaquín Pérez, obispo de Puebla; Miguel Iturbide por Agustín de Iturbide) y en los que no ha de faltar tampoco el ansia de figurar él en primer plano de los acontecimientos, faceta de megalómano, muy acentuada en sus textos y que ha desviado a muchos comentaristas por un camino de su personalidad que, afortunadamente, no era el único. No nos despistemos también nosotros en omitirlo. Resulta así fuera de tono que en el informe, después de decir pestes de los reyes de

Europa "que no tienen más derecho en América que los de los ladrones y salteadores", recuerde que en México hay muchos descendientes de las treinta familias reales que "componían el Imperio mexicano y yo soy uno", y que intente hacer creer que su llegada a los Estados Unidos obedecía, principalmente, a una inteligencia con Iturbide a fin de ayudar, desde el norte, a sus designios. Ninguna relación podía tener con el futuro emperador de México, ya que Iturbide escribe a Guerrero, ofreciéndole el indulto, rechazado por el incansable patriota, el 1º de enero de 1821; por segunda vez el 4 de febrero, o sea un día después de que el P. Mier se embarca desde Veracruz para España y llega a La Habana, donde es encerrado en El Morro. Por su estancia en la fortaleza, descrita en *Exposición de la persecución...*, deducimos que ni directa ni indirectamente podía estar en relación con los jefes insurgentes, mayormente cuando le preocupaba tanto en aquel momento su seguridad personal. Pero estas cosas son tan propias de Mier como su ingenio y erudición y sólo Dios sabe de qué ardides debió valerse para hacer creer a los americanos su misión de diplomático oficioso. ¿Quiénes eran estos americanos? Sabemos de uno, por cierto muy destacado, con el cual Mier entró en comunicación exclusivamente por asuntos políticos: Manuel Torres, político colombiano, refugiado desde años en la gran República del Norte.

Las noticias de México sorprendieron sin lugar a dudas a los políticos norteamericanos que habían apreciado la situación militar de las colonias sublevadas mucho más delicada a principios de 1821 que a últimos de 1820. Además, suponiendo que triunfase la revolución ¿no iba a desembocar todo aquello en la anarquía? ¿Qué estructura política levantarían los nuevos Estados? No hacía mucho que Henry Clay había dicho, hablando de la cuestión, palpitante en los Estados Unidos: "No he visto aún ninguna probabilidad, ni la veo ahora, de que establezcan (las antiguas colonias) instituciones de gobierno libres o liberales. No es probable que con su ejemplo fomenten el espíritu de libertad o de orden. Carecen de los requisitos más elementales de un gobierno bueno y libre. El poder arbitrario, militar y eclesiástico, está impreso en su educación, en sus hábitos y en todas sus instituciones". Por eso vemos al P. Mier desenredando o intentando desenredar

la madeja política que desde su patria había llegado hasta Filadelfia para sumir en confusiones a los que simpatizaban y hasta alentaban la guerra que México sostenía por su independencia. El primer contacto político lo tiene con Manuel Torres, representante oficioso de Colombia y antiguo propagandista de la causa americana.

Torres está como el P. Mier, envejecido prematuramente por su lucha contra la tiranía española que repugnaba a su mentalidad en la que asomaba ya el matiz del liberalismo ochocentista cuando desde muy joven, perseguido por el Gobierno español, se refugiaba en los Estados Unidos a propagar la justa causa de la libertad de las colonias de América. Al conocer al P. Mier, Torres no cuenta más que cincuenta y cinco años, pero inválido, próximo a la muerte que adivina cerca, habla con el insurgente mexicano con la emoción del éxito momentáneo de México, aunque sus dudas para el porvenir se manifiesten en preguntas, en la solicitud de informaciones entre las cuales no ha de faltar la del sentimiento monárquico de México, incógnita cruel para Torres, enemigo de la institución hereditaria y, además, muy entusiasmado por su programa utópico de una gran América latina confederada y dividida en tres grandes departamentos, idea de mucho estimar en aquel momento en que cada virreinato o capitanía general pensaba exclusivamente en su problema y en su resolución inmediata. Torres, español de nacimiento, debió encontrar en el P. Mier el más entusiasta americano que jamás compartió sus ideas; la inteligencia de Fray Servando, su facilidad de palabra, sus dotes personales ayudarían a crear una simpatía que explica un cambio recíproco de ideas, testimoniado en un escrito del P. Mier, fechado en Filadelfia *(La América Española dividida en dos grandes departamentos, Norte y Sur o sea Septentrional y Meridional)* en el que se aprecia —si es que Fray Servando no poseyó notas de Torres— la impresión que las ideas del viejo luchador produjeron en su ánimo. Sobre este escrito ya exponíamos nuestras dudas de atribuírselo exclusivamente —tal es la influencia que se nota de Torres— y apuntábamos la sospecha de haber podido ser hecho en colaboración, posibilidad que reafirmaría el convencimiento de que entre Torres y el P. Mier se ligó una amistad muy digna de los dos hombres preocupados por la

suerte futura de sus patrias.* Además, Torres podía hallar fácilmente en los Estados Unidos soldados de espada pero no de pluma, consideración que pesa mucho para explicarnos la relación íntima que cobraron sus almas, gemelas en un mismo ideal redentor americano. La colaboración resultó tan íntima que ante las manifestaciones de desagrado de algunos periódicos por el curso de los acontecimientos de México iniciaron una campaña escrita —hemos de suponer en los mismos órganos de prensa— a fin de hacer comprender que únicamente "se trataba de una estratagema política" —son las propias palabras de Mier— ya que la finalidad perseguida era la absoluta independencia.

Nunca escribió nada el P. Mier, que nosotros sepamos, sobre sus relaciones con Torres ni a nadie hemos leído un comentario sobre esta amistad que, aunque enlazada tardíamente, debió dejar huellas profundas en los dos hombres. Cuando Fray Servando abandonaba Filadelfia a últimos de enero o a principios de febrero de 1822, el abrazo de despedida a Torres había de ser el último; al P. Mier le aguardaban todavía persecuciones y calamidades, a Torres el triunfo. No es aventurado pensar que, no obstante el silencio, el P. Mier siguiera las noticias que desde los Estados Unidos llegaban a México y nos lo imaginamos compartiendo la emoción de Torres cuando enterábase que el Presidente de la República del Norte señalaba el reconocimiento que por acuerdo de las Cámaras se había hecho de los nuevos Estados independientes (mayo de 1922) recibiendo oficialmente (19 de junio) a Manuel Torres como encargado de Negocios de la Gran Colombia (Nueva Granada y Venezuela) en un acto solemne, el primero de la diplomacia latinoamericana en el mundo. Después de esta grata noticia, casi simultáneamente a ella enterábase de la muerte de Torres. En aquel entonces su recuerdo para el luchador debió tener algo de aquella emoción que nace de las almas que se han comprendido y luchado por un mismo fin, y aunque el P. Mier estaba en plena actividad política, no dudamos que la evocación tejida en recuerdos nostálgicos, debió ser el más sincero homenaje que México ofrecía a la memoria del desaparecido hombre que tanto había

* Véase *Escritos Inéditos de Fray Servando,* El Colegio de México. México, 1945.

contribuído con sus campañas —y esto casi lo ignoraba México— a crear el ambiente de simpatía que se respiraba en algunas esferas de los Estados Unidos hacia la lucha que sosteníanan sus vecinos del sur.

La pluma del P. Mier, infatigable y constante, siguió su labor en Filadelfia. De su corta estancia han quedado, además de los textos citados y de algunos manuscritos inconclusos que termina en México, su *Memoria política instructiva enviada desde Filadelfia en agosto de 1821 a los jefes independientes del Anáhuac, llamado por los españoles Nueva España,* cuya primera edición vió la luz en la ciudad norteamericana en el mismo año de 1821 y de la cual se hicieron, que conozcamos, dos ediciones más en México, ambas con fecha de 1822.

El P. Mier, no hay que olvidarlo, además de su faceta política, tenía su categoría de eclesiástico que daba influencia a sus juicios, le ofrecía prestigio entre las gentes y era motivo de curiosidad para los indiferentes. A todos había de subyugar con su prestancia y aquel arte especial, del que ya hemos hablado, con el que atraía la atención de los demás. Se decía Protonotario Apostólico de S. S. y basta leer sus escritos para adivinar el secreto anhelo de ser consagrado obispo. Esta su condición había de producirle un grave disgusto en Filadelfia ya que a él se acercó con el fin de pedir su pensamiento, el reverendo William Hogan, quien encabezaba un cisma producido por desavenencias con el obispo Enrique Conwell. Fray Servando, que apenas llevaba unos días en Filadelfia, respondía a las preguntas que le hizo Hogan en un escrito en latín que al poco tiempo y con gran sorpresa de Mier vió publicado por los partidarios del obispo, mutilando el texto y presentando al P. Mier como a un impostor sin conciencia.

A pesar del tiempo que pasó en la Gran Bretaña, el P. Mier conocía muy imperfectamente la lengua inglesa; esto nos hace pensar que como los emigrados constitucionalistas españoles, huídos del despotismo fernandino, tenía un círculo limitado de amigos y éstos, probablemente latinoamericanos y españoles, entre los cuales —deducimos de sus escritos— algunos profesores universitarios, entre ellos Puig Blanc que dejó en Inglaterra huellas de su extravagante personalidad.

He aquí la razón por la cual contestara a las preguntas que le hizo en Filadelfia William Hogan, en latín y no en inglés.

El P. Mier no previó, con toda seguridad, la importancia que para los cismáticos habían de tener sus respuestas ni supo apreciar el prestigio que para ellos (cosa rara en Fray Servando) alcanzaban su fama de eclesiástico perseguido por la tiranía, su aureola de insurgente mexicano ilustre, su particularidad de víctima de los altos tribunales de la Iglesia, y evacuó la consulta en un sentido francamente favorable a los cismáticos cosa que no le habían de perdonar los adictos al obispo Conwell.

Que el P. Mier fué sorprendido por la cuestión, de la cual no debía tener siquiera el más leve antecedente, nos lo dice él mismo cuando, extrañado por la publicación de un folleto anónimo en el cual se rebatían sus respuestas, se le calumniaba y, de pasada, con harta ironía, se destacaban sus pretendidos títulos y dignidades, escribía: "Cuando casi acababa de llegar a Filadelfia recibí ciertas preguntas que me propuso el reverendo William Hogan; la cortesía más elemental exigía que yo correspondiera al honor que se me hacía...", y que fué sorprendido en su buena fe queda claro en este pasaje de su refutación: "...es muy sensible suponer que yo hubiera sacrificado mi conciencia para colocarme al lado de un partido pues en realidad yo acababa de llegar (a Filadelfia), era un perfecto extraño, no conocía a nadie ni había estado entonces todavía en la iglesia de Santa María".

La iglesia de Santa María había sido sede de aquella agitación en la cual se encontraba ya metido el P. Mier; entonces fué enterándose de que el obispo Enrique Conwell, irlandés de nacimiento (n. en Armagh en 1748), consagrado en Londres en 1820 y llegado a Filadelfia poco después, había tenido rozamientos con la junto de la catedral de Santa María al oponerse a conservar en la iglesia a un sacerdote, de nombre Juan Rico, que el obispo consideraba de dudosa moralidad. Inmediatamente se formaron dos bandos, uno partidario del obispo y otro de Rico, este último bajo la cabeza visible de William Hogan. A tal grado se llevó la desavenencia que Conwell, junto con su familia hubo de abandonar la catedral y retirarse a la iglesia de San José.

En plena efervescencia de la lucha, las respuestas del P. Mier a las preguntas de Hogan representaban una victoria para los cismáticos, cosa que explica la violencia del ataque a Fray Servando en el folleto anónimo que, con el nombre de *Comentarios...* etc., vió la luz a los pocos días de haberse extendido la opinión del religioso mexicano sobre tan espinoso asunto y que el P. Mier —acordándose sin duda de su propio caso— concretaba diciendo que, ante la imposibilidad de que se reuniesen doce obispos, de acuerdo con los primitivos cánones de la Iglesia para juzgar a un eclesiástico, únicamente un concilio provincial alcanzaría autoridad para ello. Se extendió, además, en consideraciones sobre el despotismo de los obispos en América y aunque él, indudablemente, pensará entonces en los de las colonias, instrumentos del poder real español y arma espiritual contra la insurgencia, los partidarios del doctor Conwell creyeron que en la generalización se quería incluir al obispo irlandés, contra el cual no tenía el P. Mier ni el más leve resentimiento. Una circunstancia casual, consecuencia de su vida andariega, vino a meterle en tan intrincado asunto: Juan Rico, el capellán que había armado aquella complicada situación entre los católicos de Filadelfia, resultaba un antiguo conocido del P. Mier; lo había conocido en España en el año de 1808 cuando fray Servando, impulsado por su temperamento y a pesar de las persecuciones que había soportado de las autoridades eclesiásticas españolas, se trasladaba a la Península para alistarse como capellán en el improvisado ejército que iba a hacer frente a las tropas del coloso del siglo. ¿Juan Rico luchaba también —por usar las propias palabras de Mier en el escrito que tenemos a la vista— en "el ejército del derecho"? Es muy probable, ya que el doctor Rico como la mayor parte de los clérigos españoles, de entre los cuales habían de salir figuras destacadas de las guerras absolutistas, debió sentirse impelido por la fiebre dinástica fernandina que culminó en la victoria de España sobre Napoleón mientras se producía, cosa ya no tan magnífica, el inicio del caudillaje.

El P. Mier naturalmente, se defiende en un escrito contra las opiniones vertidas por el anónimo autor de los *Comentarios,* el cual, para quitar toda importancia a las respuestas dadas por fray Servando a William Hogan, no pensó en otra

cosa que en desacreditar al antiguo dominico mexicano presentándolo como hereje: "El doctor Mier —escribía en uno de los pasajes— ha estado dos veces en la cárcel de la Inquisición; la primera como consecuencia de sus sermones contra uno de los milagros de la Santísima Virgen la Madre de Nuestro Divino Redentor, y la segunda a causa de haber ofrecido el santo sacrificio de la misa con un producto destilado del maguey (que es le agave o alac mexicano). ¿Puede respetarse la opinión de un cura semejante?".

Ante estas y otras falsedades expuestas en el curso de los *Comentarios,* el P. Mier tiene su réplica y, además su enojo contra quien no se ha atrevido a atacarle con su nombre y se ha escudado en el anónimo. Tenemos a la vista una copia fotostática de este escrito, en lengua inglesa y no precisamente de letra del P. Mier. Pensamos que él dictaría la refutación y que William Hogan u otro cismático escribiría el texto que ignoramos si llegó a publicarse. En él se lee: "...tan pronto como recibí las preguntas me persuadí de que el reverendo William Hogan la tenía (la justicia) y contesté según parece muy de acuerdo con el propósito, pero contesté conforme a mi verdadera opinión y estoy dispuesto a defenderla contra el autor de los "Comentarios" si llega a tener la hombría de manifestar abiertamente su nombre, pues todos los escritores anónimos son despreciables".

Una vez más el P. Mier explica su sermón en la fiesta de la Guadalupe, origen de todas sus calamidades y desventuras, en realidad muy distante de lo dicho por el autor de los *Comentarios,* ya que —y esto es ya sobradamente conocido— el pleito sobre lo expuesto por Mier no fué con la inquisición sino con el arzobispo Alonso Núñez de Haro para quien tiene, incluso en aquella ocasión tan distante ya del incidente, palabras durísimas, testimonio de un rencor sobradamente justificado: "Este hombre —escribía de Núñez de Haro— a quien Dios todopoderoso permitió en su enojo pasar de España a México bajo el nombre sagrado de pastor, era un lobo fiero para su rebaño, pero especialmente para el clero americano. Si un cura había sido favorecido con talento se le perseguía inmediatamente: de ahí la razón de que ese cuerpo, altamente ofendido, se haya colocado a la cabeza de la revolución".

No obstante la réplica durísima del P. Mier, el autor de los *Comentarios...* no era original propagador de la versión expuesta; él la había recogido de William Davis Robinson que en su libro sobre la expedición de Mina a México exponía, sin ninguna malicia, aspectos de la personalidad de Mier, aprovechados entonces por los cismáticos que se guardaron, claro está, de transcribir los elogios que en el mismo texto se encuentran para Fray Servando. No olvidó el P. Mier esta circunstancia que aprovechaba para refutar también a Robinson y con la intención, tan sólo, al margen del pleito entre el obispo Conwell y el reverendo Hogan, de asegurar su reputación personal. Así escribía: "...las memorias del señor Robinson sobre la revolución se han traído a cuento para apoyar sus invectivas y sus calumnias contra mí. No tengo el honor de conocer al señor Robinson; él ha sido pródigo en los elogios que de mí ha hecho, pero entre tantas circunstancias favorables ha mencionado dos hechos de naturaleza distinta y en los cuales se ha equivocado de la manera más palpable". No es necesario, por ser de sobra conocida, reseñar aquí la fidedigna versión del incidente a que dió origen su trascendental sermón de la Guadalupe; cualquier seguidor de la vida del P. Mier e incluso los simples estudiantes de literatura mexicana la conocen. Pasamos, pues por alto la refutación que Fray Servando escribe desde Filadelfia sobre este aspecto, desmentida que, como ya hemos señalado, no difiere a no ser por su concisión de las otras múltiples que se leen en sus *Memorias* y en sus *Escritos Inéditos.* Resulta en cambio interesantísima la aclaración que hace sobre la calumnia lanzada por sus detractores basada en el supuesto hecho de haber ofrecido el sacrificio de la misa con pulque. El P. Mier, sorprendido sin duda, muy afectado, explica lo acaecido, pero antes, sabiendo que William Davis Robinson se sirvió para escribir su historia de la expedición de Javier Mina, entre otros informes, del testimonio de un inglés, apellidado Bush, que se encontraba entonces en Filadelfia, acude a él para conocer exactamente el origen de esta falsedad que tanto interesaba a su dignidad sacerdotal. Parece ser cierto que Bush, un poco a la ligera, con simples informes de los realistas de quienes estuvo prisionero, facilitó los datos que dieron pie a la calumnia, aprovechada con tanta habilidad por los partidarios del obispo Conwell. El mismo prelado

manifestaba su antipatía a Mier; el 20 de junio de 1821 escribía al arzobispo Marechal: "Los administradores (fideicomisarios) trataron de hacer creer al pueblo que Mier era un nuncio enviado por el Papa para arreglar los asuntos de la Iglesia en los Estados Unidos y para sancionar la independencia de éstos".

Una vez con el hilo de la trama urdida en contra de él, Fray Servando explica el incidente, en sus detalles completamente desconocido, de gran valor para el que vaya recogiendo datos para su definitiva biografía. Leemos en este texto inédito: "Nunca se me acusó de haber ofrecido la destilación del maguey en lugar de vino en el santo sacrificio de la misa. En consecuencia, esta afirmación es absolutamente errónea. ¿Qué católico puede ignorar que el vino de uva (vinum de vite) es la materia esencial para la consagración del cáliz? Haber substituído una destilación del maguey hubiera implicado en mí una incredulidad que desmienten mis escritos, particularmente los que he producido en defensa de nuestra religión durante mi curato en Santo Tomás, de París. Lo que debe haber dado lugar para que apareciera esta historia, como la relata el señor Robinson, debe haber sido una conversación con el cura de Soto, que no era un español europeo, como asegura el señor Robinson, sino un americano y un patriota. El me informó oficialmente, siendo entonces vicario general del Ejército insurgente, que no se podía celebrar misa en cierto domingo porque no había vino y no se tenía sino una pequeña cantidad de aguardiente español. El general Mina se afligió mucho con esta circunstancia, temeroso de que las tropas (la mayor parte de las cuales estaba integrada por ciudadanos de los Estados Unidos) dijeran que habíamos abandonado, como herejes, el santo sacrificio de la misa. En consecuencia de esto y de que el cura había dicho que él tenía un poco de aguardiente español, se presentó, en el curso de la conversación, la cuestión de si sería válida la consagración del cáliz si se hiciera con aguardiente en caso de absoluta necesidad. Yo me inclinaba por la afirmativa, puesto que el aguardiente se extrae sin duda alguna de la uva. En las iglesias del este, donde no hay uvas, se celebra la misa con una infusión de pasas y agua, y la práctica está aprobada por la "Congregación de propaganda fide". Don Infante (se refiere a un doctor cubano que

iba en la expedición de Mina), auditor de guerra, se opuso a la medida alegando que el proceso químico de la destilación necesario para hacer el aguardiente de uva, cambia su naturaleza: yo contesté que en mi opinión sólo lo hacía espirituoso. No llegamos a ninguna conclusión; poco después se obtuvo vino y el cura (no yo que estaba entonces indispuesto) llevó a cabo el sacrificio de la misa. En esos lugares el producto destilado del maguey se conoce con el nombre de aguardiente; por esto debe haberse inferido que yo consideraba válido el sacrificio de la misa hecho con él. Además mis enemigos convirtieron una simple opinión en un hecho, esperando poder destruir así la reputación que yo gozaba entre el pueblo, mediante este bajo artificio".

Esta aclaración, como los demás extremos de la réplica a los *Comentarios...* entre los cuales el P. Mier señalaba como un honor haber merecido las cárceles de la Inquisición, quedó entre los cuatro amigos que facilitaron el escrito. Ignoramos a ciencia cierta que el texto quedase inédito, pero el hecho de no haberlo encontrado en la biblioteca recientemente publicada por Arteaga y Satoyo, que con tanta meticulosidad ha ido anotando la producción de Fray Servando en el periódico *Armas y Letras* de Monterrey, casi lo evidencia. Hay, además, otros hechos que hacen sospechar que estamos en lo cierto, entre ellos el comentario que sobre el P. Mier escribirá, años más tarde, el historiador norteamericano John Dawson Gilmary Shea, especialista en la colonización francesa y en las misiones de los jesuítas en América. En su *History of the Catholic Church in the United States,* se lee: "Otro supuesto obispo cuya autoridad invocaron los cismáticos, fué el reverendo Servando A. (sic) Mier, uno de los caracteres más extraños en la historia revolucionaria de México. Designado para predicar en la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe, patrona de la Nueva España, escandalizó a sus oyentes impugnando con vehemencia todo culto a la Santísima Virgen. Arrestado por este ataque a la reconocida doctrina y práctica de la Iglesia, fué encarcelado por el Tribunal de la Inquisición; pero fugándose en medio de los trastornos políticos, se embarcó para Inglaterra. Allá estuvo en relación con Blanco White y otros españoles inspirados en las infieles ideas predominantes; mas no renunció abiertamente a la fe. Cuando el general Mina

estaba formando su expedición contra México, se le unió Mier; al dejar la fuerza la costa, quedó Mier en Soto la Marina, al sur del Río Grande. Allí se hizo pasar por obispo de Baltimore, desempeñó funciones episcopales y coronó su impiedad ofreciendo el santo sacrificio con pulque, licor de la planta del maguey, en lugar de vino. Su proceder sacrílego motivó que el gobierno de la diócesis de Linares dirigiese a los fieles una pastoral. Hecho prisionero por las fuerzas españolas en Soto la Marina, fué encarcelado otra vez por su irreligiosa conducta; pero al fin escapó hasta Filadelfia. A este individuo, sin valor alguno, apelaron como a una autoridad Hogan y sus prosélitos. Como el reverendo Juan Rico, Mier decidió que era un réprobo el obispo Conwell y que un sacerdote venido del extranjero con facultades de su propio obispo, tenía perfecto derecho para obrar conforme a ellas en un país de misiones, sin la autorización del obispo local...". (Págs. 236, 237, Vol. III).

Aceptando la malquerencia del historiador hacia Mier y su parcialidad, muy clara en el texto transcrito, en el que se adivina todavía fervor español al calificar la expedición de Mina "contra México", no es probable que asentara tales calumnias de Mier de haber conocido la refutación a los *Comentarios* texto que, sin duda, le sirvió de información. Todavía insiste (Pág. 713) que Fray Servando llegaba a Soto la Marina con Mina, hacíase pasar por obispo de Baltimore, desempeñaba funciones episcopales y celebraba la misa con pulque.

La cruel versión, lanzada en los *Comentarios...* y recogida en la mencionada historia eclesiástica, puede al fin ser desmentida con el texto inédito de Mier que hemos transcrito y escogido para cerrar esta revisión en la que hemos intentado sacar a luz la sugestiva estancia de Fray Servando en Filadelfia, hasta hoy ignorada en sus detalles.

BIOGRAFIA DEL CARIBE

Emil Ludwig, en obra inolvidable, dotó de vida a un accidente geográfico, el Río Nilo y mostrando la fisonomía de la comarca que fecunda, movió en ese escenario los importantes hechos que en él se han desarrollado.

No es esfuerzo artificioso. Si se medita en la influencia del hecho geográfico como elemento que favorece o estorba la obra del hombre, como elemento que, por lo mismo de ser permanente, actúa sobre varias generaciones y permite ver la reacción de diversas culturas y de diferentes equipos técnicos frente a la naturaleza, etc., es posible conceder impulso creador, casi vital, al Río Nilo, al Mar Mediterráneo, al Mar del Norte, al Río Mississipi, al Río San Lorenzo, al Mar Caribe.

Devoto admirador de la gesta del descubrimiento y colonización de América, he seguido con curiosidad la literatura analítica de estos hechos, importantes históricamente, pero fundamentales para quien tiene preocupaciones geográficas y más aún, para todo americano.

América, como nuevo centro de población con civilización occidental, nace en ese momento, se amplía el horizonte físico del mundo y al desbordarse la corriente colonizadora, se inició un intercambio de plantas, animales y minerales y la difusión de la cultura occidental en el Nuevo Mundo. En el orden de las ideas, América prolongó su coloniaje con posterioridad a la independencia de las metrópolis de que dependía. Por ello este importantísimo acontecimiento geográfico, el descubrimiento y colonización, había sido juzgado con criterio europeo, incluso cuando era estudiado por americanos.

Dentro de América existe una zona central, que ve a Europa; que ha representado en el pasado y sigue siendo en el presente una importante región, que no cabe duda es típicamente americana: el Mar Caribe o Mediterráneo Americano, como algunos le han querido llamar.

En esa zona, que comprende el Golfo de México y se extiende hacia el sureste entre América Central y las Antillas, para concluir en Colombia y Venezuela, se llevó a cabo el descubrimiento de Amé-

rica, fué ahí donde se inició la conquista y como microcosmos americano, comenzó siendo española, para después recibir en su seno a ingleses, franceses, holandeses, daneses y hasta prusianos.

Carlos Pereyra, incidentalmente en su libro *La Huella de los Conquistadores* editado hace varios años, apunta que el centro activo de la colonización española fué el Caribe y que el "conquistador es un hombre de España formado en América", conceptos importantes que por fortuna no han caído en erial.

Germán Arciniegas* los toma y con certera visión los desarrolla, apoyándose en la realidad geográfica, dándoles un contenido más amplio. Es el Caribe no sólo centro colonizador español; dentro de su área se gestan las expediciones de otras nacionalidades e incluso su influencia se dejará sentir para explorar las Guayanas y Brasil, porque es el centro de adiestramiento para formar exploradores, colonizadores, piratas, marinos y hasta almirantes.

Sólo Portugal tiene su escuela propia, pero las demás naciones que se interesan por conquistar girones americanos tienen que venir previamente a esta cosmopolita universidad.

Me parece que la *Biografía del Caribe* es una interpretación americana de estos acontecimientos históricos y geográficos; ya no es Arciniegas el espectador indiferente, es el observador de los cuatro siglos de vida de la zona, con una perspectiva amplia, universal, buscando todas las influencias que se han dejado sentir y tratando de explicar su evolución, para concluir con un prólogo que es un balance y a la par un mensaje de optimismo.

Tomando como punto de partida el descubrimiento divide su obra en cuatro partes correspondiendo a otros tantos siglos, llamando al XVI siglo de oro y a los siguientes de plata, de las luces y de la libertad.

El carácter universal de las influencias que recibe el Caribe lo precisa: "Que el siglo XVI es el siglo de oro de España, es la verdad; pero no es toda la verdad. El siglo XVI es de oro no sólo para España sino para Inglaterra, para Francia. Es el siglo de Cervantes, de Shakespeare, de Rabelais. Las letras no tuvieron antes, en los tres reinos, esplendor parecido. Ni tampoco los reyes Carlos V, Felipe II, Isabel de Inglaterra, Francisco I, son en sus cortes reyes de oro, con que la historia se viste de nuevo. Pero al fondo hay algo más. Con el

---

* GERMAN ARCINIEGAS: *Biografía del Caribe.* Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

descubrimiento de América la vida toma una nueva dimensión, se pasa de la geometría plana a la geometría del espacio. De 1 500 hacia atrás los hombres se mueven en pequeños solares, están en un corral, navegan en lagos. De 1 500 hacia adelante surgen continentes y mares océanos. Es como el paso del tercero al cuarto día, en el primer capítulo del Génesis". "Todo este drama se vivió, tanto o más que en ningún otro sitio del planeta, en el mar Caribe. Allí ocurrió el descubrimiento, se inició la conquista, se formó la academia de aventureros".

Y al referirse al Caribe como escenario de acontecimientos internacionales apunta: "El día en que el virrey de México vuelve astillas las naves de los contrabandistas ingleses en el puerto de San Juan de Ulúa marca un cambio de rumbo en la política europea. La historia del Caribe en el siglo XVI hay que verla como un campo de batalla donde se juega con los dados de los piratas, las coronas de los reyes de Europa. Ahí se gradúan de Almirantes los marinos ingleses".

Es muy interesante la afirmación de que fué la "gente común" quien sacó a América del fondo del mar. "Villanos, campesinos, pescadores, bandidos, mercaderes, estudiantes, hicieron la conquista, armaron los barcos piratas, empujaron a los reyes y los envolvieron en guerras inesperadas".

Insiste en ello al narrar la hazaña de Vasco Núñez de Balboa y llama al capítulo relativo: "El Pacífico, cosas que los del pueblo descubren".

Con acierto señala que las primeras mujeres españolas que vinieron a América "eran violentas". "Tan aventureras como el resto de la tropa". Enumera a las más notorias, por ejercer funciones de autoridad y concluye "De las mujeres de la pura tropa no hay ni que hablar: las gobernadoras les quedaron pálidas".

Los nombres de los capítulos, certeramente elegidos, permiten asomarse a la descripción de los fines de ese siglo. "Comienza el zafarrancho con piratas de Francia y aventureros alemanes", "La Reina de Inglaterra y sus cuarenta ladrones", y "El Dorado, principio y fin del siglo de Oro".

El nuevo siglo, de plata, corresponde a otra actitud. Explorada la mayor parte del continente, se le coloniza y parece que la violencia y la lucha han desaparecido. Esto no se observa en el Caribe, fuente de choque activo, campo de acción de un Morgan y zona de influencia de ingleses, holandeses, franceses y españoles.

El siglo de las luces, XVII, "es un siglo revolucionario" y Arciniegas con todo cuidado presenta la evolución del pensamiento universal y sus repercusiones en el Caribe. Sin embargo, me parece pobre el análisis de la obra del reinado de Carlos III, porque estimo que la fundación de la Sociedad de Vergara, tiene repercusiones importantes en la vida americana, que permiten la llegada de los señores Elhuyar (naturalistas que se radican en México y Colombia), de Andrés del Río y fundaciones como el Colegio de Minería y la Academia de San Carlos en México.

Con cariño lleva al lector a "la lucha más patética", la de los negros de Haití, "a quienes no doman ni Inglaterra, ni España, ni la soberbia de Napoleón".

También señala la falta de visión de Francia, exacerbada en Napoleón, quien sacrifica la Louisiana que Canadá, siguiendo la tradición americana, había descubierto, explorado y con grandes esfuerzos comenzaba a colonizar.

Es justa la denominación de siglo de la libertad para el XIX, y con acierto lo enjuicia cuando dice: "Un siglo que empieza en el Mar Caribe con Bolívar, y que en el mismo mar se cierra con José Martí, tiene que quedar en la historia de la humanidad como lámpara de claridad inextinguible".

Con amor, sigue a Bolívar, a Miranda y a Petión el Presidente de la República negra de Haití que da ayuda a la lucha en Venezuela y sólo pide, en cambio, la libertad de los esclavos negros.

Superficialmente sigue la vida de México y Centro América e incluso sufre algunas confusiones al referirse a la independencia de esta última e ignora, o tal vez conscientemente suprime, la invasión estadounidense que México sufre de 1846 a 1848, en la que pierde la mitad de su territorio. Esto último es tanto más extraño porque coincide con el olvido de la influencia de los Estados Unidos en la zona, tanto por la doctrina Monroe que ha sostenido desde hace un siglo, como por el interés del canal interoceánico que estuvo proyectando también desde hace años. Los proyectos de Tehuantepec, Nicaragua y Panamá quedaban localizados en el mar Caribe, de suerte que no deben verse como hechos aislados la conducta de Vanderbilt y Walker en Centro América y el apoderamiento de posiciones que culmina con la construcción del canal de Panamá. Además, olvida hablar de los imperialismos que le explotan, sobre todo el estadounidense que precisamente por su cercanía, oprime con mayor intensidad los

países de la zona, los que sinceramente han visto en la política de buena vecindad, una esperanza, no obstante lo impracticable de esta doctrina.

Son justos los dos capítulos que dedica al estudio del caso Panamá, pero me parecen tímidos en cuanto que no abordó, desde el punto de vista internacional y particularmente americano (sobreponiéndose a su nacionalismo colombiano) la modificación del régimen que priva en el Canal de Panamá.

La República de Panamá, hija de circunstancias dolorosas, tiene ya una personalidad definida que no puede soportar por más tiempo la hegemonía y opresión de otra nación, por más que se encubra con tratados y convenios.

Si a esto se agrega la discriminación racial y nacional, que coloca al panameño en situación de inferioridad en un territorio que considera suyo, podrán explicarse las explosiones populares que frecuentemente se presentan.

La internacionalización del canal es no sólo una medida económica que todos los pueblos reclaman, sino también es la única salida decorosa que queda a la democracia estadounidense, para borrar "la mancha negra en la política latinoamericana de los Estados Unidos".

Es también tímido el capítulo final que llama "prólogo de la vida". Pienso, como Arciniegas, que el Caribe fué centro vital y que tendrá aún mayor importancia en el futuro, por poder producir en las tierras que le limitan, todo lo que sus habitantes consumen. Por ello creo que su augurio optimista de libertad y democracia interior de los países que rodean al Caribe es insuficiente. "Las islas, las pequeñas repúblicas, están sembradas de dictadores, de caudillos bárbaros que son los últimos sobrevivientes del siglo XIX. Ellos no subsistirán. Uno a uno irán cayendo por el empuje de los pueblos. Ya se les ve a muchos bambolearse. . ."

Mientras Puerto Rico no tenga plena autonomía y subsistan colonias, se mantengan intervenciones disimuladas, la convivencia se dificultará y la libertad seguirá siendo un anhelo básico.

Es necesario que la Geografía Política de la zona se apoye en real autonomía de los Estados, colaboración, comprensión y respeto. No hay que olvidar que es el Caribe la zona geopolítica más importante de América y que la guerra que acaba de concluir ha demostrado que no es con tiranías, ni con ejes, ni zonas de influencia con lo que se triunfa; coincidencia y comunidad de intereses de los Estados es la mejor unión.

Quizá el calor con que está escrita la obra, me ha llevado a estas consideraciones que son índice del acierto con que Germán Arciniegas presenta el pasado de la zona Caribe, que contrasta con su timidez para ver el presente y el futuro.

¿Por qué no otear con entereza este futuro?

Jorge L. TAMAYO.

NOTICIAS SOBRE LA IV ASAMBLEA DEL INSTITUTO PANAMERICANO DE GEOGRAFIA E HISTORIA, REÙNIDA EN CARACAS DEL 18 DE AGOSTO AL 2 DE SEPTIEMBRE DE 1946

ANTECEDENTES

En la Asamblea Preliminar que tuvo su sede en México en septiembre de 1929, de acuerdo con el Proyecto de Estatutos recomendado por la Sexta Conferencia Panamericana, se aprobó como artículo 10 el siguiente: "El Instituto comprenderá las siguientes secciones: *Geografía:* 1a. sección: Topografía, Cartografía y Geodesia. Geomorfología. 2a. sección: Geografía humana y Etnografía, Geografía histórica, Geografía biológica, Geografía económica. *Historia:* 1a. sección: Prehistoria, Historia precolombina y Arqueología. Historia de la época colonial e investigaciones en bibliotecas y archivos, especialmente en los españoles y portugueses. 2a. sección: Historia de la emancipación de las naciones americanas. Historia de la época independiente.—Organización de la biblioteca, hemeroteca y mapoteca y museo del Instituto, como elementos indispensables para los trabajos iniciales del gabinete".

Este texto subsistió en la versión revisada de los Estatutos que se publicó después de la Segunda Asamblea verificada en Washington en octubre de 1935.

La Comisión de Organización creada en la Tercera Asamblea General que se reunió en Lima, en abril de 1941, recomendó que bajo la autoridad del Director General del Instituto funcionaran tres direcciones de Sección: Historia, Antropología Americana y Geografía, habiendo recomendado como jefes de estas direcciones a personas residentes en México.

Más tarde, en la Reunión Extraordinaria del Comité Ejecutivo del Instituto, que tuvo lugar en la ciudad de México en abril de 1946, el Director Ing. Pedro C. Sánchez informó que el recientemente fallecido Presidente del Comité Ejecutivo, Dr. Merriam, deseaba que el trabajo del Instituto siguiera el ejemplo muy satisfactorio que había

dado la Comisión de Cartografía, y que en esa virtud el propio Dr. Merriam sugirió que se formaran dos Comisiones más: una para estudiar la historia de toda la América y la otra para llevar a cabo el estudio de las culturas heredadas y su influencia en el desarrollo de las Naciones americanas, según el medio geográfico en que han vivido. Por su parte el Ing. Sánchez expuso: "La creación de la Comisión de Historia, ya iniciada por el Dr. Merriam en Lima, la creo urgente necesidad para empezar los trabajos que nos lleven a hacer la Historia del Continente Americano; y, además, debo manifestar que hay muchas Naciones Americanas, entre ellas Estados Unidos y México, que están muy interesadas en que se aborden los estudios en todo el Continente, por el intermedio de una Comisión formada por todos los historiadores de la América".

En la Reunión de México se discutió ampliamente la creación de la Comisión de Historia, pero a diferencia de la de Geografía que el propio Comité Ejecutivo decidió instalar desde luego, se acordó que el Comité Ejecutivo propusiera la creación de la Comisión de Historia a la Reunión de la Asamblea en Caracas, advirtiendo que la Comisión debía ser sostenida por los Gobiernos interesados.

En las conversaciones de México se hizo notar que el Instituto había realizado trabajos en el campo de la Antropología y que en la Comisión de Historia podría quedar comprendida esa rama del conocimiento.

En los años corridos desde 1930 hasta 1946, el Instituto realizó trabajos históricos y antropológicos cuya breve mención puede contribuir a ilustrar el asunto.

Ayudó con sus fondos al fomento de los estudios arqueológicos en Monte Albán, México. Contribuyó también a trabajos de campo realizados por antropólogos en México y Centro América. Colaboró en la publicación de la "Historia de la Revolución Agraria en México", de Andrés Molina Enríquez. Desde 1937 fundó el *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana,* y desde 1938 *la Revista de Historia de América.* Ambas publicaciones subsisten, aunque su periodicidad ha sufrido algunos cambios. Al mismo tiempo el Instituto publicó diversas obras de carácter antropológico e histórico, cuyos títulos —unos 26 dentro de un total de 80— pueden verse en el Catálogo de las Publicaciones que se inserta regularmente en las revistas de la institución.

En reuniones anteriores del Instituto se ha llegado al convencimiento de que la Historia debe entenderse en un sentido amplio, que

esté de acuerdo con las características del desarrollo humano en el Continente, sin exclusión por lo tanto de épocas ni de regiones, abordando además de las manifestaciones políticas las de carácter social y cultural que ahora se consideran indispensables para el estudio de la historia de los pueblos y civilizaciones.

En consecuencia, la Comisión de Historia no parece necesitar de especificaciones ni ampliaciones de título para comprender las ramas de arqueología, etnografía, lingüística, etc., que vienen siendo objeto del interés del Instituto desde que fueron aprobados sus Estatutos en 1929.

CREACION Y FINALIDADES DE LA COMISION DE HISTORIA

De acuerdo con estos antecedentes se propuso a la Asamblea de Caracas la creación de la Comisión de Historia del Instituto, y después de amplias discusiones fué aprobado el proyecto, fijándose a dicha Comisión las siguientes finalidades:

a) Planear y ejecutar los trabajos históricos de la competencia del Instituto.

b) Contribuir a la conservación y estudio de los restos arqueológicos y monumentos históricos del Continente Americano.

c) Fomentar la organización de los Museos de América que correspondan a la índole de esta Comisión, y el intercambio entre ellos.

d) Ayudar a la conservación, arreglo y conocimiento de los archivos históricos de América.

e) Contribuir al estudio y divulgación de los objetos y documentos relativos a la historia de nuestro Continente que se conserven en otras partes del mundo.

f) Patrocinar investigaciones, concursos y publicaciones de valor científico —dentro de los Estatutos del Instituto— relacionados con las actividades propias de la Comisión, así como la reedición de obras escasas y de evidente interés para esas actividades.

g) Ejercer la supervisión científica de la "Revista de Historia de América" y de otras publicaciones del Instituto que estén dentro de la esfera de la Comisión.

h) Promover por medios prácticos el acercamiento entre las Academias de Historia, instituciones y personas que cultiven las disciplinas propias de la Comisión, concediendo becas, facilitando las exploraciones y trabajos de campo, organizando congresos y otras reuniones o participando en ellos, y patrocinando trabajos que exijan la cooperación de varios países americanos.

i) Impulsar la divulgación de los estudios propios de la Comisión por medio de instrumentos tales como el cine, la radio y otros semejantes.

j) Preparar y editar una "Historia de América" con la cooperación de los países americanos.

k) Cooperar en la revisión de los programas y textos de Historia de América a fin de fomentar, dentro del respeto a la verdad histórica, la amistad, el conocimiento mutuo y la colaboración entre los pueblos del Continente.

l) Formar una guía lo más completa y precisa que sea posible de las instituciones y personas que se dedican en América a los estudios propios de la Comisión.

ORGANIZACION DE LA COMISION

Con anterioridad a la creación de la Comisión de Historia, se habían organizado en el Instituto las de Cartografía y Geografía, las cuales han servido de modelo a la nueva Comisión.

Se compondrá de un representante nombrado por el Gobierno de cada país americano, puntualizando al respecto los estatutos del Instituto que: "Estos representantes deberán tener reconocida competencia en las especialidades concernientes a las Comisiones para las cuales sean nombrados, y, en lo posible, escogerse de entre personas que en su país desempeñen cargos relacionados con la materia".

La Comisión tendrá un Presidente nombrado por el Instituto, y un Secretario que designará el Presidente de la Comisión.

De acuerdo con los Estatutos aprobados en Caracas, cada Comisión establecerá tantos Comités como sean necesarios para el buen éxito de sus actividades; formulará anualmente sus proyectos de trabajos y presupuestos; y determinará sus reglamentos internos.

Las Comisiones deben reunirse con intervalos de uno a dos años.

En el caso particular de la Comisión de Historia, se confió al Gobierno de México, por conducto de su Instituto Nacional de Antropología e Historia, el encargo de instalar dicha Comisión y de proveer a la inmediata iniciación de sus trabajos.

La Asamblea de Caracas procedió asimismo a crear los siguientes Comités de la Comisión de Historia: Uno encargado de investigar los orígenes del movimiento emancipador iberoamericano y de reunir los documentos relativos al Congreso de Panamá de 1826, cuya instalación se confió al Gobierno de Venezuela por órgano de su Academia Nacional de la Historia; otro encargado de preparar los planes para la redacción de la "Historia de América", que patrocinará el Instituto, y de coordinar los trabajos de cooperación que emprendan los países americanos para la revisión de programas y textos de Historia de América, cuya instalación se confió al Gobierno de Argentina; otro encargado de coordinar y promover los estudios de Folklore en América, cuya instalación se confió al Gobierno del Perú; y otro encargado de coordinar y promover los trabajos de archivos, cuya instalación se confió al Gobierno de Cuba por conducto de su Consejo Consultivo de Archivos.

Si quisiéramos sintetizar la significación de estos acuerdos, podríamos decir que por primera vez los países americanos se han puesto de acuerdo para crear un organismo que coordine e impulse las actividades históricas que en cada nación se vienen realizando. El instrumento ya existe y si la actividad científica y los medios económicos llegan a estar a la altura de los propósitos contemplados en la Asamblea de Caracas, podrá afirmarse que se ha dado un paso importante en pro de la Historia del Continente.

Silvio ZAVALA.

Dimensión Imaginaria

ESTUDIO SOBRE LA POESIA BRASILEÑA

Por *Otto María CARPEAUX*

The soul and genius of the race
are best seen in poetry.

OLIVER ELTON.

POR grandes que sean los esfuerzos de la crítica literaria para basarse en análisis de estilo y comprobaciones sociológicas exactas, no se conseguirá eliminar la "ecuación personal": las preferencias inspiradas por la formación, sensibilidad y temperamento del crítico. Y si es así, mejor es confesarlo. El autor de estas líneas se formó en un ambiente literario imbuído de poesía simbolista y en un ambiente científico en que la sociología acababa de concluir una alianza permanente con la historiografía de las "super estructuras" espirituales; después tuvo ocasión de conocer varias literaturas europeas, y consideraba como ideales críticos el pluralismo en los métodos de interpretación y un "catholic taste" en poesía, con preferencia por la gran poesía del pasado ante-romántico y por los modernismos de su propia generación. Llegó al Brasil demasiado tarde para sufrir la influencia de prejuicios generalizados, oriundos de lecturas juveniles y asociaciones de "todo el mundo". Se inició entonces en una literatura cuya mayor parte refleja fielmente los movimientos literarios europeos del siglo XIX, en el cual el simbolismo desempeñó un papel moderno y los modernismos de la generación del crítico todavía se discuten. Mientras que la interpretación sociológica de los hechos literarios todavía no encontró un ambiente de respeto mutuo entre las fuerzas sociales y las del espíritu. A pesar de todo esto afirmo que he encontrado en el Brasil una literatura y especialmente una poesía de valor propio, expresión original de grandes poetas que representan una nación, una tradición

poética. Comparaciones permanentes con las poesías española y francesa, italiana, inglesa y alemana, conocidas antes de la brasileña —y se ofrece así una oportunidad para llamar la atención sobre el alto nivel de la poesía portuguesa actual— sirven para evitar las exageraciones del entusiasmo. Con todo, si la literatura brasileña pierde mucho porque es prisionera de una lengua poco divulgada, el mundo pierde más ignorando la literatura brasileña.

Sin embargo, el mundo hispano-americano ya no ignora la poesía brasileña. Ahí está el libro, historia y antología al mismo tiempo, de Manuel Bandeira,[1] considerado como el mayor poeta actual y como el mejor conocedor de las cosas de poesía en el Brasil, de tal modo que este ensayo de interpretación no requiere una introducción histórica. Basta recordar en pocas líneas, los hechos esenciales.

La poesía del Brasil independiente se inauguró en 1836 con los *Suspiros poéticos e Saudades* de Domingos Gonçalves de Magalhães, un mediocre "romántico cristiano" a la manera como él entendió a Lamartine y a Manzoni. El primer poeta del Brasil fué Antonio Gonçalves Dias, poeta de naturaleza tropical y de sufrimientos íntimos, que recuerda algo a Lenau, y cantor de las glorias pasadas, imaginarias, de los indios del Brasil. La generación siguiente prefirió, sin embargo, otros modelos: el "satanismo" aristocrático de Byron o el "Weltschmerz" de Musset. Así se presenta Antonio Alvares de Azevedo, considerado como "genio que murió con 21 años de edad", arquetipo de los estudiantes poetas. Emplearon, a pesar de todo, el mismo lenguaje poético el sentimentalísimo Casimiro de Abreu, de una simplicidad que desarma, cuyos versos el pueblo sabe de memoria, y el "poeta maldito" Luis Fagundes Varela, bohemio arrepentido y cristiano sufrido. La influencia de Víctor Hugo comenzó más pronto que en la América española: se manifiesta ya hacia 1870 en Antonio de Castro Alves, el popularísimo "vate" de la abolición y de todos los ideales libertadores.

En posición menos definida, entre el romanticismo y el parnasianismo, se encuentran los versos de Joaquín María Machado de Assis, el mayor novelista de la literatura brasileña y de la lengua portuguesa. No es fácil estar de acuerdo con los elogios que Manuel Bandeira hizo ocasionalmente de su poesía.

La verdadera poesía de Machado de Assis parece ocultarse más bien en su prosa, expresión perfecta de aquel escepticismo amargo sugerido por la inhumana indiferencia de la naturaleza tropical y la insuficiencia moral de los hombres que la pueblan. En general, la prosa de Machado de Assis es altamente intelectualizada, más aforística que evocativa. A veces, sin embargo, expresa "meanings" de una universalidad que raramente aparece en la poesía metrificada. Así cuando un artículo de revista sobre el antiguo Senado, ya desaparecido, del imperio del Brasil, serie impresionante de retratos de una época pasada, de "¡cuántas anticuadas cosas!", termina con una visión del viejo portero del Senado vestido de un negro solemne, según las prácticas del tiempo, cerrando para siempre la sala de sesiones, para salir por una de las ventanas, perdiéndose en el aire, "probablemente camino de un cementerio: Si valiese la pena saber el nombre del cementerio, lo averiguaría, pero no la vale: todos los cementerios se parecen".

Los parnasianos brasileños no pensaban así con respecto a los cementerios de Europa. Y tan grande fué el prestigio de los Raimundo Correia, Alberto de Oliveira, Olavo Bilac que el arte del soneto bien forjado con "llave de oro" sobrevivió como especie de rutina poética, cuando el propio parnasianismo europeo ya había encontrado el lugar merecido en el inmenso cementerio de las cosas anticuadas de la historia de la literatura. Fueron inútiles las tentativas de oposición simbolista del poeta negro João da Cruz e Sousa, del solitario Alfonso de Guimaraens, inspirados en Baudelaire y Verlaine. Hasta el extraño Augusto dos Anjos conquistó antes el favor de los lectores menos cultos que el del mundo literario. El dominio de los parnasianos sólo terminó después de la introducción del modernismo por la famosa Semana de Arte Moderno, celebrada el año 1922 en la ciudad de S. Paulo. Abolición del academismo solemne y del soneto parnasiano; verso libre y optimismo americanista; inspiración moderna de la vida cotidiana y en asuntos nacionales y sociales: he aquí algunas de las reivindicaciones del movimiento, en que se advierten influencias de Verhaeren y Whitman, del futurismo italiano y, más tarde, del surrealismo francés. Fué jefe del movimiento Mario de Andrade, muerto hace poco, pero que continúa ejerciendo enorme influencia, de la cual sólo pocos consiguieron escapar:

Manuel Bandeira, hoy el "grand old man" de la poesía brasileña; Cecilia Meireles, creadora de una poesía admirablemente "pura"; Dante Milano que conserva su independencia altiva de poeta leopardiano y a la vez moderno; Jorge de Lima, felicísimo sobre todo en la transfiguración poética de aspectos folklóricos, y un grupo de poetas católicos, en el cual se destaca Murillo Méndez. En relaciones con este último grupo, si bien separado de él por un estilo diferente, está Augusto Frederico Schmidt, considerado por algunos críticos como líder del "post-modernismo". En cierto sentido se conservó fiel a la influencia de Mario de Andrade, Carlos Drummond de Andrade, poeta original que recuerda a veces a los modernistas ingleses como Auden y Spender: este poeta de mi generación, "poeta del tiempo presente", también es poeta del futuro.

Vista de este modo la historia de la poesía brasileña parece historia de influencias extranjeras, particularmente francesas; y esta impresión se fortalece por el conocimiento de las discusiones entre parnasianos y románticos, simbolistas y parnasianos, parnasianos y modernistas, y entre los propios modernistas, de modo que el famoso libro de Marcel Raymond, *De Baudelaire au Surréalisme,* casi parece un "textbook" de la historia de la poesía brasileña moderna. Si se aplican los términos de la discusión francesa, será sin embargo difícil reconocer la originalidad de una poesía que es más que un reflejo. Si es posible comprobar en la poesía brasileña, como en la francesa, un "progreso", por lo menos ese progreso sigue otro ritmo, condicionado por la revelación sucesiva de una nacionalidad nueva y por las modificaciones correspondientes de la lengua poética, fenómenos de que no hay ejemplo en Francia. Será preciso intentar una definición sintética de la poesía brasileña en términos brasileños. Pero aunque "Poetry is more important than the individual great poets", el crítico inglés David Daiches, que escribió esta frase,[2] prefirió discutir la poesía inglesa moderna en torno a las expresiones individuales. A nosotros, la poesía de los poetas —la poesía como forma insustituible de expresión de la criatura humana— nos parece más importante que la Poesía de los historiadores de la poesía. En ella todos los muertos nos hablan con voz de vivos, mientras que por lo demás "todos los cementerios se parecen".

Cualquier selección parecerá algo arbitraria, sujeta a censuras justificadas. Situado entre los dos poetas más poderosos del romanticismo ¿no habría ejercido mientras tanto Alvarez de Azevedo una influencia decisiva y permanente? ¿Por qué escoger a Bilac si Raimundo Correia fué más profundo y Vicente de Carvalho más original? Mario de Andrade es, "sub specie historiae", el poeta más importante del Brasil moderno. De Murillo Méndez conozco algunos versos de los más impresionantes en toda poesía, y la inspiración de Augusto Frederico Schmidt está inspirando una nueva generación. ¿Y será preciso repetir las expresiones de admiración por la poesía pura de Cecilia de Meireles? Sin embargo, fueron escogidos otros nombres, no conforme a una ilusoria tabla de valores absolutos, ni obedeciendo a preferencias arbitrarias y sí a un criterio metodológico, del cual ha de ser justificación todo este estudio.

Aunque Antonio Gonçalves Dias sea el primer nombre de la poesía brasileña, un crítico podría observar: "citamos mucho su nombre, es cierto, pero no le leemos".[3] Es verdad. Cinco o seis poemas de intensa sencillez —entre ellos la *Canción del Exilio,* especie de himno nacional poético— aprendidos por todos en la escuela, grabados en la memoria de la nación, han de garantizar el valor del resto, dos gruesos volúmenes, delicia de los filólogos que buscan incorrecciones gramaticales y licencias métricas. Evidentemente, el romántico Gonçalves Dias no pretendió rivalizar con los clasicistas ni agradar a los puristas. Pero su romanticismo no es de los más profundos. Es romanticismo de "infancia", "Amor y Vida", "sufrimientos permanentes", "Muerte", "Saudades"; romanticismo de "dulces palabras", "lágrimas de compasión", del "hijo de las selvas" y del "amante extremoso", en un paisaje en el cual alternan en el reino "el sol brillante" y "la sombra de los cocoteros", cuando en la "noche solitaria" aparecen las estrellas igualmente "brillantes". Nos podremos sonreír de la temática, del vocabulario, de la adjetivación, pero es preciso reconocer que Gonçalves Dias creó de este modo la "lengua general" de los poetas brasileños, una tradición poética. Calculó con verdadera maestría artística los efectos rítmicos y musicales, hasta el punto de que sus licencias métricas constituyeron el lado fuerte de su arte poético;[4] incluso un poema

tan sencillo aparentemente como la *Canción del exilio* revela, a un análisis del estilo, secretos inesperados.[5] Este mestizo de extracción humilde era un artista consciente. Era humanista de formación europea, conocedor de muchas literaturas, historiador de visión original, un vencedor de la vida: un hombre completo. No es por azar que la mayor parte de sus poesías no entraron en las antologías escolares.

Gonçalves Dias era artista ante todo. Y esto explica la discrepancia, a veces censurada, entre sus éxitos indudables en la vida y las lamentaciones constantes de su poesía autobiográfica, que constituyen la parte más valiosa de su obra. Sería este el momento para decir algo sobre el papel del fingimiento en todo arte; sin el "elemento de actor", que Nietzsche observó hasta en los mayores artistas, no habría poesía y sí sólo afirmaciones razonablemente indiscutibles. Existe la tendencia del artista a colocarse a sí mismo, dramáticamente en un escenario. Gonçalves Dias buscó un escenario romántico, situándose en el centro de un drama de sufrimientos, en parte imaginarios. El escenario, sin embargo, no era imaginario: era un mundo de separaciones raciales y humillaciones racistas del Brasil del tiempo de la esclavitud. Gonçalves Dias, llegó en la poesía a la falsedad cuando él, hombre egocéntrico y poeta de sentimientos privados, trató de cantar glorias públicas, las de los indios de su tierra, transformándose de este modo la elegía tropical a manera de Parny en grito de guerra a la manera de las *Orientales* de Hugo. Por su propia cuenta, Gonçalves Dias transfiguró el resentimiento del mestizo en indianismo belicoso, de ritmos menos consistentes. Pero un poema indianista de fondo erótico y autobiográfico como *Marabá,* la queja amarga de la india desdeñada por los blancos, revela en esa poesía "privada" el dolor de una nueva raza, todavía no definida.

La falsedad de ese indianismo reside en la substitución del problema de la esclavitud de los negros por el símbolo del indio, metáfora poética sin consecuencias. El romanticismo brasileño sólo conquistó carácter público cuando Antonio de Castro Alves empleó el lenguaje de Gonçalves Dias para hacer una propaganda poética de la abolición, de los ideales libertadores y republicanos. La poesía de Castro Alves es más "pura" en la expresión de sentimientos eróticos, porque el vocabulario y la métrica de Gonçalves Dias se prestaban pre-

cisamente para ello. Pero ya se advierte el tono más intenso, la modulación con más color. La naturaleza para Gonçalves Dias es principalmente el mar, desierto infinito, contemplado por el solitario melancólico; para Castro Alves, el "sertão", el desierto del interior del Brasil, transfigúrase en fantasmagoría oriental, escena de crueldades tropicales y psicomaquias redentoras en los aires. Del Hugo de las *Orientales* al Hugo de *Los Miserables* y de los *Châtiments.* Tal vez fuese más conveniente la comparación con el contemporáneo Swinburne, el erótico de los *Poems and Balads* y el revolucionario de los *Songs before Sunrise.* Las mismas pasiones de vate juvenil intensifican en Castro Alves los adjetivos de Gonçalves Dias: "enorme", "colosal", "fantástico", "dantesco". He aquí los adjetivos que acompañan a la "Libertad" y al "Pueblo" en los apóstrofes al "Señor Dios de los desgraciados". Castro Alves creó un lenguaje para el periodismo brasileño. Su poesía es incluso periodismo poético, artículo de fondo rimado y rimado al servicio de las grandes causas, improvisaciones tempestuosas para provocar el aplauso de los intelectuales en los mítines de teatro y del pueblo en los mítines de la calle. Cabe, sin embargo, preguntar si esta es la finalidad de la poesía, y si el éxito político puede servir de criterio poético.

Por otra parte quizás alguien nos recuerde los grandes poetas tendenciosos de la literatura universal, de los cuales Dante es el mayor. A esto se contesta, sin embargo, que Dante creó una tradición poética, mientras que sus ideales políticos se transformaron en seguida en utopía del pasado. El estilo poético de Castro Alves fué en seguida abandonado por los parnasianos pero él quedó como poeta de la abolición y de la república, como poeta de la revolución burguesa y liberal en el Brasil,[6] y quedará mientras esa revolución continúe incompleta. Hasta entonces, representará el ímpetu tropical del alma brasileña al lado de la tristeza tropical del cantor de *Marabá.* Gonçalves Diaz y Castro Alves continúan en la memoria de la nación, completándose como modelos de las dos posibilidades de expresión poética de la raza.

Olavo Bilac se burló a veces de la grandilocuencia verbosa de Castro Alves, oponiéndole la poesía más profunda y más discreta de Gonçalves Dias, del cual Bilac se juzgaba sucesor, tomándolo como patrono en la recién fundada Acade-

mia Brasileña de Letras, que se transforma en fortaleza de la poesía parnasiana. Al juzgarse sucesor de Gonçalves Dias, Bilac no estaba del todo equivocado, aunque el elemento ficticio del arte asumiese en él proporciones mucho mayores y el primor parnasiano de su poesía ocultase los demás aspectos. Bilac es el más brillante de todos los poetas brasileños, por eso es el más admirado de todos, y por el mismo motivo el más discutido. Reconócese por una parte la suprema perfección formal de su arte, mientras que el otro partido la considera como vaso precioso sin contenido; ya se discutió bastante en torno del brillo de sus realizaciones verbales y la futilidad o hasta insinceridad de sus preferencias sentimentales. No es posible defender el parnasianismo, del cual fué, en la teoría, adepto ortodoxo; pero ya se vieron antiparnasianos de los más decididos, impresionados y hasta conmovidos por este o aquel soneto de Bilac, —lo que vale por una confesión personal. Con la derrota definitiva del parnasianismo la discusión sobre Bilac terminó; ya no se discute en torno de Bilac, poeta nacional, que en los últimos días de su vida predicaba el nacionalismo y el servicio militar. El último credo de Bilac no es, sin embargo "pendant" del liberalismo revolucionario de Castro Alves—; él mismo habría rechazado esta aproximación, prefiriendo la comparación con el indianismo de su Gonçalves Dias. El nacionalismo poético de Bilac, y el indianismo romántico de Gonçalves Dias: dos tentativas de poetas "privados" para salir del aislamiento estéril. Como reacciones psicológicas, son idénticas. Gonçalves Dias romantizó el resentimiento erótico de Marabá. Y Bilac, celebrando a quien descubrió el Brasil,

O' desvirginador da Terra Brasileira!,

todavía emplea una metáfora erótica. Los verdaderos límites de su poesía son, de un lado, la voluptuosidad apasionada de *Satania* y, de otro lado, la desesperación de *In Extremis,* la desesperación de "morrer num dia assim! de un sol assim!"; el fin es la esperanza de perpetuarse en la conciencia de la nación. Es la mentalidad de una "jeunesse dorée" de poetas, elevados a la posición de una clase media de diplomáticos y funcionarios públicos. Sería entre tanto la voz del Brasil, si bien apenas en determinado punto de su evolución social. Para esclarecer lo condicional en el comienzo de esta afirmación, no hay otro

recurso que releer un soneto de Bilac, uno de los últimos, dedicado a la *Música brasileira*:

Tens, às vezes, o fogo soberano
Do amor: encerras na cadência, acesa
En requebros e encantos de impureza,
Todo o feitiço do pecado humano.

Mas, sobre essa volupia, erra a tristeza
Dos desertos, das matas e do oceano:
Bárbara poracé, banzo africano,
E soluços de trova portuguesa.

Es samba e jongo, chiba e fado, cujos
Acordes são desejos e orfandades
De selvagens, captivos e marujos:

E em nostalgias e paixões consistes,
Lasciva dôr, beijo de três saudades,
*Flor amorosa de três raças tristes.**

Es uno de los sonetos más perfectos de Bilac. Sin embargo, Manuel Bandeira le llamó, cierta vez "falso" porque la música brasileña no es esencialmente triste. No adelanta sin embargo el argumento folklórico. El soneto no define el alma del Brasil; pero define el alma del poeta, identificándose con su pueblo. Si esa identificación quedó imperfecta, es porque Bilac, aunque entronizado por los aplausos de una clase y de

* Tienes, a veces el fuego soberano,
Del amor: encierras en la cadencia, encendida
En requiebros y encantos de impureza,
Todo el hechizo del pecado humano,

Pero, sobre esa voluptuosidad, vaga una tristeza
de los desiertos, de las selvas y del océano:
Bárbara poracé, banzo africano,
Y sollozos de trova portuguesa.

Es samba y jongo, chiba y fado, cuyos
Acordes son deseos y orfandades
De salvajes, cautivos y marineros.

Y en nostalgias y pasiones consistes,
Lascivo dolor, beso de tres saudades,
Flor amorosa de tres razas tristes.

una época, estaba separado de su pueblo por el ideal parnasiano. Por eso su "escuela" pereció, pero su expresión personal queda.

Las primeras reacciones contra el parnasianismo vinieron de abajo.

*Este caminho é cor de rosa e é de ouro.**

La sonoridad de este verso parece enteramente parnasiana. Un examen más atento revela, sin embargo, combinaciones vocales de otra especie, las mismas que hacen tan verlainianas las voces:

Vozes veladas, veludosas vozes,
Volúpias dos violões, vozes veladas,
Vagam nos velhos vórtices velozes,
Dos ventos, vivas. . . **

del mismo poeta. Una "orquestra de fonemas" es lo que se hace oír en la poesía de João da Cruz e Sousa,[7] que trató de abrir nuevos cielos, simbólicos y simbolistas, a la poesía del Brasil:

Transfigurado de emocão, sorrindo. . .
Sorrindo a céus que vão se desvendando,
A mundos que se vão multiplicando,
*A portas de ouro que se vão abrindo.****

La verdadera significación de esos versos, se revela, por el hecho de que no fueron compuestos por un vencedor de la vida, sino por un paria paupérrimo—. "Os miseraveis, os

---

* Este camino es color de rosa y es de oro.

** Voces veladas, aterciopeladas voces,
Voluptuosidad de las guitarras, voces veladas,
Vagan en los viejos vórtices veloces,
De los vientos, vivas. . .

*** Transfigurando de emoción, sonriendo. . .
Sonriendo a cielos que se van descubriendo
A mundos que se van multiplicando,
A puertas de oro que se van abriendo.

rotos, São as flores dos esgotos"— (Los miserables, los rotos, Son las flores de los albañales) —un tuberculoso, padre de hijos tuberculosos, mientras que su mujer enloqueció; y este paria era un negro, hijo de esclavos. Algunos todavía dudan del valor de este arte, menos teatral, pero más verboso que el del propio Castro Alves; nadie duda de la sinceridad de Cruz e Sousa, porque todo el mundo sabe lo que él sabía.

Sei que cruz infernal predeu-te os braços,
*E o teu suspiro como foi profundo.**

En un estudio definitivo, Roger Bastide analizó las raíces del arte de Cruz e Sousa.[8] Ese negro brasileño es uno de los grandes poetas nocturnos de la literatura universal: de "Noite original, noite desconsolada", (Noche original, noche desconsolada"), que fué el reflejo de la oscuridad de la selva africana en su alma. En los ritmos de Cruz e Sousa descubre Bastide el tam-tam nocturno y misterioso de la música africana, las artes verbales del poeta se revelan como tentativas para sofocar aquella "musique intéreure" fatal, y su esteticismo simbolista no es sino actitud "compensadora" de super-civilizado en un hijo de la "senzala". Cruz e Sousa no consiguió transfigurar el misticismo primitivo de su alma dolorosa, revistiéndolo de colores poéticos parisinos de 1890; de ahí su énfasis que muchos no soportan, pero consiguió revelar la significación universal de su dolor de negro. En la época en que el brillantísimo Bilac, encarnaba las pasiones y desesperaciones de una clase, el oscuro Cruz e Sousa, verdadero "poeta público", a pesar de aislarse en la bohemia, expresó el alma de una raza; de una raza que forma parte permanente del genio nacional.

En la poesía de Cruz e Sousa se observó un fenómeno más de compensación, una preferencia por las "formas albas, blancas, formas claras". En seguida viene al recuerdo un verso como

O cisnes brancos, cisnes brancos...

de Alphonsus de Guimaraens. Pero el tono es diferente, de sordina. Los ideales poéticos serían los mismos, simbolistas;

---

*Sé que cruz infernal prendió tus brazos,
Y qué profundo fué tu suspiro.

los modelos son otros: Samain, Verlaine, en vez de Baudelaire y Mallarmé. La latinización algo preciosista y arcaizante de Alfonso Guimaraes— es significativa. Son significativos sus títulos *Kyriale*: *Dona mística; Camara ardente; Setenario das dores de Nossa Senhora; Pastoral aos crentes do amor e da morte; Escada de Jacob*.. Abundan las expresiones litúrgicas. La muerte —una muerte cristiana— es según una observación de João Camillo de Oliveria Torres uno de sus temas principales; y después es preciso añadir que Alphonsus se enfrenta a ella con "self-pity":

E o sino canta em lúgubres responsos
Pobre Alphonsus! Pobre Alphonsus! *

La poesía de Alphonsus de Guimaraens es perfecta, hasta demasiado perfecta, así como la gente se cansa recorriendo muchas salas de museo llenas de bellísimos "primitivos" florentinos; sobre todo cuando esos cuadros primitivos fueron pintados por un artista altamente intelectual del siglo XX. La poesía de Alphonsus es perfecta, monótona y poco original. Pero esta frase afirmativa no puede pasar sin restricciones importantes. "Originality does not consist in saying what no one has ever said befores, but in saying exactly what you think yourself". ("La originalidad no consiste en decir lo que jamás nadie ha dicho antes, sino en decir exactamente lo que se piensa"). Eso lo hace exactamente Alphonsus de Guimaraens. Su expresión no es menos sincera que la de Cruz e Sousa, y así como la poesía del negro se distingue de los modelos franceses por la modalidad africana, así la poesía de Alfonso refleja fielmente el ambiente del poeta: las pequeñas ciudades muertas de la región minera, iglesias barrocas y casas caducas en el desierto de las montañas, lejos de la vida turbulenta de las capitales del litoral y más cerca del cielo católico.

Noites de luar mas cidades mortas,
Casas que lembran Jerusalem... **

---

* Y la campana canta en lúgubres responsos
¡Pobre Alfonso! Pobre Alfonso!

** Noches de luna en las ciudades muertas,
Casas que recuerdan Jerusalem, ...

—Como passais, num silêncio enorme
Virgens de luz, fadas erradias!
—E a cidade episcopal que dorme
*No seio branco das litanias.**

Imágenes como éstas se repiten a través de toda la obra. Su monotonía es la monotonía misma de la vida del poeta, juez en la ciudad episcopal de Mariana, intelectual incomprendido en un ambiente primitivo —un caso Cruz e Sousa a la inversa— embriagándose en éxtasis espirituales. Fué el poeta más solitario, más "privado" del Brasil.

En la época en que Alphonsus de Guimaraens vegetaba, desconocido, en el interior del país, murió mozo todavía, otro poeta, —el más leído de los poetas modernos del Brasil— (ya están agotadas 12 ediciones de su volumen *Eu*); pero todavía, despreciado por sus iguales, los intelectuales de las grandes ciudades del litoral. Augusto dos Anjos, a pesar de haber nacido en un ingenio de azúcar del interior y de haber encontrado la muerte de tuberculoso en la propia tierra de Alphonsus de Guimaraens, fué hombre de otra estirpe, de otra raza espiritual. Nada de montañas silenciosas, de ciudades muertas. Fué hombre de las ciudades litorales del Nordeste tropical del Brasil: calurosos hormigueros de mestizos y mulatos, la región de mayor densidad de población del país y de mayor mortalidad infantil, estudiantes y bachilleres discurseando y gesticulando en las facultades, y el proletariado sudando en la calle. Según Augusto dos Anjos, los polos de ese mundo serían el burdel y el cementerio, y entre ellos se sitúa atemorizado el intelectual pobre, auto-didacta, poeta, tuberculoso.

Un cancro assíduo na conciência
*E três manchas de sangue na camisa.***

Augusto dos Anjos parece el poeta Brasileño más egocéntrico. *Eu,* (Yo), así tituló su volumen de versos. Un introvertido.

* ¡Cómo pasáis en un silencio enorme,
Vírgenes de luz, hadas errantes!
—Es la ciudad episcopal que duerme,
En el seno blanco de las letanías.

** Un cáncer asiduo en la conciencia,
Y tres manchas de sangre en la camisa.

Por eso fué —en la época de Bilac— de una incapacidad parcial de expresión poética. Para describir su mundo de orgías de lupanar y orgías de gusanos, procuraba crear una nueva lengua. Según la observación aguda de Gilberto Freyre[9] a Augusto dos Anjos no le gustaba la naturaleza, lo cual le coloca desde luego en aquel grupo de poetas al que no pertenece Gonçalves Dias y representa al mismo tiempo el último retoque en el retrato del intelectual urbano. Pero le gustaban mucho, demasiado, las ciencias naturales. Empleó los términos científicos como Alphonsus los litúrgicos. Habla de Haeckel y Laplace, de "hijo del carbono y del amoniaco", de "elefantiasis", "rinoceronte", "noumenalidad", de mil pormenores nausebundos del nacimiento, del acto sexual y de la putrefacción, coloca a Jehova al lado de Ptah-Hotep y a Tiberio al lado de Jules Favre, revela un mal gusto tremendo en medio de los versos más originales y más impresionantes que ha producido la poesía brasileña. Se llamó monista. La verdad es que fué materialista, si bien sacudido por angustias tan espirituales como el espiritualista Alphonsus de Guimaraens; su tema permanente también es la muerte.

Como ama o homem adúltero o adultério
E o ébrio a garrafa toxica de rum,
Amo o coveiro - este ladrão comum,
*Que arrasta a gente para o cemiterio.**

En la acepción ambigua de la palabra "común", —"infame" y "para todos"— adivínase algo así como una salida del introvertido para el destino infame y común de todos. En efecto, cuando habla de la tos, de su tos de tuberculoso, la llama "ubiqua", llegando a afirmar:

Não! Não era o meu cuspo, com certeza,
A expectoracão pútrida e crassa
*Dos bronchios pulmonares de uma raça.***

---

* Como ama el hombre adúltero el adulterio,
Y el ebrio la botella tóxica de rom,
Amo al sepulturero —este ladrón común,
Que arrastra a la gente para el cementerio.

** No, no es mi esputo, con seguridad,
La expectoración pútrida y grasienta
De los bronquios pulmonares de una raza.

Y el deseo final de asistir "a la carbonización de los propios huesos" es introducido por el apóstrofe inequívoco:

Sol brasileiro! Queima-me os destroços! *

No recuerdo quien ha dicho ya que Augusto dos Anjos hizo todo lo posible para producir náuseas a sus lectores, convirtiéndose a la vez en el poeta más leido por su gente; mientras que Alphonsus de Guimaraens, podríamos añadir, permanecía desconocido. El poeta de *Eu* es el poeta del Brasil.

Alphonsus de Guimaraens y Augusto dos Anjos no fueron debidamente reconocidos sino después del advenimiento del modernismo, del cual fueron en ciertos aspectos, los precursores: basta, para probarlo, la simpatía de un modernista tan "moderno" como Carlos Drummond de Andrade hacia Alphonsus, mientras que todavía será preciso estudiar las relaciones entre la "expresión directa" de Augusto dos Anjos y la exigencia propia de los modernistas. La posición histórica de los dos poetas queda en parte oscurecida por las contingencias de la forma: el esteticismo simbolista de Alphonsus de Guimaraens y el soneto parnasiano de Augusto dos Anjos. En este sentido no parecen tener nada de común con el modernismo brasileño de 1922; pero mucho con el modernismo hispanoamericano de 1900. La misma palabra, al significar dos cosas tan diferentes, se presta a la confusión. Pero precisamente la homonimia puede contribuir a esclarecer diferencias esenciales. El modernismo hispanoamericano de 1900 fué principalmente esteticista, literatura de tendencia "privada", de la cual sólo es un reflejo defensivo la resistencia de Ariel contra el utilitarismo norteamericano. El modernismo brasileño de 1922 se rebeló contra influencias consideradas exóticas que alejarían la poesía americana de sus verdaderas fuentes: la naturaleza y el hombre del Nuevo Mundo; lógicamente, los modernistas brasileños, procurando ligar la poesía a la vida, se dividieron después en una corriente nacionalista, una corriente de catolicismo militante y una corriente de izquierda: en todo caso, literatura "pública". Lo que fué "moderno" para los hispanoamericanos de 1900, no fué "moderno", evidentemente, para los brasileños de 1920. El empleo de la misma

* ¡Sol brasileiro, quémame los destrozos!

palabra en los dos casos no es, sin embargo, casual; es índice de una asincronía general entre las dos literaturas, hecho que se observa igualmente en la cronología del romanticismo americano. Las grandes influencias extranjeras en el romanticismo americano eran Espronceda y Zorrilla, Lamartine y Musset, y, por último, el byronismo visto a través de Francia; la influencia decisiva de Víctor Hugo es bastante posterior,[10] culminando por primera vez en un homenaje bibliográfico de 1889 [11]. Por aquel tiempo, en el Brasil, la influencia hugoniana, tan fuerte en Castro Alves y en sus secuaces de 1870, ya estaba declinando; en 1887 y 1888 podemos fijar la fecha de la victoria del parnasianismo en el Brasil.[12] Los poetas brasileños se retiraron a la famosa "torre de marfil" precisamente cuando en la América Española, fervorosamente hugoniana, "poeta" y "revolucionario" eran casi sinónimos. Por otra parte, el parnasianismo académico del Brasil se defenderá con éxito contra los "nefelibatas" del simbolismo en el nuevo siglo en que el modernismo hispanoamericano entronizó a Samain y a Verlaine; es decir, el simbolismo brasileño tampoco pudo haber tenido la significación "privada" del "arielismo".

Esta extraña arritmia de la evolución literaria merecería un estudio sociológico, pero por de pronto sólo es posible aludir a sus resultados eventuales. Los hugonianos hispanoamericanos de 1880 y de 1890 eran revolucionarios; los espíritus únicamente se calmaban entregándose al esteticismo después de 1900, cuando el imperialismo económico creaba nuevas condiciones de vida en la América Latina, transformándose los poetas en diplomáticos y altos funcionarios públicos[13]. En el Brasil la calma poética de los parnasianos fué amenazada precisamente por los simbolistas "nebulosos" de los primeros tiempos, inquietos de la República, porque en el Brasil la "estabilización" de los poetas como diplomáticos y burócratas ya fué obra del Imperio. Pierre Denis explicó la singularidad y el aislamiento del Brasil en la América Latina, aparte del hecho de la lengua portuguesa, por el pasado monárquico y aristocrático del país. Estudios modernos confirman esto: la América Española se europeizó en el siglo XIX democratizándose; la europeización del Brasil en el mismo siglo se realizó a través de su estructura política y social diferente, monárquica y aris-

tocrática.[14] El Brasil de la segunda mitad del siglo XIX no experimentó revoluciones ni dictaduras. En relación con esto, el ritmo de su evolución literaria fué diferente. No hay épocas bien definidas de convulsión y de retirada. Poesía "privada" y poesía "pública" aparecen aproximadamente sincronizadas. Poetas "privados" y poetas "públicos" constituyen binomios: Gonçalves Dias y Castro Alves, Olavo Bilac y Cruz e Sousa, Alphonsus de Guimaraens y Augusto dos Anjos. He aquí una primera tentativa para justificar metodológicamente la elección de los poetas estudiados. Una prueba más se ofrece con la presencia de un binomio análogo en la poesía actual: Manuel Bandeira y Carlos Drummond de Andrade.

Manuel Bandeira es el mayor poeta que el movimiento modernista produjo en el Brasil; pero no es un modernista. Vino de comienzos simbolistas, medio parnasianos; se libertó mediante el modernismo; pero no terminó ahí su evolución, la evolución más coherente por la cual haya pasado la vida literaria de un poeta brasileño.[15] El modernismo brasileño fué un movimiento de poesía "pública"; Manuel Bandeira en el fondo fué siempre, y se encontró a sí mismo, poeta elegíaco, poeta personal, "privado". No es casual que Gonçalves Dias sea su gran admiración entre los poetas del pasado.

Un crítico comprensivo definió el arte de Manuel Bandeira como "poesía de un cuarto nocturno";[16] la imagen no podía ser más exacta. Gravemente tuberculoso, Bandeira pasó años enteros observando la vida por las ventanas de un cuarto nocturno, en su vieja casa del barrio sombrío de la Lapa, en Rio Janeiro, que hoy ya no existe.

Febre, hemoptise, dispnéia e suores noturnos.
A vida inteira que podia ter sido a que não foi.
*Tosse, tosse, tosse.**

En estos versos está el modernismo de Manuel Bandeira: la métrica es "libre", el asunto es "cotidiano". Pero en estos versos también está el arte elegíaco de Manuel Bandeira: "...Entre la marcha fúnebre del primer verso que da la dura realidad, y los golpes en staccato desesperado del tercero, se

---

* Fiebre, hemotisis, disnea y sudores nocturnos.
La vida entera que podía haber sido y no fué.
Tos, tos, tos.

comba, en tono elegíaco, el arco del segundo verso: A vida inteira que podia ter sido e que não foi".[17] A pesar de todo Manuel Bandeira venció a la vida hostil; y su poesía se hizo cada vez más elegíaca, más serena, la unión de lo cotidiano con lo simbólico por el arte cada vez más indisoluble, como en ese *Momento en un café,* transfiguración permanente de una escena callejera:

Quando o enterro passou
Os homems que se achavam no café
Tiraram o chapéu maquinalmente
Saudavam o morto distraidos
Estavam todos voltados para a vida
Absortos na vida
Confiantes na vida.

Um no entanto se descobriu hum gesto largo e demorado
Olhando o esquife longamente
Este sabia que a vida é uma agitação feroz e sem finalidade.

Que a vida é traição
E saudava a matéria que passava
*Liberta para sempre da alma extinta.**

Ya me permití aplicar a este arte de un escéptico la definición platónica que Wordsworth dió de la poesía: "Emotion recollected in tranquillity". Con la misma tranquilidad cantó el "Adeus para nunca mais" a la casa demolida en la Lapa.

* Cuando el entierro pasó
Los hombres que se encontraban en el café
Se quitaron el sombrero maquinalmente
Saludaban al muerto distraidos
Estaban todos vueltos hacia la vida
Absortos en la vida.
Confiantes en la vida.

Mientras tanto, uno se descubrió con gesto largo y lento
Mirando el féretro prolongadamente.
Este sabía que la vida es una agitación feroz y sin finalidad,

Que la vida es traición,
Y saludaba la materia que pasaba
Libre para siempre del alma extinta.

Vão demolir esta casa.
Mas meu quarto vai ficar
Não como forma imperfeita
Neste mundo de aparências:
Vai ficar na Eternidade,
Com seus livros, com seus quadros,
*Intacto, suspenso no ar.**

"Va a quedar"; "intacto, suspenso en el aire": ideas platónicas de un escéptico que juega elegíacamente con la Eternidad, y al cual, en fin, la vida ("Que podía haber sido y que no fué"), le dió todo: la vida entera es una poesía que va a quedar, intacta, si bien suspensa en el aire.

El escepticismo elegíaco de Bandeira se basa en el carácter "privado" de su poesía. Le pueden demoler la casa: la certeza del mañana queda con los demoledores, a los cuales el poeta dedica aquella misma tranquilidad:

Sei que amanhã quando acordar
Ouvirei o martelo do ferreiro
*Bater corajoso o seu cântico de certezas.***

La "certeza" parece la de Carlos Drummond de Andrade, poeta "público" de esta hora y de horas por venir:

*O vida futura, nós te criaremos.****

Pero en el revolucionario Drummond, hombre tímido y de pocas palabras, pocas y definitivas, no hay nada del ímpetu del revolucionario Castro Alves. Sabe que los muros de la Jericó burguesa no se desmoronarán por el ruido estruen-

---

* Van a demoler esta casa.
Pero mi cuarto va a quedar,
No como forma imperfecta,
en este mundo de apariencias:
Va a quedar en la eternidad,
con sus libros, con sus cuadros,
Intacto, suspenso en el aire!

** Sé que mañana cuando despierte
Oiré el martillo del herrero
Golpeando valiente su cántico de certezas.

***Oh vida futura, nosotros te crearemos.

doso de las declamaciones. El viejo mundo será destruído por las armas más sutiles y dialécticas, y esa dialéctica poética se manifiesta en la poesía de Drummond (así como en la "metaphysical poetry" de los ingleses barrocos) como humorismo. Un crítico de nuestra generación llegó a reconocer en el "humour" el elemento esencial de la poesía de Carlos Drummond,[18] ¿y quién negaría esto ante dos versos tan llenos de sentido ambiguo como los siguientes?

No Brasil não há outono
mas as folhas caem *

en los cuales hay la tristeza de la vida bajo los cielos coloniales, la paradoja humorística de la falsa europeización, y la esperanza de la caída, en fin, de muchas hojas. Evidentemente no se aplican a un arte así los cánones de la poesía antigua:

Mundo, mundo, vasto mundo,
se eu me chamasse Raimundo,
*seria una rima, não seria uma solução.***

Carlos Drummond de Andrade aprendió mucho en Manuel Bandeira, menos la música elegíaca que la sustituyó por el duro ritmo de marcha:

. . . não fugirei para as ilhas nem serei raptado por serafins.
O tempo é a minha matéria, o tempo presente, os homens presentes,
*A vida presente.****

Y el apocalíptico *Poema da Necessidade:*

E preciso salvar o país,
*é preciso crer em Deu.*****

---

* En el Brasil no hay otoño
pero las hojas caen.

** Mundo, mundo, vasto mundo,
si yo me llamase Raimundo,
sería una rima, no sería una solución.

*** . . . no huiréis para las islas ni seré raptado por serafines
El tiempo es mi materia, el tiempo presente, los hombres presentes,
la vida presente.

**** Es preciso salvar al país,
es preciso creer en Dios,

é preciso pagar as dívidas,
é preciso comprar um radio,
é preciso esquecer fulana...
E preciso viver com os homens,
é preciso não assassiná-los,
é preciso ter as mãos pálidas
*é anunciar O FIM DO MUNDO.**

termina anunciando incluso "le grand soir", la transición del reino de la necesidad al reino de la libertad.

Carlos Drummond de Andrade es poeta público. En su poesía no se demuelen viejas casas llenas de recuerdos modestos y preciosos de una vida que fué; pero se levanta la amenaza de demolición contra el *Edificio Esplendor* de nuestra civilización, lleno de todos los primores inútiles de la técnica moderna:

Que século meu Deus!, diziam os ratos.
*E começaram a roer o edifício.***

¿Será que esos ratones crearán "la vida futura"?. No habrá ya más exquisiteces de la muerte "moderna", "o pavor do caixão, em pé no elevador". (El terror al ataúd, en pie dentro del elevador) pero no se abolirá la muerte, pavor y fin del individuo, transformando la vida en "agitación feroz y sin finalidad", y revelando a Carlos Drummond:

...um segredo
que todos sabem...
*(que esta vida não presta).****

---

* es preciso pagar las deudas,
es preciso comprar una radio,
es preciso olvidar a fulana...
Es preciso vivir con los hombres,
es preciso no asesinarlos,
es preciso tener las manos pálidas,
y anunciar EL FIN DEL MUNDO.

** ¡Qué siglo, Dios mío!, decían los ratones.
Y empezaron a roer el edificio.

*** ... un secreto
que todos saben...
(que esta vida no sirve).

La contradicción íntima entre el socialismo de la convicción y el individualismo del temperamento crea la ambigüedad, el humorismo amargo de Drummond. El poeta que cantó la vida futura ("nosotros te crearemos"), acaba preguntando a su triste hermano José, esclavo de las necesidades y determinismos: "José, ¿para dónde? No hay respuesta. Cualquier respuesta sería una rima, no sería una solución". Nuestro tiempo es propiamente ambiguo. Y Carlos Drummond de Andrade es el poeta "del tiempo presente, de los hombres presentes, de la vida presente".

"Privados" y "públicos" son los poetas del Brasil. Es una oposición que aparece en todas las literaturas, porque sólo la poesía privada y la poesía pública constituyen la Poesía, "ars una". Pero en la evolución de la poesía brasileña no se trata de fases alternantes, y sí de binomios, lo que modifica enteramente la base de la discusión. Por muy fuertes que hayan sido las influencias extranjeras, particularmente las francesas, el sentido íntimo dentro de la afirmación estilizada o "meaning" poética detrás del "statement", fué siempre diferente, hasta en el caso del parnasianismo.[19] Aplicando esta distinción fundamental de J. A. Richards entre "meaning" y "statement", se comprueba un resultado sorprendente: en general, la poesía "privada" es más rica en "meaning", mientras que la poesía "pública" es el reino de los "statements"; en la poesía brasileña, acontece más bien lo contrario, con la excepción de Gonçalves Dias y de Manuel Bandeira, hecho en el cual reside la importancia histórica de esos dos poetas. En la historia de la poesía brasileña, los poetas "privados" crean la lengua de la cual se sirven después, con "meaning" diferente, los poetas "públicos". Por eso se puede comprobar, desde Gonçalves Dias hasta Drummond un ritmo de renovación sobre una base permanente de una tradición poética: un progreso en la expresión poética que no es ilusión de contemporáneos. Progreso que consiste, para aplicar un concepto de Juan Ramón Jiménez,[20] en la eliminación progresiva del elemento literario, de lo "fable", en favor del elemento poético, de lo "inefable"; o bien, en la elaboración de una lengua poética con los individuos para servir a la expresión del genio de una raza. He aquí una tradición poética, es decir, un proceso dialéctico de abolición y renovación sobre bases permanentes. En

fin, la poesía brasileña siempre renovándose, siempre resurgiendo, ya produjo algunos versos definitivos, inconfundibles. Entre ellos el verso en prosa del mayor de los poetas brasileños: "Todos los cementerios se parecen". Ni siquiera se tomó el trabajo de buscar el nombre. Pero vale la pena. Hasta parece que no todos los cementerios se parecen, porque hay los del olvido y los de la resurrección.

NOTAS

[1] MANUEL BANDEIRA, *Presentación de la Poesía Brasileña.* Prefacio de Otto Maria Carpeaux. México, D. F., 1945.

[2] DAVID DAICHES, *Poetry and the Modern World.* Chicago, 1940. p. 240.

[3] AGRIPINO GRIECO, *Evolução da poesia brasileira.* Río de Janeiro, 1932. p. 30.

[4] MANUEL BANDEIRA, *Poética de Gonçalves Dias.* (Conferencia, publicada en el Suplemento Literario de A Manhã, 9 de janeiro de 1944).

[5] AURELIO BUARQUE DE HOLLANDA, *À margem da Canção do Exilio.* (Correio da Manhã, 30 de abril de 1944).

[6] HEITOR FERREIRA LIMA, *Castro Alves e sua época.* S. Paulo, 1942. p. 189.

[7] ANTONIO DE PADUA DA COSTA E CUNHA, *À margem do estilo de Cruz e Sousa.* (Tesis inédita, Río de Janeiro, 1940). p. 5.

[8] ROGER BASTIDE, *A poesia afro-brasileira.* (Quatro estudos sobre Cruz e Sousa, pp. 87-128). S. Paulo, 1943.

[9] GILBERTO FREYRE, *Nota sobre Augusto dos Anjos.* (in: Perfil de Euclydes e outros perfís. Río de Janeiro, 1944. p. 151).

[10] MAX DAIREAUX, *Panorama de la littérature hispano-américaine.* París, 1930. pp. 70-71.

[11] *Víctor Hugo en América.* Traducciones de ingenios americanos, coleccionadas por JOSÉ ANTONIO SOFFIA y JOSÉ RIVAS GROOT. Bogotá, 1889.

[12] MANUEL BANDEIRA, *Antología dos poetas brasileiros da fase parnasiana.* 2ª ed. Río de Janeiro, 1940. p. 15.

[13] LUIS ALBERTO SÁNCHEZ, *Balance y liquidación del Novecientos.* Santiago de Chile, 1941. p. 30.

[14] GILBERTO FREYRE, *Sobrados e Mucambos.* Decandência do patriarchado rural no Brasil. S. Paulo, 1936.

[15] OCTAVIO DE FARIA, *Estudo sobre Manuel Bandeira.* (in: Homenagem a Manuel Bandeira. Río de Janeiro, 1936. p. 131).

[16] ANNIBAL M. MACHADO, *Um poeta na noite.* (in: Homenagem a Manuel Bandeira. Río de Janeiro, 1936. p. 55).

[17] Cf. el libro citado en al nota 1. p. 13.

[18] ALVARO LINS, *Humour e Poesia.* (in: Jornal de Crítica. 3ª serie. Río de Janeiro, 1944. p. 68).

[19] GEORGE LE GENTIL, *L'influence Parnassienne au Brésil.* (Revue de Littérature Comparée, XI-1, 1931, pp. 35-42).

[20] JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, *Poesía y literatura.* (University of Miami Hispanic-American Studies, No. 2, 1941, pp. 75-92).

DOS CONVERSACIONES CON GEORGE BERNARD SHAW Y ALGUNAS CARTAS

Por *Rodolfo USIGLI.*

(A la presencia intacta de Josette)

Escribo estas páginas a algo más de un año de distancia de los hechos. Escritas en su fecha precisa, habrían tenido un indudable valor periodístico (y GBS piensa que el periodismo es la única buena literatura) pero, aparte de que no me interesaba publicar nada en aquel tiempo, es bueno hacer pasar las cosas por el tamiz de la memoria. Lo que se pierde en detalle, de este modo, se gana en emoción y, sobre todo, en perspectiva. La memoria sigue siendo una diosa fiel y una de las dos caras de la poesía. A su tiempo, en cambio, la realidad inmediata es una diosa tan incapaz de fidelidad como una rosa —o como un olor desagradable. Cuando decimos que la memoria falla es porque nosotros somos infieles por naturaleza, por costumbre, por imaginación o por deseo de fuga; pero lo somos para poder subsistir en nuestra lucha contra la memoria. El interés de estos recuerdos, ahora, está para mí en la reconstrucción objetiva del choque, en el sentido saludable, con uno de los más extraordinarios cerebros que han existido, y con el mayor poeta dramático de la época moderna, en circunstancias particularmente inusitadas. Sé que seré acusado por muchos de vanidad y de jactancia; pero como esto ha ocurrido y ocurrirá de todos modos, fatalmente, en la disyuntiva encuentro preferible publicar estas conversaciones a dejarlas inéditas, y ser culpado por hacer las cosas más bien que por abstenerme de hacerlas. Todo lo que podría yo temer sería haberlas hecho por debajo del motivo —y del modelo.

I.—LONDRES - 1944

Fué apasionante, por supuesto, llegar a Londres en plena guerra y ser saludado, a unas centenas de metros de la estación de Euston, por un *rocket,* o bomba V-2, lanzado probablemente desde Holanda. Hasta ese día, endiabladamente frío por lo demás, el Parlamento no había reconocido oficialmente la existencia de esta nueva arma, destinada a mantener el terror entre la población civil, más rápida que el sonido y casi tanto como la luz, según se dijo, contra la cual no había prevención posible. Esto último parecía satisfacer a los ingleses. "Si la oye uno, está salvado. Si no la oye, está acabado", decían. Los diarios habían aludido, persistentemente, durante los últimos dos meses, a la explosión multiplicada de tuberías de gas. Y, aparte de que la compañía de gas estudiaba ya seriamente la conveniencia de presentar una demanda por calumnia, el ingenio popular había bautizado las explosiones cotidianas con el nombre de *flying gas maines,* o tuberías de gas volantes.

En todo caso, el entusiasmo de visitar a Londres después de un deseo largamente alimentado tenía, para mí, fuentes más directas que la Abadía de Westminster, el Museo Británico o la Torre, el Támesis, la tienda de Dickens, los sastres de Saville Row, la sombrerería de Lock o la tienda de Dunhill. Londres era la ciudad donde, a falta de Shakespeare, podría yo conocer a George Bernard Shaw. Aunque nunca he pensado en negar su influencia sobre mi obra —que me parece todavía la de un principiante en el teatro— más de una mexicana sonrisa malévola había curvado los labios de mis amigos escritores ante mi admiración por Shaw. Pensaban, sin duda, que exageraba yo la nota, y que lo que había demostrado ser tan excelente para el teatro inglés no podía serlo para el mexicano. Esto era sin duda porque mis amigos, a pesar de seguir a Cocteau y a Giraudoux, y aun a Achard y a Passeur —malos para Francia y peores para México— ignoraban que el teatro, cuando existe, es, por encima de toda diferencia de epidermis, uno solo y verdadero. Como sea, yo sé que fué la lectura de Shaw, precedida y subrayada por la de Molière, la que me puso sobre la pista del único teatro, del bueno, hace catorce o quince años. Si no he hecho mayor honor a tales maestros

involuntarios es porque, como toda persona que no se respeta en exceso, tengo mis límites.

Lo primero que hice fué preguntar por la dirección de Shaw. En la Embajada de México me alentaron a buscar una entrevista indicándome que Shaw era persona bastante accesible puesto que había concedido unos minutos de conversación, en plena calle, a Octavio Novaro. Cuando Novaro se excusó por su mal inglés, Shaw le aseguró que no lo hablaba peor que cualquier isleño (v. prólogo a *Pigmalión*), y cuando se habló de México, el "payasito irlandés", como lo llamó nuestro desaparecido Vasconcelos, afirmó que México le había gustado porque, en su rápido paso por la capital, había cumplido sin molestia con sus diarias funciones fisiológicas. Esto era bastante a desanimar a cualquiera. Todo autor teatral sabe que una conversación en la calle es una conversación de la calle, aunque se la sostenga con Bernard Shaw, y que es preciso siempre disponer la escena y calcular con precisión entradas y salidas. Por otra parte, una entrevista de carácter tangencial y periodístico parecía de poca atracción para mi deseo. Frances Kaye, una joven periodista, me proporcionó la dirección del hombre Shaw en Londres, y en seguida le escribí esta carta:

> Dear Mr. Shaw,
>
> Instead of writing to you like this, I should have provided myself with a letter of introduction from Mr. Allardyce Nicoll. Unfortunately, I only learned that he was in Washington when I had left that city and was on the point of sailing for England. I am a Mexican playwright passing by London on my way to Paris, where I have been assigned by my government, and I would consider it a great privilege if you were kind enough to see me. In the affirmative, will you kindly communicate with me at the Mexican Embassy, etc.[1]

---

[1] Estimado Sr. Shaw: En vez de escribirle como lo hago, debí proveerme de una carta de presentación del señor Allardyce Nicoll. Desgraciadamente sólo supe que se encontraba en Washington cuando había ya abandonado aquella ciudad y estaba a punto de embarcar para Inglaterra. Soy un dramaturgo mexicano de paso en Londres camino de París, y consideraría como un gran privilegio el que tuviera usted la amabilidad de recibirme. En la afirmativa, tenga usted la bondad de comunicarse conmigo a la Embajada de México, etc.

Esto era el 13 de noviembre. La respuesta, fechada el 17 y encerrada en un sobre usado y recubierto por un trozo de papel engomado a causa de las restricciones de guerra, decía:

> Dear Sir,
>
> Mr. Bernard Shaw asks me to say that he is out of reach in the country at present and that you had better try again when you are next in London. It is unlikely that Mr. Shaw will be there during the winter.—Yours faithfully.—Blanche PATCH, Secretary.[2]

La carta había sido expedida en Ayot St. Lawrence, Nr Welwyn, Hertsfordshire, y el apellido de Miss Patch *(parche)* se posaba como un mal augurio sobre mis pretensiones. Las cosas no podían quedar allí, y volví a escribir, esta vez en un tono irreprochable de primer acto:

> Dear Mr. Shaw,
>
> It has been a great disappointment to learn through Miss Patch that I will have no opportunity to meet you. I doubt very much that I may return to London before long, because, after a few months in Paris, I expect to be sent to Moscow. There was no academic or touristic expectation of meeting the famous monster in my desire to see you. As a matter of fact, I really wanted to ask for your advice in a professional way, due to the great admiration I have for your work. I am a playwright in a desert: in fourteen years I have written some eighteen plays, five or six of which have been produced, in the peculiarly negative conditions that prevail in Mexico, and four of which have been printed. On the other hand, I am thirty-nine years old and find no one in my own country whose work in drama can command my respect. In a sort of subtly disparaging way, critics in Mexico have associated my name with yours, misled, no doubt, by the fact that most of my plays are preceded, or followed, by extensive essays on sociological, political and his-

---

[2] Muy señor mío: El Sr. Bernard Shaw me pide le diga que está fuera de alcance en el campo actualmente y que será mejor que intente usted nuevamente verlo cuando vuelva a pasar por Londres. Es improbable que el Sr. Shaw vaya allá durante el invierno. Etc.

torical matters, more or less pertinent with the plays' subjects. This was also practised by Molière, Racine, Victor Hugo and other older or newer authors, but I gladly admit that it was reading your plays that I discovered the necessity of writing prefaces and epilogues. After all, the theatre seems to be an art only as a result of the adroit combination of many inartistic elements, excepting, of course, the impulse. Somehow or other, I feel quite confused as to my issues while, at the same time, I find myself at the beginning of the longest and most difficult career a man can choose. Naturally, I have not made a great deal of money with my plays, and although money is important, I have managed to live so far without using the theatre as a definite means for support. I am also quite disturbed by the fact that, until now, I have no serious competitors in my country. All this has led me to believe that a conversation with you would prove highly stimulating, because I have ideas for fifty other plays which it would be a pity not to write. It so happens that I intensely dislike all forms of suicide, and curiously enough, I fear to be on the verge of committing it as a dramatic author. It is not a matter of success, because I have been successful in the measure of Mexican possibilities; nor is it a matter of being good, because I can say I am good; but I feel tired and inert and a little dizzy, and I strongly suspect that I need a good, but well reasoned, scolding. As the greatest living playwright —and the only one to whom I could confess as much— would you care for the job? I will be in London for a few days yet.[3]

---

[3] Estimado Sr. Shaw: Ha sido una gran desilusión saber por conducto de Miss Patch que no tendré oportunidad de verlo. Dudo mucho que pueda yo regresar a Londres antes de largo tiempo porque, después de pasar algunos meses en París, espero ser enviado a Moscú. No había expectación académica o turística alguna de conocer al famoso monstruo en mi deseo de ver a usted. En realidad, quería pedirle su consejo en forma profesional, debido a la gran admiración que tengo por su obra. Soy un dramaturgo en un desierto: en catorce años he escrito unas dieciocho obras, cinco o seis de las cuales han sido representadas, en las condiciones peculiarmente negativas que prevalecen en México, y cuatro editadas. Por otra parte, tengo treinta y nueve años y no encuentro en mi propio país a nadie cuya obra

Tampoco se hizo esperar la respuesta, aunque ahora era la fiera misma quien me escribía. Mi carta del 20 de noviembre fué contestada el 22, a mano y sobre el dorso de un retrato cuya penetrante expresión me ha inquietado siempre:[4]

AYOT ST. LAWRENCE.
WELWYN.
HERTS.

22/11/1944.

Dear Rodolfo Usigli

As you have got much farther in your 39th year than I in my 40th you have nothing to learn from me.

I forbear sending you an up-to-date portrait. The shock would be too great. I am 88½.

Let me know when you return from Moscow. I *may* be still alive. If I am, I will arrange a meeting for us.

G. Bernard Shaw

---

dramática pueda exigir mi respeto. En una forma sutilmente peyorativa, los críticos mexicanos han asociado mi nombre al de usted, desviados, sin duda, por la circunstancia de que la mayor parte de mis piezas están precedidas, o seguidas, por extensos ensayos sobre cuestiones sociológicas, políticas e históricas más o menos consistentes con los temas de aquéllas. Esto lo practicaron también Molière, Racine, Victor Hugo y otros autores más nuevos y más viejos; pero

Halagüeño y todo, el mensaje no era más que un entremés que amenazaba detener el curso de la comedia o ser todo el almuerzo, según se elija entre el sentido dramático y el gastronómico. Diecisiete días de Londres, coloridos por varias alarmas y rockets diarios; diecisiete noches envueltas en el acertijo del oscurecimiento obligatorio, y necesario (pasada la primera ceguera, jamás caminé con mayor seguridad en mi vida: las calles de Londres tienen el asfalto más civilizado que he visto), transcurrieron pronto. Los teatros estaban llenos y no logré asistir sino al inolvidable *Hamlet* de John Gielgud. Fuí a París sin saber cuándo podría volver a Inglaterra. Me quedaban, sobre todos, tres recuerdos: uno brillante, otro desilusionante, y otro, francamente, amargo. El primero era el de la entereza extraordinaria con que el pueblo inglés tomaba los azares de la guerra —ni un grito de histeria—; la tranquila seguridad de que comía uno tan mal como el rey y como

---

yo reconozco gustosamente que fué leyendo las piezas de usted como descubrí la necesidad de escribir prólogos y epílogos. Después de todo, el teatro no parece ser un arte sino como resultado de la hábil combinación de muchos elementos inartísticos, exceptuando, por supuesto, el impulso. De un modo u otro, me siento confundido a la vez que me encuentro al principio de la carrera más larga y difícil que pueda elegir un hombre. Naturalmente, no he hecho mucho dinero con mis piezas, y aunque el dinero es importante, me he arreglado para vivir hasta ahora sin usar del teatro como de un medio definido de sustento. Me perturba mucho también el hecho de que, hasta este momento, carezco de competidores serios en mi país. Todo esto me ha llevado a creer que una conversación con usted resultaría altamente estimulante, porque tengo ideas para cincuenta piezas más, que sería lástima no escribir. Ocurre que me desagradan intensamente todas las formas de suicidio y, cosa curiosa, temo estar a punto de suicidarme como autor dramático. No es una cuestión de éxito, porque lo he alcanzado en la medida de las posibilidades mexicanas, ni es cuestión de ser bueno, porque puedo decir que lo soy; pero me siento fatigado e inerte y un poco aturdido, y tengo grandes sospechas de que necesito un buen, pero bien razonado regaño. Como el mayor dramaturgo viviente —y el único a quien podría yo confesar tanto— ¿se interesaría usted por la tarea? Estaré todavía unos días en Londres.

[4] Estimado R. U.: Como ha llegado usted mucho más lejos a los 39 años que yo a los 40, no tiene nada que aprender de mí. Me abstengo de enviarle un retrato actual. El choque sería demasiado grande. Tengo 88 años y medio. Avíseme cuando regrese de Moscú. *Puede* que esté yo vivo aún. Si lo estoy arreglaré una entrevista para nosotros.

el último ciudadano, y de que en ningún momento estaba solo ni carecía de simpatía humana enmedio de una catástrofe siempre creciente. El recuerdo desilusionante era otra cosa: era una frustración de carácter psicológico que no quiero dejar de anotar aquí porque forma parte de la maravillosa educación mexicana que, en mi generación al menos, ha preparado al hombre para todo. Un mexicano puede andar entre balas y bombas, contemplar cadáveres y hacer chistes macabros sobre ellos; apreciar las artes populares, tener altos goces estéticos y reírse de todo, aun de sí mismo, sin perder la línea y siendo más reservado que un inglés, aunque con muchísimos más secretos y mayor profundidad. Pero esta amplitud, esta versatilidad, nos frustran a la vez de muchas sorpresas, porque han acabado con nuestro candor y con todas nuestras posibilidades de llegar a clásicos. Lo que me ocurrió es sencillo, terrible en el fondo. Habituado a recorrer diariamente todas las calles de México, sabía que el espectáculo familiar de los últimos doce o quince años consistía en la demolición de viejos inmuebles y en la construcción de periqueras modernas que van del estilo californiano y el apócrifo colonial hasta el Renacimiento inventado y los tipos sueco y alemán y cosas peores. En Londres no quedó una sola calle sin cráter, como si la ciudad entera hubiera aspirado a una disciplina y a una igualdad común bajo la destrucción. Piccadilly como Kensington; Bayswater como la City y como Marble Arch, Chelsea como Belgrave Square o Regent Street, el puente de Westminster como Hyde Park, todo fué bombardeado. Pero los admirables ingleses se daban tal prisa a limpiar los escombros, a cercarlos de enmaderados y a borrar toda señal de horror, que la primera idea que se venía a la cabeza era: "En Londres construyen casi tanto como en México". Una señora inglesa, que vino a México después de la guerra, encontró, por supuesto, que en México destruíamos casi tanto como en Londres, y tuvo la reacción contraria. Mi tercer recuerdo, el único amargo, era mi fracaso en ver a George Bernard Shaw.

Volví a Londres antes de lo que imaginaba, y le escribí nuevamente el 24 de diciembre:

Dear Mr. Shaw,

I should have written to you before to thank you for your photograph and for your most flattering compliment.

Yet, I know I have many things to learn from you. Communications in Paris are so slow that you wouldn't have received my letter before January. I have been fortunate enough to come to London for a few days. If you would arrange a meeting for us, I would be very thankful.—P.S. Blame my wounded hand and my writing.[5]

Otra vez, la mal augural Miss Patch me escribió, el primero de enero:

Dear Sir,

Mr. Bernard Shaw asks me to say that it is not possible to arrange a visit to him at present, as there are no travelling facilities and some domestic difficulties as well as shortage of petrol —we are 5 miles from Welwyn Garden City station. You must therefore wait until the days are longer and the war restrictions lighter.[6]

A pesar de la mala construcción, el énfasis es puramente shaviano.

---

[5] Estimado Sr. Shaw: Debí escribir a usted antes para agradecer su fotografía y su cumplido tan halagador. Con todo, tengo muchas cosas que aprender de usted. Las comunicaciones son tan lentas en París, que no habría usted recibido mi carta antes de enero. He sido lo bastante afortunado para regresar a Londres por algunos días. Si arreglara usted una reunión para los dos, le quedaría muy agradecido. P.S.—Culpe a mi mano lastimada y a mi caligrafía.

[6] Muy señor mío: El Sr. Bernard Shaw me pide le diga que no es posible arreglar una visita a él por ahora, ya que no hay facilidades de viaje y algunas dificultades domésticas así como escasez de gasolina —estamos a 5 millas de la estación de la Ciudad Jardín de Welwyn. Tendrá usted, por lo tanto, que esperar a que los días sean más largos y las restricciones de guerra más leves.

PARIS — 1945

En todo caso, no pude prolongar mi visita más de diez días y regresé a París, donde todo fué, desde entonces, nieve, frío, bronquitis y escasez. El Sena amenazaba desbordarse, interrumpiendo el tránsito fluvial y la entrada de carbón. El equipo ferroviario se encontraba en situación angustiosa: sobre veinte mil locomotoras existentes antes de la guerra quedaban, me parece, seis mil, de las cuales sólo dos mil servían al transporte civil, y de éstas, seiscientas habían reventado la noche de la primera nevada. Finalmente, las provisiones faltaban, porque la ofensiva alemana había dado al traste con todas las previsiones y determinado que los abastos destinados a la población pasaran al ejército. En el comedor del Hotel Bristol, los mexicanos especulábamos y hacíamos todo género de bromas sobre la posibilidad de tener que huir hacia Argel en cualquier momento. Yo tenía una tarea que llevar a cabo al reponerme de mi más larga bronquitis: una investigación sobre el teatro en París durante la ocupación alemana. Imposible poner la mano sobre los diarios y revistas de esos cuatro años, decomisados todos. El jefe de gabinete del General de Gaulle, el señor Palewsky, me proporcionó una carta-llave para la Biblioteca Nacional. Me dispuse a trabajar sin entusiasmo, pero ocurrió que la Biblioteca Nacional no estaba calentada. Esto hacía francamente utópico mi trabajo, a menos de pasar por el helado corredor de una pulmonía doble. Pedí permiso para volver a Londres, a dar algunas conferencias, y lo obtuve.

Antes de partir había entrado en relación con un dramaturgo francés, gran ingenio de su momento, y debo relatar nuestro encuentro por la forma en que me predispuso para el encuentro mayor con Bernard Shaw. Una empresa productora de películas de México, confirmando el desconcierto nacional que preside a la selección de argumentos para el cine, me pidió que le comprara, a ser posible, los derechos del *Petit Café* de Tristán Bernard. No fué posible, supongo que por fortuna, pero yo pedí y obtuve una entrevista que no dejó de deprimirme. A los setenta y nueve años, Tristán Bernard era un hombrecito de barba blanca, calzado con pantuflas y abrigado por un sweater marrón o gris oscuro, afligido por una hernia y totalmente sordo. En la antesala de su casa

estaba su busto por Rodin, y había, aquí y allá, luces del pasado, todavía encendidas. Los Bernard habían sido detenidos por los alemanes en Niza, y perseguidos como judíos, y sólo la influencia de Sacha Guitry pudo substraerlos a mayores calamidades. Terminada ya la guerra, supe que un hijo de Jean-Jacques Bernard, nieto de Tristán y pintor de promesa, había muerto meses antes, a los veinte años, en un campo de concentración. Por su parte, Jean-Jacques fué también prisionero y presenció imborrables horrores. Todo esto —aun la mala nueva ignorada todavía— parecía latir como un pulso sordamente rítmico en la casa clara de los Bernard. Mientras hablábamos y cada frase era repetida como un voltear de campana, o como un disco, hasta llegar al viejo comediógrafo, yo pensaba, con la garganta cerrada, en su tradicional ingenio parisién, en la anécdota del café *Les Deux Magots* y en tantas otras; en *L'Anglais Tel qu'on le Parle,* en la que actué de estudiante, y en todas sus brillantes y ligeras comedias. Pero el golpe de gracia vino cuando la señora de Roland Dorgelès repitió, a través de varios ecos en crescendo, su pregunta:

—¿Cree usted, Tristán, que la guerra terminará pronto?

Aquel espíritu ingenioso, fino y terrible se tomó unos momentos de reflexión, movió, penosa y negativamente la cabeza, y dejó caer la respuesta, envuelta en una vocecilla átona:

—Je n'ai plus d'opinion.

LONDRES — 1945

En cuanto llegué a Londres escribí a Bernard Shaw recordándole su promesa e insinuando que la tercera debería ser la vencida. El 23 de marzo me dirigió una tarjeta abierta. Su cuidada y clara escritura se extendía en líneas de una horizontalidad perfecta y, esta vez, firmaba sólo con sus iniciales. (Después supe que ya no podía escribir sino llevándose la mano derecha con la izquierda y que, en realidad, dibujaba. La pintora Clare Winsten lo ha retratado así).[7]

23/3/1945

AYOT ST LAWRENCE, WELWYN, HERTS
TELEGRAMS: BERNARD SHAW, CODICOTE.
TELEPHONE: CODICOTE 218

I am very very old; and this village is practically inaccessible except to people who can command a private car from door to door. Only Chinese generals and American admirals are in that favored position.

I fear you must wait until the war is over — if I live so long.

G.B.S.

---

[7] Soy muy viejo; y esta aldea es prácticamente inaccesible, excepto para gentes que puedan disponer de un automóvil particular para ir de puerta en puerta. Sólo los generales chinos y los almirantes americanos se encuentran en esa situación privilegiada. Temo que tendrá usted que esperar a que haya terminado la guerra —si vivo tanto.

Contrastada con el mensaje escrito al dorso de su fotografía, esta nota me pareció pesimista y angustiosa. "Very very old", "if I live so long", fueron frases que martillearon mi cabeza. Decidí no esperar más y rehacer todo el primer acto presentándome sin previo anuncio en la casa del hombre Shaw, que parecía más inaccesible que su aldea, el sábado de Gloria (31 de marzo).

En el Hotel Park Lane, de Piccadilly, pregunté dónde debería tomar el tren para Ayot St. Lawrence, y salí llevando conmigo una copia sin corregir de la versión inglesa de *Corona de Sombra* que debo a Bill Stirling. Tomé el tren, creo, en Paddington Station y tardé muy poco en llegar a Welwyn. No tuve, naturalmente, tiempo de revisar la copia. Pese al excelente sistema ferroviario inglés, poco alterado en proporción por la guerra, no llegé a Nr Welwyn, sino a Welwyn Garden City. Pedí informes para dirigirme a Ayot, pero, ¿a cuál de los tres? Nadie parecía distinguir entre Ayot a secas, Ayot St. Lawrence y otro Ayot que no recuerdo. Busqué un taxi para simplificar; pero, como era sábado de Gloria y se celebraban varias bodas en la localidad, los cinco o seis taxis del garage central estaban contratados por todo el día. No había esperanza. Podía yo dirigirme a Nr Welwyn en autobús o a Ayot en tren; pero los informes fluctuaban en demasía. Desanimado, me senté en una fonda en la que sólo tomé un vaso de cerveza. Pensé que lo mejor y lo más lógico sería abandonar el proyecto; que GBS tenía razón al hablar de la inaccesibilidad de su casa de campo; que en el mejor de los casos, sujeto a la incertidumbre de los transportes y a mi propia ignorancia geográfica de la región, no tendría posibilidad siquiera de corregir la copia de mi pieza, que era una de las razones de la entrevista. Recordando la última tarjeta del hombre, imaginé, además, que podía encontrarlo o en agonía o, por lo menos, en un estado que le impidiera verme, y que entonces me sentiría yo muy mal. O quizás se rehusara a recibirme, si llegaba yo, como lo sugería el tono siempre negativo de sus cartas. O quizás. . . ¿Para qué seguir? Por cinco minutos, en suma, desistí de mi intención hasta sentirme desnudo de ella para siempre. Los genios insoportables, etcétera, no me interesaban.

No podría decir qué informe casual o qué resorte interno me hizo prescindir del almuerzo, dirigirme a la estación del

ferrocarril y meterme en un tren que iba para un Ayot cualquiera. Veinte minutos de trayecto, durante los cuales mi manuscrito me estorbó como nunca me había estorbado nada. No lo miré una sola vez.

La estación de Ayot —a secas— era una caseta situada en mitad del campo y provista de escaleras para llegar al nivel de la tierra o del ferrocarril. El campo claro se extendía en dos direcciones. Ni un poste indicador ni un ser humano. Nada. Siguiendo un viejo, y habitualmente equivocado, impulso, eché a andar hacia la izquierda. Un hombre pasó. Le pregunté la dirección hacia Nr Welwyn y me confirmó en mi camino. Cuando quise darle alcance para decirle que, en realidad, iba yo a Ayot St. Lawrence, no lo encontré ya. El silencio del campo ahondaba mi desasosiego y mi inercia, y me sentía yo sin tiempo para ver el paisaje siquiera. La angustia de encontrarse extraviado en el día es más ofensiva y cruel que la que suscita el perderse de noche. Al cabo de veinticinco metros me detuve. Nadie apareció a la vista, y la soledad absoluta me hizo desandar el camino y volver hacia la estación. Quizás iba a tomar el tren de regreso. No sé. De pronto, en la dirección de la derecha vi a un hombre de treinta y tantos años, vestido de civil, con una maleta en la mano. Al azar le pregunté a gritos por Nr Welwyn, y señaló hacia la izquierda. Recordé entonces el indicador telefónico de Shaw: Codicote, y lo dejé caer en el aire. El hombre me preguntó entonces si no iba yo a Ayot St. Lawrence. Sí. El iba al mismo sitio. Si yo quería, podríamos hacer el camino juntos. El lo hacía habitualmente en bicicleta, porque pasaba siempre el fin de semana con amigos de allá, pero esta vez iba a pie. Se trataba nada más de cuatro millas. Me pareció ridículo preguntarle si iba a casa de Shaw. Echamos a andar y hablamos poco. La atmósfera era más bien tibia, el aire inmóvil. Le ofrecí cigarrillos, él me dió fuego. Caminábamos a buen paso pero sin esfuerzo, previniendo la fatiga. Poco a poco empezó a surgir a mi derecha la visión extraordinaria del campo inglés, que no había sufrido con la guerra. Era un campo tranquilo, transparente, civilizado y pulido, como cubierto por cristal. En las cuatro millas sólo cruzamos un ciclista. La soledad era maravillosa. Aquí y allá aparecían al paso extremos de granjas y de enormes heredades. No se veía casi ganado, protegido en cobertizos más o menos estratégicos, pero el trigo invernal

que maduraba agitado apenas por el viento sobre el suave verde del césped hablaba de una vida y de un trabajo no por silenciosos menos activos. El campo inglés no sobrecoge, no sorprende; su soledad no se parece a la del campo mexicano, en cuya milagrosa vegetación y en cuyos verdes sombríos se siente una virginidad terrible y sacrificadora, una especie de anulación de lo civilizado del hombre. Es, sin duda, más hermoso, de una vida más impetuosa, desbordada y anárquica, de un atrevimiento mayor de paisaje, pero conjuga elementos de superstición y de terror. Detrás del árbol o del gran tallo vigoroso se espera descubrir a la serpiente o a la fiera, al asaltante o al dios arqueológico. La campiña inglesa penetra dulcemente en los ojos; el éxtasis en que envuelve es gradual, y ante ella piensa uno en los poetas de Inglaterra. No encuentro más que una frase capaz de describirla: si el cielo fuera verde, sería como la campiña inglesa.

De vez en cuando mi fortuito compañero y yo cambiábamos frases igualmente fortuitas. Una pregunta se encadenaba con otra a través de largos eslabones de silencio. La guerra, el trigo, el ganado, las bombas, la paz del campo en sábado, tan increíble en medio de un mundo en destrucción. Quizás no hablamos de todo esto, pero lo pensamos, o lo pensé yo, por lo menos. De pronto me preguntó si no iba yo a la casa de Bernard Shaw. Era fácil adivinarlo, explicó, porque de todas partes del mundo venían gentes a verlo. ¿De dónde venía yo? Dije México y, como siempre que lo dije en Inglaterra, la voz tuvo un efecto mágico. Hablamos de geografía. En Francia habríamos hablado de cocina. Una prima de él, una escritora llamada Mary algo —quizás importante, pero olvido su nombre, aunque creo que era Warren— había cambiado con Shaw una amistosa correspondencia. Si quería yo preguntarle por ella... Interpeló en el casi permanente silencio algunas cosas, que olvidé completamente, sobre el carácter social del trabajo de su prima, y sobre un libro, de escasa circulación pero de vital importancia política y social —creo que un libro anónimo— cuya lectura era responsable de la relación entre aquella dama y Shaw. O quizás éste le debía a ella el conocer el libro. Lo he olvidado. En los huecos de pensamiento que me dejaba la absorción eficaz y dulce del paisaje, recordaba yo mi visita a Tristán Bernard y hacía cálcu-

los de primer año. Setenta y nueve más once son noventa. Si Tristán Bernard, a los setenta y nueve años, era una reliquia sorda y casi muda de un rico pasado, ¿qué iba yo a encontrar en Shaw, que tenía noventa años, once más? Todas las dudas volvían a picotearme. ¿Iba a recibirme siquiera? Mi manuscrito sin revisar me pesaba cada vez más y me parecía ridículo en aumento, aunque lo disimulaba yo con un diario. Mi abrigo y mis guantes me estorbaban aunque no hacía calor. Recordé que poco tiempo antes Shaw había renegado en alguna entrevista de su viejo deseo de ser incinerado, declarando que esperaba que se le enterrara en la Abadía de Westminster. O quizás me lo contó mi acompañante.

—Nos acercamos al pueblo, me dijo mi compañero. Aquí, a la izquierda, está la propiedad de Lord Brockhurst.

No se veía más que una larga muralla y una verja cubierta. Pero unos pasos más adelante había un *pub, The Brockhurst Arme.* Sintiendo huir una vez más mi deseo de ver a Shaw, pensé en detenerme a comer algo. Pero el correo estaba un poco más adelante. Allí me informarían de la dirección del escritor. El correo estaba cerrado. Un palafranero —mozo de establos o cuidador de perros— de la finca de Brockhurst pasó junto a nosotros. Mi acompañante le preguntó si podía orientarme. El hombre afirmó. Me despedí entonces de mi compañero de camino, que se quedaba allí, en una casita bien cuidada y agradable. El palafranero y yo continuamos juntos unos cien metros. Al lado derecho advertí un pequeño cementerio abandonado. Mi nuevo guía hablaba un cockney vagamente trasplantado al campo, que me tranquilizó un poco recordándome al profesor de fonética de *Pigmalión* y devolviéndome mi interés profesional en esta visita. Un momento después me señaló una casa esquinada al otro lado del camino. Di las gracias y atravesé, encontrándome ante una verja baja, entreabierta. Al costado izquierdo y al fondo se distinguía un jardín, parte igual del paisaje de aquellas cuatro millas, pulcro y sobrio, pero igualmente fascinante y tónico. Empujé la verja y llegué a la puerta de la casa, que tenía una pequeña escalinata. Todo, a partir de entonces, entró en la mayor naturalidad. Llamé y me abrió una sirvienta más bien joven, pelirroja, de voz discreta, que no tenía nada de los personajes shavianos. Le pedí que pasara mi tarjeta al señor Shaw. Me preguntó si el señor Shaw me esperaba. No, el señor Shaw

no me esperaba, pero sabía quién era yo. La muchacha regresó en un minuto y me hizo entrar. En el vestíbulo descollaban, sobre un perchero, sombreros y gorras de los más variados estilos: de paja y de corcho, de fieltro y de casimir, cachuchas con orejeras, etc., que había yo visto en diferentes fotografías de Shaw. Me quité, al fin, los guantes y el abrigo, y con ellos dejé, cobardemente, mi manuscrito. La sirvienta me hizo entrar en una sala que era, a la vez, una pequeña biblioteca. Saltaba a la vista que el señor Shaw experimentaba gran placer en contemplar su propia imagen a través de los años. Había varias fotografías de fechas recientes en la mesa y los libreros sin cristales, y en el escritorio Chippendale del fondo; estaba allí la magnífica cabeza por Rodin y, cerca del ventanal que daba al jardín, la caricatura en bronce de Troubetzkoi, que representa a Shaw sentado, recogiendo a penas unas larguísimas piernas. Sobre los libreros y mesas había objetos que he olvidado, fuera de tabaqueras incrustadas, una figura de Shakespeare en porcelana esmaltada, y otra de Juana de Arco. Asentado en una columna de cedro brillantemente barnizada había un enorme libro encerrado en una caja roja o anaranjada, en forma de libro también, sobre cuyo lomo se leía *The Seven Pillars.* En la mesa había papeles y libros —todo en perfecto orden— y un reloj viejo o antiguo guardado en su estuche abierto. No pude ver casi los libros, aunque hubiera querido absorber todos los títulos de un golpe. Un lomo ofrecía la figura de Santa Juana bajo una o dos líneas en caracteres hebreos. Recuerdo que abrí, y dejé en seguida, un volumen autografiado —he olvidado de quién— y que me aparté del armario en busca de un cenicero. No encontrándolo, tiré mi colilla por la ventana y volví hacia el estante. En todo no habían pasado tres minutos. En ese momento se abrió al fin la puerta, y entró, al fin, el monstruo y me tendió una mano floja pero cordial. Sentí que me ponía encendido hasta la raíz de mis casi metafísicos cabellos y, pensando en Tristán Bernard, grité a todo pulmón:

—How do you do, mister Shaw?

Un segundo me bastó para recoger toda la imagen. El cabello, todavía abundante en proporción, y blanquísimo; las cejas blancas y pobladas, sobre todo la derecha, que colgaba como un mechón sobre el ojo; los extraños anteojos hemicirculares, por sobre los cuales destellaban los ojos azules, lím-

pidos, vivos, curiosos, penetrantes y bondadosos a la vez; el cutis rosado y limpio, casi sin arrugas, en realidad; la diabólica barba inmaculada; la corbata de lana verde atada en un grueso y flojo nudo; la camisa impecable, y el limpio traje gris de lana con pantalones de golf; las medias de lana verdes, los zapatos negros y lustrosos sin exceso. Me di cuenta en seguida de que me había equivocado al gritar. Permanecimos de pie unos segundos, cambiando las primeras frases, y en seguida nos sentamos en dos sillones casi contiguos, pero situados en ángulo, lo que nos permitía vernos de frente. Para mayor comodidad transcribo nuestra conversación en forma de diálogo.

SHAW.—¿Es usted de México?

YO.—Sí, señor Shaw.

SHAW.—¿Y son ustedes una de las barras o una de las estrellas?

Nos sentamos.

YO.—Me sorprende su pregunta, señor Shaw, porque usted ha estado en México.

SHAW.—¿Yo?

YO.—Cuando hizo usted aquel viaje alrededor del mundo, en 1935.

SHAW.—Ah, sí. Recuerdo. Una ciudad hermosa y pacífica.

YO.—Hermosa, estoy de acuerdo. No respondo de lo pacífica. Pero no fué eso lo que dijo usted a los periodistas. Por lo demás, señor Shaw, México fué uno de los primeros países de América que se levantaron contra el dominio español, y ha sido independiente desde 1821.

SHAW *(Imperturbable)*.—¿Pero son ustedes vecinos de los Estados Unidos?

YO.—Sí, señor. Tenemos una frontera al Norte con ellos.

SHAW.—¿Y no los han invadido nunca? *(Destello de los ojos azules)*.

YO *(con una sonrisa)*.—Dos veces: en 1847 y en 1914.

Le explico concisamente las circunstancias históricas y sus resultados, mientras él escucha con gran atención.

SHAW.—Y ahora, ¿qué? ¿No esperan que se repita?

YO.—Como en la naturaleza no hay nada estéril, muchos tememos que el fascismo no desaparezca con Alemania y que, bajo otros nombres, pueda desenvolverse en los países democráticos. Esperamos.

SHAW.—Todos ellos están metidos en el fascismo. Este país está metido en el fascismo hasta el pescuezo. Churchill está metido en el fascismo hasta el pescuezo, sólo que no se da cuenta.

YO *(Digo algo, no sé qué. Quizás le pregunto qué opina).*

SHAW.—Hoy no puede existir ningún gobierno sin una base comunista.

Creo que me pregunta entonces cómo andamos en México, y le hablo de las leyes del trabajo, de la repartición de las tierras y de los ejidos, y se muestra interesado y curioso siempre. Ante mi alusión al sindicalismo mexicano, me relata la historia de la Sociedad Fabiana y de la tarea que realizó con Sidney y Beatrice Webb, para expresarme su desilusión.

SHAW.—No nos dimos cuenta entonces de que los obreros organizados en gremio no querían ir más allá del gremio. El resultado es que los capitalistas se han atraído a los gremios por medio del Estado y, convirtiendo al Estado en contratista, han podido construir barcos como el *Queen Mary,* en tanto que la Sociedad Fabiana tiene un ingreso de cuarenta libras al año.

La conversación pasa, de algún modo, a otro tópico. La agudeza de su oído me sorprende tanto como el brillo de sus ojos, el rosa de su piel y la curiosidad infatigable de su inteligencia. Me excuso por haber empezado gritando, alabo su admirable estado de conservación y le cuento mi visita a Tristán Bernard. Nuevamente se interesa.

SHAW.—Sí, hábleme de él. ¿Cómo? ¿Sólo setenta y nueve años? Empezó bien, haciendo una obra interesante, audaz. Luego se desvió hacia el bulevar. Fué una lástima.

Describo en pocas palabras mi visita.

YO.—En suma, está afligido por su sordera y otros achaques. Y, además, tiene una hernia.

SHAW.—¿Y eso qué? Yo también tengo una.
YO.—Pues yo también la tengo.

Nos echamos a reír. Es el único chiste que se dice, si puede tomárselo por tal. Me doy cuenta, mientras Shaw habla o escucha, con las limpias y huesosas manos bajo la barba, o una sobre ella, de que es extremadamente cortés. Sus boutades, *sus frases agresivas o irónicas, que lo han consagrado como el primer ingenio moderno, me aparecen poco a poco como son: un bien administrado para fines publicitarios. Si no me asaetea, es porque mi tarjeta me acredita como diplomático, no como escritor. Sobre todo, porque no soy periodista y no puede utilizarme. Lentamente, un nuevo desánimo, otra angustia, se filtran en mí. ¿Se acuerda siquiera de lo que le escribí, de lo que me escribió, de quién soy yo, en suma? Cuando no se llama uno Smith o Sánchez, esto araña terriblemente el amor propio. Entre tanto, él pregunta, infatigable, y yo respondo y le trazo, poco a poco, un cuadro de las riquezas que México ofrece al poeta dramático. Sin mencionar la profesión —sin hablar de la tienda, como dicen los ingleses— le hablo de Santa-Anna y de Porfirio Díaz, de Juárez, de la revolución, de Madero, de Obregón y de Cárdenas. Siempre obtengo la misma reacción de interés, de juventud. Está, como dice él mismo, en su segunda infancia y quiere aprender, y yo, en cambio, me siento envejecer a cada minuto. Saborea las anécdotas de Obregón, riendo especialmente la de la moneda de oro y el brazo amputado, y me pregunta otra vez su nombre. Le recuerdo nuestra ruptura de relaciones con Inglaterra y declara que el nombre le es conocido. Y pregunta más. Le hablo, entonces, de nuestra actitud en el caso de España y llego, al fin, a la expropiación del petróleo. Explico la solución alcanzada con los Estados Unidos y la solución pendiente con Inglaterra. Apenas si recuerda el hecho.*

SHAW.—¿Y por qué no transige Inglaterra? ¿Es una cuestión de principio, o de dinero?
YO—Las dos cosas combinadas.
SHAW.—Debía yo haberlo sabido sin preguntar.

Hablamos más y más. Ahora de la educación. Esbozo la educación rural y le relato la revolución universitaria, que le encanta porque me interrumpe dos o tres veces para decir:

SHAW.—Exactamente como en Irlanda. Tal como en la Universidad de Dublín.—Igual que los irlandeses.

YO.—No lo crea usted. Nosotros hacemos las cosas en grande y en serio, con balas inclusive. Y no las hacemos contra otro país, como ustedes, sino contra nosotros mismos.

SHAW.—Es lo que digo: como los irlandeses.

Habla el inglés de mayor translucidez fonética que he escuchado. Como sus oídos y como sus ojos, su lengua lo obedece fielmente. Y no hay una pausa en la conversación. Hemos tocado, en suma, preguntando él casi siempre, los problemas sociales y educativos de México, y no deja de impresionarlo y de atraerlo el conjunto de nuestras dificultades, ni el semillero de nuestras promesas.

SHAW.—Ahora sí puedo decir que sé por fin algo de México. Es un país que me ha interesado siempre, pero que no he tenido tiempo de estudiar. Y usted, además de ser diplomático, ¿a qué se dedica?

YO *(Ha llegado el momento más difícil).*—Escribo piezas de teatro. Le escribí a usted. Quizás recuerde mi carta y su respuesta. . .

SHAW *(Después de una pequeña duda).*—Sí, sí, claro. Recuerdo.

YO *(Estoy seguro de que miente por cortesía, y desvío la conversación).*—Por cierto que no he logrado ver en Londres *The Simpleton of the Unexpected Isles.*

SHAW.—Ese teatro (*Yo he olvidado el nombre*) funciona como club. Hay que ser miembro para asistir.

YO.—Pero, poco antes de salir de México vi una representación de *Cándida* por aficionados. La representación no era buena pero era sincera, y la pieza sigue llena de vida.

SHAW *(Sonríe, evoca).*—Cuando la estrenamos en Londres pasé por todos los apuros del mundo a causa del actor que hacía el padre de Cándida. Era un actor victoriano

y solemne, como todos los de entonces, y se negaba a parecer ridículo, a pesar de que yo le decía continuamente que eso era lo que tenía que parecer —un asno ridículo—. Hábleme de sus piezas.

YO *(Otra vez cohibido, copado, ahogándome)*.—Pues... he escrito...

SHAW *(Nunca más oportuno)*.—¿En qué idioma las escribe?

YO *(Furioso)*.—En español, que es el idioma de todo el Continente, exceptuados los Estados Unidos y el Brasil. Por cierto que las traducciones de las piezas de usted al español, por el señor Broutá, son malísimas y les ha hecho mucho daño. Todos lo llamamos el señor Brutó. *(Le explico el juego de palabras)*.

SHAW *(Fresco como una rosa)*.—Aprendí el español para leerlas y luego lo olvidé.

YO.—¿Por qué las autorizó usted?

SHAW.—Todos mis amigos que sabían español me hicieron la misma pregunta. ¿Qué podía yo hacer sino permitirlas? Si hubiera en España un hombre capaz de escribir en español las piezas de Bernard Shaw como Bernard Shaw lo hace en inglés, se dedicaría a escribir sus propias piezas en vez de escribir las de Bernard Shaw.

El punto queda saldado, para él. Le cuento entonces cómo representé, en el Teatro de Medianoche, Vencidos, *y el chiste que se hizo sobre la temporada, que terminó con ese título habiendo comenzado por* La Pregunta al Destino.

YO.—¿Por qué la tituló usted *Overruled?*

SHAW.—En realidad, el título original era *Trespassers will be Prosecuted;* pero en ese tiempo apareció otra comedia con ese título y lo cambié, aunque creo que ahora podría restituirle el original.

YO.—Por cierto que es difícil encontrar las obras completas de usted en Londres; pero he encargado ya un ejemplar de segunda mano.

¿Mencionamos la escasez de papel? No sé. Shaw dirige una mirada circular a sus libreros —¿buscando un ejemplar?

SHAW.—Lo siento, pero no tengo casi nada aquí ya. Como voy a morirme un día de éstos, envío diariamente paquetes de libros y papeles al Museo Británico.

Lo dice con una sencillez angelical, maravillosa, como si un día de éstos fuera a tomar el autobús y el tren para ir de Ayot St. Lawrence a Londres. Mi admiración es muda, pero me obliga a dar otro giro a la conversación. Quizás es en este momento cuando le pregunto cómo escribe sus piezas.

SHAW.—Cuando la pieza existe en sí, no hay más que sentarse a escribirla. Todo sale del diálogo, si el diálogo es bueno.

Pienso, y olvido, preguntarle si escribe sus prefacios y epílogos antes o después de las piezas. Se me olvida, de igual modo que siempre se me olvida preguntar a los que gastan barba si duermen con ella debajo o encima de las sábanas.

YO.—Dígame, señor Shaw, ¿vale la pena leer la biografía de usted por Frank Harris?

SHAW.—(*Sonríe, vuelve a cruzar las manos sobre la barba. Es tan delgado que se creería que va a quebrarse de un momento a otro. Evito ver el momento en que sus manos caerán, como racimos desnudos, de sus muñecas. Pero está más entero que nunca*).—Sí y no. Voy a explicarle por qué. Frank Harris, que era un pícaro que se creía Jesucristo, concibió, en sus últimos años, la idea de escribir una biografía de Jesucristo. Fué de editor en editor con la idea sin interesar a ninguno, hasta que uno de ellos le preguntó: ¿Por qué no escribe usted mejor una biografía de Shaw? El hombre la escribió y murió al poco tiempo, dejando a su viuda sin un céntimo. Yo tuve que costearle el entierro. Un día recibí una carta del editor, adjuntándome el manuscrito de mi biografía y preguntándome si encontraba yo algún inconveniente a su publicación. Por supuesto, encontré todos los inconvenientes del mundo, y así se lo dije. Me hizo presente entonces la mala situación de la viuda de Harris. Revisé el manuscrito y puse en orden los hechos y las fechas, sin meterme con las opiniones personales de Harris, que no me interesaban. Por consiguiente, desde el punto de vista de la exactitud bio-

gráfica, el libro vale la pena. Desde el punto de vista de las opiniones de aquel pícaro, no. El hombre nunca supo una palabra de Irlanda, ni de mi juventud en Irlanda, y dudo mucho que haya visto o leído ninguna de mis obras.

YO.—¿Y la biografía escrita por Hasketh Pearson, vale la pena?

SHAW.—Pues sí. También colaboré bastante en ella.

Su cinismo me deleita y me escandaliza a la vez.

YO.—Es usted un hombre realmente afortunado. Son pocos los que pueden meter la mano en una biografía suya, menos en dos.

El sonríe suavemente. ¿No es Bernard Shaw? Pero el tiempo pasa. Hace ya casi una hora que hablamos. Aludo a las representaciones londinenses de La Vuelta a Matusalén. *No sé si me cuenta los detalles de la presentación por Sir Barry Jackson a que alude en el Post Scriptum de la edición de los Clásicos Universales que le dedicara más tarde Oxford.*

SHAW.—Fué pura pérdida al principio. La gente no quería verla. En este último intento, se ha dividido la obra en dos partes, de modo que el público en general pueda ver la más sencilla, y un público de abonados selectos la que contiene estrictamente valores de orden filosófico. Lo curioso es que el público en general se ha ofendido y ha reclamado ver la obra en su integridad.

YO.—¿Escribe usted algo ahora?

SHAW.—Trabajo todos los días en un libro.

YO.—¿Teatro? Creo que no ha aparecido ninguna pieza de usted últimamente.

SHAW.—No. Es un libro serio —sobre política.

El clima es cada vez menos propicio para hablar de mí y de mis problemas profesionales. En vano me digo que, con razón o sin ella, nadie en Inglaterra toma en serio las opiniones políticas ni los ensayos sociales de Shaw, aunque todo el mundo lo venera como poeta dramático. Por banda, pienso que, en cambio, en Francia estaría siendo depurado.

YO *(Sin pie de entrada).*—En realidad, señor Shaw, no quisiera quitarle más tiempo. Usted trabaja en un libro serio, pero, a la vez, me agradaría recibir su consejo, porque, después de escribir diez y ocho piezas, como le dije en mi carta, me encuentro desconcertado, detenido. . .

SHAW *(¿No falló su oído esta vez?).*—Voy a darle un consejo práctico: nunca venda los derechos de una obra. Es un disparate. Y no se valga de agentes: siempre tiene uno que deshacer lo que han hecho, y que volver a hacerlo.

YO *(Sintiéndome hundido, porque pienso en el aspecto moral del problema).*—Gracias. En realidad, aunque eso me parece muy bien, mi mayor problema no es ése. Puedo decirle que la influencia de usted sobre mi obra no existe en el aspecto del empresario, por desgracia o por fortuna, sino en el del crítico político. Esa influencia empezó con la lectura de *Heartbreak House.*

SHAW.—Es una buena pieza. Espero que la influencia lo sea también. De todos modos, recuérdelo: no venda nunca sus derechos.

YO.—El punto que me preocupa. . .

> *Quizás hablé demasiado bajo. En todo caso, bendita sea la disciplina que da el teatro. Logro levantarme al mismo tiempo que él. Mi ánimo está abatido, pero mi movimiento fué exacto. La inutilidad personal de mi visita me enferma casi —o quizás es que no he comido. Y siento como si mi manuscrito estuviera deshojándose allá afuera. ¿Para qué hablarle de él? Sin embargo, se impone un buen mutis. Le pregunto por la edición de* The Seven Pillars, *que me ha impresionado.*

SHAW.—Es un ejemplar de la edición especial, muy raro. Un regalo del Coronel Lawrence (de Arabia), que era amigo mío.

YO.—¿Y esa estatuilla de Shakespeare?

SHAW *(Despliega su sonrisa más dilata).*—¡Ah! ¿Esa? Es magnífica. La encontré un día en un pueblo *(¿Stratford-on-Avon? Si dijo cuál lo he olvidado. Pero su sonrisa se abrillanta).* Baratísima. No pagué por ella más que cinco chelines.

YO *(Hecho un tonto).*—La Santa Juana es graciosa también.

SHAW.—Disparate. Es feísima, pero me la obsequiaron unas viejas locas, que... Dígame, ¿cómo llegó usted aquí?

Se lo explico en pocas palabras, indicándole que me preparo a hacer otro tanto.

SHAW.—Nada, hombre. Va usted a tomar por la derecha al salir de aquí, y a seguir siempre por la derecha —una sola vez a la izquierda, al pasar por la granja de X *(Otro nombre caído para siempre de mi memoria como un fruto vano),* y luego otra vez a la derecha hasta llegar al puente. Allí podrá tomar el autobús para St. Alban's. Son sólo dos millas. Se ahorrará usted dos.

Lanzo una mirada de adiós a la sala, y salimos. Es seguro que no volveré aquí nunca y que he dejado pasar la oportunidad. ¿Y qué, después de todo? El camina ligeramente encorvado por la edad, pero alacre y casi aéreo de paso. Cortés como pocos genios, me ayuda a ponerme el abrigo. Si estuviera yo en mí, pienso, le contaría la frase de Tablada: "El camarero nos ayuda con las dos manos, el caballero con una sola". Tomo, vergonzantemente, mi sombrero, mis guantes y mi manuscrito. Los ojos azules asomados tras los medios anteojos lo captan en seguida.

SHAW *(Benditas sean sus buenas maneras)*.—¿Qué es eso?
YO.—Es la traducción al inglés de una obra mía, pero la copia está sin corregir aún.
SHAW *(Curioso hasta lo último)*.—¿Cómo se llama?

Incapaz de hablar le tiendo el manuscrito. Lo que le golpea la retina, estoy seguro, lo que azuza su pueril, maravillosa curiosidad que no se encuentra en muchos jóvenes y de la que yo me siento privado, es el rubro "Pieza Antihistórica en tres actos".

SHAW.—Me gustaría leerla. ¿Puedo?
YO *(En un último aliento)*.—No me atrevería yo a pedírselo.

Posa cuidadosamente el manuscrito y me conduce a la puerta. Pero no se detiene allí. Sin sombrero, a pesar de que la tarde ha enfriado, seguro de la amistad del clima en el que ha escrito tantos libros —o quizás sólo de su

salud— sale conmigo hasta la verja y luego hasta el camino. Me reitera sus instrucciones y me estrecha la mano. Mismo apretón sin energía muscular, pero con flúido cordial. Echo a andar. Cuando vuelvo la cabeza, veinte pasos adelante, para captar una última visión de la casa, allí está él, sonriendo bajo el halago picante del aire. Levanta y agita una mano. Yo me toco el sombrero.

Eché a andar un tanto abrumado, aspirando el aire a plenos pulmones, desconcertado, no sé por qué, incrédulo aún de mi visita y, sobre todo, libre del lastre espantoso en que se había convertido aquel manuscrito. La luz de la tarde era fría, ligeramente velada. Los verdes se ensombrecían de humedad gradualmente, pero la paz era la misma. Caminé doscientos metros sin pensar en nada, siguiendo, por un reflejo en la retina, el serpear del camino y yendo automáticamente por la derecha. De pronto, me sentí perdido. Quizás no había entendido bien. Quizás el hombre Shaw se había equivocado. Era seguro que él no había recorrido ese camino a pie en mucho tiempo. Quizás chocheaba. Y veinte o treinta metros atrás había una bifurcación. Retrocedí, pero a los pocos pasos crucé una familia de ciclistas. El padre confirmó el itinerario trazado por Shaw y yo acepté la lección humildemente. Si llegara yo a vivir noventa años, ¿sería capaz de tan limpia precisión? El camino me llevó hasta unos altos puentes de piedra que formaban un crucero. Pregunté por el autobús de St. Alban's y subí, por supuesto, en el que hacía la ruta inversa. Lo descubrí sólo al pagar. No se perdió nada. En pocos minutos estaba yo en el autobús correcto. La cobradora era joven, rubia y linda, y cuidaba afectuosamente a una endiablada chiquillería que subía y bajaba a cada estación. Sucios del día de campo, los chicos cantaban canciones y hacían chistes que, objetivamente al menos, diluyeron todo recuerdo de mi visita. El cansancio hizo el resto. Llegué a la estación de Padington y, al fin, a mi hotel. Cayó un rocket, o quizás dos. Cené en mi cuarto y me tiré a dormir.

Al día siguiente me pareció recordar que había yo soñado que visitaba a George Bernard Shaw.

FIN DE LA PRIMERA CONVERSACIÓN.

(*La segunda aparecerá en el próximo número*)

SIGNIFICACION DE OROZCO

Por *Justino FERNANDEZ*

El Premio Nacional de Artes y Ciencias, correspondiente este año a las Artes Plásticas, ha sido otorgado a José Clemente Orozco por sus pinturas murales en la iglesia del Hospital de Jesús, que desde hace tiempo está retirada del culto. Nadie, creo yo, que haya visto esas bóvedas y muros pintados por el artista, podrá dudar de que se trata, a lo menos, de una obra original y grandiosa, en que la potencia de la imaginación creadora del pintor luce espléndidamente. Por medio de una metáfora apocalíptica, Orozco renueva allí, a mi modo de ver, el arte barroco, por el sentido de la composición, de la expresión, del color y de los símbolos, y nos transmite el sentido real de nuestro angustiado tiempo en que parece que las fuerzas demoníacas han sido desatadas; así, Orozco expresa su interpretación metafísica o transhumana de la tragedia contemporánea, tal y como a él se le ha revelado la realidad.

Orozco no es un reformador, ni un donador de fórmulas para la felicidad, ni un trágico unilateral y empedernido, su arte es gozoso y gozable y como tal significa una esperanza, pero la realidad que muestra metafóricamente, la circunstancia de nuestros días, en su profundidad es amarga; no sentirla o verla así es huir de la autenticidad, o volverse avestruz, y el arte es todo lo contrario.

El hecho de que México, en un cierto momento, a través del Premio Nacional, haya reconocido el valor del arte de Orozco, tiene, inevitablemente, la significación más amplia de cobrar conciencia del valor de la pintura mural mexicana contemporánea, la mayor aportación que nuestro país ha hecho en nuestro siglo a la cultura universal y por eso es honrado felicitar al maestro y felicitarnos de que la justicia, a veces, sea una realidad.

HAY momentos en que es necesario detenerse y reflexionar sobre aquello que uno tiene por valioso, para hacer justicia a sí propio y al objeto considerado como tal. A lo largo de mi vida y por mi afición al arte y en especial al de la pintura, se me han ido revelando como valiosas en alto grado, las obras de algunos pintores contemporáneos y mi interés por ellas y por lo que puedan significar, me ha hecho necesario traspasar el plano sensible, emocional, irracional, para preguntarme el "porqué" de tales valores y a esta actitud corresponden los trabajos de crítica que desde hace años he venido realizando.

Bien sé que para algunos sólo es válida la crítica que traduce en forma literaria las impresiones recibidas o las emociones sentidas frente a las obras de arte y que pretender "descubrir su misterio" es un atentado contra las mismas; pero, a decir verdad, me siento más ambicioso que todo eso, pues creo necesaria la aproximación por todas las vías posibles, para poseer, en la medida que me sea dado, la obra de arte que me interesa, porque tengo la seguridad de que si además de emocionarme, responde a mis preguntas, se ensanchará mi aprecio por ella, se enriquecerá mi gusto estético y se me fijará como un auténtico valor. En otras palabras: sólo en la medida en que nos identificamos conscientemente con la obra de arte que gustamos tiene valor verdadero para nosotros, pues, al hacer tal, elevamos nuestra propia realidad a un tipo superior. Esto último es lo que reafirma nuestro ser y por eso es valioso.

Que coincidamos o no con alguien más, es secundario, si bien deseable, porque en ello va también nuestra reafirmación, pero ya el coincidir con el espíritu creador de la obra de arte es suficiente, ante todo, para encontrarnos a nosotros mismos y descubrirnos como convivientes. Por eso es ingenuo pretender que se gusten y se comprendan *igualmente* todas las obras de arte de todos los tiempos, en cualquier tiempo, pues sería tanto como ser omnipotente y, por desgracia o por ventura, nuestra humana limitación nos desengaña de tan ilusoria soberbia.

El hecho de que el arte de José Clemente Orozco se me haya revelado como en extremo valioso, requiere, a estas alturas, que me detenga y reflexione sobre mi admiración por él. Y que se me perdone la franqueza con que hablo de mi

mismo en un primer plano, pues no tiene sentido pretender un aislamiento, contemplación desinteresada o científica objetividad, cuando sabemos que todo explicarse el "mundo" y aun el Universo, es siempre explicación de sí propio. Pero la cosa no es tan sencilla porque a tientas nos vamos encontrando, a medida que vamos descubriendo el mundo se nos va revelando nuestro propio ser en esa necesaria relación con los demás.

La pintura mural mexicana contemporánea surgió con tal ímpetu en un cierto momento histórico (1922) y con formas de tan gran calidad, que no pudo menos de llamar la atención y de causar extrañeza; primero, porque no había vuelto a producirse expresión de tal categoría, por lo menos desde Tiépolo y Mengs; segundo, porque las "extrañas" formas del arte contemporáneo europeo jamás fueron concebidas para llevarlas a los muros, entre otras cosas, quizá, porque los artistas no sintieron tal necesidad y porque aun se encontraba en proceso la creación de un nuevo lenguaje,* cuya síntesis empieza con Picasso, en 1925, con las "Tres bailarinas"; tercero, porque era la primera vez que en América se producía una pintura original de altos vuelos, cuya fuerza expansiva no es fácil comprender, no digamos de una ojeada, pues ni siquiera de dos.

Claro está que pintura mural ha existido casi, digamos, desde la aparición del hombre en el planeta; cierto que la Antigüedad, Bizancio, la alta Edad Media, y la Moderna desde el Renacimiento, llevaron esa expresión a sus cumbres, de acuerdo con los distintos ideales de los tiempos, por eso quizá se tuvo por agotada, si bien la creciente conciencia historicista reveló a David y a sus continuadores la necesidad de volver a encauzar el arte de la pintura por esas vías, para expresar monumentalmente los temas históricos; pero la verdad es que después de la gran pintura decorativa neoclásica de Tiépolo y de Mengs, que enriqueció reales y nobles palacios —cuya repercusión en Nueva España estuvo representada por Rafael Ximeno, decorador de la cúpula de la Catedral de México— y después de los murales de Goya en la Catedral de Zaragoza y

* En el sentido en que lo expliqué en mi Prometeo.

en San Antonio de la Florida, ni David, ni Ingres, ni los que más adelante vinieron, fueron capaces de renovar una expresión de arte que requiere circunstancias especiales y cualidades de excepción en los artistas; ahí están las pruebas en lo que el siglo XIX produjo en este campo, incluyendo a nuestro recién resucitado Cordero.

A pesar de todos los continuadores, la pintura mural estaba muerta desde fines del siglo XVIII, porque con el creciente poder de la burguesía, el sentido de la grandeza y muchas otras cosas, vinieron tan a menos, que si bien los nuevos amos del mundo, siguiendo la tradición, llegaron a ser retratados por los pintores de su tiempo, ya no se permitieron los verdaderos grandes lujos —y muchos se dieron— en que el espíritu bien gasta sus potencias; se contentaron sí, con ostentosas decoraciones de tres al cuarto y coleccionaron las obras del pasado porque conservar la tradición rota es un halago y signo de poder. Mas no se trata de hacerle cuentas a nadie, porque a despecho del tiempo pudo haber surgido el pintor revolucionario capaz de imponerse, aunque en verdad no hubiera podido llegar a los muros porque antes lo habrían liquidado.

Goya mismo, verdadero precursor de nuestro tiempo, quien renovó, en pleno siglo de las luces, el sentido de la realidad, de la vida y del arte, viendo los límites de la razón y admitiendo el absurdo, aunque encontrando al mismo tiempo sus también recortadas fronteras, tuvo que pintar sus más originales creaciones a contrapelo y otras, para los muros *de su casa,* o lanzarlas entre el público en metafóricos grabados y tomando sus precauciones. Estos escapes del hombre, que expresa sus más íntimas visiones, sus reales caprichos, en obras pequeñas: dibujos, grabados, "pinturas de gabinete", en formas que no podían ser consideradas plenamente artísticas porque no encajaban en el concepto del tiempo, se registran a todo lo largo de la Edad Moderna, pero siempre en el arte menor, hecho a hurtadillas.

Pues bien, la libertad necesaria para que el pintor pudiera expresar libre y públicamente sus particulares visiones del mundo en un arte monumental, como es por naturaleza la pintura mural, no vino a ser posible sino hasta nuestro siglo, cuando México reaccionó en contra de un tipo de vida que sintió imposible de continuar viviendo, antes de que en otros países suce-

diese lo mismo, tras la lucha armada de la Revolución, al iniciarse la etapa de reconstrucción nacional. Los pintores, así como otros hombres activos en diversos aspectos de la cultura que desde principios de siglo sintieron la necesidad de la renovación del sentido de la vida, formaban parte también, a su manera, del nuevo movimiento vital; así, oportunamente el maestro Antonio Caso, y los intelectuales compañeros suyos, se mostraron antitradicionalistas, incluído en ello, principalmente, el inmediato pasado, vigente aún entonces, y actuó brillantemente dentro de su propia esfera; en muchas partes del país se levantó la flama renovadora, en los campos y en las ciudades; mientras, los pintores aguardaban su momento: unos estaban en Europa absorbiendo la tradición y las nuevas corrientes, otros se quedaron en México, viviendo el dolor inevitable del brusco movimiento social, que a la postre se tradujo en una gran experiencia. Cuando el ambiente se esclareció, los pintores llegaron a donde ambicionaban llegar: a los muros de los edificios públicos, porque su ambición era de legítimos grandes vuelos.

Fué un momento profundamente interesante porque México en general y los artistas en particular, habían cobrado conciencia de su propio ser y querían vivirlo y expresarlo con autenticidad. Los iniciadores del movimiento de pintura mural, cuyos tres principales representantes: Orozco, Rivera y Siqueiros, continúan manteniéndolo en vilo, se agruparon naturalmente, porque los reunía el ideal común de expresar el nuevo sentido de la vida, y la necesidad de darle forma, según sus visiones particulares, en un arte monumental y público. Esto es lo que distingue la pintura mural mexicana contemporánea de toda otra anterior, porque jamás el hombre artista había expresado así, libremente, su opinión personal y original visión del mundo, fuera ya de la carga tradicional religiosa o de la clasicista y naturalista en las formas; significa, pues, por lo pronto, la culminación y triunfo definitivo del hombre moderno en el arte, superando su propia tradición y expresando en los muros, abiertamente, lo que antes sólo era posible expresar con la palabra escrita o en otras formas, pero no en la mayor pintura —en todos sentidos— que el hombre ha conocido.



Orozco. Escenas del Apocalipsis.

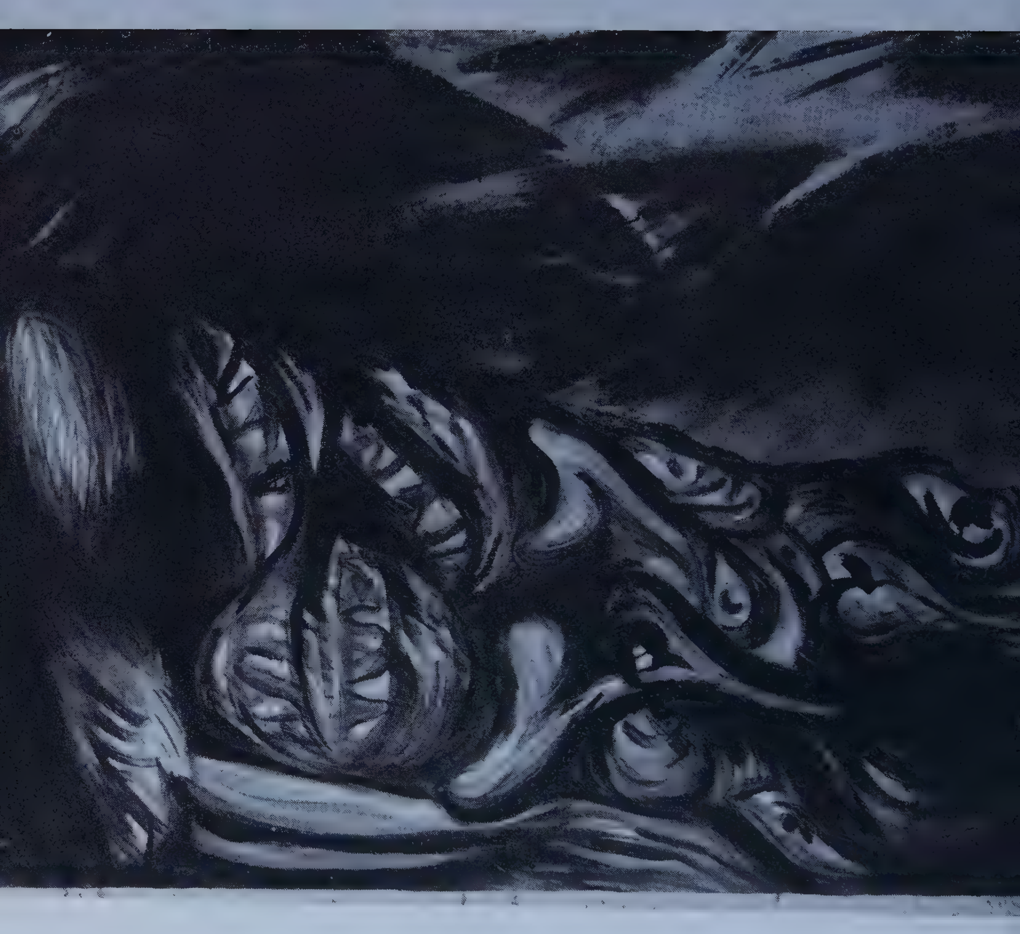
Frescos de la Iglesia del Hospital de Jesús. El ángel ata al demonio.



El demonio (fragmento).



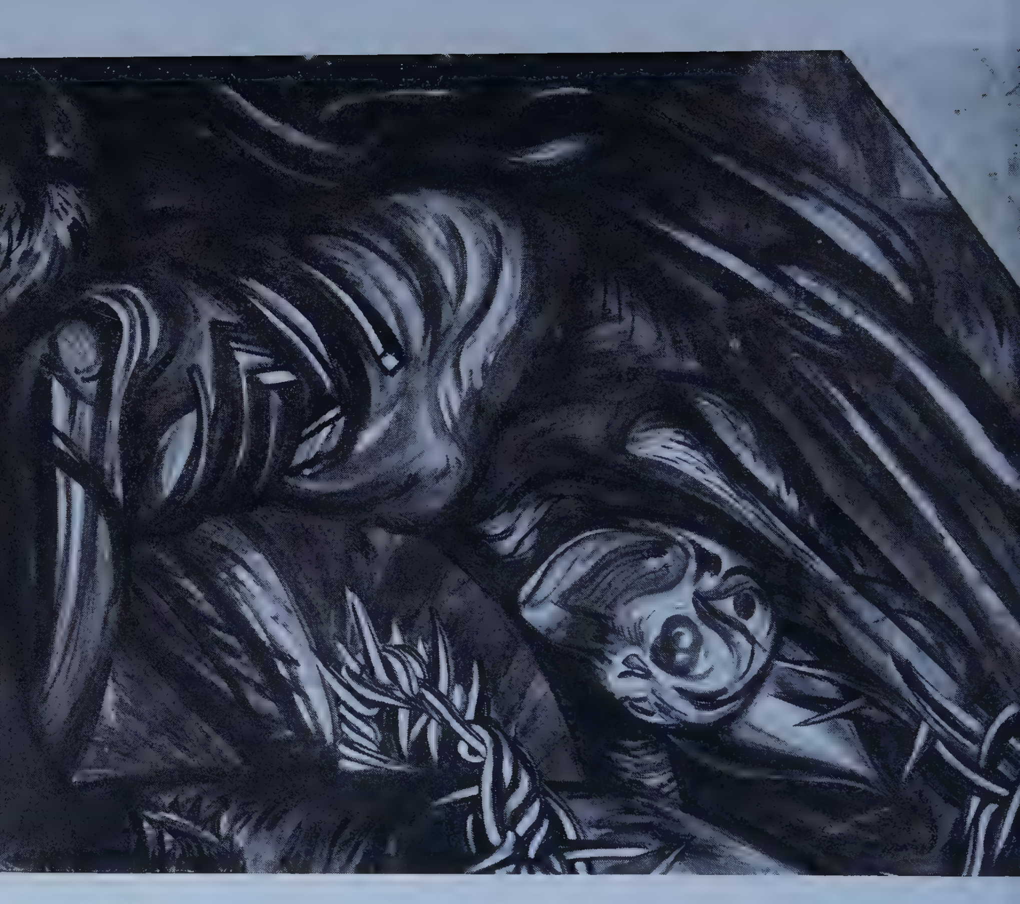
El ángel desata al demonio.



El demonio (fragmento).



La Prostitución (fragmento).



La muerte (fragmento).



La guerra (fragmento).



La humanidad (fragmento).

Esa conciencia de libertad expresada en México y elevada a gran categoría artística por la calidad misma de las formas, fué y es vivida de diversas maneras por los pintores de mayor relieve. Rivera la entendió y la ha expresado (Chapingo. Escalera del Palacio Nacional) a base de la dialéctica hegeliana, con su correspondiente inyección marxista y de romanticismo, ciencista, utópico y nostálgico, en todo lo cual se muestra su idealismo, en formas de nuevo sentido clasicista; Siqueiros la ha expresado dentro de una teoría semejante a la anterior, mas como extremoso romántico, porque la libertad según su visión se conquista (Palacio de Bellas Artes) por el sacrificio y la muerte, como muerte y sacrificio significa también la opresión ayuna de libertad; Orozco es quien ha vivido y expresado la libertad como la posibilidad original, inmediata y central de la estructura del hombre, la cual ni vendrá en un lejano futuro, ni es necesario conquistarla porque la llevamos dentro y hay que realizarla necesariamente para ser hombre, para vivir con autenticidad nuestras posibilidades; aunque el llevar una vida auténtica ofrece sus peligros, por eso libertad y peligrosidad son términos que al completarse, hacen la existencia humana.

Las formas del arte de Orozco son sumamente complejas porque no sólo se ha fecundado el artista con la tradición, sino que naturalmente, desde un principio, tomó una original posición frente a ella y más aún, porque ha sido capaz de irse renovando a medida que ha ido desarrollando su visión del mundo. Por una parte clásico, como no podía ser menos, y por otra barroco, como no podía ser menos también, aunque estos términos sean contradictorios, ha sabido situarse en la cumbre resumiendo y ampliando todas las corrientes, mas lo ha expresado en síntesis tan geniales que ha podido ser lo uno y lo otro al mismo tiempo; por necesidad de expresar un nuevo sentido de la realidad, su original lenguaje, correspondiendo al pleno siglo XX, surgió justo y completo desde aquellas primeras obras de 1913, a las cuales acabó por llegar toda la pintura contemporánea, pero que no ha dicho, esencialmente, nada más de lo que él dijo desde entonces; ha sabido limitar la razón a sus propios límites y así mismo lo irracional, mostrando siempre la realidad humana en esa unidad indivisa, por eso las estructuras geométricas de sus obras, concebidas

éstas en toda ocasión, con visión de pintor y de hombre completo sin unilateralidades, se ocultan bajo los rasgos libres y emocionales, pero con fino lirismo, con medida precisa, como por otra parte su imaginación creadora ha hecho concretas sus penetrantes visiones de la realidad, organizadas al mismo tiempo con sorprendente sencillez. Otros pueden pintar todo lo admirablemente que se quiera ideas de la realidad, el *deber ser* de lo humano y hasta de lo no humano, mas Orozco pinta maravillosamente la realidad misma, *el ser,* sin más tapujos que los necesarios símbolos y metáforas que *por necesidad* emplea para mostrarla con autenticidad.

Arte de contraste, porque la realidad verdadera siempre contrasta en el medio ambiente; arte metafórico, porque sólo así es posible sintetizar las zonas luminosas y las opacas de la realidad y abarcarla por entero, por eso, también, arte trascendente y de extremos, porque no es concebible el hombre sin trascendencia, la que se quiera y como se quiera; pero arte de desengaño, porque hay que enfrentarse a la realidad descarada y descarnadamente para descubrir sus últimos fondos, que son los nuestros; arte, pues de pasión, de pasión por lo auténtico, por eso arte sin compromisos; arte original y grandioso, dramático por ser profundamente humano, si bien a los humanos les cuesta trabajo reconocerse en aquello que verdaderamente lo es, como que no en balde les han obnubilado la conciencia varios siglos de rabioso racionalismo, aun en boga, porque significa preponderantemente: el poder.

Aun está por elaborarse la teoría que ponga en relación el arte barroco con el romántico y ambos con el contemporáneo y los tres con sus antecedentes más remotos y con el clasicismo, para comprender mejor estas grandes actitudes del hombre y las síntesis cumbres que en ellos han surgido y para que termine la serie de zarandajas que se escuchan hoy día por doquier, imputando peyorativa e inconscientemente un barroquismo o un romanticismo a los artistas contemporáneos, ya que el clasicismo parece más respetable por una tradicional actitud mental no renovada. Por mí puedo decir que ya es tiempo de que se comprenda lo que el barroco significa en la Edad Moderna, que a mi parecer no es, fundamentalmente, sino la expresión vital auténtica por excelencia, que como lava candente se desbordó ante las pretensiones de esquematizar las pasiones en

vacuos geometrismos y se erigió como una columna de retorcido movimiento frente al racionalismo imperante, expresando las complejidades de la realidad humana, su rico sentido trascendente y su potencia vital de subidas y caídas, de anhelos y desengaños, por eso dramática, drama que se expresa en las luces y sombras contrastadas, como la oscilante vida misma es, que no podía, ni puede, dejarse sujetar por las ideales coordenadas. Tal rebeldía con sentido de libertad, por ser necesaria a la existencia, a pesar de todo, la autenticidad, fué heredada por el hombre romántico, quien, con menos ímpetu quizá, supo mantener en lo alto lo humano auténtico y quien llevando a un extremo los llamados "exotismos", heredados también, ensanchó los horizontes de la cultura occidental, haciendo buenos para sí los valores de otras culturas; el romántico llevó al extremo los signos con que nació el Renacimiento, por eso cierra, en cierta manera, la Edad Moderna y deja libre y propicio el campo, para que brotase en él nuestro tiempo, que como toda nueva época, tiene un "sui generis" sentido.

Si bien la pintura contemporánea europea ha llegado a expresar maravillosamente el nuevo sentido del tiempo, sobre todo, en el arte del genial español Pablo Picasso, la pintura mexicana lo ha llevado a su límite, sobre todo, en el arte genial de José Clemente Orozco, porque aun cuando se trata de dos expresiones de gran valor, la pintura mural tiene una categoría insuperable en la cultura. Goya fué el primero en ver claro y expresar asimismo, genialmente, su visión; pero lo que en Goya se inició, históricamente, en Orozco y Picasso es plenitud; ellos son, para mí, los tres grandes contemporáneos, tres grandes latinos que expresando con autenticidad nuestro ser han mantenido la tradición medular de la cultura de Occidente, que consiste en renovarla, y si la pintura desde el Renacimiento ha sido una de las expresiones más potentes del genio latino, América, México, por su pintura mural contemporánea y en particular por el arte de Orozco, despierta a su destino e incorpora su propio ser a la cultura, por esta vía, elevado a conciencia universal por la calidad de las formas de aquel arte y así ensancha el sentido de la realidad humana.

Ya se ve, pues, ahora, el porqué de mi entusiasmo por la pintura mural mexicana contemporánea y por qué la de Orozco se me ha revelado, francamente, como su más alto

valor, sin que por ello deje de gustar y comprender, en otros grados, otras expresiones del mismo rango; todas ellas están ligadas por un sentido de libertad humana —aunque sea vivida de diversas maneras— y si en México tienen lugar estas expresiones, la pintura mural es la mejor prueba de que la libertad existe aquí y de que la preocupación por ella, expresada por los artistas, es preocupación por el ser universal.

Amo la misma libertad que Orozco, amo lo humano auténtico y complejo, y amo el arte que mejor lo expresa, en el pasado y en el presente; no puedo dar más "razones" de por qué me gusta el arte de Orozco, que significa, para mí, y naturalmente pretendo que signifique para el mundo, la entelequia del arte de Occidente en América y ¿no significará el preludio de América como entelequia de Occidente, según ha dicho el Dr. Gaos, con todas las gamas de novedades y matices, que ya tiene la pintura mural mexicana y el arte de Orozco en particular?

ARTE MUDEJAR EN AMERICA

LAS investigaciones sobre problemas del arte del Virreinato, se han enriquecido con una nueva monografía: *Arte Mudéjar en América.** Su autor es bien conocido en los círculos de crítica plástica, Manuel Toussaint. Su vida consagrada al estudio del arte colonial lo coloca, sin duda alguna, como la autoridad reconocida en la materia y figura con singular honor entre los críticos hispanomexicanos de tan importante período: Angulo, Dorta, Buschiazzo, Navarro, etc.

Toussaint ha consagrado buena parte de su labor a un siglo que prácticamente era desconocido en México, el XVI; más aún, desestimado, arrinconado en los pueblecillos lejanos a las grandes ciudades —que transformaron en barrocas sus primitivas construcciones—, sólo se hablaba de su arquitectura "fortaleza", "franciscana primitiva", etc. A Toussaint debemos el haber por vez primera llamado la atención sobre las supervivencias góticas en la Nueva España y el haber rastreado las huellas de los fundadores de la escuela pictórica mexicana en el propio siglo. Hoy llama una vez más nuestra atención sobre supervivencias mudéjares en el XVI y el neomudejarismo del XVII-XVIII.

El arte primitivo de México —que sin duda fué el que recibió el mejor y más prolongado impulso de España— es un arte de estilos entreverados. Quien pretenda estudiar las caudas y el crepúsculo del estilo gótico, habrá de remitirse forzosamente a México. Pero este gótico aparece injertado con un estilo nuevo, Renacentista, el plateresco: platerescas eran las fachadas, el vestido exterior de la cultura, pero góticas fueron las naves de las iglesias, sus claustros, etc. Y junto a esta extraña fusión, suelen aparecer, con fuerza más o menos acentuada, supervivencias de otras dos culturas en proceso de extinción: la morisca y la indígena mexicana. El libro de Toussaint es un ensayo de valoración y clasificación del arte musulmán cristianizado.

"Mudéjar es el moro que, sometido pacíficamente a los cristianos, sigue observando su ley —dice Toussaint. Trabaja para ellos, ayudado de su habilidad y ciencia, y deja impresa en sus obras la

---

* MANUEL TOUSSAINT: *Arte mudéjar en América.* México, Editorial Porrúa, Argentina 15, 1946, 143 pp., CIX, Láms.

característica de su orientalismo, el genio de su espíritu decorativo, su estética que sólo sabe expresar en geometría las reconditeces de un alma sensual y refinada. Las formas decorativas musulmanas se amalgaman con el gótico decadente y el renacimiento que surge más tarde con el barroco, y resulta de esa compenetración el estilo llamado mudéjar. Casi no es estilo. Es una supervivencia musulmana que tiñe suavemente de orientalismo las obras posteriores".

Un pequeño ensayo, no por breve menos importante, hace las veces de introducción al libro. Allí define y sitúa históricamente al mudéjar, no sin que haga nuestro autor notar el que a pesar de la prohibición del paso de moros a América, éstos se dejaron sentir intensamente. Allí también fija los caracteres arquitectónicos y ornamentales del estilo con palabras sobrias. El resto de capítulos están dedicados a analizar y describir el mudéjar de Santo Domingo, Cuba, México, Estados Unidos, Centroamérica, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay y Brasil.

Esta pretensión de universalidad es significativa y saludable. La cultura hispanoamericana, y en este caso México, parece haber alcanzado una madurez tal que le permite enfocar los problemas en su generalidad. Sin duda que por ahora es ésta la mejor vía para el conocimiento de nuestro arte; no desglosándolo, sino correlacionándolo con el de otras naciones que, como la nuestra, son en parte proyección de España. Para que este ensayo sea válido debemos añadir el que Toussaint no sólo ha escrito su monografía teniendo a la vista las publicaciones diversas que sobre arquitectura se han venido imprimiendo en otras naciones hermanas, sino que ha entrado en contacto directo con los monumentos, se ha recreado y empapado en el barroco del Perú y Ecuador, ha estudiado los ejemplares de Argentina y los de Cuba y sólo por excepción ha trabajado sobre fotografías o libros —Santo Domingo, Centroamérica y Brasil.

Por supuesto que el valor más permanente de la obra de Manuel Toussaint es el capítulo que ha dedicado a México. Su erudición, su vida misma destinada a entrar en contacto directo con los monumentos mexicanos de los más apartados lugares, lo hacen acreedor al título del renovador de los estudios artísticos virreinales de México. Esto mismo no lo podríamos añadir, por supuesto, con relación a los otros capítulos dedicados al extranjero, ya que en algunas ocasiones se deslizaron lagunas explicables —por ejemplo, la Iglesia de Patzum, Guatemala, no mencionada por Toussaint, es sin duda uno de los mejores ejemplares de iglesias conventuales del XVI con techumbre

mudéjar de artesonado. Sin embargo, un plan con estas pretensiones de universalidad contribuirá a fijar las divergencias locales, los matices de la tierra, la mano del indígena, y harán más tarde posible profundizar en una sociología del arte americano.

Los méritos excepcionales de la obra, por otra parte, obscurecen la importancia de estas lagunas o detalles, pues el propio autor reconoce sus propias limitaciones en este ambicioso plan: "La restricción que nos imponemos aumenta, en nuestra opinión, la importancia del asunto ya que críticos más generosos podrán ensanchar nuestro catálogo, a la vez que más severos, así lo pretendemos, no encontrarán nada que vedarnos".

Pero en tanto que investigaciones más profundas no nos vengan a redescubrir y a hacer más vivo el conocimiento del arte de áreas continentales mal estudiadas —por ejemplo Centroamérica—, el libro de Toussaint es un precioso escaño en ese difícil ascenso.

Salvador TOSCANO.

I N D I C E S

D E

CUADERNOS AMERICANOS

LA REVISTA
DEL NUEVO MUNDO

1 9 4 6

Año V. - Vols. XXV a XXX. - Nos. 1 a 6

INDICE POR SECCIONES

NUESTRO TIEMPO

Ensayos

Notas

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Ensayos

Notas

PRESENCIA DEL PASADO

Ensayos

Notas

DIMENSION IMAGINARIA

Ensayos

Notas

INDICE ALFABETICO DE AUTORES

(Abrev.: N. T.: Nuestro Tiempo. - A. del P.: Aventura del Pensamiento. - P. del P.: Presencia del Pasado. D. I.: Dimensión Imaginaria).

INDICE DE LIBROS RESEÑADOS

S U M A R I O

Printed in Mexico.